

Rainer María Rilke
POESIAS JUVENILES
(1897 - 1898)

Esto es ansia: habitar en lo oscilante
y carecer de patria en este tiempo
Y esto son los deseo: quedos diálogos
De horas del día con la eternidad

Y esto es vida. Se eleva de un ayer,
Entre todas las horas, la más sola,
que sonriendo diversa a sus hermanas
calla frente a lo Eterno.

Soy muy joven. Querría a todo son
que en su rumor me arrolla, regalarme temblando:
y, dócil a la amable coerción
del viento, que el jardín cruza en meandros,
quiere mecer sus pámpanos mi anhelo.

Y sin ningún apresto quiero erguirme
mientras noto que el pecho se me ensancha.
Pues es tiempo de armarse de guerrero,
cuando, desde el frescor temprano de estas
costas, me lleva el día tierra adentro.

No he de extender la mano hacia la pura vida
ni preguntar a nadie por el extraño día:
siento que llevo blancas floraciones
que en el frescor sus cálices levantan.

De la primaveral tierra muchas tiraron,
de donde sus raíces beben profundidades,
para, sin poder más, hundirse de rodillas
ante veranos que ellas nunca . bendecirán. .

Cuánto quiero a las pobres palabras,,que tan míseras
están en lo diario: a ellas, las invisibles
palabras. De mis fiestas les regalo colores:
sonríen, y se ponen alegres lentamente.

Su esencia, que obligaron con miedo a entrar en ellas,
se renueva, visible, y todos pueden verlo:
no han andado jamás todavía en el cántico
y entran estremecidas dentro de mi canción.

Siempre voy por idéntico sendero:
junto a jardines, donde para Alguno
las rosas se complacen, preparándose:
pero noto que aún falta mucho, mucho;
toda esta recepción no es para mí,

y debo, sin dar gracias ni quejarme,
pasar de largo ante ellas.

Soy sólo aquél que el séquito comienza,
y a .quien los dones no se dirigían:
hasta que lleguen los aún más dichosos,
leves formas calladas.:.
todas las rosas se desplegarán
como rojas banderas en el viento.

Este es el día en que yo reino, triste,
está es la noche que me echó de hinojos;
y rezo: que algún día mi corona
pueda alzar de mi frente.

De su sorda opresión he de ser siervo:
¿no puedo, en recompensa, ni una vez
contemplar, cara a cara. sus azules
turquesas, sus brillantes y rubíes?

¿Quizá murió hace mucho el resplandor
de las piedras: quizá me lo robó
mi huésped, el pesar: quizá no había
piedras en la corona que me dieron?

Almas blancas con vibración de plata,
almas niñas, que aún nunca cantaron,
que, sin rumor, en círculos crecientes,
hacia la vida van, que les da miedo,

¿no os desengañaréis de vuestro sueño
•cuando allá fuera, voces os despierten,
y no podáis, de mil ruidos del día .
librar la risa de vuestras canciones?

Entre el día y el sueño estoy en casa.
donde duermen los niños, tibios de correrías
y los viejos se sientan por la tarde,
y arden hogares y su espacio alumbran.

Entre el día y el sueño estoy en casa_
donde suenan campanas de oración
y muchachas, cohibidas por ecos que se extinguen,
se apoyan fatigadas en el brocal del pozo.

Y hay un tilo, que es mi árbol predilecto:
y todos los veranos que en él callan
se vuelven a mover en las mil ramas
y entre el día y el sueño vuelven a despertar.

No debes comprender la vida:
como una fiesta se hará entonces.
Haz que lo pase cada día
igual que un niño, al caminar,
deja que cada ráfaga
le regale mil flores.

Reunirlas y ahorrarlas,
no se le ocurre al niño.
las saca, suave, de cabellos
donde gustaron de apresarse,
y pidiendo nuevas extiende
sus manos otros años jóvenes.

Como los más secretos quiero hacerme:
no pensar las ideas en la frente,
perseguir un anhelo sólo en rimas;
con todas las miradas, sólo un leve
germen dar; sólo un ver con mi silencio.

No traicionar más, todo atrincherarme,
quedarme solo: así hacen los enteros:
tan sólo al prosternarse las ruidosas
gentes, por leves lanzas como heridas,
alzan los corazones de sus pechos
como custodias, para bendecirles.

Calla, de puro oír, de pura asombro,
tú, mi más honda vida;
porque ya sabes qué lo quiere el viento
antes de estremecer los abedules.

Y una vez que el silencio lo haya hablado
concede la victoria a tus sentidos;
a cada soplo, entrégate y concédete:
él lo dará su. amor, lo mecerá.

Y entonces, alma mía, sé ancha y ancha,
que lo alcance la vida;
ensánchate como un traje de fiesta
sobre las cosas pensativas.

Los sueños que en lo hondura están cercados,
de la tiniebla déjalos salir.
Son como fuentes, vuelven a caer
más leves, a intervalos de canciones,
en el regazo de sus anchas pilas.

Y ahora sé: como los niños me vuelvo.
Toda angustia es tan sólo un comenzar;
pero la tierra no tiene final,
y el temor es el gesto solamente
y el ansia es su sentido...

CANCIONES DE LOS ANGELES

No he soltado a mi ángel mucho tiempo,
y se me ha vuelto pobre entre los brazos,
se hizo pequeño, y yo me hacía grande:
de repente yo fui la compasión;
y él, solamente. un ruego tembloroso.

Le .di su cielo entonces: me dejó
él lo cercano, de que él se marchaba;
a cernerse aprendió. yo aprendí vida,
y nos reconocimos . lentamente...

Aunque mi ángel no tiene ya deber,
por mi día más fuerte desplazado,
baja a veces su rostro con nostalgia,
como si no quisiera ya su cielo.

Querría alzar de nuevo, de mis pobres
días, sobre las cimas de los bosques
rumorosos, mis pálidas plegarias
basta la patria de los querubines.

Allí llevó mi llanto originario
y pensamientos; y mis diminutos
dolores se volvieron allí bosques
que susurran sobre él...

Sí algún día, en las tierras de la vida,
entre el ruido de feria y de mercado,
la palidez olvido de mi infancia
florecida, y olvido el primer ángel,
su bondad, sus ropajes y sus manos
en oración, su mano bendiciendo;
conservaré en mis sueños más secretos

siempre el plegarse de esas alas,
que como un ciprés blanco
quedaban detrás de él...

5us manos se quedaron como ciegos
pájaros que, engañados por el sol,
cuando, sobre las olas, los demás
se fueron a perennes primaveras,
han de afrontar los vientos invernales
en los tilos vacíos, sin follaje.

Había en sus mejillas la vergüenza
de las novias, que el espanto del alma
tapan con púrpuras oscuras
ante el esposo.

Y en los ojos había
resplandor del primer día:
pero sobre todo
descollaban las alas portadoras...

Había expectación en la llanura
por un huésped que no acudió jamás:
aún pregunta tal vez el jardín trémulo:
su sonrisa después se vuelve inválida.

Y por los barrizales aburridos
se empobrece en la tarde la alameda,
las manzanas se angustian en las ramas
y les hacen sufrir todos los vientos.

Es donde están las últimas cabañas
y casas nuevas que, con pecho angosto,
se asoman estrujadas, entre andamios miedosos,
quieren saber dónde empieza el campo.

Allí la primavera siempre es pálida, a medias,
el verano es febril tras esas tablas:
enferman los ciruelos y los niños,
y tan sólo el otoño allí tiene algo

de remoto y conciliador: a veces
son sus tardes de suave derretirse:
dormitan las ovejas, y el pastor con zamarra
se apoya, oscuro, en la última farola.

Alguna vez ocurre en la honda noche
que se despierta el viento, como un niño,
y pasa la alameda, solitario,
quedo, quedo, llegando hasta la aldea.

Y a tientas va marchando hasta el estanque
y se para después a oír en torno:
y las casas están pálidas todas
y las encinas mudas...

ORACIONES DE LAS MUCHACHAS A MARIA

Haz que algo nos ocurra. Mira
cómo hacia la vida temblamos.
Y queremos alzarnos como
un resplandor y una canción.

Querías ser como las otras,
que en el frescor se visten, tímidas;
tu alma quería que sus cantos
cansados de muchacha, en seda
florecieran hasta las lindes
de la vida. Pero en lo hondo

de lo enfermo tuyo, una fuerza
osó echar pámpanos: brillaron
soles, y se hundieron semillas,
y lo volviste como el vino.

Y ahora estás tú, dulce y saciada
como tarde, en nosotras todas;
y sentimos cómo caemos
y nos dejas sin brillo a todas...

Mira, son tan estrechos nuestros
días, y temeroso el cuarto .
de la noche; todas deseamos
desmañadas, la rosa roja.

Debes sernos suave, María,
florecemos desde lo sangre,
tú sola puedes sabe cómo
el anhelo hace tanto daño;

tú misma has. percibido este
dolor de doncella en el alma;
tiene un tacto como de nieve
navideña. pero está ardiendo...

De tantas cosas, nos quedó el sentido:
precisamente de lo suave y tierno
hemos sacado un poco de saber;
como de un secreto jardín,
como de un almohadón de seda,
que se nos ha metido bajo el sueño,
o de algo, que nos quiere
con ternura desconcertante...

pero muchas palabras quedan lejos.

Muchas palabras han huido
de los sentidos y del mundo.
Se han puesto en torno de tu trono.
oyendo, como en torno de una música
que se eleva, Madre María;
y lo Hijo
les sonríe:

mira a tu Hijo.

Tu jardín al principio quise ser,
tener pámpanos y tener declives,
dar sombra a lo belleza,
para que tú, con maternal y mate
sonrisa, a mi con gusto lo volvieras.

Pero cuando viniste y cuando entraste,
penetró algo contigo:
eso me llama a los macizos rojos,
cuando me haces señal desde los blancos.

Nuestras madres están ya fatigadas:
y cuando con temor las apremiarnos
dejan caer las manos,
creyendo oír sonidos a lo lejos:
¡también nosotros hemos florecido!

Se acercan a los blancos
vestidos, que de prisa desgarramos,
en la luz polvorienta de su cuarto.

Qué fieles se atarean,
y entonces no ven nuestras
manos acaloradas...

Tenemos que enseñártelas
cuando no esté la madre en vela ya:
y subirán en medio de la noche
como dos blancas llamas.

Son como Hermes de mármol nuestros sueños,
que en nuestros templos hemos puesto, para
iluminarlos con nuestras guirnaldas,
y calentarlos con nuestros deseos.

Nuestras palabras son bustos dorados,
que llevamos encima en nuestros días:
los dioses vivos se alzan descollantes
en la frescura de costas diversas.

Siempre estamos en un mismo cansancio,
bien seamos robustos o en quietud.
per. tenemos sombras refulgentes
que hacen los gestos de la eternidad.

Es día todavía en la terraza.
Allí percibo yo un disfrute nuevo:
al aferrar ahora en el ocaso,
podría en todas las callejas oro
sedimentar de mí tranquilidad.

Ahora estoy muy lejano de este mundo.
Con su fulgor tardío enmarcaría
yo mi, soledad grave.

Me parece como si alguno ahora
me tomara mi nombre quedamente,
tan suave, que a mi no me da vergüenza,
y sé: no necesito ya ninguno.

En estas horas es cuando me encuentro.
Al viento, en sombra ondulan las praderas,
brilla a los abedules la corteza,
y el ocaso desciende encima de ellos.

Yo crezco en su silencio,
querría florecer con muchas ramas,
tan sólo para entrar con todo en corro
en la única armonía...

La tarde es mí libro. Le adornan
cubiertas de damasco púrpura;
suelto sus broches de oro, lo abro
sin premura, con frías manos.

Y leo la primera página,
por su son confidente atado,
leo más bajo la segunda,
y la tercera ya la sueño...

Siento a menudo en tímidos temblores
qué hondo estoy en la vida.
Las palabras son sólo las murallas.
Detrás, en montes más y más azules,
reluce su sentido.

No conozco los hitos de ninguna
pero escucho en su tierra,
Escucho en las laderas los rastrillos
y las barcas meciéndose
y la calma en la orilla.

Y así es nuestro primer silencio:
nos regalamos como propio el viento

y estremecidos, nos volvemos ramas,
y oímos, mayo adentro.
Hay una sombra en los caminos,
escuchamos y hay un rumor de lluvia:
el mundo entero crece frente a ella
para estar cerca de su gracia.

Pero al atardecer se hace pesado:
todos somos ahora iguales niños
huérfanos: la mayor parte ya no
se reconocen más unos a otros.
Como por tierra extraña, van
despacio por el borde de las casas,
escuchando hacia todos los jardines,
sin apenas saber que ellos aguardan
hasta que ocurre lo Uno:
Elevan manos invisibles,
desde una vida ajena, quedamente,
nuestra propia canción.

Estamos angustiosamente solos;
sólo nos apoyamos uno en otro;
cada palabra se hace como un bosque
ante nuestro peregrinar.
Nuestro querer es solamente el viento,
que nos oprime y gira; pues nosotros
mismos somos el ansia
que se eleva en las flores.

Me aterra la palabra de los hombres.
¡Lo saben expresar todo tan claro!
Y esto se llama «perro», y eso, «casa»,
y el principio está aquí, y allí está el fin.

Me espanta su decir, su juego en broma;
saben todo lo que es y lo que fue:
no hay montaña para ellos asombrosa;
su hacienda y su jardín lindan con Dios.

Siempre os he de avisar: no os acerquéis.
Me encanta oír las cosas cómo cantan.
Yo las toco: son mudas y están quietas.
Vosotros me matáis todas mis cosas.

¿Te llamaré subida o hundimiento?
Pues temo a la mañana algunas veces
y echo la mano, tímido, al rojo de sus rosas,
y en sus flautas una angustia presiento
por días que son largos y sin cánticos.

Pero las tardes son suaves y mías,
de mi mirada están iluminadas, quietas;
y se adormecen selvas en mis brazos,
y yo mismo sobre ellos soy el ruido;
pariente de la sombra en los violines
por todo mi ensombrecimiento.

Desciende, lenta hora de la tarde.
que fluyes de solemnes lejanías.
Yo lo recibo, yo soy el pilón
que lo toma y retiene y nada olvida.

Repósate y en mi vuélvete clara,
ancha hora, disuelta y silenciosa;
lo que en mi fondo se ha configurado
haz que se vea. Yo no sé lo que era,

¿Puede decirme alguien adónde
tiendo yo con mi vida?

¿Acaso no me muevo también con la tormenta
y vivo en el estanque, hecho una onda,
y soy yo mismo el pálido abedul
aterido en la primavera?

Como quiera que a todo de noche lo llamáramos,
no hace grande a las cosas nuestro nombre;
vienen columnas fuertes, sin aliento,
de arcos que se extendían en su juego.

Y corno peregrinos que, de pronto,
cuando caen los pliegues de una última cortina,
miran al altar donde sangra el cáliz.
y no pueden volverse atrás de lo sagrado:
así se precipitan las columnas al círculo
y se alzan temblorosas en medio de los términos.

Como negra ciudad crece la noche,
en que, siguiendo leyes silenciosas,
se enredan las callejas en callejas
y las plazas se juntan con las plazas,
y muy pronto en mil plazas surgen torres.

Pero en las casas de esta ciudad negra
no sabes tú quién puede residir.
En el mudo fulgor de sus jardines
para bailar los sueños hacen corro,
y tú no sabes quién toca el violín...

También tú lo has sentido una vez, ya lo sé:
se fatigaba el día en las pobres callejas,
y su amor se volvía dudosamente quedo...

Luego hay un despedirse en torno, en círculo;
se entregan las cansadas masas de las paredes,
las últimas miradas de ventanas, calientes

y claras, hasta que no se distinguen ya
las cosas. Medio en sueños se dicen en .un soplo:
cómo nos disfrazamos todas secretamente,
en sedas grises
todas nos vestimos:
¿quién de nosotras dos
eres ahora tú?

Al sonar los relojes
cerca, como en el corazón,
y al preguntarse, con voz tímida,
las cosas:
«¿Ahí estás?»,

entonces ya no soy el que despierta al alba:
la noche me regala un nombre
que ninguno de aquellos con los que hablo
de día, oiría sin hondo terror...

Todas las puertas
en mi se abren...

Y entonces sé que no se pierde nada
ni un ademán ni una oración
(para eso son las cosas demasiado pesadas);
mi infancia entera sigue
rodeándome siempre.

Nunca estoy solitario.
Muchos que antes de mí han vivido
y lejos de mí se esforzaron,
han tejido,

han tejido
en mi ser.

y si me pongo junto a ti
a decirte quedo: «Sufrí».
¿lo oyes?

Quién sabe quién está.
conmigo murmurándolo.

Lo he sabido en el sueño
y el sueño es verdadero:
yo necesito espacio
como toda una raza.

No me parió una madre:
mil madres han perdido
en el mozo enfermizo
ese millar de vidas
que le dieron.

No temas si son viejos también los crisantemos,
y la tormenta esparce a la selva marchita
en la indiferencia del mar:
pues la belleza brota desde esa forma estrecha:
con violencia suave ha madurado y
rompe el antiguo recipiente.

Viene desde los árboles
hasta mí y hasta tí,
no para descansar:
el verano se le hizo demasiado solemne.
De frutos plenos huye
y de sueños aturdidores sube,
pobre, hasta la tarea cotidiana.

No puedes esperar que Dios se acerque
para decirte: Existo.
Un Dios que respondiera de su. fuerza
no tendría sentido.
Debes saber que Dios te cruza en soplo
desde el primer principio.
y si el alma lo inflama y nada brota.
entonces obra en lo íntimo.

LA LEYENDA DE AMOR Y MUERTE
DEL ALFEREZ CRISTOBAL RILKE
(1899)

«...el 24 de noviembre de 1663 Otto von Rilke de Langenáu / Gränitz y Ziegra, / en .Linda, recibió en feudo la parte de la hacienda Linda dejada por su hermano Christoph, caído en Hungría; pero hubo de extender un documento / según el cual la concesión del feudo , seria nula a inválida / en el caso de que volviera su hermano Christoph (que, según el documento de fallecimiento mostrado, murió siendo alférez en la compañía del Barón de Pirovano, del regimiento imperial austríaco de Heyster, en Ross...) »

Cabalgar, cabalgar, cabalgar, de día, de noche, de día. Cabalgar, cabalgar, cabalgar.
Y el alma se ha cansado tanto y el ansia es tan grande. .Ya no hay montañas, apenas un árbol. Nada se atreve a elevarse. Extrañas cabañas se acurrucan sedientas en fuentes encenagadas. En ninguna parte una torre. Y siempre la misma imagen. Sobran los ojos. Sólo en la noche se cree a veces conocer el camino. ¿Quizá retrocedemos siempre de noche por el camino que hemos ganado penosamente de día? Puede ser. El sol es pesado, como en nuestra tierra en pleno verano. Pero nos hemos despedido en verano. Los trajes de las mujeres resplandecieron largamente sobre el. verde. Y ahora hace mucho que cabalgamos. Debe de ser otoño. Por lo menos, allí donde saben de nosotros unas tristes mujeres.

El de Langenau se mueve en la silla y dice: «Señor marqués...»
Su vecino, el pequeño y fino francés, no ha reído ni hablado desde hace tres días. Ahora ya no sabe nada, Es como un niño que querría dormir. Hay polvo en su fino cuello de encaje blanco, pero él no lo nota. Se

marchita lentamente en su silla de terciopelo. Pero el de Langenau sonríe y dice: «Tenéis unos ojos extraordinarios, señor marqués. Ciertamente os parecéis a vuestra madre...»
Entonces vuelve a florecer otra vez el pequeño y se desempolva el cuello y está como nuevo.

Alguien cuenta de su madre. Un alemán, evidentemente. Sonoro y lento va diciendo sus palabras. Como una muchacha que ata flores, prueba pensativamente una flor tras otra, y todavía no sabe qué saldrá en el conjunto: asi añade sus palabras. ¿Para la alegría? ¿Para el dolor? Todos escu-chan. Hasta cesa el gargajear. Porque son auténticos señores que saben lo que es decoroso. Y aquel del grupo que no sabe alemán, lo entiende de repente y siente palabras aisladas: «Tarde...» «Era pequeño...»

Allí están cerca todos unos de otros, esos señores, que vienen de Francia y de 13orgoña, de Holanda, de los valles de Carintia, de los castillos bohemios y del emperador Leopoldo. Porque eso que cuenta uno solo, ellos también lo han vivido y precisamente así. Como si no hubiera más que una sola madre...

Así se cabalga en el atardecer, en un atardecer. Vuelven a callar, pero se llevan consigo las luminosas palabras. Entonces el marqués se quita el casco. Sus cabellos oscuros están blandos,. y, al inclinar la cabeza, se extienden mujerilmente por su nuca. Ahora lo reconoce también el de Langenau: Lejos sobresale algo en el brillo, algo esbelto, oscuro. Una columna solitaria, medio caída. Y cuando hace mucho que han pasado, se le ocurre que era una Madonna.

Euego de guardia. Se sientan alrededor y aguardan. Aguardan a que uno cante. Pero están muy cansados. La roja luz es pesada. Se posa en los zapatos polvorientos. Se arrastra hasta la rodilla, se asoma a las manos plegadas. No tiene alas. Los rostros están oscuros. Sin embargo, los ojos del pequeño francés brillan un rato con luz propia. Ha besado una rosita, y ahora puede marchitarse en su pecho. El de Langenau lo ha visto, porque no puede dormir. Piensa: yo no tengo rosa, no tengo. Entonces canto. Y es una vieja canción melancólica, que en su casa cantan las muchachas en lós campos, en otoño, cuando terminan las cosechas.

Dice. el pequeño marqués: «¿Soy muy joven, señor?»
Y el de Langenau, mitad con tristeza mitad en desafío: «Dieciocho años.»
Luego callan.
Más tarde pregunta el francés: «¿Tenéis también vos una prometida en casa, señor caballero?»
«¿y vos?», replica el de Langenau.
«Es rubia como vos.»
y vuelven a callar, hasta que grita el alemán: «Pero, demonio, entonces ¿para qué habéis montado en la silla y cabalgáis por esta tierra envenenada contra los perros turcos?»
El marqués sonríe: «Para regresar.» .
Y el de Langenau se pone melancólico. Piensa en una muchacha rubia con la que jugaba. Juegos locos. Y querría `volver a casa, sólo por un momento, sólo el tiempo nece-sario para decir las palabras: «Magdalena, perdóname ha-ber sido asíl»
¿Cómo... era?, piensa el joven señor. Y están lejos.

Una vez, por la mañana, aparece un jinete, y luego otro, cuatro, diez. Todos de hierro, grandes. Luego mil detrás: el ejército.
Hay que separarse.
«Que volváis a casa con felicidad, señor marqués.»
«Que la Virgen os proteja, señor caballero.»
Y no pueden separarse. Son amigos de repente, hermanos. Tienen más que confiarse; porque ya saben tanto el uno del otro. Vacilan. Y hay prisa y golpes de pezuñas en torno de ellos. Entonces el marqués extiende el gran guante derecho. Ofrece la pequeña rosa, le quita un pétalo. Como quien parte una hostia.
«Esto os protegerá. Adiós.»
El de Langenau queda asombrado. Sigue largamente con la mirada al francés. Luego mete el pétalo desconocido bajo la casaca. Y sube y baja y sube con las ondas de su corazón. Toque de trompeta. Cabalga hacia el ejército el joven caballero. Sonríe melancólicamente: le defiende una mujer desconocida.

Un día a través de la impedimenta. Maldiciones, colores, risas; la tierra está deslumbrada. Vienen corriendo muchachos multicolores. Riñas y llamadas, Vienen prostitutas con sombreros purpúreos en cabello fluyente. Señales. Vienen mozos, negros de hierro como noche caminante. Agarran, cálidos, a las prostitutas, desgarrándoles los trajes. 'Las empujan al borde de los tambores. Y con la salvaje lucha de manos presurosas, despiertan los tambores, hacen ruido como en sueños, hacen ruido... Y al anochecer elevan faroles, extraños: Vino, luciendo en caperuzas de hierro. ¿Vino? ¿O sangre? ¿Quién puede distinguir?

Al fin delante de Spork. Junto a su caballo blanco sobre. sale el conde. Su largo pelo tiene el brillo del hierro. El de Langenau no ha preguntado. Reconoce al general, salta del corcel y se inclina en una nube de polvo. Trae consigo un escrito que le recomienda al conde. Pero éste manda: «Léeme el papelucho> Y sus labios no se han movido: No los necesita: son suficientes para maldecir. Lo de después, dice su mano derecha. Punto. Y miran a ella. El joven caballero ha terminado hace mucho. Ya no sabe dónde está. Spork está delante de todo. Hasta el cielo se ha ido. . Entonces dice Spork, el gran general:
«Alférez.»

Y es mucho.

La compañía está más allá del Raab. El de Langenau cabalga. solo.
Llanuras. Tarde. El herraje, delante de la silla, brilla a través del polvo. Y luego se levanta la luna. El la ve en sus mnanos.
El sueña.
Pero hay un grito hacia él.
Grita, grita,
le desgarra el sueño.
No es un búho. Misericordia:
el único árbol
le grita:
¡hombre!
y él mira. Hay. un árbol. Se hace árbol un cuerpo
a lo largo del árbol, y una mujer joven,
sangrienta y desnuda,
le asalta: ¡Líbrame!
Y él baja en un salto al negro verdor .
y corta las calientes cuerdas;
y ve sus miradas arder
v sus dientes morder.
¿Ríe?
Le estremece.
y ya se sienta a caballo
y galopa en la noche. Sangrientos cordeles apretados en el puño.

El de Langenau escribe una carta, todo pensativo. Pinta despacio con grandes letras solemnes, erguidas:

Madre mía querida:¡
estáte orgullosa: llevo la bandera,
no tengas pena: llevo la bandera.
quiéreme: llevo la bandera

Luego esconde la carta en su casaca militar, en el lugar más secreto, junto al pétalo de rosa. Y piensa: pronto tendrá su aroma. Y piensa: quizá la encuentre una vez uno... Y piensa...: porque el enemigo está. cerca.
i
Cabalgan sobre un labrador muerto. Tiene los ojos muy abiertos y algo se refleja en ellos: no es cielo. Después aúllan perros. Llega también una aldea, por fin. Y sobre las cabañas se alza, pétreo, un castillo. Ancho, el puente les lleva dentro. La puerta se hace grande. El cuerno da una alta bienvenida. Oíd: ruidos, chasquidos y ladridos de perros, Relinchos en el patio, cascos de caballo golpeando y lla-madas.

¡Descanso! Otra vez ser huésped. No siempre atender él mismo a sus deseos con mezquino alimento. No siempre tomarlo todo de modo enemigo: por una vez, dejar transcurrir todo y saber: lo que ocurre, está bien. También el ánimo debe una vez extenderse, y al borde de cubiertas de seda, caer de espaldas en sí mismo. Por una vez llevar sueltos los rizos y los anchos cuellos abiertos y sentarse en sillones de seda y estar así hasta la punta de los dedos: estar después del baño. Y volver a saber qué son mujeres. Y qué hacen las de blanco y qué son las de azul: qué manos tienen, cómo cantan su risa, cuando traen muchachos rubios los hermosos cuencos pesados de frutas jugosas.

Empezó como comida. Y se ha vuelto una fiesta, apenas se sabe cómo. Las altas llamas ondeaban, las voces zumbaban, enredados cantos resonaban de cristal y fulgor, y al fin de los ritmos madurados brotó la danza. Y todo lo arrastró. Era una oleada en las salas, un encontrarse y elegirse, un despedirse y reencontrarse, un disfrutar el brillo y cegarse de luz y mecerse en los vientos estivales que hay en los vestidos de las cálidas mujeres.
Del vino oscuro y de mil rosas mana la hora rumorosa en el sueño de la noche.

Y uno se eleva y se queda mirando en este esplendor. Y es de tal modo que mira si está despierto. Porque sólo en sueños se ven tales maneras y tales fiestas y estas mujeres: su menor gesto es un pliegue que cae en el brocado. Construyen horas de diálogos de plata, y a veces levantan así las manos...y deben querer decir que en algún lugar donde tú no alcanzas, brotarían suaves rosas que tú no ves. Y entonces sueñas: en estar adornado con ellas y feliz de otro modo y ganarte una corona para tu frente, que está vacía.

Uno, vertido de seda blanca, reconoce que no puede despertar; porque está despierto y desconcertado de realidad. Así huye temeroso por el sueño y se queda en el parque, solitario en el parque negro. Y la fiesta está lejos. Y la luz miente. Y la noche está cerca en torno suyo y fría. Y pregunta a una mujer que se inclina hacia él: «¿Eres la noche?»
«¿Eres la noche?»
Ella sonríe.

Y entonces él se avergüenza de su traje blanco. y querría estar lejos y solo y con armas.
Todo armado.

«¿Has olvidado que eres mí paje para hoy? ¿Me abandonas? ¿A dónde vas?
«Tu traje blanco me da derecho sobre ti...»

«¿Tienes añoranza de tu casaca aspera?».....

«¿Tienes frío?¿Tienes nostalgia? La condesa sonríe.

No. Pero es sólo porque se le ha caído de los hombros el ser niño, ese suave traje oscuro. ¿Quién se lo ha llevado? «¿Tú?»,pregunta con una voz que todavía no ha oído.«¿Tú?» Y ahora no hay nada en él. Y está desnudo como un santo. Claro y esbelto.

El castillo se apaga despacio. Todos están pesados: cansados o enamorados o borrachos. Después de tantas noches de campaña, largas y vacías: camas. Anchas camas de encina. En ellas se reza de otro modo que en el miserable surco de allá abajo, que, cuando uno quiere dormir, se hace como una tumba.
« Señor Dios, ¡como quieras!»
Son más cortas las oraciones en la cama.
Pero más interiores.

El cuarto de la torre está oscuro.
Pero ellos se alumbran en la cara con una sonrisa. Van a tientas como ciegos y encuentran al otro como una puerta. Casi como niños, que tienen miedo de la noche, se meten uno en otro. Y, sin embargo, no tienen miedo: no hay nada que esté contra ellos: ningún rostro, ninguna mañana; porque el tiempo se ha derrumbado. Y ellos florecen en sus escombros.
Él no pregunta: « ¿Tu marido?»
Ella no pregunta: «¿Tu nombre?»
Se han encontrado para ser entre si una nueva raza.
Se darán cien nombres nuevos y se los volverán a quitar entre sí todos, como quien se quita un pendiente.

En la antesala, sobre un sillón, cuelga la casaca de guerra, la bandolera y la capa del de Langenau. Sus guantes están en el suelo. Su bandera se yergue escarpada, apoyada en el crucero de la ventana. Es negra y esbelta. Afuera galopa una tempestad a través del cielo y saca trozos de la noche, blancos y negros. La luz de la luna pasa como un largo relámpago, y la bandera inmóvil tiene sombras inquietas. Sueña.

¿Estaba abierta una ventana? ¿Está en casa la tempestad? ¿Quién golpea las puertas? ¿Quién cruza la habitación..? Déjalo. Quien sea. En el cuarto de la noche no lo encuentra. Como detrás de cien puertas está este gran sueño, que tienen en común dos personas; tan en común como una misma madre o una misma muerte.

¿Es esto la mañana? ¿Qué sol se levanta? ¡Qué grande es el sol! ¿Esto son pájaros? Sus voces están por. todas partes..

Todo está claro, pero no es de día.
Todo está sonoro, pero no hay voces de pájaros.
Son las vigas, que brillan. Son las ventanas, que gritan. y gritan, rojas, hacia los enemigos, que están fuera en la tierra llameante, gritan: incendio.
Y con sueño desgarrado en la cara, todos se aprietan, medio hierro, medio desnudos, de cuarto en cuarto, de tramo en tramo, y buscan las escaleras.
y con aliento. sofocado balbucean trompetas en el patio:
¡Reunirse, Reunirse!
y tambores temblorosos.
i
Pero la bandera no está ahí.
Llamada: ¡Alférez!
Caballos enfurecidos, rezos; gritos,
maldiciones: ¡Alférez!
Hierros contra hierros, órdenes y señal, silencios: ¡Alférez!
Y otra vez más: ¡Alférez1
Y allá con la caballería hirviente .

Pero .la. bandera. no. está .allí.

El corre en torno de los tumultos con movimientos ardientes, por puertas que le rodean incendiadas, por escaleras, que le chamuscan, y él irrumpe del edificio enloquecido. En sus brazos lleva la bandera, corno una blanca mujer sin sentido. Y encuentra un caballo, y es como un grito: pasando por encima de todo, más allá de todo, incluso de los suyos. Y allí vuelve en sí también la bandera, y nunca fue tan soberana; y ahora la ven todos, lejos, adelantada, y reconocen al hombre claro y sin casco, y reconocen la bandera...

Pero entonces empieza a brillar, se lanza allá y sé hace grande y roja...

Arde su bandera en medio del enemigo, y ellos le persiguen.

El de Langenau está en lo hondo del enemigo, pero solo completamente. El espanto ha hecho un espacio redondo en torno de él, y él se detiene en medio, bajo su bandera que lentamente se va incendiando. Despacio, casi meditativamente, mira en torno suyo. Hay mucho de extraño y multicolor ante él. Jardines... piensa y sonríe. Pero entonces siente que se posan ojos en él y reconoce hombres y sabe que son los perros paganos; y lanza su caballo en medio de ellos.
Pero cuando todo se agolpa ahora detrás de él, vuelven a ser jardines, y los dieciséis sables curvos, que brotan hacia él, rayo tras rayo, son una fiesta.
Un riente juego de agua.

La casaca de guerra ha ardido en el castillo, la carta y el pétalo de rosa de una mujer desconocida...
La primavera siguiente (vino melancólica y fría) llegó a caballo un correo del barón de Pirovano. lentamente, a Langenau. Allí vio llorar a las viejas,

EL LIBRO DE HORAS

(1899-1905)

LIBRO PRIMERO

EL LIBRO DE LA VIDA MONÁSTICA

(1**899)**

Y la hora se inclina y me toca
con golpe metálico y claro,
Tiemblan mis sentidos. Lo siento que puedo,
y agarro el plástico día.

Nada estaba hecho antes que mirara;
un devenir se detiene.
Mis ojos maduran, y como una novia
va a cada mirada la cosa que quiere.

Nada me es pequeño: sé también amarlo,
lo pinto sobre oro, y en grande,
y lo tengo en alto: y no sé hacia quién
el alma se escapa...

Vivo mi vida en círculos que se abren
Sobre las cosas, anchos.
Tal vez no lograré cerrar el último
pero quiero intentarlo.

Giro en torno de Dios, antigua torre,
giro hace miles de años.
Y aún no sé si soy águila o tormenta
o si soy un gran cántico.

Tengo muchos hermanos con sotanas
en el Sur, donde crece el laurel en los claustros.
Sé con qué humanidad imaginan Madonnas;
sueño a menudo con Tizianos jóvenes
por los que cruza el Dios incandescente.

Pero cómo me inclino también hacia mí mismo:
es oscuro mi Dios, como un tejido
de cien raíces que en silencio beben
Sé que de su tibieza me levanto
y no sé más, porque todas mis camas
reposan allá abajo, con señas sólo al viento.

Con nuestras fuerzas no te pintaríamos,
tú, aurora, de quien se alza la mañana.
De viejos potes de color sacamos
Las mismas líneas, y los mismos rayos
con que el santo pintor te silenciaba

Alzamos ante ti imágenes, como
paredes: mil murallas ya te cercan.
Porque te velan nuestras pías manos,
tanto te ven patente nuestras almas.

Amo las horas de mi ser en sombra
donde se profundizan mis sentidos:
he hallado en ellas, como en viejas cartas,
mi villa cotidiana ya vivida,
su leyenda lejana y superada

Por ellas sé qua tengo espacio para
una segunda villa, ancha y sin tiempo.

Y algunas veces soy igual que el árbol
que, maduro y sonoro, en una tumba
cumple igual sueño qua el muchacho antiguo
(ceñido por sus cálidas raíces)
perdido en melancolías y canciones

Vecina Dios, si a veces te molesto
con duros golpes en las noches largas,
es porque apenas te oigo respirar
y se que siempre estás solo en tu cuarto.
Y si algo necesitas, nadie tienes
para acercar un sorbo pasta tu boca:
siempre escucho. Tú dame una señal.
Estoy aquí, muy cerca.

Entre los dos hay sólo un leve muro. ,
por azar; pues podría
una llamada, tuya o de mi boca,
derribarlo
sin ruido.

Edificado está con tus imágenes.

Tus imágenes se alzan como nombres
ante ti. Si se enciende en mí la luz
con que te reconocen mis entrañas,
se disipa en tus marcos como brillo.

Y mis sentidos, que desmayan pronto,
arrancados de ti, sin patria están. '

Sí, por una vez sólo, hubiera calma.
Si lo azaroso y lo aproximativo
se callara, y la risa de vecinos:
si el estrépito que hacen mis sentidos.
no me estorbara tanto al despertar

Entonces, yo podría en una idea
vuelta miles, pensarte hasta tu borde.
tenerte (lo que dura una sonrisa),
regalar toda vida en torno a ti,
como dando las gracias.

Me gusta vivir hoy que el siglo pasa.
Se siente el viento de una enorme hoja
que está escrita por Dios. por ti y por mi
y que gira en extrañas manos, alta.

Se siente el brillo de una nueva página.
que aún todo puede acontecer.
fuerzas quietas prueban su amplitud
y se miran, sombrías, entre sí

Lo leo en tu palabra,
en la historia narrada por los gestos

con que tus manos se redondeaban
en torno al devenir, tibios límites sabios
En voz alta dijiste vivir; y con voz queda
morir, y repetías siempre: Ser.
Pero antes de la muerte primera vino el crimen
Y se abrió una fisura por tus maduros círculos
y un grito atravesó
y desgarró las voces
que estaban. congregadas
allí para decirte,
para sobrellevarte,
puente de todo abismo...

Y lo que desde entonces balbucieron
son trozos
de tu antiguo hombre.

El pálido mozo, Abel dice:

No existo ya_ Mi hermano me ha hecho no sé qué
que mis ojos no vieron.
Me ha tapado la luz.
Mi rostro lo ha empujado, desplazándolo
con el suyo.
Y ahora ya está solo.
Pienso que todavía debe ser.
Porque a él nadie le hace lo mismo que él
Marchaban todos mis caminos;
pero al llegar delante de su cólera
se pierden en él todos.

Mi hermano mayor creo que está en vela
igual que un tribunal. .
La noche en mí ha pensado
y en. él, no.

Tú, oscuridad, de, la que yo procedo,
te amo más que la llama
que da frontera al mundo,
porque brilla tan sólo
para dentro de un círculo,
tras el cual no hay un ser que sepa de ella.

Pero la oscuridad lo tiene todo:
rostros y llamas,. animales, yo,
tal como lo arrebata:
personas y potencias ..

Y puede ser así: una enorme fuerza
'se mueve junto a mí

Creo en las noches

Creo en todo lo que aún no ha sido dicho.
Quiero librar mis más píos sentires.
Lo que ninguno osó querer aún
para mí será un día sin querer

Si esto es temeridad, perdón, Dios mío.
Pero yo solamente he de decir:
mi mejor fuerza se haga como instinto,
tan sin cólera y tan sin timideces:
así es como se quieren los niñitos.

Con estas bocas, desembocaduras
en anchos brazos al abierto mar,
con este regresar siempre creciente
te reconoceré, te anunciaré,
como nadie hasta ahora.

Y si es orgullo, déjame que tenga
orgullo de mi rezo,
que tan serio y tan solo
se levanta ante tu nubosa frente.

Estoy en el mundo muy solo, pero no bastante solo
para consagrar cada hora.
Estoy muy pequeño en el mundo, pero no bastante pequeño
para ser ante ti como una cosa,
oscura y prudente.
Quiero mi voluntad y quiero acompañar mi voluntad
por el camino a la acción
y quiero en tiempos callados, temblorosos no sé como si algo se acerca,
ser de los que saben
o estar solo.

Quiero reflejarte siempre en tu figure entera
y nunca quiero ser ciego o demasiado viejo
pare conservar tu pesada imagen oscilante.
Quiero desdoblarme.
Por ninguna parte quiero quedar doblado,
Por que donde estoy doblado, estoy falseado,
y quiero mi sentido
verdadero ante ti. Quiero describirme
como una imagen que vi.
largamente y de cerca
como una palabra que comprendí,
como ni jarro diario,
como el rostro de mi madre,
como un barco
que me llevó
a través de la más mortal tormenta.

Ya ves, yo quiero mucho.
Quizá lo quiero todo:
lo oscuro de cualquier caer sin fin
y el juego de luz de todo subir.

Muchos, viven y nunca quieten nada,
y son ennoblecidos por los chatos
sentires de su fácil tribunal.

Pero a ti te contenta todo rostro
que sirve y tiene Sed.

Te complaces con todos los que te usan
igual que un utensilio:

Todavía no estás frío, ni es tarde
para hundirse en tu entraña deviniendo
donde la vida en calma se revela.

Construimos en ti con manos trémulas
poniendo en torres átomo sobre átomo.
Pero. ¿quién te podrá
terminar, catedral?

¿Qué es Roma?
Se desploma.
¿Qué es el mundo?
Se hará pedazos antes
que haya en tus torres cúpulas
y en minas de mosaico
aparezca tu frente refulgente.

Pero a veces en sueños
puedo mirar por sobre
tu espacio,

hondo, desde el principio
al áureo chapitel de tu cubierta.

Y vea: mis sentidos
construyen y edifican
los últimos adornos.

Porque alguno te quiso alguna vez
sé que también podríamos quererte.
Aun cuando rechacemos toda hondura:
aunque un monte tenga oro
y nadie pueda ya desenterrarlo.
te alumbrará una vez la inundación
que se agarra a la calma de la piedra.
en su total rebose.

Aun cuando no queramos:
Dios madura.

Quien las contradicciones de su vida
armoniza y reúne en una imagen,
lleno de gratitud, echa a empujones
a los estrepitosos del palacio,
se hace festiva de afro modo, y tú eres el invitado
eres el invitado
que el recibe en atardeceres suaves.

De su soledad tú eres el segundo,
el quieto centro de sus soliloquios,
y todo cerco en torno de ti puesto
también le tensa el cerco desde el tiempo.

Mis manos, ¿a qué van por los pinceles?
Si te pinto, Dios, casi no lo notas.

Te siento. Donde acaban mil sentidos
comienzas vacilante, en muchas islas,
y en tus ojos, que nunca pestañean,
el espacio soy yo.

Tú ya no estás en media de tu brillo,
donde todas las lineal del baile de los ángeles
te gastan lo lejano como música...
Tu vives en tu casa más extrema.
Tu cielo entero aplica a mí su oído,
porque yo lo callé, considerándome.

Soy yo, miedoso: ¿acaso no me escuchas
romper en ti con todos mis sentidos?
Mis sentimientos, que encontraron alas,
giran, blancas, en torna de tu rostro.
¿No ves mi alma qué densa está ante ti
en un traje de calma?
¿No madura mi rezo
de mayo en tu mirada coma un árbol?

Si eres el soñador, yo soy tu sueño.
Y si despiertas, yo soy tu deseo
y me hago fuerte, en pleno señorío.
y redondo como un silencio de astros
sobre la ciudad mágica del tiempo.

No es mi vida esta hora tan abrupta
en que me ves entrar con tanta prisa.
Soy un árbol delante de mi fondo,
soy una sola de mis muchas bocas,
y aquella que se cierra más temprano.

Soy el silencio en medio de dos notas

que se acostumbran mal a estar unidas:
porque la nota “muerte” quiere alzarse:

Pero temblando en su oscuro intervalo
se unen
y queda hermosa la canción.

Si yo hubiera crecido en algún sitio donde
los días son más leves, las horas más esbeltas
y una gran fiesta te hubiera inventado,
y mis manos no te tendrían como
a veces te sujetan, temerosas y duras.

Allí yo hubiera osado prodigarte,
tú, presente sin límites.
Igual que una pelota
hubiera echado todas las fluctuantes
alegrías en ti, para que alguno
con las manos en alto,
te tomara, atajando tu caída
tú, cosa de las cosas

Yo te habría dejado fulgurar
como un filo de espada.
Del más dorado anillo
haría rodear tu fuego, y él
debería tenerme
en la mano más blanca.

Te pintaría, pero no en el muro,
sino en el cielo mismo, hasta los bordes;
te formaría, como te formara
un gigante: como montaña o fuego,
como simún creciente de la arena desértica,

o
es posible también que te encontrara
de nuevo...
Están remotos mis amigos,
apenas oigo resonar sus risas:
y tú: tú te has caído de tu nido;
eres un pajarito con garras amarillas
y grandes ojos, que me dan dolor.
(Mí mano es para ti muy ancha.) Eleva
con el dedo una gota de la fuente, '
y acecho sí la quieres tú beber,
y siento palpitar tu corazón
y el mío: ambos de miedo.

Te encuentro en todas estas cosas,
qua en mí tienen un buen hermano;
eras semilla en las pequeñas
y en las grandes tu entregas grande.

Es el mágico juego de las fuerzas,
que a tu servicio marchan por las cosas.
creciendo en las raíces, menguando por los tallos
y en las cimas igual que una resurrección.

Voz de un hermano joven

Fluyo, fluyo
como. la arena por entre los dedos.

Tengo muchas sentidos de repente.
todos sedientos, de diverso modo.
Me siento en mil lugares
henchirme y con dolor
Pero más en mitad del corazón.

Me querría morir. Déjame Bola.
Creo que lograré
tener tanto terror
que me estallen los pulsos.

Dios. mira: a construir en ti uno viene
que ayer aún era un. niño: todavía
van sus manos plegadas por mujeres
en un doblez, que casi ya es mentira.
Pues su derecha acude hacia su izquierda
para guardarse o para hacer un signo
y para estar sola en el brazo.

Su frente fue hasta ayer como un guijarro
en el río, rodado por los días,
que nada dicen sino golpes de ondas
y nada piden, sino alguna imagen
de cielos. que el azar les pone encima:
hay hasta ella está abriéndose paso
una historia del mundo,
ante un inexorable tribunal,
y se hunde en su sentencia.
brota espacio en un rostro nuevo. Nunca
hubo luz antes de esta luz, y como
hasta ahora jamás, tu libro empieza.

Te quiero, la más suave de las leyes,
en que, en lucha contigo, maduramos;
gran nostalgia que nunca dominamos,
bosque del que jamás hemos salido,
canción que al callar siempre hemos cantado,
red oscura
en que huyendo se apresan los sentires.

Te empezaste tan grande, sin confines,
en ese día en que nos empezaste,
y estamos tan maduros en tus soles,
tan ensanchados, tan hondo plantados,
que en los ángeles, hombres y Madonnas,
puedes cumplirte ahora sosegada.

Pon tu mano en la ladera del cielo;
lo que en sombra tu hacemos, muda, aguanta.

Somos obreros: maestros, aprendices,
construyéndote, oh nave central alta.
Y a veces viene un grave mensajero
como un brillo entre nuestros cien espíritus.
a enseñarnos, temblando, otro trabajo.

Subimos por andamios columpiantes.
-el martillo, pesado, en nuestra mano-
hasta besarnos en la frente una hora,
que, fúlgida y como sabiendo todo,
llega de ti como un viento del mar.

Luego hay un son de múltiples martillos
que por los montes va, golpe tras golpe.
Salió al oscurecer tu damos suelta,
tus perfiles futuros ya en penumbra.

Dios, eres grande.

Eres tan grande Tú, que ya no soy
más, en cuanto me pongo junta a ti.
Tan oscuro: mis pocas claridades
en tu borde no tienen ya sentido.
Tu voluntad va allá como una ola

ahogando los días.

Sólo mi ansia te llega a la barbilla
y ante ti se alza, más grande que un ángel:
pálido, extraño, aún sin redimir,
tendiéndote las alas.

No quiere más el vuelo sin orillas
en que las lunas pálidas pasaban,
y de los mundos sabe ya bastante.
Con sus alas, coma ton llamas, quiere
erguirse ante tu rostro sombreado
y en sus blancos reflejos quiere ver
si le condenas con tus cejas grises.

En la luz tu persiguen muchos ángeles
y chocan con la frente en las estrellas
queriéndote aprender en todo brillo.
Pero cuando tu canto, muchas veces,
me parece que con desviado rostro
se alejan de las pliegues de tu manto.

Pues tú eras sólo un huésped en el oro.
Por amor sólo a un tiempo que te huía
en sus claras, marmóreas oraciones,
apareciste, rey de los cometas,
orgulloso en los rayos de tu frente.

Volvías, cuando se fundió ese tiempo.

Tu boca, por la cual sufro, está oscura
y tus manos son de ébano.

Eran días de Miguel Ángel ésos.
de que leía yo en extraños libros.
E fue el hombre que, sobre toda escala,
grande como un gigante, se olvidó
de lo inconmensurable.

Era el hombre que siempre vuelve cuando
un tiempo que se quiere terminar
reúne su valor una vez más.
Todo su peso entonces alza alguno.
y lo arroja al abismo de su pecho.

Los de antes de él tenían alegría y pasión:
pero él ya sólo siente la masa de la vida
y que todo tu abarca coma una sola cosa;
sólo Dios sigue encima de su voluntad, ancho:
y entonces le ama con su rencor alto
por aquella inalcanzabilidad.

Esa rama de árbol de Dios que alcanza Italia,
ha florecido ya.
Quizás hubiera querido,
abundante de fruta, anticiparse,
pero se cansó en medio de las flores
y ya no tendrá fruto.

Sólo la primavera de Díos estuvo allí,
sólo se cumplió su Hijo,
la Palabra.
Toda fuerza giró
hacia el fúlgido Niño.
Vinieron con regalos
a El todos;
todos cantaron coma querubines
de alabanza.

Y él dio un aroma quedo
como rosa de rosas.
Fue lo mismo que un círculo
en torno de los que no tienen patria.
Con mantas y metamorfosis fue
por las voces ascendentes del tiempo.

Allí. también la despertada al fruto,
la tímida, asustada de hermosura.
la doncella visitada en su casa fue amada.
La floreciente, la no descubierta.
que tiene cien caminos.
La dejaron marchar y suspenderse
a la deriva, con el año nuevo;
su Vida de Maria en servidumbre
fue prodigiosa, fue corno de un rey.
Como rumor de algún día de fiesta,
cruzaba, grande, por todas las casas;
la antes doncellilmente distraída
estaba tan sumersa en su regazo,
y tan llena del Único
y tan bastante para miles
que todo parecía iluminarla
como la que era viña y dio su fruto.

Pero como si el peso de la ladera en fruto,
la ruina de columnas y arquerías
y el cesar de los cánticos
la hubiera hecho pesada,
la doncella se ha vuelto en otras horas,
hacia las heridas futuras,
todavía preñada del que es más grande.

Sus manos, que en silencio se soltaban,
permanecen vacías.
Ay, aún no ha parido al que es más grande.
Y los ángeles, que no la consuelan,
la rodean extraños y con miedo.
La pintaron así. Uno, ante todo,
que traía su anhelo del sol. Y para él
maduró ella saliendo pura de todo enigma,
pero en la pasión cada vez más universal:
él fue toda su villa como uno al que, llorando,
se le ha metido el llanto entre las manos.

El es el más hermoso velo de] dolor de ella,
que se pliega en sus labios afligidos,
y se dobla sobre ellos casi en una sonrisa;
y con, la luz de siete candelas de los ángeles
no queda superado su misterio.

Con una rama, sin comparación,
Dios, el árbol, se volverá estival,
anunciador, sonoro de maduro;
en un país donde escuchan los hombres
y están todos .tan solos como yo.

Porque sólo a los solos se revela,
y a muchos solitarios de igual modo
se dará. más que al uno diminuto.
Pues otro Dios se hará ver a cada uno
hasta que reconozcan, casi en llanto,
que por su concepción desparramada
y por. su percibir y su negar,
diverso sólo en ciento de los suyos
avanza un solo Dios como una ola.

El rezo final es
que los que ven se dicen:
La raíz Dios ha dado fruto: andad
a tocar las campanas:
llegamos a los días más tranquilos,
en que la hora se halla ya madura.
La raíz Dios ha dado ya su fruto:
sed graves y mirad.

No puedo creer que la pequeña muerte,
aunque a diario la vemos sobre todo,
siga siendo un cuidado nuestro, un ansia.

No puedo creer que nos acose en serio:
vivo aún, tengo tiempo de construir;
es más larga mi sangre que son rojas las rosas.

Mi sentido es más hondo que el ingenioso juego
con nuestro miedo, en que así se complace,
Yo soy el mundo
de que ella cayó errando.

E igual que ella,
andan girando monjes así en torno; '
da miedo su girar:
no se sabe: ¿es el mismo a cada vez,
son dos. son diez, son miles o son más?
Sólo se ve esa mano extraña y amarilla
que se tiende, desnuda y tan cercana
ahí: tu mismo que
si saliera de nuestro propio traje.

¿Qué vas a hacer. Señor, cuando me muera?
Tu cántaro soy yo (¿ya cuando me rompa?)
Tu bebida soy yo (¿y cuando me vierta?)
Yo soy tu vestidura, soy tu oficio:
conmigo pierdes tu sentido.

Después de mí, no tienes casa donde
te saluden palabras tibias, íntimas.
De tu cansado pie cae la pantufla
aliviadora, que soy yo.

Tu gran túnica se te queda atrás.
Tu mirada, que acojo en mi mejilla
tibia, como una almohada, largo tiempo
caminará en mi busca'
y a la puesta del sol se dormirá
en el regazo de piedras extrañas.

¿Qué harás, Señor, entonces? Tengo miedo.

Tú eres el susurrante enhollinado;
en todas las estufas duermes, ancho.
El saber solamente es en el tiempo.
Tú eres el ignorado por la sombra
que va de eternidad a eternidad.

Tú eres el pedigüeño, el temeroso.,I ,
que pasa en el sentido de las cosas.
Tú eres dentro del cántico la sílaba
que vuelve cada vez más temblorosa
entre la fuerza de la recia voz.

Tú nunca te aprendiste de otro modo:

Pues no eres el hermosamente unido
en torno al cual se engarza la riqueza.
Tú eres el hombre simple que hizo ahorros.

Tú eres el campesino de la barba
que va de eternidad a eternidad.

AI hermano menor

Tú, niño ayer, a quien llegó la confusión;
no se disipe en ceguedad tu sangre,
No piensas en placer: piensas en la alegría:
estás hecho tu mismo que un esposo
y habrá de ser tu esposa tu pudor.

El gran gozo también tiende hacia ti,
y de pronto los brazos están desnudos todos.
En piadosas imágenes las pálidas mejillas
están cubiertas de fuegos extraños:
y tus sentidos son corno muchas serpientes,
que, ceñidas del rojo del sonido,
se tensan al compás del tamboril.

Y de repente- tu has quedado solo
con tus manos, que tu odian...
Y tu voluntad no hace un milagro:

Y allá van, como por sombrías calles,
rumores de Dios por tu oscura sangre.

Al hermano menor

Reza entonces coma éste te lo enseña,
al regresar él mismo del enredo,
tal que. en santas imágenes que guardan
toda la dignidad de su sustancia,
en una iglesia y en dorada esmalte,
pintara a la Belleza. espada en mano.

EI te enseña a decir:
Hondo sentido mío,
confía en mí, que no tu desengaño:
en mi sangre hay rumores muy diversos
pero yo sé que estoy hecho de afán

Una gran gravedad viene a romper en mí.
En su sombra, frescor time la vida.
Por vez primera estoy solo contigo.
tú. sentimiento mío.
Eres muy virginal.

En mi vecindad hubo una mujer
y, en ropajes marchitos, me hizo señas.
Pero tú me hablas de remotas tierras.
Y mi fuerza levanta
su mirada a los bordes de los cerros.

Himnos tengo, que callo,
Hay un estar erguido
en donde hago inclinarse mis sentidos...
al verme grande tú, soy diminuto.
Oscuramente puedes distinguirme
de esas cosas que doblan la rodilla;
como rebaños son, y están paciendo,
soy el pastor del páramo, en la cuesta,
ante quien se reúnen por la tarde,
Entonces voy tras ellas
Y oigo el sordo rumor de oscuros puentes.
y en el vaho humeante de sus lomos
se esconde mi regreso.

Oh Dios, cómo comprendo tu hora, cuando,
para redondearla en el espacio

por delante de ti tu voz pusiste;
te dolía la Nada como herida
y así la refrescaste can el mundo.

Ahora se cura, suave, entre nosotros.

Porque han bebido todos los pasados
al Dios enfermo sus enormes fiebres,
sentimos ya en vacilaciones suaves
el pulso reposado de su fondo.

Yacemos, aliviados, en la Nada
y todas las rendijas las tapamos,
pero tú estás creciendo por la incierto
bajo la sombra de tu inmenso rostro.

Esos, que no mueven sus manos
en el tiempo, pobre ciudad,
los que las ponen en lo mudo,
en un lugar, lejas de sendas,
que apenas time hombre aún,
te expresan, dicha cotidiana
y dicen, quedo, en una hoja:

Hay en el fondo sólo rezos;
se han consagrado nuestras manos.
que sólo crean lo que escapa;
si uno pintaba o si segaba,
de los giros de su utensilio
se desplegaba la piedad.

El tiempo tiene muchas caras.
Del tiempo oímos muchas veces,
y hacemos tu viejo, la eterna;
sabemos que Dios nos cercaba
como una gran barba o un traje.
Somos vetas en el basalto .
del imperio duro de Dios.

Como una luz nos es el nombre,
puesto, duro, sobre la frente.
Se hundió mi cara entonces, ante
ese tribunal en sazón
y te vi (y hablo desde entonces)
a ti, gran peso oscureciendo
puesto sobre mí y sobre el mundo.

Me torciste, lento, del tiempo,
en que me erguía, vacilante;
me incliné tras ligera lucha-.
dura ahora tu oscuridad
en torno a tu suave victoria.

Me tienes, sin saber a quién,
pues tus anchos sentidos ven
sólo que yo me oscurecía.
Me agarras, suave, extrañamente,
y escuchas cómo van mis manos
a través de tu vieja barba...

Tu primera palabra ha sido: Luz,
y el tiempo fue. Después callaste mucho.
La segunda fue Hombre, temerosa,
(aún nos ensombrecemos en su son),
y ahora tu rostro vuelve a meditar.

No quiero la tercera.

Rezo mucho de noche: Sigue mudo,

quédate así creciendo en ademanes,
mientras te empuja en sueños el espíritu
para que escribas la pesada suma
del callar en estrellas y montañas.

Sé tú el refugio ante la cólera
que ha rechazado tu indecible.
Se hizo noche en el paraíso:
sé el vigilante con el cuerno
de quien sólo cuentan que toca.

Vienes y vas. Las puertas se abren
más suaves, casi sin un soplo.
eres el más mudo de cuantos
por las calladas casas cruzan.

A ti nos habituarnos, hasta
no alzar del libro nuestros ojos ,
si se hermosean sus estampas
azulándose con tu sombra.
las cosas suenan de ti siempre;
a veces suave, a veces fuerte.

Al verse, acaso, mis sentidos,
se rompe tu fisonomía:
vas como puros, leves corzos:
yo soy oscuro, yo soy bosque.

Ante mí estás, como una rueda:
de tus muchos oscuros radios
se hace uno siempre más pesado
y dando vueltas se. me acerca,

y mí entregada labor crece
con cada nuevo retornar.

Tú eres el más profundo que asomaba,
el buceador y envidia de las torres.
Tú eres el suave que se dijo.
pero al interrogarte algún cobarde,
te gozaste entregado a tu silencio.

Eres el bosque de contradicciones.
Puedo mecerte coma a un niño, pero
se acaban por cumplir tus maldiciones,
que tan terribles son sobre los pueblos.

Para ti ha silo escrito el primer libro,
y la primera imagen te probó;
en el dolor y en el amor estabas,'
tu gravedad estaba repujada
en toda frente, que tu comparaba
con las siete jornadas bien logradas.

Ibas perdiendo por millares,
y se enfriaba todo sacrificio;
hasta que te moviste en altos coros
de iglesia, tras los áureos pórticos;
y un temor, al nacer,
con cinturón de forma te ciñó.

Ya lo sé: tú eres el lleno de enigma,
en torno al cual se para el tiempo vacilando.
Oh qué hermoso te hice
en una hora que me atirantó,
en un engreimiento de mi mano.

Muchas grietas tracé, decorativas,
atendía a todo obstáculo...

y los planes, después, se me enfermaron,
se enredaban tu mismo que un zarzal
las líneas y los óvalos,
hasta que en mí, profundo, con un golpe
de un zarpazo a lo incierto
brotó la más piadosa de las formas.

No puedo dominarla con la vista
aunque siento que mi obra está concluida.
Pero poniendo a un lado la mirada
la haré siempre de nuevo.

Así es mi día de trabajo,
que mi sombra, como un chal, cubre.
Y aunque soy de follaje o barro,
tan pronto como rezo o pinto
es domingo; estoy en el valle
de una alegre Jerusalén.

Soy la altiva ciudad de Dios
y le pregono con cien lenguas:
del canto de David soy eco;
yacía en crepúsculos de arpas
y respiré el primer lucero.

Hacia Oriente van mis callejas.
De gente estoy abandonando,
hace mucho, y me hago más grande.
oigo a todos gritar en mí
y mis soledades ensancho
desde un principio a otro principio.

Vosotras, oh, las muchas ciudades no asediadas
¿nunca habéis ansiado el enemigo?
j.Ah, que os hubiera puesto cerco
en una larga década oscilante!

Hasta que en desconsuelo y en tristeza,
hasta que muertas de hambre le aguantárais;
está como paisaje ante los muros,
porque también él sabe perdurar
en torno a aquellas a que ha visitado.

Mirad desde el alero de los techos,
allí acampa, y está sin abatirse...
no se vuelve más débil ni se mengua
ni envía a la ciudad quien amenace
o prometa o latente convencer.

Es el enorme rompedor de muros
con un sordo trabajo.

Desde mi vibración regreso a casa-,
de extraviarme con ella.
Fui canto; y Dios, la rima,
aún resuena en mi oído,

Otra vez vuelvo a estar mudo y sencillo
y la voz se me para:
se sumergió mi rostro
en oración mejor.
Fui para los demás igual que un viento,
al llamar sacudiéndoles.
Lejos estuve, donde están los ángeles,
alto, donde la luz se funde con la Nada;
pero Dios hondamente se oscurece.

Los ángeles son el último soplo
que roza el borde de su copa;

el salir de sus ramas
para ellos es un sueño.
Creen allí en la luz
más que en la fuerza negra del Señor;
Lucifer se acogió
a su proximidad.

Es príncipe en la tierra de la luz,
y su frente se para tan abrupta
en el fulgor enorme de la Nada,
Lucifer, que, con rostro chamuscado,
huye hacia las tinieblas.
El es el luminoso Dios del tiempo,
al que despierta claro,
y porque en dolor grita can frecuencia
y ríe en el dolor,
el tiempo cree en su dicha
y pende de su fuerza.

El tiempo es como el borde marchitado
de una hoja de libro.
Es el fúlgido manto
que Dios ha -rechazado,
cuando él, que siempre fue profundidad,
se fatigó del vuelo
y se escondió delante de cada año,
hasta que el pelo, como de raíces,
a través de las cosas, le creció.

Con la acción solamente se te capta
con las manos tan sólo se te alumbra
cualquier sentido es solamente un huésped
y sale de este mundo con su anhelo

Imaginado está cualquier sentido,
se siente en él su borde delicado
y cómo alguien lo ha puesto en tirantez:
Tú en cambio vienes a entregarte,
y asaltas al que escapa.

Yo no quiero saber dónde estás tú,
háblame en todas partes.
Tu evangelista dócil
perdona todo y olvida mirar
de dónde es el sonido.

Pero siempre. me cierro yo hacia ti
con mi entero marchar:.
pues, ¿quién soy yo, y quién tú,
si no nos entendemos?

Mi vida tiene igual ropa y cabello
que la noca de la muerte de los antiguos tares.
El poder ha extrañado solamente mi boca,
pero mis reinas, que redondeo en silencio,
se congregan al fondo, tras de mí,
y mis sentidos. son aún señores.

Rezar, para mi vida, es siempre construir,
con Codas las medidas construir, y que la aurora,
igual que la grandeza se haga casi, y hermosa:
y: todo arrodillarse y confiar
(para que no te miren los demás),
sobrepujarlo con muchas doradas
y azules y policromadas cúpulas.

Pues qué son las iglesias y los claustros
en su subir y alzarse

sino arpas, que consuelan con sus sones,
tañidas por las manes a medio redimir
ante reyes y vírgenes.

Dios me manda escribir:

Para los reyes, tú, sé crueldad.
Ella es el ángel antes del amor-,
sin esos arcos no me quedaría
ningún puente en el tiempo.

Dios me manda pintar:

El tiempo es para mí mi más hondo lamento;
así metí en su cáscara
la mujer desvelada, las heridas,
la rica muerte (para que la cuente),
las ciudades, terribles bacanales,
la locura y los reyes.

Dios me manda construir:

Porque soy rey de] tiempo.
Pero para ti soy sólo el grisáceo
sabedor de tu soledad.
Y soy el ojo con la ceja...

que mira sobre mi hombro
de la eternidad a la eternidad.

Se hundieron mil teólogos
en la prístina noche de tu Nombre,
Doncellas despertaron hacia ti:
y muchachos de ropas plateadas
refulgieron marchando a ti, oh batalla.

En tus largas galerías con arcos
se encontraron poetas
se volvieron reyes de sonidos,
magistrales, suaves y profundos.

Tú eres la suave hora de la tarde
que a todos los poetas hace iguales:
oscuro, tu abres paso por las bocas,
y con el sentimiento de un hallazgo
te reviste de lujo cada cual.

Te elevan cien mil arpas
igual que vibraciones del silencio.
Y tus antiguos vientos echan
hacia todas las cosas y miserias

Te han esparcido los poetas
(cruzó una tempestad los balbuceos),
pero yo he de volver a reunirte
en este recipiente que te goza.

Caminé en muchos vientos;
en ellos empujabas tú mil veces.
Llevo todo lo que hallo:
como copa te ha usado el ciego,
muy hondo te ocultó la servidumbre,
pero el mendigo te retuvo,
y a veces en un niño había
un gran trozo de tu sentido.

Ya ves que soy un buscador.

Uno, que detrás de sus manos
va escondido y como un pastor
(podrías apartar de él la mirada

que le conturba, la de los extraños).
Uno que sueña completarte
y que él se habrá de completar.

Rara vez hay sol en Sobor.
Los muros surgen de las formas,
y por las vírgenes y los viejos
se abre paso, como alas desplegadas,
el pórtico imperial, dorado.

La pared, en su columnata,
se perdió tras de los iconos;
y las que viven en la plaza muda,
las piedras, se alzan corno un coro,
y vuelven a caer en las coronas
y callan más hermosas que antes.

Y sobre ellas, azul coma las noches,
y pálida de rostro,
se cierne la mujer, que te gozaba:
guardiana de la puerta, rocío mañanero,
que te ciñe, florida como un prado,
y sin cesar.

La cúpula está llena de tu Hijo
y vincula en redondo el edificio.

Quieres tomar reposo de tu Trono
que observe estremecido.

Entré entonces, igual que un peregrino
y te sentí, en mi frente
con tormento, a ti, piedra.
Con luces, siete en número,
cerqué tu oscuro ser
y en cada imagen vi
tu pardusco lunar.

Y estaba allí, donde están los mendigos
malvados y esqueléticos
por su aliento, subiendo y descendiendo,
te comprendí a ti, viento.
Vi al labrador, cargado de años,
como Joaquín, barbudo,
y por cómo se oscurecía.
rodeado de claros semejantes,
te comprendí más tierno que jamás,
tan revelado sin palabras
en todos como en él.

Dejas correr al tiempo.
y nunca tienes paz en él;
el labrador encuentra tu sentido,
lo levanta y lo arroja
y vuelve a levantarlo.

Igual .que el guarda en tierra de viñedos
tiene su choza y mira,
así, Señor, soy, yo choza en tus manos,
y soy noche, oh 5eñor, desde tu noche. ,

Viña, dehesa, viejos manzanares.,
campo que no desborda ninguna primavera.
higuera, que aun en suelos como el mármol
de duros, .da abundancia de sus frutos:

brota aroma de tus redondas ramas.
Y no preguntas si yo estoy velando: .
sin miedo, en savia abiertas, tus honduras

suben y pasan ante mi de largo.

Dios habla a cada uno tan sólo antes de hacerle;
luego sale en silencio con él desde la noche.
Y esas palabras de antes de empezar cada cual,
esas palabras nebulosas, son:

Fuera de tus sentidos enviado,
marcha hasta el borde mismo de tu anhelo;
dame ropaje.

Crece como un incendio tras las cosas;
que sus sombras, tendidas.
me cubran siempre entero.
Déjalo Ocurrir todo: hermosura y espanto.
Solo hay que andar. Ningún sentir es el que está
más lejos. No te dejes separarte de mí.
Cercana está la tierra
que ellos llaman la vida.

La reconocerás
por su seriedad grave.

Dame la mano.

Estuve con los monjes más antiguos; pintores,
forjadores de mitos,
que escribían historias en calma y dibujaban
las runas de la gloria.
y te-veo en mi rostro, con vientos,
bosques y aguas,
zumbando al borde de la Cristiandad,
tú, tierra no alumbrable.

Quiero contarte, quiero mirarte y
describirte,
no con esmalte y oro, sólo con tinta de
corteza de manzano;
tampoco puedo atarte con perlas a las hojas,
y la imagen más, trémula que me hallan mis sentidos,
la abrumarías, ciega, con tu sencillo ser.

As!, sólo en ti quiero dar razón de las cosas
y nombrar simplemente
a los reyes, los más
antiguos, decir de dónde han venido,
e informar de sus fiestas y batallas
al margen de mis páginas.

Porque tú eres el suelo. Son para ti los tiempos
como verano sólo,
y piensas en los próximos igual que en los
remotos,
y. aunque hayan aprendido a sembrarte más hondo
y mejor construirte:
tú te sientes apenas
tocado por cosechas semejantes
y no oyes sembradores ni segadores cuando
caminan sobre ti.
Tu suelo oscureciente,
con paciencia soportas las paredes
y permites quizá
durar a las ciudades otra hora
y guardas aún dos horas
las iglesias y claustros, solitarios,
y dejas cinco horas
más de fatiga a todos los salvados
y ves aún siete horas la labor del labriego...

Antes de hacerte bosque y agua y creciente
yermo
por la hora del miedo incomprensible,
cuando a todas las cosas les exiges
que devuelvan tu imagen incompleta.

Dame aún otro rato;
quiero amar a las cosas como a nadie
pasta que todas se hagan para ti dignas y amplias.
Tan sólo quiero siete días, siete
en que nadie está escrito todavía;
siete páginas de la soledad.

A quien le des el libro que las tiene,
sobre las hojas quedará inclinado.
Será que tú le tienes en las manos
para escribir tú mismo.

Así me he despertado tan sólo como un niño,
seguro en la confianza,
después de todo miedo y toda noche,
de mirarte de nuevo,

Cuándo mi pensamiento mide, sé
qué profundo, qué largo, qué anchuroso...
pero tú eres y eres, rodeado
por el temblor del tiempo.

para, mi es igual que sí fuera a un tiempo
niño, muchacho y hombre, y más aún.
Siento: sólo el anillo se enriquece
con su retorno.

Te doy las gracias, oh profunda fuerza,
que trabaja conmigo, más queda cada vez,
como detrás de muchos muros;
ahora es cuando se me hizo sencillo mí trabajo
y como un rostro santo
para mis manos tenebrosas.

Que no existía yo hace poco,
¿lo sabes7 Y dices que no.
Siento entonces, que si no me doy prisa,
puedo no pasar nunca.

Pues soy más que sueño en el sueño.
Sólo tu que anhela una orilla
es como un día y un sonido;
extraño, se abre paso por tus manos,
para encontrar la mucha libertad,
y ellas se quedan melancólicas.

Así quedó la sombra tan sólo para ti,
y, creciendo en la luz vacía,
se levantó una historia universal
de piedras cada vez más ciegas.
¿Hay alguien que construya en ellas todavía?
Las masas quieren otra vez las masas;
las piedras están corno desgajadas,

sin que ninguna esté de ti esculpida...

La luz es un estrépito en la copa de tu árbol,
y toda cosa te hace pintado y vanidoso;
sólo tu encontrarán cuando el día se apague.
La penumbra, lo suave del espacio,
pone mil manos sobre mil coronas
y bajo ellas tu extraño se transforma en piadoso.

El mundo solamente lo quieres retener
así, con el más suave de los gestos.
De sus cielos agarras la tierra para ti
y la percibes bajo los pliegues de tu manto.

Así, tienes un modo silencioso de ser.
y los que tu consagran nombres sonoros ya
olvidados están de tu proximidad,

De tus manos, que se yerguen montuosas,
se eleva a dar la ley para nuestros sentidos
tu muda fuerza con sombría frente.

Tu, eres dócil y tu gracia ha venido
siempre en todos los gestos más antiguos.
Cuando alguno las manos pliega juntas,
de modo que estén mansas
alrededor de un poco de tiniebla:
de repente tu nota llegar a ser en ellas
y como en viento se hunde
su rostro
en la vergüenza.

Y entonces prueba a tenderse en la piedra
y a erguirse, coma ve hacer a los otros,
y su fatiga es acunarte
de miedo a revelar tu estar en vela.

Pues quien te siente, no puede de ti ufanarse;
está asustado, tímido en torno a ti y escapa
de todos los extraños que debieran notarte:

tú eres como el milagro en los desiertos
que acontece para los desterrados.

Una hora de la orilla del día,
y la tierra está lista para todo.
Lo que deseas, alma mía, dilo:

Sé un erial, y lejano.
Ten viejísimas plantas.
creciendo, apenas conocidas,
cuando hay luna en la plana
sierra, tan anticuada.
Toma forma, silencio. Dales forma
a las cosas (están en su niñez;
se tu harán obedientes).
Sé un erial, sé un erial,
luego viene quizá también el viejo,
al que apenas distingo de la noche,
y traerá su ceguera gigantesca
adentro de mí casa que le escucha.

Le veo que se sienta y reflexiona,
no pasando por encima de mí:
para él todo está dentro,
cielo y erial y casa.
Las canciones se le han perdido, sólo,
ya nunca las empieza;
en miles y miles de oídos
se las bebieron el tiempo y el viento;
en los oídos de las puertas.

Y, con todo, me ocurre
como si yo le ahorrara, en lo profundo
de mí, toda canción.

Calla detrás de la temblona barba;
se querría otra vez recuperar

desde sus melodías.
Entonces llego a sus rodillas:

y sus canciones vuelven a fluir
entrando rumorosas dentro de él.

LIBRO SEGUNDO

EL LIBRO DE LA PEREGRINACIÓN (190l)

No te asombras del ímpetu
de la tormenta: la has vista crecer:
los árboles escapan. Y su fuga
forma avenidas que caminan.
Tú sabes que ése de quien huyen
es aquél hacia quien tú vas;
tu, sentidos le cantan cuando
te pones ante la ventana.

Las semanas de estío se pararon,
subió la sangre de los árboles;
ahora -sientes cómo va a caer
en el que lo hace todo.
Creíste conocida ya la fuerza
cuando escogiste el fruto;
ahora para ti vuelve a hacerse enigmático,
y otra vez tú eres huésped.

Fue el verano lo mismo que tu casa-,
allí lo sabes que está todo,
hoy por tu corazón has de salir
igual que por los llanos.
Empieza la gran soledad,
los días se ensordecen;
de tus sentidos toma el viento
el mundo igual que follaje marchito.

Por sus vacías ramas se divisa
el cielo que tú tienes*
sé ahora tierra y canto del ocaso.
y campo a que se ajusta.

Ten ahora humildad como una cosa,
qua llegó a madurar a realidad,
de tal modo qua Aquel de quien vino noticia
te sienta, al agarrarte.
oh tú, ilustre, te rezo a ti otra vez,
y me oyes otra vez por entre el viento
porque se han adueñado de mi hondura'
rumorosas palabras nunca usadas.

Yo estaba dispersado; en adversarios,
partido en trozos estaba mi Yo.
Todo risueño, oh Dios, de mi reía,
y me bebía todo bebedor.

En palacios me he ido reuniendo,
de desechos y de cristal antiguo;
con media boca te he balbuceado.
a ti, eterno de simetría.
Cómo levanté a ti mis medias manos
en lamento sin nombre,
para volver a hallar aquellos ojos
con que te he visto a ti.

Fui una casa tras de arder, en donde
sólo duermen a veces criminales,
antes que sus famélicas condenas

los sigan acosando por la tierra:
una ciudad al lado del mar fui
al descargar en ella una epidemia,
que, pesada, lo mismo qua un cadáver.
les colgaba a los niños en las manos.

Yo me era extraño como no sé quién,
del que sólo sabía qua una vez.
puso enferma a mi madre
cuando ella me esperaba
y su corazón, todo apretujado
se cerró en dolor sobre ml embrión.

Ahora estoy de nuevo construido
de los trozos de mi ignominia. y busco
con afán algún lazo,
algún entendimiento, que me envuelva
como una cosa, en su mirada,
las grandes manos de tu corazón
(ah, si por fin vinieran sobre mí).
Yo me cuento, mi Dios,
y tú tienes derecho a disiparme.

Soy aquél mismo que se arrodillaba
ante ti en hábito de fraile;
el hondo y servicial Levita
que llenaste y te descubrió.
La voz de una celda callada.
en que pasa el soplo del mundo:
y sigues tú siendo la ola
que va sobre todas las cosas.

Nada es diverso. Sólo un mar,
del que a veces suben las tierras.
Nada hay nuevo, sino un silencio
de ángeles bellos y violines.
y el que se ha callado es aquél
a quien se inclina toda cosa.
pesada de rayos de fuerza

¿Lo eres todo, pues? ¿Yo, el único
que se rinde y que se subleva?
¿No soy yo, pues, lo universal,
no soy yo todo, cuando lloro,
y tú el único que tu escucha?

¿Oyes, pues, algo junta a mí?
¿Hay otras voces con la mía?
¿Hay una tempestad? También
yo lo soy. y mis bosques tu hacen señas.

Si hay un canto enfermo, pequeño.
que te estorba para escucharme,
también soy canto, escucha el mío,
que es solitario .e inaudito.

Soy el mismo que a veces, tímido,
te preguntó quién eres tú.
Tras de cada puesta de sol
estoy herido y como huérfano,
pálido arrancado de todo,
desdeñado de todo grupo,
y las cosas son como claustros
que me tienen preso. Y entonces
te necesito, oh consagrado,
suave vecino a las penurias,
quedo segundo en mi dolor:
Dios, me haces falta como el pan.

Quizá no sabes cómo son
las noches para los insomnes:
entonces son todo lo injusto,
el viejo, la muchacha, el niño.
Andan como a muerte emplazadas,
rodeadas de cosas negras,
y con sus blancas manos trémulas
metidas en vida salvaje,
como perros en una estampa
de caza. Aún vendrá alga pasado,
y en el futuro yacen muertos,
llama a la puerta un embozado,
y con la vista y el oído
no hay ni un primer signo de aurora,
no nos llega un canto de gallo.
La noche es como una gran casa.
Con miedo, las manas heridas
abren puertas en las paredes;
se abren pasillos que no acaban,
nunca hay un portón que dé fuera.

Y así, Dios mío, es toda noche;
siempre hay algunos desvelados
que andan y andan y no te encuentran.
¿Los oyes, con paso de ciegos,
atravesar la oscuridad?
¿En escaleras de caracol
bajando las oyes rezar
y caer en las piedras negras?
Les oirás llorar, porque lloran.

Yo tu busco; ellos van de largo
por mi puerta. Casi les veo.
p quién he de llamar, si no
al más oscuro que la noche.
El que sin lámpara está en vela,
sin miedo; el hondo, a quien la luz
no ha mimado, aquél de quien sé
por qué con árboles irrumpe
de la tierra, y por qué, callado;
como aroma en mi rostro hundido
se levanta desde la tierra.

Eterno, tú te me has mostrado a mí.
Te quiero como a un hijo bienamado,
que en tiempos me dejó, cuando era niño.
porque el destino le llamaba a un trono
a cuyo pie eran valles las naciones.
Yo me he quedado atrás, como un anciano.
que ya no entiende a su hijo que ha crecido.
y sabe poco de las cosas nuevas,
y hacia quien va el empuje de su estirpe.
Por tu profunda suerte tiemblo a veces.
viajando en tantas naves extranjeras:
alguna vez tu sueño en mí de vuelta,
en esta sombra que te dio sustenta.
Temo a veces que dejes de existir.
cuando me pierdo mucho por el tiempo.
Luego lea de ti: el evangelista
escribe siempre de tu eternidad.

Yo soy el padre, pero el hijo es más;
es tu que el padre ha sido; y lo que no
llegó a. ser, en el hijo se hace grande.
El es el porvenir, es el regreso:
él es el seno fértil, es el mar...

Para ti no es blasfemia mi oración:
como si consultara en viejos libros,
que estoy contigo en parentesco próximo

mil veces. Quiero darte amor: aquél...

¿5e quiere a un padre? ¿No se deja, como
tú me dejaste, con el rostro duro,
sus manos impotentes y vacías?
Su palabra marchita, ¿no se guarda
en viejos libros, rara vez leídos?
¿No se huye, como de una divisoria,.
desde su corazón al gozo y pena?
¿No nos es, pues, el Padre aquello que era:
años idos, extraños al pensarlos,
gestos envejecidos, trajes .muertos,
manos marchitas, pelo encanecido?
y aunque él mismo fue un héroe en su tiempo,
es la hoja que cae cuando crecemos.

Su cuidado nos es como una carga,
su voz nos es tu mismo que una piedra;
querríamos atarnos a su voz
pero oímos a medias sus palabras.
El gran drama que hay entre él y nosotros
es tan estrepitoso que no nos entendemos;
vemos sólo las formas de su boca,
de que caen y se disipan sílabas.
Así estamos más lejos de él que lejos,
aunque el amor aún nos entreteje,
sólo cuando morir él debe en esta
estrella, vemos que él vivía en ella.

Esto es el Padre para nosotros. ¿Y yo, acaso
he de llamarte Padre? Eso sería
separarme de ti mil veces. Tú eres
mi Hijo. Te reconoceré
como se reconoce al Hijo único amado,
aun cuando se ha hecho un hombre y un anciano.

Apágame los ojos: puedo verte;
tápame los oídos-. puedo oírte,
y sin pies, en tu busca puedo andar-,
sin boca, aún tu puedo conjurar.
Arráncame los brazos. y te abrazo
con el corazón, tal como una mano;
párame el corazón, y mi cerebro
saltará; pega fuego a mi cerebro:
te llevaré en mi sangre.

Y mi alma ante ti es una mujer.
Es como Ruth, la nuera de Noemí
De día va por entre las gavillas
como una moza, en un hondo servicio.
Pero al atardecer marcha al torrente
y se baila y se viste bien, y acude
a ti, cuando reposa todo en torno,
y se acerca, tapándose a tus pies.

Y al preguntarle a media noche, dice
con honda sencillez: Soy Ruth, la moza.
Tiende tus alas sobre tu doncella.
Tú eres el heredero...

Y mi alma duerme entonces hasta el alba
a tus pies, calentándose en tu sangre,
Y es mujer ante ti. Y es como Ruth.

Tú eres el heredero,
Es lo que son los hijos,
porque los padres mueren.
Ellos crecen, florecen.
Tú eres el heredero:

Y tú heredas el verde
De los parques antiguos y el tranquilo
azul de cielos rotos:
Rocío de mil días
que dicen mucho sol, mucho verano,
y primaveras de fulgor y queja
como las cartas de una mujer joven,
los otoños, coma trajes de fiesta
que guarda la memoria del poeta.
Y los inviernos, corno tierras huérfanas,
a estrecharse en torno vienen, suaves.
y tú heredas Venecia, Kazán, Roma;
Florencia será tuya, la catedral de Pisa,
la Troitzka Lavra, con el Monasterio
que bajo los jardines de Kiev forma
un laberinto oscuro y enredado;
Moscú, con sus campanas lo mismo que recuerdos...
Será tuyo el sonido: violines, trompas, lenguas:
toda canción que ha sonado bien hondo
en ti refulgirá coma un'-diamante.

Sólo por ti se encierran los. poetas,
juntando estampas, ricas y sonoras,
y vagan, y maduran comparando,
y están toda la vida siempre solos...
y los pintores sólo hacen sus cuadros
para que tú recobres inmutable
este mundo que hiciste transitorio.
Todo se hace perenne. La mujer,
como el vino, hace tiempo maduró en Monna Lisa.
No debería haber ya más mujeres,
porque ninguna añade nada nuevo.
Los que hacen formas son igual que tú.
Quieren eternidad, Y dicen: ¡Piedra,
sé eterna! Y es querer que se haga tuya.

También los que aman, juntan para ti.
Son los poetas de un momento breve:
dan, besando, a una boca inexpresiva
una sonrisa, coma embelleciéndola:
dan alegría y son los que aclimatan
los dolores que enseñan a crecer.
Traen penas en media de sus risas,
nostalgias que dormían, y despiertan
para llorar sobre pechos ajenos.

Amontonan enigmas y se mueren
sin entender, como los animales...
Pero quizá tendrán un día nietos
en que madurarán sus verdes vidas;
y heredarás con éstos los amores
que ellos dieron a ciegas, como en sueños.

Hacía ti va el rebose de las cosas:
como las pilas altas de las fuentes
se vierten siempre, como de melenas
de pelo suelto, a la más honda taza,
así la plenitud cae en tus valles
cuando cosas e ideas se desbordan.

Sólo soy uno en medio de tus mínimos,

que mira de su celda hacia la vida,
y, más lejano al hombre que a las cosas,
no se atreve a pesar lo que acontece.
Pero tú ante tu rostro me deseas,
donde, oscuros, tus ojos se levantan;
no tomes, pues, a orgullo si te digo.
nadie vive su vida. Son azares
los hombres, voces, trozos, días grises,
angustias, muchas dichas pequeñas, ya de niños
disfrazados, tapados; como máscaras
emancipados; como rostros, mudos.

Pienso a veces. Debe haber almacenes
donde se guarden esas muchas vidas
como corazas, cunas o literas.
en que nunca entró alguno de verdad
o como ropas, que no pueden solas
tenerse en pie y plegadas se desploman
en recios muros pétreos con bóveda.

Y cuando por la tarde marcho siempre
de mi jardín, en él me he fatigado,
sé que me llevan todos los caminos
al arsenal de cocas no vividas.
Allí no hay árbol, en la tierra puesta,
y el muro, como en torno a una prisión,
gira en séptuple anillo, sin ventanas.
y sus puertas, con las barras de hierro,
no dejan penetrar a los que intentan,
y sus rejas, son obra de los hombres.

Y y aunque pretende cada cual huir
de si, como una cárcel, que le odia
y sujeta, en el mundo hay un prodigio:
lo percibo toda vida es vivida.

¿Quién la vive, pues? ¿Son las cosas, que
como una melodía no tocada,
en el ocaso están, como en un arpa?
¿Son los vientos, que soplan de las aguas,
son las ramas que están dándose signos,
son las flores que tejen los aromas,
son las caducas, largas alamedas?
¿Son los calientes animales que andan,
son los pájaros, que se alzan extraños?

¿Quién la vive? ¿Tú, Dios,. vives la vida?

Tú eres el viejo con el pelo
chamuscado de hollín y requemado,
tú eres el invisible inmenso,
el martillo en tu mano.
El herrero eres tú, el canto del año
que siempre ha estado sobre el yunque

Tú eres el que jamás tiene domingo,
el que se mete en el trabajo,
y .moriría por la espada
que no ha llegado a estar pulida y fúlgida.
Cuando paramos sierras y molinos,
y todos están ebrios y holgazanes,
se oyen tus martillazos
por la ciudad en todas las campanas.

Tú eres el responsable y el maestro;
nadie ha aprendido a verte:
eres desconocido, un emigrado
sobre quien. en voz baja, o atrevidos,

corren los dichos y rumores.

Van rumores, que te suponen;
y vienen dudas, que te borran,
Perezosos y soñadores
desconfían de su fervor,
y exigen que sangren los montes
antes de que crean en ti.

Mas tú hundes tu rostro.

Podrías
abrir las venas a los montes
cómo señales de un gran juicio;
pero nada te importa
de los páramos.

No quieres luchas con astucias
ni, buscar amor de la luz;
pues no te importan nada
los cristianos.

No te importan los que preguntan.
Con rostro suave
miras a los que aguantan.

Quien te busca, te tienta.
Y quien así te encuentra, te encadena
en imagen y gesto.

Pero quiero abrazarte y abarcarte
lo mismo que la tierra;
con mi madurez
madura
tu reino.

No busco en ti ninguna vanagloria
que te demuestre.
Sé que el tiempo '
se llama de otro modo
que tú.

No hagas por mi ningún milagro.
Da razón a tus leyes,
que se hacen más visibles
de generación en generación.

Cuando de la ventana me cae algo
(aunque sea la cosa más pequeña)
la ley de la gravitación ¡cómo se precipita,
poderosa como un viento del mar,
en cada bola, en cada baya,
llevándolas al núcleo de la tierra!

Vigila a cada cosa
una bondad a punto de volar,
igual que a toda piedra y toda flor
y a todo niño, por la noche.
Nosotros solamente, en nuestro orgullo,
arrebatamos de unas conexiones
un espacio de libertad, vacío,
en lugar de, acatando cuerdas leyes,
asumirnos, igual que un árbol.
En lugar de, en las más amplias laderas
alinearse, quieto y dócil,
uno se enlaza en muchos modos;
y quien se excluye a todo círculo
está ahora indeciblemente solo.

Debe aprender entonces de las cosas,
empezar otra vez igual que un niño,
porque ellas, al pender del corazón
de Dios, no se han marchado nunca de él.
Otra vez tiene que poder caer,
descansar, confiándose en el peso
que se atrevió a volar
antes que ningún pájaro.

(Porque tampoco vuelan ya los ángeles
Los serafines son pesadas aves
en torno de él posadas, meditando:
como bandadas de aves, de pingüinos,
y como ellos, se quedan atrofiados...)

La humildad quieres. Rostros
hundidos en callado comprenderte.
Así al ocaso van poetas jóvenes
por apartadas alamedas.
Así los labradores rodean el cadáver,
cuando un niño en la muerte se extravía;
aunque siempre es lo mismo lo que pasa;
transcurre algo mayor que la grandeza.

A quien por la primera vez te ve,
le estorban el vecino y el reloj.
y se marcha, inclinándose en tu rastro,
como con una carga y lleno de años.
Luego se acerca a la Naturaleza,
y los vientos percibe, y lo remoto,
y te oye, susurrado por el llano
y te mira, cantando por los astros.
y nunca puede ya desaprenderte
y todo es tan sólo tu mano.

Tú eres nuevo para él, próximo y bueno,
maravilloso. como un viaje
que hace en tranquilos barcos
por un enorme río.
La tierra es ancha y llana, en vientos,
entregada a cielos enormes
y sometida a viejos bosques.
Las aldeítas que se acercan
se desvanecen luego, como
ruidos, coma un ayer y un hoy
y como todo lo que vimos.

Pero en el curso de ese río
vuelven siempre a surgir ciudades,
yendo al encuentro del solemne
viaje, igual que aletazos.

Y a veces el barco se acerca
a sitios solos, sin aldeas
ni ciudades, que aguardan algo
en las ondas, al que no tiene
patria... Para él hay cochecillos
(con tres caballos cada uno),
que galopan hacia la tarde
por un camino, que se pierde.

En esta aldea está la última casa
tan sola como la última del mundo.

El camino, al que el pueblo no sujeta,
sale afuera despacio, noche adentro.

Esta pequeña aldea es sólo un tránsito

entre dos lejanías llenas, trémulas,
un camino en las casas, no un sendero.

y los que la abandonan, andan y andan,
y quizá muchos mueren de camino.

A veces se levanta uno, en la cena.
y sale afuera, y marcha y marcha y marcha,
porque allá por Oriente hay una iglesia.

Y sus hijos le alaban como muerto.

Y uno que muere en casa, continúa
habitando en la mesa y en el vaso,
hasta que al fin sus hijos van al mundo,
hacia esa iglesia que él dejó olvidada

Vigilante nocturno es la locura
porque vela.
A todas horas sigue con su risa,
y busca un nombre que dar a la noche,
y la llama: siete, veintiocho, diez...

Y lleva un triángulo en la mano.
y al temblar, lo golpea con el borde
del cuerno que no puede tocar, y canta el canto
que él lleva a toda casa...

Los niños pasan una buena noche
y oyen en sueños cómo vigila la locura.
Mas los perros se sueltan de su anillo
y dan vueltas, enormes, por las casas,
y tiemblan, cuando pasa la locura
de largo. y tienen miedo de que vuelva...

¿5abes tú, mi Señor, de aquellos santos?

Aun los cuartos cerrados de los claustros
eran para ellos casi risa y llanto,
por lo cual se metieron en la tierra.

Cada cual exhalaba con su luz
el poco de aire en su hoyo,
se olvidó de sus años y su rostro,
y vivió como en casa sin ventanas,
sin morir ya, como hace mucho muerto.

Leían rara vez: todo se helaba,
como si entrara escarcha en todo libro,
e igual que de sus huesos la cogulla,
el sentido colgaba en las palabras.
Ya no se hablaban más unos a otros
al sentirse en los negros corredores;
se dejaban colgar el largo pelo,
y no sabía nadie si el vecino
agonizaba.

En un redondo espacio
con lámparas de plata y luz de bálsamo,
a veces se reunían, ante puertas
áureas igual que ante áureos jardines,
mirando desconfiados hacia el suelo
y con leve rumor de largas barbas.

Grande como mil años fue su vida,
sin dividirse ya en noche y en luz;
habían vuelto, como en una ola
mecidos, hasta el vientre de sus madres,
Sentados, se enroscaban como embriones
de gran cabeza y manos diminutas,

sin comer, como si alimento hallaran
en la tierra que, negra, les rodeaba.

A los mil peregrinos hoy les muestran
que, de ciudad y estepa, al claustro llegan.
Hace trescientos años que allí yacen,
y sus cuerpos no pueden corromperse.
La sombra se acumula como luz
oxidada en sus rostros en bodega,
conservados, secretos, en pañuelos;
y sus manos plegadas, nunca abiertas,
se posan en su pecho como montes.

Viejo Gran Duque, tú, de lo sublime:
¿te has olvidado, a aquellos sepultados,
de enviarles la muerte, a que los gaste,
porque están tan hundidas en la tierra?
¿son los que se parecen a los muertos
los más afines a lo intransitorio?
De tus cadáveres, la vida grande
¿durará más que la muerte del tiempo?

¿Para tus planes, son buenos aún?
¿Conservas recipientes perdurables
que tú, inconmensurable a toda escala,
has de llenar un día con tu sangre?

Tú eres el porvenir, enorme aurora
sobre los llanos de la eternidad.
Tú eres canto de gallo en la noche del tiempo
el rocío, la moza. los maitines,
el forastero. la madre, la muerte.

Eres tú la figura que se cambia.
que en soledad descuella siempre sobre el destino,
que sigue sin loores y sin quejas.
sin describir, lo mismo que un gran bosque.

Tú eres el más profundo resumen de las cosas,
que calla la palabra última de su esencia.
y a los otros se muestra siempre de otra manera:
coma costa a la nave, como nave a la tierra.

Tú eres el claustro para los estigmas.
Con treinta y dos antiguas catedrales
y con cincuenta iglesias, de paredes
hechas de ópalos y de trozos de ámbar.
En cada cosa del patio del claustro
hay una estrofa de tu son,
y empieza el recio pórtico.

En largas casas viven monjas,
hermanas negras: setecientas diez.
A veces hasta el pozo viene alguna.
y una se para como en un capullo,
y otra, como en el sol de atardecer,
va esbelta por calladas alamedas.

Pero a las más no se las ve jamás:
se quedan en las casas en silencio.
como en el pecho enfermo del violín
la melodía que no sabe nadie...

Y en torno a las iglesias rodeándolas
de lánguido jazmín,
hay tumbas que en silencio
hablan del mundo como piedras.

Del mundo aquel, que ya dejó de ser.

aunque su oleaje rompe en el Convento,
en día vanidoso y baratija,
y dispuesto a la astucia como el goce.

Ese mundo ha pasado; porque tú eres.

Huye aún como un juego de candelas
sobre el año incomunicable;
pera a ti, a los poetas y a la tarde,
están patentes las oscuras cosas
bajo rostros que se deshacen.

Los reyes de este mundo son ancianos:
no tendrán herederos.
Los hijos mueren siendo aún muchachos,
y sus pálidas hijas entregaron
las coronas enfermas a la Fuerza.

Lo desmenuza la plebe en dinero,
el señor oportuno' de este mundo,
lo extiende en Fuego en máquinas
que a su voluntad sirven, rezongando;
pero no hay dicha en ellas.

Nostálgico el metal está.. Y pretende
huir de las monedas y las ruedas
que le enseñan una pequeña vida.
Y saliendo de fábricas y cajas
se volverá a las venal
de los montes abiertos,
que detrás de él se cierran.

Todo volverá a ser grande y violento:
Simple la tierra, el agua con sus frunces.
gigantescos los árboles, diminutos los muros;
y en los valles, multiformes y fuertes,
un pueblo de pastores y labriegos.

Sin iglesias que pongan a Díos entre paréntesis
igual que un fugitivo, y afligiéndole
como animal herido y prisionero;
las casas acogiendo a todo aldabonazo
y un sentimiento de sacrificios sin limite
en todo trato, en ti y en mí.

5ín aguardar allá ni mirar hacia arriba,
sólo anhelo, sin desconsagrar ni a la muerte,
y serviciales, en lo terrena ejercitarse,
para no ser ya nuevos a sus manos.

También tú serás grande; más que puede
decírtelo quien debe aún vivir.
Mucho más sorprendente y más extraño
y mucho más anciano que un anciano.

Se te sentirá: cuando algún aroma
salga de un huerto de presencia próxima;
como un enfermo a sus cosas queridas
se te amará con suave presentirte.

No habrá rezo que la gente comparta.
Tú no eres una alianza; y el que te haya
percibido y de ti se haya gozado,
ha de ser como el único en la tierra:
un hombre rechazado y un reunido,
a la vez dispersado y congregado:
sonriente, pero media en llanto; como
una casa. pequeño; fuerte, come un imperio.

En las casas no habrá calma, bien sea
que uno muere y que se lo llevan, o
que alguno, por mandato misterioso.
toma capa y bordón de peregrino,
y a buscar por lo extraño va el camino
en que sabe que tú estás aguardando.

Las calles nunca están vacías de ellos.
que quieren ir a ti como a esa rasa
que florece una vez cada mil años.
pueblo oscuro, casi sin hombre, mudo.
y al alcanzarte ya están fatigados.

Pero he vista su marcha, y desde entonces
creo yo que los vientos soplan desde sus mantos
cuando se mueven, y que ya no soplan
cuando se tienden ellos; pues tan grande
era su caminar, por las llanuras.

Así querría andar hacia ti: recogiendo
en umbrales extraños limosnas que me nutran
a desgana. Y sí hubiera muchas en el camino,
confundiéndome iría junto can los más viejos.
Me situaría al lado de pequeñas ancianos,
y cuando caminaran, vería igual que en sueños
asomar sus rodillas en medio de las olas
de la barba, como islas sin árboles ni arbustos.

Leváramos hombres ciegos, que con sus hijos
miran, como con ojos; hombres de los que beben
en el río, y mujeres fatigadas, y muchas
mujeres en preñez.
Y todos me resultaban tan extrañamente allegados...
coma si los hombres reconocieran en mi a un pariente de sangre
y las mujeres, a un amigo,
y pasta los perros que veía venían a mí.

Querría, oh Dios, ser muchos peregrinos
para andar hacia ti, largo cortejo,
para ser un gran trozo de ti: tú,
jardín de las vivientes alamedas.
Si marcho como estoy, tan solitario
¿quién lo nota, así? ¿Quién me ve ir a ti?
¿A quién arranca? ¿A quién excita, a quién
vuelve a ti?
Como si nada ocurriera,
siguen sus risas. Yo me siento alegre
de marchar como estoy; porque ninguno
de los que ríen puede verme así.

De día, tú eres el rumor lejano
que fluye en cuchicheo por la gente;
el silencio, que, tras las campanadas
de las horas, se vuelve a cerrar, lento.

Conforme el día, en gestos cada vez
más débiles. se inclina hacía la tarde,
más eres tú, mí Dios. Se alza tu imperio
de todos los tejados, como el humo.

Alba del peregrino. De su duro yacer
en que todas cayeron igual que envenenados,
se levanta, al primer toque de la campana,
todo un pueblo de flacos bendecidores de
la mañana. debajo del primer sol ardiente:

hombres barbudos que se inclinan, y niñitos
que can solemnidad se levantan de las pieles,

y con mantos graves en su silencio
mujeres morenas de Tíflis y Tashkent.
Cristianos con los gestos del Islam
están junto a los pozos y levantan las manos
como planas bandejas, coma objetos.
en que entró la riada como un alma.

Inclinando la cara dentro, beben,
se abren la ropa con la mano izquierda
y sostienen el agua sobre el pecho
como si fuera un fresco rostro en llanto,
que habla de los dolores en la tierra.

Y están esos dolores, rodeándoles
con ojos mustios: y no sabes quién
son y fueron. Esclavos, o labriegos,
mercaderes quizá, que vieron la opulencia,
o quizá tibios monjes, que no duran.
o ladrones que acechan en la prueba,
o muchachas. abiertas, que se agachan, menguadas,
o vagabundos en un bosque de ilusión:
todos igual que príncipes, que en un profundo luto
de si apartaron todo lo superfluo.
Todos como los sabios, que han percibido mucho.
elegidos. que estaban en el desierto, donde
Díos les alimentaba con un animal raro;
solitarios, que fueron a través de. llanuras
con muchos vientos en las oscuras mejillas.
de un ansia temerosos y cortados,
pero por ella alzados maravillosamente.
Desgajados de lo cotidiano, incrustados
en órganos enormes y en cántico de coros,
y arrodillados, con formas de quien se eleva;
banderas con imágenes, que han estado escondidas
mucha tiempo y plegadas:

ahora vuelven despacio a colgar desplegadas_

Algunos se detienen a ver dónde es la casa
en que los peregrinos que enfermaron habitan:
pues allí se ha marchado ahora mismo un monje,
el pelo rojo y arrugado el manto,
lleno el sombrío rostro de un azul enfermizo,
y todo oscurecido de demonios.

Se inclinó, como si se abriera en dos,
se arrojó en dos pedazos en la tierra.
que parecía ahora coma un grito
en su boca pender, como si fuera
el ademán creciente de sus brazos.

Despacio su caída le fue .dejando atrás.

El subió en vuelo, como rastreando unas alas.
y el sentirse ligero le sedujo, y creyó
que se había hecho pájaro.
Pendía diminuto. de sus míseros brazos,
como una marioneta llevada de través
y creía tener grandes impulsos
y que ya el mundo, largo como un valle,
se deslizara lejos, debajo de sus pies.
Incrédulo. de pronto se encontró
en extrañas ciudades desprendido
y en el fondo de mar verde de su tormento.
Y fue pez, y giró esbelto, nadando
por aguas hondas, quietas, gris de plata,
vio medusas pender de tallos de coral,

y vio el pelo de una sirena, donde
pasaba el agua con ruido de peine.
y llegó pasta la tierra y fue marido
para una muerta, como fue el elegido para
que ninguna muchacha pisara las praderas
del paraíso extraña y sin casar.

El la siguió y dio el orden a los pasos,
y bailó en torno de ella siempre en medio,
y sus brazos en torso de él bailaban.
Luego oyó como si muy quedamente
hubiera entrado en juego una tercera forma,
que a esta danza creer no parecía.
Y allí al reconocerla ahora debes rezar
porque éste es a quien todos los Profetas
como una gran corona se le rinden.
Le tenemos a aquél de quien a diario huíamos,
le cosechamos al sembrado antaño,
le volvemos a casa con tranquilos aperos
en largas filas como melodías.
Y él, conmovido. se inclinó, profundo.

Pero el viejo allí estaba igual que si durmiera.
sin ver, aunque sus ojos no dormían,

Y se inclinó de modo tan profundo
que por los miembros le corrió un temblor.
Pero el viejo a enterarse no llegó.
El monje enfermo, entonces, se agarró por el pelo
y se golpeó como un traje en un árbol.
Pero el viejo se irguió y apenas lo vela.

El monje enfermo. entonces, se agarró can su mano
como el que toma un mandoble en la mano,
y cortó y cortó, dio golpes en las paredes,
y al fin, con ira, golpea en el suelo.
Pero el viejo miró sin decidirse.

El monje abrió su ropa coma corteza, entonces,
y la dio de rodillas al anciano.

Y ved: él vino. Vino como un niño
y dijo suave: ¿Sabes quién soy yo?
Lo sabía. Y se le entregó al anciano,
suave, como un violín en la barbilla.

Ahora ya maduran las rojas “berberiscas”
ramas envejecidas en el bancal alientan:
quien no está rico ahora cuando pasa el verano,
habrá de esperar siempre y nunca poseerá.

Quién ahora no puede cerrar los ojos, cierto
es que una gran abundancia de rostros
en él espera sólo a que empiece la noche.
para alzarse en su sombra:
ése ya está pasada como un viejo.

A ése ya nada llega, no le golpea un día,
y cuanto le acontece es como una mentira;
incluso tú, Dios. Y eres como piedra
que día a día le hunde en lo profundo.

Tu no debes temer, Dios. Ellos dicen mío
de todo, de las cosas pacientes. Y ellos son
como viento que roza par las ramas
y que dice: árbol mío.

Apenas notan cómo
cuando su mano agarra, se consume:

así que ni en su borde más externo
podrían sujetarlo sin quemarlo.

Dicen mío lo mismo que a quien place decir
«amigo» de algún príncipe, al hablar con labriegas,
si ese príncipe es grande y está lejos.
Dicen mío de sus ajenos muros
y no conocen nada del dueño de su casa.
Dicen mío al nombrar la propiedad,
cuando se cierra todo a lo que ellos se acercan,
igual que un charlatán de mal gusto quizá
llama míos al sol y a los relámpagos.
Así dicen: mi vida, mi mujer,.
mí perro. mi hijo, y saber, sin embargo, muy bien
que todo: mujer, vida, perro y niño,
son extrañas imágenes que, ciegos,
ellos palpan con manos extendidas.
Certidumbre, en verdad, sólo es. eso a los grandes,
los que buscan los ojos. Pues los otros
no lo quieren oír, que su caminar mísero
con nada está enlazado en torno suyo,
y que arrastrados por su haber,
por. su propiedad no reconocidos, tienen
tan poco a la mujer como a la flor, .
que es una vida ajena para todos.

No te caigas, oh Dios, de tu equilibrio.
Aun quien te quiere y quien reconoce tu rostro
en lo oscuro, al mecerse en tu respiro
como una luz, tampoco te posee.
Y cuando alguno en la noche te capta,
de tal modo que tengas que entrar en su oración:
Tú eres el invitado,
que reanuda su marcha.

¿Quién puede sujetarte, Dios? Porque tú eres tuyo,
intacto de la mano de ningún poseedor,
como el vino que aún no ha madurado, y cada
vez se vuelve más dulce, se pertenece a sí.

Te capto en hondas noches, oh tesoro.
Porque toda abundancia que haya visto
es pobreza y mezquino sucedáneo
para esa tu belleza, que aún nunca aconteció.

Pero el camino a ti es terrible de largo,
y como nadie ya lo anda, el viento lo barre.
Oh, estás solo. Eres tú la soledad,
corazón, que se va a alejados valles.

Y mis manos, que están llenas de sangre
de tumbas, las levanto al viento abiertas,
a que se ramifiquen como un árbol.
Yo te absorbo con ellas del espacio
como si en él te hubieras dispersado
una vez, en un gesto de impaciencia.
y hoy cayeras, pulverizado mudo,
de lejanas estrellas otra vez a la tierra
suave como cae la lluvia en primavera.

LIBRO TERCERO

EL LIBRO DE LA POBREZA Y DE LA MUERTE (1903)

Quizá voy a través de pesadas montañas
en duras venas solo. lo mismo que un metal;
esto tan hondo que no veo el fin

ni distancias: todo se ha hecho cercana
y toda cercanía se ha hecho piedra.

No soy conocedor aún del dolor:
por eso, hazme pequeña esta enorme tiniebla;
pero tú si conoces: hazme pesado, irrumpe
que tenga en mi lugar toda mi mano
y yo en ti con toda mi grito.

Monte, que te quedaste al acudir las sierras,
laderas sin cabañas. cimas sin hombre, nieves
eternas, donde quedan tullidas las estrellas.
portadora de aquel valle de los ciclámenes,
de donde sale todo el olor de la tierra;
tú, boca y minarete de todas las montañas
(en que nunca ha sonado la oración de la tarde):

¿voy ahora hacia ti? ¿Estoy en el basalto
como un metal aún no descubierto?
Yo lleno con respeto tus pliegues de peñasco.
y tu dureza siento en todas partes.

¿O es esto el rniedo, donde existo yo?
¿Hondo miedo de la ciudad monstruosa
donde basta la barbilla me has hundido?

Oh, si te hubiera alguno hablado bien
del error y extravío de su ser...
Te alzarías, tormenta del comienzo.
a empujarlo ante ti como una cáscara...

Y ahora me lo pides: habla bien;
ya no soy así el dueño de mi boca.
que sólo se quería cerrar como una herida;
y mis manos se paran como perros
a mi lado, muy malas para toda llamada.

5eñor, a entrar me obligas en una hora extraña.

Hazme guardián de tus anchuras,
hazme el que oye la piedra,
concédeme ensanchar los ojos
en tus mares de soledad:
haz que siga el curso del río,
desde el clamor a ambas orillas
entrando hasta el son de la noche.

Mándame a tus tierras vacías,
por las que van los vientos anchos,
donde se alzan grandes conventos
como muros en torno de la vida
no vivida. Seré allí peregrino.
sin separarme por ningún engaño
de sus voces y formas,
y tras de un ciego anciano iré
por el camino que nadie conoce.

Pues, Señor, las grandes ciudades
están perdidas y disueltas;
como huida de incendio es la mayor,
no hay consuelo que pueda consolarla,
y su pequeño tiempo se disipa.

Allí hay hombres que viven mal, difíciles,
en hondos cuartos, tímidos de gestos, con más miedo
que un rebaño de primerizos;
y tu tierra allá fuera alienta y vela,
pero ellos están y ya no lo saben.

Allí crecen los niños en alféizares
siempre en la misma sombra,
y no saben que fuera llamas flores
a un día de amplitud, de dicha y viento:
deben ser niño, y son niño con pena.

Florecen las muchachas a lo desconocido
y desean la calma de su infancia:
pero no está lo que ellas desean con ardor.
y con temblor se vuelven a cerrar.
y en escondidas cuartos traseros ven los días
de la maternidad desengañada,
el gemir sin querer de largas noches
y años fríos sin lucha ni energía.
Y están allá en lo oscuro las camas de agonía
y, lentas. hacia ellas van tendiendo;
y mueren en cadenas, largamente.
y sales: fuera igual que unas mendigas. .

Allí hay personas pálidas, florecidas en blanco,
que al morir miran fijas hacia el pesado mundo.
Y nadie ve la mueca de ladrido.
en la cual se deforma la sonrisa
de una raza suave en las noches sin sombra.

Dan vueltas, degradados de cansancio,
para servir sin ánimo a cosas sin sentido.
y su ropa se les marchita encima,
y sus hermosas manos se aviejan, prematuras.

La gente empuja y no piensa en salvarlos,
aunque son algo débiles y tímidos;
sólo perros huraños, sin demora,
les acompañan en silencio un rato.

Entregados están a cien tormentos,
y ensordecidos por el clamor de coda hora,
solitarios, dan vueltas junto a los hospitales
y aguardan con angustia el día de su ingreso.

Allí la muerte está. No esa, cuyo saludo
les rozó, milagroso, en la niñez:
es la muerte pequeña, tal como se la entiende;
su propia muerte cuelga, verde aún, sin dulzura
en ellos come un fruto que no ha de madurar.

Señor, da a cada cual su propia muerte.
El morir que de cada vida brota.
de que tenía amar, exigencia y sentido.

Pues sólo somos la hoja y la corteza.
La gran muerte que cada cual lleva en si es el fruto
alrededor del cual da vueltas todo.

Por su causa se levantan muchachas.
y como árboles brotan de un sonido,
por ella los muchachos ansían ser mayores;
y los que crecen hallan mujeres confidentes
para miedos que nadie más podría asumir.
Y por ella se queda la observado
como eterno, aun cuando haya transcurrido hace mucho...
y todo el que ha formado o construido se hizo
mundo en torno a ese fruto, y se heló y desheló
y sopló como viento hacia él, reflejándolo.
En ese fruto entró todo el calor
del corazón y blanco ardor de los cerebros...
Pero pasan tus ángeles come aves
en bandadas y encuentran verdes todos los frutos...

5eñor: somos más pobres que los pobres
animales, que acaban su muerte aunque estén ciegao,
pues nosotros seguimos aún todos sin morir.
Danos a aquél que conquista el saber
poner. la villa atada en emparrados,
donde en mayo comienza más a tiempo.

Pues lo que hace la muerte difícil y pesada
es que no es nuestra muerte: es la que al fin
nos toma solamente porque nadie madura.
Allí va una tormenta a rozarnos a todos.

En tu jardín estamos años y años.
como árboles que dan la dulce muerte;
pero nos aviejamos en días de cosecha.
y como las mujeres que golpeas
nos cerramos, estériles y malos.

¿O no es justo mí orgullo?
¿Son mejores los árboles? ¿Somos tan sólo sexo
y seno de mujeres, que dan mucho?
Con la eternidad hemos fornicado,
y al llegarnos la cama de parir,
parimos el aborto muerto de nuestra muerte
el embrión atrofiado y enroscado
que (igual que sí la horrible le asustara)
se tapa con las manos los ojos de embrión
y que lleva en la frente construida
todo el miedo de cuanto no ha sufrido;
y así se cierran todos, lo mismo que una moza
en espasmos de parto y de cesárea.

Señor, haz a Uno solo espléndido, hazle grande,
crea para su villa un vientre hermoso
y edifícale un sexo como un pórtico
en rubio bosque de cabellas jóvenes,
y atravesando el miembro del Indecible, empuja
los jinetes, los blancos
ejércitos, las mil semillas que se juntan.

Y concede una noche en la que alguien conciba
lo que aún nunca ha entrado en la hondura de nadie;
de una noche: las cosas florecen allí todas,
y tiene más aroma que el son de la siringa.
y se columpian más que el golpe de tus alas,
y exultan más que Josafat.

Y concédele el tiempo de un largo soportar.
y ensánchale en crecientes vestiduras.
y concédele estar solo tomo una estrella
para que no le huelle el pasmo de unos ojos,
si sus rasgos fundiéndose, se alteran.

Renuévale con un puro alimento.
con rocío. con juicio sin matar,
con la vida, que como recogimiento. queda
y tibia. irrumpe igual que aliento de los campos

Haz que conozca su niñez de nuevo:
con lo maravilloso y lo inconsciente.
y el infinito ciclo de leyendas, en sombras
rico, de sus primeros años, todos presagias.

Y. emplázale también a que aguarde su hora,
de parir a la muerte, de parir al Señor:
con rumores y solo, igual que un gran jardín.
y como congregado desde lejos.

Yo le quiero alabar. Igual que ante un ejército

van las trompetas. yo iré dando gritos.
Mi sangre hará más ruido que los mares,
mi palabra ha de ser dulce, que la apetezcan,
pero no traerá errores como el vino.

Y en las noches de primavera, cuando
no queden machos junto a mi yacija.
floreceré en mi música de cuerdas
tan quedo tomo los abriles nórdicos,
tardíos y con miedo en torno a cada hoja.

Pues mi voz ha crecido hacia das lados
y se ha hecho un aroma y un clamor;
por un lado prepara lo remoto,
por el otro será, en mis soledades,
felicidad, y rostro, y ángel.
Concede que ambas voces me acompañen.
si a dispersar me vuelves en la ciudad y el miedo.
Con ellas yo estaré en la ira del tiempo,
y con mi música te haré una cama
en todo lugar donde tú lo pidas.

Pues las grandes ciudades no son verdad; engañan
al día y a la noche, al animal y al niño;
su silencio es mentira; mienten con los rumores
y con las cosas, dóciles.

Nada del verdadero acontecer lejano,
que en torno de ti gira, tú. el que llegas a ser.
tiene lugar en ellas. El soplo de tus vientos
cae por las callejas que lo doblan de modo
diverso, su rumor se confunde en el ir
y venir, excitado e irritado.

Y van también a parques y alamedas...

Pues hay jardines hechos por los reyes.
que en ellos, por un breve tiempo se divirtieron
con jóvenes mujeres que al son maravilloso
de su risa añadían flores,
Mantenían en vela estos parques cansados;
cuchicheaban como vientos por los arbustos,
refulgían con piel y terciopelo,
y las galas de seda de sus ropas de día
por la senda de grava sonaban como un río.

Todos los parques van detrás de ellos ahora
y se juntan callados sin ser observados
a aquellas gamas claras de extraña primavera
y arden despacio can las llamas del otoño,
uniéndose a la gran herrumbre de sus ramas,
que, con arte, lo mismo que de mil monogramas
sobre la negra verja aparecen soldadas.

Y a través de los parques el palacio deslumbra
(como pálido cielo de luces difumadas)
hundido en la marchita carga de las imágenes
de sus salas, lo mismo que en rostros interiores
a toda fiesta ajenos, a la renuncia dóciles
y nudos y pacientes igual que un invitado.

Y palacios que viven, vi también:
se ufanaban igual que esos hermosos pájaros
que tienen mala voz.
Muchos son ricos y quieren alzarse:
pero los ricos no son ricos.

No como los señores de tus pueblos pastores,
que nublaban los claros llanos verdes.

cuando en crepuscular hormigueo de ovejas
iban sobre ellos como un cielo mañanero.
y al acampar, después que resonaban
las órdenes en esa nueva noche,
era como si hubiera despertado otra alma
por los llanos de su tierra de paso...
los camellos con sombrías alturas
los ceñían con esplendor de sierras.

Y quedaba el olor de las vacadas,
tras su peso, hasta diez días después:
tibio. pesado y sin huir al viento.
Y como en una case encendida, con bodas.
fluyen toda la noche ricos vinos,
manaba así la leche de sus burras.

Y no coma esos jeques de estirpes del desierto,
que en un tapiz gastado descansaban de noche,
pero les incrustaban rubíes a sus yeguas
favoritas, de adorno en sus crestas dé plata.

Y no como esos príncipes que no se preocupaban
del oro, que no daba aroma alguno.
y envolvían sus vidas orgullosas en ámbar,
en aceite de almendra y en madera de sándalo.

No como el blanco gran señor de Oriente
al que daban tributo los imperios de un dios,
pero él yacía con revuelto pelo
y con la vieja frente en las baldosas
llorando -porque no era suya ninguna hora
de las horas de todos los Paraísos-

Y no como los jefes de los puertos antiguos
de comercio, pensando. en cómo superar
su realidad con impares imágenes
y a su vez sus imágenes, superar con el tiempo;
y en la ciudad de su manto dorado
se juntaban en pliegues lo mismo que una boja,
sólo alentando, quedos, con las sienes canosas...

Esos eran los ricos que a la vida obligaron
a ser ancha y sin fin, y caliente y pesada.
pero ya están pasados los días de los ricos,
y ninguno te pide volver a regresar;
solamente a los pobres otra vez hazles pobres.

No son pobres. Son sólo los no-ricos,
que sin mundo y sin voluntad están;
marcados con los signos de la última angustia,
deshojados y en todo deformados.

A ellos todo el polvo de las ciudades tiende,
y se cuelga toda perplejidad.
Corrompidos están como rama viciosa.
tirados como cascos rotos, como esqueletos.
como almanaques del año pasado;
y aun así; sí tuviera privaciones tu tierra.
como en rosario las engarzaría
para llevarlos como un talismán,

Pues son más puros que las puras piedras,
y corno el animal que ha empezada a ser ciego.
llenos de sencillez, inacabablemente
tuyos. y nada quieren: y sólo piden la Único:
el poder ser tan pobres como lo son realmente.

Pues pobreza es un gran fulgor de dentro...

Tú eres el pobre: tú. el desamparado:
tú. la piedra que nunca tuvo sitio.
el leproso ahuyentado que da vueltas
con su carraca en torno a la ciudad.

Pues nada es tuyo. igual que no es del viento:
tu desnudez, la fama apenas tapa:
el uniforme gris de un hospiciano
es más rico: ya es una propiedad_

Pobre come la fuerza de un embrión
en la muchacha que quiere ocultarlo,
y aprieta sus caderas sofocando
el primer alentar de su preñez.

Pobre como la lluvia en primavera.
feliz en los tejados de los pueblos:
o como la ilusión que abriga un preso
en su celda sin mundo eternamente.
Como enfermos que cambian de postura
y están contentos: como entre las vías
las flores, en el viento de los viajes;
pobre como la mano en que se llora...

A tu lado ¿qué es un gorrión helándose;
qué un perro sin comer en todo el día:
qué, a tu lado. el perderse: qué la muda
tristeza vieja de los anímales,
olvidados, lo mismo que los presos?

Y todos los mendigos del refugio
nocturno ¿qué son, junto a tu miseria?
Sólo son piedrecitas, no molinos,
pero muelen tal vez algo de pan.

Tú eres el más profundo miserable;
el mendigo de la cara tapada;
la rosa en madurez de la pobreza;
tú eres la metamorfosis eterna
del oro al recibir la luz del sol.

Tú eres el exiliado silencioso
que ya no ha vuelto a entrar en este mundo:
muy grande para todo menester.
Aúllas en la tormenta. Eres un arpa
donde se estrella todo tañedor.

Tú. que lo saber, cuyo ancho saber
está hecho de pobreza y sobra de pobreza;
haz que los pobres no sean más desgajados
ni penetren más en la desazón.
Están como arrancados los demás;
pero ellos se alzan coma una especie de flores
en raíces y huelen igual que las melisas,
y sus hojas son tiernas y dentadas.

Obsérvalos y mira lo que a ellos se parece;
se tocan como puestos en el viento
y reposan como algo que se agarra.
En sus ojos está el oscurecerse
solemne de las franjas de pradera
en que cae una lluvia rápida de verano.

Tan quietos, se asemejan a las casas.
Y si se les invita a que entren en el cuarto,
son como amigos que de nuevo vuelven,
y que se pierden entre lo pequeño
y se ensombrecen como una quieta herramienta.

Son como vigilantes de tesoros tapados,
que los guardan y nunca los han visto:
llevadas por la hondura .la mismo que una barca,
y coma el limo sobre los cadáveres.
extendidos y abiertos.

Y mira cómo va la vida de sus pies:
como vida animal, cien veces enredada
con todos los caminos: llena de remembranzas
de piedra y nieve, y prados jóvenes y ligeros,
que refresca su soplo.

Tienen dolor que viene de aquel dolor enorme,
de que tan poca pena ha tocado a las hombres:
el bálsamo del césped y el filo de la piedra
es para ellos destino; y aman esto y aquello
y andan como por sobre los pastos de tus ojos,
y como andan las manos que tañen unas cuerdas.

Y son sus manos como de mujeres,
ajustadas a alguna maternidad: alegres
como pájaros cuando hacen sus nidos,
calientes agarrando, tranquilas en confianza.
y palpando como un vaso para beber.

Su boca es coma boca de una estatua,
que nunca resonó, ni besó, ni alentó,
por más que de una vida ha procedido todo
lo. que en su forma blanca recibió,
y ahora se arquea, como si lo supiera todo:
pero que es semejanza sólo, y es piedra y cosa...

Y su voz llega desde lo lejana.
y se ha abierto antes del amanecer,
y estuvo en grandes bosques, y camina
hace semanas, y habló con Daniel
en sueños, y vio el mar, y habla del mar.

Y si duermen, están como devueltos
a todo cuanto sin ruido se entrega,
bien repartidos como el pan en carestía
en medias noches y en amaneceres,
y como lluvia están llenos de la caída
a la fecundidad joven de una tiniebla.

No queda entonces ni una cicatriz de su nombre
en su cuerpo, que, dispuesto ya al brote.
se acuesta como grano de esa siembra,
de que brotarás tú desde lo eterno.

Y mírales: su cuerpo es un esposo
y cuando yace fluye coma un río,
y vive tan hermoso como una cosa hermosa,
tan pasional y tan maravilloso.
En su esbeltez lo débil se congrega,
lo miedoso, llegado desde muchas mujeres:
pero es fuerte su sexo, y vela, como
un dragón, en el valle del pudor

Pues mira: vivirán y aumentarán,
no serán obligados por el tiempo,
y crecerán como bayas del bosque
tapando el suelo bajo su dulzura.

Pues felices aquellos que nunca se alejaron
y en la lluvia estuvieron quietos y sin tejado:
hacía ellos vendrán todas las cosechas
y su fruto se aumentará mil veces.

Durarán más allá de todo fin.
Por sobre imperios cuya sentido se deshace,
y se elevarán, manos reposadas,
cuando las manos de todos los hombres
y de todos los pueblos se fatiguen.

De la culpa de las ciudades, sácalos
otra vez, donde todo es ira y es enredo,
y donde en días hechos de tumulto
se agostan con paciencia vulnerada.

¿No tiene. pues, para ellos la tierra ningún sitio?
¿Quién busca el viento? ¿Quién bebe el claror del río?
En el profundo espacio al borde del estanque
¿ya no hay reflejo libre para puerta y umbral?
A ellos les hace falta sólo un poco de sitio
en que lo tengan todo, como un árbol

Es la casa del pobre lo mismo que un sagrario.
En ella se transforma la eterno en alimento.
y en el atardecer se vuelve, quedo.
hacia si, en ancho círculo y despacio,
lleno de ecos, entrando en su interior.

Es la casa del pobre lo mismo que un sagrario.

Es la casa del pobre como mano del niño.
No toma lo que piden los mayores:
sólo un escarabajo can adornadas pinzas,
o la piedra redonda que ha andado por el río.
la arena, que fluía, o conchas, que sonaban:
está colgada como una balanza.
y dice el más ligero recibir
oscilando con su platillos, lenta.

Es la casa del pobre coma mano del niño_

Y la casa del pobre es igual que la tierra:
la esquirla de un cristal del porvenir.
bien oscuro. o bien claro, huyendo en la caída;
pobre tomo la auténtica pobreza de un establo:
pero hay tardes: entonces ella es todo.
y todas las estrellas salen de ella:

Las ciudades, no obstante, sólo quieren lo suyo
y se lo llevan todo en su carrera a trastras.
Como madera hueca rompen las animales
y consumen ardiendo, muchos pueblos.

Sus habitantes sirven en culturas
y caen muy hondo desde equilibrio y medida,
llaman progreso a su rastro de caracol,
y marchan más de prisa cuando marchan despacio,
se tocan y calientan coma las prostitutas
y hacen más fuerte estrépito con metal y cristal.

Es como si un .engaño les limitara a diario:
no pueden ser siquiera ni ellos mismos,
crece el dinero, tienen todas sus energías
y es grande como el viento del Este; y ellas, pequeños,
sonsacados; y aguardan a que el vino y veneno
de toda ocupación humana y animal
les excite a tareas transitorias.

Y tus pobres bajo estas hombres sufren,
y están pesados ante cuanto ven,
y arden fríos como en crisis de fiebre.
y expulsados de toda casa, van,
cómo muertos extraños por la noche;

de toda suciedad están cargados,
y como al sol escupen lo podrido;
por todo azar ensordecidas, por
los afeites de mozas, los coches, los faroles.

Si .hay una boca para defenderlos
dale palabras y hazla que se mueva.

Oh dónde está el que, desde la propiedad y el tiempo
hasta su gran pobreza, se fortaleció tanto
que se quitó la ropa en el mercado
y, desnuda,, entró bajo el manto del obispo.
El más vivo y más íntimo de todas.
que anduvo y vivió como un año joven;
moreno hermano de tus ruiseñores,
en que había un asombro y un agrado
y un entusiasmo en esta tierra.

Porque él no fue como esos que siempre están cansados
que cada vez se quedan más sin gozo:
con florecillas como con hermanos menores
anduvo junto al prado conversando.
Y hablaba de él, de cómo se aplicaba
para que hubiera un gozo para todo:
y no había fin para su claro corazón,
y nada diminuto lo cruzaba de paso.

Salía de la luz a luz siempre más honda,
y su celda quedaba en alegría.
En su rostro crecía la sonrisa.
poseía su historia y su niñez.
y maduraba como un tiempo de muchacha.

Y al cantar, se volvía
atrás hasta el ayer y lo olvidado;
y una calma crecía por los nidos: gritaban
dos corazones sólo en las hermanas
a las que como esposo conmovía.

Pero luego se abría el polen de su canto
desde su roja boca suavemente,
y en sueños se acercaba hasta las amorosas.
cayendo en las corolas abiertas y, despacio.
hundiéndose despacio en el suelo fecundo.

Y ellas lo recibían sin mancilla en su cuerpo
que era su alma. Y sus ojos
se cerraban como rosas, y estaba
lleno su pelo de noches de amor.

Y le acogió lo grande y lo pequeño;
a muchos animales se acercó el querubín
a decir que sus hembras parirían:
y hubo maravillosas mariposas,
pues lo reconocían, recibiendo
de él la fecundidad, todas las cosas.

Y al morir, tan ligero como sin nombre, estaba
repartido; su semilla corría
por ríos, y en los árboles cantaba.
y desde allí, tranquila, le miraba.
El yacía y cantaba. Y al llegar las hermanas
lloraron por su esposo.

Oh ¿dónde fue aquél, claro, con su son?
¿Qué sienten de él, el joven jubiloso,
los pobres que le aguardan, ya no lejos?

¿Qué es lo que él no levanta en sus crepúsculos?

Gran, lucero de la pobreza.

EL LIBRO DE LAS IMAGENES

(1902-1906)

PRIMERA PARTE

DEL PRIMER LIBRO

ENTRADA

Quienquiera que tú seas: al atardecer sal
de tu cuarto, en el cual loo sabes todo;
ante la lejanía está tu casa
como el final: quienquiera que tú seas.
Como tus ojos que apenas, fatigados,
del consumido umbral pueden librarse,
levantas muy despacio un árbol negro
poniéndolo ante el cielo: esbelto, solo.
Y has hecho el mundo. Y es grande, y es como
una palabra que aun en silencio madura.
Y según tu querer comprende su sentido
se desasen tus ojos tiernamente...

DE UN ABRIL

Otra vez huele el bosque,
se ciernen las alondras, elevándose
con el cielo, que estaba pesado en nuestros hombros;
cierto es que se veía por las ramas el día
qué vacío que estaba;
pero tras de lluviosas tardes largos
vienen las horas nuevas,
soleadas de oro,
huyendo de las cuales, en fachadas lejanas,
todas las desgarradas
ventanas temerosas agitan sus batientes.
Luego se hace la calma. Hasta la lluvia
cae más queda en el brillo de la piedra, que en paz
se ensombrece. Los ruidos enteros se agazapan
en los fúlgidos brotes de las yemas.

MELANCOLÍA DE MUCHACHA

Se me ocurre pensar en un jinete joven
casi como en un viejo dicho.

Que venía. En el bosque a veces viene
la gran tormenta así para ocultarte.
Que iba. Y así te deja solitaria.
La bendición de las grandes campanas
a menudo en mitad de la oración
Y entonces gritar quieres en la calma,
pera tan sólo lloras quedamente
hondo dentro de tu fresco pañuelo.

Se me ocurre pensar en un jinete joven
que va lejos, armado.

Era muy blanda y fina su sonrisa:
igual que resplandor de marfil viejo,
como nostalgia o nieve navideña
en patio oscuro, o piedra de turquesa
en que se engarzan unas claras perlas,
como claro de luna
en un libro querido.

LA CANCIÓN DE LA ESTATUA

¿Quién es el que me quiere de tai modo
que rechaza su amada vida?
Si se ahoga en el mar alguien por mi,
de vuelta estoy entonces de la piedra
a la vida, en la vida redimida.

Tengo anhelo de sangre rumorosa.
la piedra está muy quieta.
Sueño la vida: es buena.
¿Alguien tiene el valor
mediante el cual yo voy a despertar?

Y si llego a la vida alguna vez,
la que me da todo lo más dorada._.

en soledad entonces lloraré,
lloraré por mi piedra. ¿,Qué me sirve
mi sangre si madura como vino?
No puede desde el mar llamar al único
que es quien más me ha querido.

LA ENAMORADA

Sí, de ti tengo anhelo. Me resbalo
de la mano, perdiéndome a mí misma,
sin esperanza de disputar eso
que, como de tu lado, llega a mí
serio, sin desviar, sin relación .

...aquellos tiempos: ¡Cómo fui Una Sola Cosa,
nada que diera voces, y que me traicionara;
mi silencio. era igual que el de una piedra
por la que arrastra el río su murmullo!

Pero dentro de mí, en estas semanas
de primavera, hay algo que se ha abierto despacio
saliendo del oscuro año inconsciente.
Algo ha entregado mi caliente vida
en la mano de alguno que no sabe
que yo existía ayer.

LA ESPOSA

¡Llámame amado, llámame en voz alta!
No dejes tanto tiempo en la ventana
a tu esposa. En las viejas avenidas de plátanos
ya no vela la tarde:
han quedado vacías.

Y no llegas a la nocturna casa
Con tu voz a encerrarme;
y tengo así que estar desde mis manos
a los jardines del azul de sombra
vertiéndome...

MÚSICA

¿Qué, tocas tú, muchacho? Iba por los jardines
igual que muchos pasos, que órdenes susurradas.
¿Qué tocas tú, muchacho? Mira, tu alma
se ha enredado en los tubos de la flauta.

¿Por .qué la atraes? Es el son como una cárcel,
en que se desperdicia y se equivoca;
fuerte es tu vida, pero tu canción es más fuerte.
reclinada en tu anhelo sollozando.

Dale un silencio, que, callada, el alma
regrese en tu fluyente y en lo mucho,
en que vivió. creciendo. sabia y lejos,

antes que le metieras en tu suave tocar.

Cómo mueve sus alas ya más lánguida;
así disiparás su vuelo, soñador,
hasta que su ala, por el cántico hechizada.
no la lleve más sobre mis paredes,
cuando la llame yo para gozar.

EL ÁNGEL PROTECTOR

Tú eres el ave cuyas alas vi
al despertar llamando en plena noche,
sólo con mi braceo, pues tu nombre
es un abismo de mil noches de hondo.
Tú eras la sombra en que dormía en calma,
todo sueño levanta en mi tu germen:
tú eras imagen, pero yo soy marco
que te completa en fúlgido relieve.:

¿Cómo nombrarte? Mira arder mis labios.
Tú eres principio que se vierte inmenso:
yo soy el lento y temeroso «Amén»,
qua, tímido, concluye tu belleza.

Del reposo a menudo me sacaste,
cuando me era el dormir como un sepulcro,
como perderse y escapar; entonces
me alzaste de las sombras de mi pecho
queriendo alzarme encima de las torres
como pendón bermejo o colgadura.

Tú que hablas del milagro como ciencia
y de los hombres como melodías
y de las rosas, de esos resultados
que se cumplen con fuego en tu mirada;
tú, feliz, ¿cuándo nombras una vez
al que en su día séptimo y final
dejó siempre perdido su fulgor
en tu aleteo?
¿Mandas que pregunte?

LAS MÁRTIRES

Es una mártir. Como duro golpe
con un tirón
el hacha atravesó su breve juventud,
y se puso el sutil anillo rojo
en su cuello. como primer adorno
que ella con una extraña sonrisa recibió;
pero aún éste la lleva con vergüenza.
y su hermana menor, cuando ella duerme.
(que, infantil todavía, se adorna con la herida
de esa piedra que le oprime la frente)
debe echarle sus duros brazos en torno al cuello
y en sueños, a menudo, huye la otra: Más
fuerte, más fuerte. A veces se le ocurre a la niña
esconder esa frente con, la imagen
de la piedra en las pliegos del manto de la noche,
que, claro, en el aliento de su hermana se eleva,
lleno como una vela que vive de su viento.

Esa es la hora cuando son sagradas,
la muchacha callada y la pálida niña.

Y otra vez están como ante todo dolor,
duermen pobres y no tienen nada de gloria,
y sus almas son como blanca seda,
y con el misma anhelo las dos tiemblan
y sienten miedo de su heroicidad

Y tú puedes pensar: si de las camas
con la próxima luz se levantaran,
y. con los mismos rostros soñadores,
entraran las callejas en los pueblos,
no quedaría nadie iras de ellas asombrado,
en las filas de casas ni una ventana habría
ruido, y por las mujeres no iría un cuchicheo,
y de los niños no gritaría ninguno.
Irían a través del silencio en camisa
(los pliegues lisos no dan resplandor)
tan raras, pero a nadie sorprendentes,
como para la fiesta, pero sin la guirnalda.

LA SANTA

Sediento estaba el pueblo: entonces la única
muchacha sin sed, fue
a implorar agua para todo el pueblo.
pero siguió la rama de mimbre sin señales
y ella se marchitó en el largo camino
y al fin sólo pensó que uno sufría
(un niño enfermo; y se habían mirado
una vez, presintiendo, por la tarde).
Y entonces se inclinó la varilla de mimbre
en sus manos, sedienta, igual que un animal;
y por sobre su sangre ella anduvo florida
mientras iba su sangre bajo ella, rumorosa.

INFANCIA

Va el largo tiempo y miedo de la escuela
allá, en vela, con sólo sordas cosas.
Oh soledad, oh duro gastar tiempo.
Y allá afuera, las calles brillan, suenan.
y en las plazas brotando están las fuentes,
y en los parques .se ve ensancharse el mundo.
Ir entre todo, con el trajecito.
muy de otro modo que otros van y fueron...
Oh tiempo milagroso, oh gastar tiempo,
oh soledad.

Y en todo aquello, lejos, divisar:
hombres. mujeres; hombres y mujeres
y niños, diferentes, de colores:
allá .una casa, y luego un perro, a veces,
el terror alternando a la confianza...
Oh pena sin sentido, oh sueño, espanto,
profundidad sin fondo.

Y así, jugar: pelota y aro y bolas
en un parque que, suave, palidece,
y alguna vez rozar a los mayores,

ciegos, locos, corriendo al escondite,
pero en la tarde, en calma, con pasitos
rígidos, vuelta a casa, bien cogidos.
Oh comprender que huye más cada vez.
oh miedo, oh peso.

Y horas y horas, junto al estanque gris
arrodillarse, con un velerito;
y olvidarlo, porque otros semejantes,
y más bonitos, bogan por el círculo:
deber pensar . en la carita pálida
que, hundida, en el estanque, aparecía...
Oh niñez, oh comparación que escapa
¿adónde?. ¿adónde?

DE UNA INFANCIA

Lo oscuro era riqueza en el espacio,
donde el niño, muy en su casa, estaba.
Y cuando entró la madre, como en sueños,
tembló un cristal en el tranquilo armario.
Ella notó que el cuarto delataba
su entrada, y besó al piña: ¿Estás aquí?
Luego miraron, con terror, el piano.
pues ella le cantaba muchas tardes
un canto donde el niño se perdía.

Quieto, su gran mirada se colgaba
de la mano que, encorvada de anillos,
como. en temblor de nieve iba, difícil,
sobre las blancas teclas.

EL MUCHACHO

Querría ser igual que los que corren
en caballos salvajes, por la noche,
con antorchas qué, igual que cabelleras,
se ciernen al gran viento del galope.

Delante yo estaría, en una proa,
grande y plegado, igual que una bandera.
Oscuro, pero con un casco de oro.
que fulge inquieto. En fila, tras de mí,
diez hombres de la misma oscuridad,
con cascos intranquilos como el mío,
ya de cristal, ya oscuros, viejos, ciegos.
Y uno a mi lado va, y nos sopla espacio
con la trompeta, aguda y reluciente,
y nos sopla una negra soledad
por la que huimos, como un raudo sueño.
Al pasar, caen las casas de rodillas,
se doblan de soslayo las callejas,
las plazuelas se ensanchan: las tomamos,
sonando los caballos como lluvia,

SEGUNDA PARTE

DEL PRIMER LIBRO

INICIAL

De infinitos anhelos se elevaron
hechos finitos, como fuentes débiles,
que se inclinan, maduras y temblando.
Pero las que nos callan además,
nuestras fuerzas alegres, se revelan
en esas lágrimas que están bailando.

EL VECINO

Violín extraño, ¿me persigues?
¿En cuántas remotas ciudades
tu noche sola habló a la mía?
¿El mismo, o varios te tocaban?

En toda gran ciudad. ¿hay quienes
sin ti se habrían ya perdido
en los ríos? ¿Y por qué siempre
me corresponde estar al lado?

¿Por qué son siempre mis vecinos
los que osan, tímidos, hacerte
cantar: “La vida es más pesada
que el peso de todas las cosas”?

PONT DU CARROUSEL

Aquel ciego que está siempre en el puente,
gris como el hito de un país sin nombre,
en la cosa, quizá. que, siempre idéntica,
centra el girar del tiempo de los astros;
el eje fiel de las constelaciones.
pues todo en torno de él va, yerra, brilla.

Este ciego es la inmóvil derechura
adentrada en marañas de caminos:
la oscura puerta al mundo soterraño
entre la humanidad superficial.

EL SOLITARIO

Como uno que ha cruzado extraños mares.
estoy con los que están siempre en su tierra;
en. sus mesas están los días llenos, pero
para mi lo lejano lleno está de figura.

Un mundo por mi rostro quiere entrar,
como luna, quizá deshabitado.
pero ellos nunca dejan un sentimiento solo,
y están pobladas todas sus palabras.

Las cosas que llevé conmigo lejos, rara
vez alzan la mirada, sujetas a tu de ellos;
las cosas, en su gran patria, son animales;
pero aquí, de vergúenza, retienen el aliento.

LOS ASCHANTI
(Jardin d'Acclimatation)

No es ninguna visión de países remotos,
ni sensación de mujeres oscuras
que danzan con ropajes que se caen.

No hay salvajes y extrañas melodías.
Ni cantos que brotaron de la sangre
ni sangre que dé gritos en la hondura.

No hay muchachas morenas. ensanchadas
con aterciopelada fatiga tropical:
no hay ojos llameantes, igual que arenas,
y la boca ensanchada en carcajada.
Y hay un entendimiento sorprendente
con la vanidad de los hombres claros.

Y a mí el mirar me daba mucha miedo.

Cuánto más fieles son los animales
que de acá para allá van tras las rejas,
sin pactar con el tráfago de cosas
extrañas que no entienden
y se consumen como
un fuego quieto y se hunden en sí mismos,
sin tomar parte en la aventura nueva.
con su gran sangre a solas.

EL ÚLTIMO

Yo no tengo una casa solariega:
tampoco la he perdido:
mi madre me ha parido
echándome hacia el mundo.
Ahora estoy en el mundo y cada vez
entro al mundo más hondo,
y tengo mi dicha y tengo mi dolor,
y tengo todo, solo.

Y. sin embargo, soy un heredero.
Con tres ramas mi raza ha florecido
en los bosques en siete
castillos, y mi escudo se ha cansado,
ya demasiado viejo:
y lo que me han dejado y lo que gano
para la posición antigua, está sin patria.
En mi seno, en mis manos
tengo que conservarlo hasta que muera.
porque lo que desplazo
metiéndolo en el mundo,
cae, está
igual que en una ola
puesto.

TEMOR
(Bangnis)

En el bosque marchito hay un clamor
de pájaros, que en este bosque está sin sentido.
y no obstante, descansa el redondo clamor
de pájaros en este tiempo que lo produjo
tan ancha como un cielo sobre el bosque marchito.
Todo encaja y se espacia en este griterío;
Muda parece en él estar la tierra entera.
el gran viento parece a él plegarse,
y el minuto que quiere proseguir
está pálida y quieto, igual que si supiera
cosas con que debieran morir todos,
y que brotaran de él.

LAMENTO

¡Qué lejano está todo
y pasado hace tanto!
Yo creo que la estrella
cuyo fulgor recibo
ha muerto hace milenios.
Yo creo que en la barca
que ha pasado de largo
algo temible oí.
En la casa un reloj
ha sonado...
¿En qué casa? Querría
desde ml corazón salir
hacia el gran cielo.
Querría rezar. Y una
de todas las estrellas_
debiera aun ser de veras.
Yo creo que sabría
cuál es la sola estrella
que ha durado -que sigue
como una ciudad blanca
en los cielos al fin de su fulgor.

SOLEDAD

La soledad es igual. que una lluvia.
Sube del mar, enfrente de las tardes;
de llanos. que están lejos y remotos
marcha hasta el cielo, que la tiene siempre.
Y desde el cielo cae a la ciudad.

La lluvia cae en las horas intermedias.
cuando tuercen al día las callejas
y los cuerpos, que no han hallado nada,
se separan, desengañados, tristes,

y cuando las personas que se odian
deben dormir en una misma cama.

La soledad va entonces con los ríos...

DÍA DE OTOÑO

Señor, es tiempo. Enorme fue el verano.
Pon ya sobre el reloj de sol tu sombra
y deja suelto el viento en las llanuras.

Manda a los frutos últimos henchirse.
dales dos días más de sur caliente,
a plenitud empújales, y mete
el último dulzor en vino recto.

El que hoy sin casa está, ya no la funda.
El que está solo, mucho habrá de estarlo:
velará, leerá, escribirá cartas,
y por las alamedas irá, inquieto,
mientras las hojas van a la deriva.

RECUERDO

Y aguardas, en espera de lo Uno
que aumentará tu vida al infinito:
lo poderoso, insólito,
despertar de la piedra,
honduras, a ti vueltas.

Están en los estantes, en penumbra.
los tomos, en dorado y en castaño;
y piensas en países que cruzaste,
en imágenes, rostros
de mujeres que volviste a perder.

Y de pronto lo sabes: eso fue.
Te levantas: y aquí tienes delante
de un año que pasó
el miedo, la figura, la oración.

FIN DEL OTOÑO

Veo desde hace tiempo
cómo todo se cambia.
Algo se alza y actúa
y mata y hace daño.

A cada vez, no son
los mismos los jardines;
desde la amarillenta
llegando a la amarilla
y lenta decadencia,
me fue largo el camino.

Ya estoy can lo vacío.
miro por las choperas.
Casi hasta el mar remoto
puedo ver el pesado
cielo serio y esquivo.

OTOÑO

Caen las hojas, caen desde lejos,
caen con ademán de negación,
como muriendo en parques de los cielos.

Y cae en las noches la pesada tierra
desde los astros a la soledad.

Todos caemos. Esa mano cae.

Y mira a los demás: igual en todos.

Pero hay Alguien que acoge esta caída
con suavidad inmensa entre sus manos.

EN EL BORDE DE LA NOCHE

Mi cuarto y esas lejanías.
velando sobre tierras que anochecen,
son una sola cosa.
Soy una cuerda tensa
sobre anchas resonancias rumorosas.

Y las cosas son cajas de violín
llenas de sombra quejumbrosa;
en ellas sueña llanto de mujeres.
se toca en sueños el rencor de enteras
generaciones...
Debo
temblar en plata, entonces
debajo de mí todo vivirá,
y lo que yerra entre las cocas,
tenderá hacia la luz
que de mi son danzante
en torno al cual ondula el cielo
por pequeñas, languidecientes grietas,
cae hacia los antiguos
abismos infinitos...

ORACIÓN

Noche quieta, en que están entretejidas
cocas muy blancas, rojas y pintadas,
colores derramados, que subieron
a la calma de la única tiniebla.
dame también, mirando hacia lo vario,
que adquieras y persuadas. ¿Mis sentidos
juegan, pues, en exceso con la luz?
¿Seguiría mi rostro levantándose
desde las cosas, siempre turbador?
Júzgalo por mis manos:
¿No están como herramientas, como cosa?
¿No es sencillo en mis manos
el anillo, y la luz
no se posa sobre ellas. confiada,
como en caminos, que al iluminarse
igual se ramifican que en lo oscuro...?

PROGRESO

Y otra vez más sonora mi honda vida .
fluye, como entre orillas más abiertas.
Se me vuelven las cosas mas fraternas,
más contempladas todas las imágenes.
Más de casa me siento en tu innombrado;
con mis sentidos voy, como con pájaros,
desde la encina hasta el ventoso cielo,
y en el día quebrado del estanque
se hunde mi sentimiento entre los peces.

PRESENTIMIENTO

Estoy como una bandera, rodeado de lejanías.
Presiento vientos que vienen y los tengo que vivir,
mientras tanto que las cosas no se tocan unas a otras,
las puertas se cierran suaves, hay calma en las chimeneas,
las ventanas aún no tiemblan, y el polvo es aún pesado.

Noto ya las tempestades y me excito como el mar.

Y me ensancho y caigo en mí
y me arrojo y estoy solo
en la enorme tempestad.

TEMPESTAD

Cuando nubes, heridas de tormentas.
galopan:
el cielo de cien días
sobre un único día;

te siento, entonces, atamán, de lejos
(tú que tanto querrías
llevar a tus cosacos
al más grande señor).
Tu nuca horizontal
siento, Mazeppa.

También estoy entonces en la carrera loco,
atado a un lomo humeante;.
todo se ha hundido en mí;
sólo puedo reconocer los cielos;

borrado. oscurecido,
debajo de ellos, piano, estoy tendido.
debajo de sus llanos;
mis ojos se han abierto como estanques,
y en ellos huye el mismo
vuelo.

TARDE

La tarde cambia, lenta, los vestidos
que le da un cerco de árboles antiguos:
tú miras, Y ante ti las tierras se abren,
una que marcha al cielo, otra que cae:

y te dejan, sin ser muy bien de nadie,
no más oscuro. que la muda casa,
ni más seguro eterno conjurando
que lo que se alza, estrella, cada noche...

dejándote (indeciblemente en duda)
tu vida, en temblor grande, madurando,
tal que, ya limitada, ya agarrando,
se hace en ti a veces piedra, a veces estrella.

HORA SOLEMNE

El que llora en el mundo, en cualquier sitio.
llorando sin motivo en este mundo,
llora por mí.

El que ríe en el mundo en cualquier sitio.
riendo sin motivo en este mundo,
ríe por mí.

El que va por .el mundo a cualquier sitio,
marchando sin motivo en este mundo.
viene hacia mí.

El que muere en el mundo en cualquier sitio,
muriendo sin motivo en este mundo,
me mira a mí.

ESTROFAS

Uno hay que toma a todas en la mano,
y corren como arena entre sus dedos.
Elige las más bellas de las reinas
y las hace esculpir en mármol blanco,

aun en la melodía de su manto;
y pone a cada rey con su mujer;
esculpido en la misma piedra que ella.

Uno hay que toma a todas en la mano,
y se le rompen, hojas de mal temple.
No es un extraño, pues vive en la sangre
que es nuestra vida, y zumba y se reposa.
Yo no puedo creer que él haga daño
pero oigo decir mucho malo de él.

PRIMERA PARTE

DEL SEGUNDO LIBRO

INICIAL

Entrega siempre tu belleza
sin calcular y sin decir.
Callas. Y dice ella por ti:
Yo soy. Y viene en mil sentidos.
y sobre todos llega al fin.

LOS TRES REYES MAGOS

Leyenda

Una vez que en el borde del desierto
se abrió la mano del Señor,
lo mismo que una fruta que en verano
manifiesta su entraña,
hubo un milagro: lejos
se saludaron y reconocieron
tres reyes y una estrella.

Tres reyes de camino,
la estrella sobre todo,
y allá se fueron juntos,
a la derecha un rey y a la izquierda otro rey,
hasta un tranquilo establo.

¡Qué es lo que no llevaban hasta aquel
establo de Belén!
Resonaba muy lejos cada paso,
y el que montaba en un caballo negro,
iba cómodo y blando.
y el que iba a su derecha
era un hombre dorado,
y el que andaba a su izquierda
se movía con música
y ruido de una cosa
argentina y redonda,
mecida en un anillo,
toda azul humeando.
y la estrella reía sobre todo
tan rara como sobre encima de ellos
y corrió por delante y se paró
en el establo, y le dijo a Maria:

Traigo una caravana
de muchos extranjeros.
Tres reyes con poder,
cargados de oro y gemas,
oscuros, silenciosos y paganos;
no vayas a asustarte demasiado.
Los tres tienen en casa
doce hijas, ningún hijo;

y te piden 'el tuyo
como sol para su celeste azul.
consuelo de su trono.
Pero no has de creer que solamente
ser un príncipe y jeque de paganos
haya de ser la suerte de tu hijo.
Recuerda que el camino es grande.
Ellos, como pastores, andan mucho,
y su reino maduro, mientras Canto
sabe Dios a quién cae en el regazo.
y en tanto aquí, caliente,
como viento de Oeste,
el buey alienta en torso a sus orejas.
quizás están pobres todos
y como sin cabeza.
Con tu sonrisa, pues, haz que sea leve
ese enredo que son,
y vuelve el rostro a Oriente y a tu hijo;
allí en azules líneas.
está lo que cada uno te ha dejado:
esmeralda y rubíes.
la leyenda de la turquesa.

LOS ZARES

Un ciclo de poemas (1899 y 1906)

I

Fue en días que vinieron las montañas.
los árboles se alzaban, sin domar todavía,
y el torrente, con ruido, brotaba en su armadura.
Clamaron dos extraños peregrinos un nombre
y despertó de su entumecimiento
Iliya, el gigante de Murom.

Los antiguos abuelos a los. campos saltaron
en piedras y en salvaje crecimiento;
y vino el hijo, grande, desde su despertar
y sujetó a los surcos al terror del arado.
Los troncos alzó, erguidos igual que luchadores.
y rió de su peso vacilante.
y espantadas, como serpientes negras
se. torcían raíces, que sólo conocían
la tiniebla, en el ancho agarrón de la luz.

En rocío temprano se hizo fuerte el jamelgo
en cuyas venas fuerza y nobleza dormían:
maduró bajo el peso del jinete,
llegó a ser un relincho hondo como una voz
y uno y otro sentían cómo lo aproximado
llamaba con prometedor peligro.

Cabalgar, cabalgar quizá mil años.
Quién cuenta el tiempo si uno quiere una solo vez.
(Quizá también estuvo mil años él sentado.)
Lo real es igual que milagroso:
el mundo mide con medidas arbitrarias;
los milenios son demasiado jóvenes.

Muy lejos gritarán los que estaban sentados
en su honda penumbra mucho tiempo.

II

Ya venían de todas partes pájaros grandes,
se inflamaban dragones escondiendo el prodigio

de los bosques, tu abrupto de los desfiladeros;
y crecían muchachos. y para la pelea
se ungían hombres con el ruiseñor,

que en las copas de nueve encinas acampaba
allá arriba, como un animal múltiple,
y al ocaso surgía un grito inigualable,
un alcanzar gritando hasta el Final,
y de él surgía toda la noche lentamente;

noche de primavera, más terrible que todo.
más pesada y terrible de aguantar:
en torno ni señal de una sorpresa
y sin embargo todo lleno de transcurrir
arrojándose y troza a trozo dándose,
más aún. a ese algo que se agarraba en torno,
llamándolo, temblando en todo el cuerpo
y pasando por ello como un barco.

Hubo excesos de fuerza, que quedaron
sin consumir por eso gigantesco
que, como de crateras, brotaba de los cálices:
duraban, cada vez más aviejados
percibiendo el terror de los abriles,
y sus manos calmosas sujetaron a muchos
llevándolos por miedo y desazón
a días, en que más sanos y alegres
construyeron murallas en torno a aquellos sabios
fundadores, sentados por encima de todo.
Y llegaron al fin a las primeras calles
saliendo de oquedades y odiadas emboscadas.
Los animales, que eran implacables.
En silencio salieron de su exceso
(violencias aviejadas, vergonzosas)
y obedientes se echaron delante de los viejos.

III

Sus servidores echan más y más de comer
a una traílla de esos ruidos locos que aún
son Él todo aún Él.

Sus favoritos huyen ante él. Y sus mujeres

cuchichean y fundan alianzas.
y él las oye completamente dentro
en sus cuartos con criadas que miran
con miedo torvo, hablando de venenos.

Los muros están huecos de armarios y anaqueles,
bajo los techos, crímenes se esconden
y juegan frailes con habilidad.

Y él no tiene sino de vez en cuando
una mirada; sino el quedo paso
por escaleras que dan vueltas, sino
el hierro de su bastón,

sino el menesteroso manto del penitente
(por el que sube desde las baldosas
el frío, como si tuviera garras);
nada, que él llamar ose,
nada, sino la angustia que le dan todos esos:
nada, sino angustia cotidiana por todos,
que le acosa par esos acosados
rostros, siguiendo oscuras manos incuestionadas,
y culpables tal vez.

Alguna vez envuelve alguno al paso
precisamente en los pliegues del manto,
y lo sacude con ira, arrastrándolo
pero no sabe en la ventana ya:
¿quién es el que sujeta? ¿quién es el sujetado?
¿Quién soy yo y quién es éste?

IV

Es la hora en que, vano, el imperio se mira
en los muchos espejos de su brillo.

El zar pálido, el último miembro de su linaje,
sueña en el trono, mientras que ante él se hace la fiesta.
y tiembla quedamente su cima avergonzada
y su manó. que escapa a tu desconocido
enredoso con un afán incierto.
de respaldos de púrpura, escapando.

Y a su callar se inclinan los boyardos
en brillantes corazas y pieles de panteras,
como extraños peligros principescos
que con muda impaciencia le rodean. Profundo,
hace olas en la sala su respeto.

Y de otro zar se acuerdan, que a menudo
con palabras nacidas de locura,
les golpeó las fuentes. en la piedra.
Y piensan también: ése no dejaba
tanto sitio al sentarse sobre el trono,
vacío en el marchito cojín de terciopelo.

Él era la medida oscura de las cosas
y los boyardos ya hace mucho ignoraban
que era rojo el asiento del sillón, tan pesadas
se posaban sus ropas, dorándose anchamente.

Y piensan más:. el ropaje imperial
en los hombros de este muchacho duerme.
Aunque en la sala entera llamean las antorchas
son pálidas las perlas que en torno de su nuca
se arrodillan en siete filas de niños blancos,
y los rubíes que en las mangas penden.
y que antaño eran copas, luminosas de vino,
y están ahora negros como escorias...

Y se hincha su pensar.

Se aprieta con violencia hacia el pálido zar,
sobre cuya cabeza la corona se pone
más queda cada vez, y el querer más extraño;
sonríe. Aduladores le examinan más claro,
se acerca su inclinarse; con más valor le halagan,
y un sonido ha sonado por el sueño.

V

No morirá este zar pálido por la espada,
su extraño anhelo le hace sacrosanto;
heredará los Imperios solemnes
en que se pope enferma su alma suave.

Y ahora, a una ventana del Kremlin acercándose,
él ve un Moscú sin límites, más blanco
tejido en su infinita noche ya concluida;
tal como en el primer obrar primaveral.
cuando por las callejas el olor de abedules
tiembla de las sonoras campanas mañaneras.

Eras grandes campanas que suenan tan espléndidas
son sus padres, esos primeros zares,
que ya antes de los días de los tártaros, fueron.
vacilantes, alzándose, a partir de leyendas,
de riesgos y aventuras, de humildad y de cólera.

Y él comprende de pronto quiénes eran,
y que a menudo en torno del sentido
de su sombra se hundieron en sus propias honduras,
Y a él. al más callado de los esclarecidos,
En sus gestas piadoso y grande, le gastaron
desde muy antes ya de su comienzo.

Y le invade una pensatividad
que le confieren ellos con tal disipación,
en la sed y el empuje de las cosas.
El fue la fuerza para su rebase,
el fondo de oro, sobre el cual su vida
tan ancha parecía oscurecerse.

El en todas sus obras se contempla a si mismo,
como plata incrustada en ornamentos,
y no hay acción ninguna en sus acciones,
que también no estuviera en sus quietos Estados
en qua palidecía todo roja del tráfico.

VI

En bandejas de plata miran siempre
los zafitos, como ojos profundos de mujeres,
pámpanas de oro se unen como fieras esbeltas
que se emparejan bajo el fulgor de su celo,
y aguardan suaves perlas en la sombra de telas
de salvaje dibujo, que halle y pierda un fulgor
de sus rostros tranquilos.
Y eso es manta, corona de fulgores y tierra,
y un movimiento va de borde a borde,
como grano en el viento. y un río por el valle,
así brilla cambiante por el muro del 'marco.

Tres óvalos se quedan oscuros en su sol;
el grande da lugar .al rostro de la Madre
y a derecha a izquierda se alza una virginal
mano coma una almendra, en la orla de plata.
Las dos manos, morenas y extrañamente quietas,
manifiestan que en el precioso icono,
como en un claustro vive la que es reina
que será desbordada por el Hijo.
por esa gota en que sin una nube
azulean los cielos no esperados..

Las manos lo atestiguan todavía;
pero el rostro es lo mismo que una puerta
abierta hacia crepúsculos templados,
en donde la sonrisa de mejillas
de gracia, con su luz. errando, se perdía.

El zar se inclina entonces hondo y dice:

¡No sentías tú cuánto penetramos en ti
con todo sentir, miedo exigencia:
esperamos en tu rostro querido,
que se nos ha quedado atrás, y en dónde?

Para los grandes santos no ha pasado.

Tembló profundamente en sus rígidas ropas.
erguidas refulgiendo. No sabia qué lejos

estaba ya de todo. y qué dichosamente
cerca la bendición de ella a su soledad.

Y piensa y piensa el soberano pálido.
Y su rostro que, bajo el pelo enfermo,
estaba ya profundo y coma yéndose,
desapareció, igual que el de ella en el dorado
óvalo. en su ropón enorme de oro.

(Para ir a encontrar el rostro de Ella.)

Dos mantos de oro en la sala fulgían
claros al resplandor de las velones.

LOS DE LA CASA COLONNA

Hombres extraños, que ahora tan tranquilos
estáis en cuadros, bien montabais a caballo
e impacientes pasabais por la casa:
como un hermoso perro, con el mismo ademán
hoy descansan las manos en vosotros.

Vuestro rostro está lleno de mirar,
porque el mundo os fue imágenes e imágenes;
de arenas, banderas, frutas y mujeres,
mana esta gran confianza hacia vosotros
de que todo es y de que todo vale.

Pero entonces cuando erais muy jóvenes aún
para entrar en las grandes batallas; y muy jóvenes
para vestir la púrpura papal,
no siempre satisfechos de cazas y caballos,
muchachos todavía, rehusándose
a las mujeres ¿no tuvisteis de los días
de infancia ni un recuerdo?

¿Ya no sabéis qué ha sido en otro tiempo?

Antaño hubo el altar
con la imagen de María parida,
en la nave del templo, solitaria.
Os emocionó
un zarcillo de flores;
el pensar que la fuente solitaria
afuera en el jardín, al claror de la luna
lanzaba su agua,
era igual que un mundo.

La ventana se abría hasta los pies, igual
que una puerta y había un parque con praderas
y caminos; extrañamente próximos
pero tan alejados; claros y como ocultos,
y las fuentes zumbaban como lluvia,
y era como si no saliera la mañana
al encuentro de esta noche tan larga,
que era cálida. (Pero vosotras no sabíais.)

Entonces os crecía, muchachos, vuestra mano
que era cálido. (Pero vosotros no sabíais).
Entonces se ensanchaba vuestro rostro.

SEGUNDA PARTE

DEL SEGUNDO LIBRO

FRAGMENTOS DE DIAS PERDIDOS

,..Como ayer, que a la marcha se acostumbran,
cada vez más pesadas, igual que en la caída:

la tierra chupa de sus largas garras
el animoso recuerdo de todas
las grandes cosas que acontecen altas
y las hace hojas casi, sostenidas
apretándose al suelo;
como plantas, que apenas
hacia arriba creciendo, se arrastran por la tierra,
en negras glebas sin vida lucientes,
blandas y .húmedas se hunden y se pudren;
como niños perdidos, coma un rostro
en un féretro, como manos alegres. que
no se resuelven porque en cáliz lleno
cosas que no están cerca se reflejan,
como gritos de auxilio que en el viento de tarde
encuentran muchas grandes campanas tenebrosas;
como flores en casa, que hace días se secan,
como calles, que están malditas; coma rizos
en donde se han quedado ciegas piedras preciosas;
como mañanas en abril, delante
de las muchas ventanas del hospital se arrastran
los enfermos al borde de la sala
y contemplan: la gracia de un rayo tempranero
hace primaverales y anchas todas las calles;
sólo miran la clara esplendidez,
que hace a las casas jóvenes y rientes.
y no saben que ya toda la noche
arrastró una tormenta las ropas de las cielos
una tormenta de aguas, donde el mundo se hiela,
una tormenta que ahora zumba aún por las calles
y que quita a las cosas de los hombros
todos sus cargamentos...
que hay algo afuera grande e irritado,
que marcha la violencia fuera, un puño
que a todos los enfermos ahogara
en medio de este brillo en el que creen.
...Igual que en emparrados marchitos largas noches.
desgarrados por todas partes ya
y muy lejanas para llorar aún en ellos
juntos con alguien a quien se ame mucho;
o muchachas desnudas, que vienen sobre piedra;
como ebrios en un seto de abedules,
o palabras que nada concreto significan
y sin embargo van, entran por el oído
al cerebro, y. secretas, por los nervios
prueban todos los miembros, salto a salto,
como ancianos que a su estirpe maldicen
y mueren luego, sin que nadie pueda
desviar la desgracia que se cierne,
como rosas bien llenas, colocadas con arte
en una estrofa azul, donde las aires mienten,
y luego de insolencia en grandes arcos
dispersas en la nieve borrada por el viento;
como una tierra que girar no puede,
porque su sentir gravan demasiado muertos.
como un hombre enterrado, asesinado,
cuyas manos resisten las raíces,
como una de las altar flores del alto estío.
rojas, esbeltas, que sin salvación
muere de pronto al viento predilecto del prado,
porque abajo han chocado sus raíces
en las turquesas que una muerta tiene
en sus pendientes...

Y algunos días fueron de este modo las horas
como si alguien formara mi imagen no sé dónde,

para despacio con agujas maltratarla.
Yo barruntaba cada pinchazo de su juego
y fue como sí en mí una lluvia cayera
en que todas las cosas se transmutan.

EL LECTOR

Mucho he leído ya; toda la tarde
a la ventana. con rumor de lluvia.
Del viento de allá fuera, no oí nada:
mi libro era muy denso.
Lo veía en las hojas, como en rostros
que se oscurecen de reminiscencia,
y en torno a mi leer se pasmó el tiempo.
has páginas de pronto destellaron
y en vez del triste enredo de palabras
se lee «arde», «tarde», en todas ellas.
No miro todavía fuera: estallan
las largas líneas, huyen las palabras
de sus kilos, escapan a capricho...
Ya lo sé: por encima de los plenos
jardines de esplendor, el cielo es ancho:
el sol, una vez más, habrá verano.
Y ahora, todo es noche de verano.
Se espera en pocos grupos lo esparcido:
por largas sendas va la gente oscura,
y extraño y lejos, como si importara
más, se escucha lo poco que aún ocurre.

Si levanto los ojos de mí libró
nada me será extraño, y todo grande.
Fuera está lo que estoy viviendo dentro,
y es todo ilimitado aquí y allá;
sólo con que me enrede más en todo.
si se amolda a las cosas mi mirada
y a la sencillez graves de las manos,
rebosa entonces sobre sí la tierra.
Parece que la abraza el cielo entero:
el lucero es, allá, la última casa.

EL OBSERVADOR

Mira a los árboles las tormentas
que desde los días, ya tibios,
a mis ventanas temerosas llaman.
y oigo a las lejanías decir cosas:
que no puedo aguantar sin alegría.
que no pueda amar sin hermana.

La tormenta va ahí, una trastornada,
va por el bosque y por el tiempo,
todo está como sin edad:
el paisaje. como un verso de un Salmo,
es seriedad, ímpetu, eternidad.

Qué pequeño es con lo que peleamos;
qué grande es lo que lucha con nosotros;
si, al igual que las cosas, nos dejásemos
obligar así por tan gran tormenta.
sin nombre quedaríamos, remotos.

Lo que vencemos, es lo chico,
y aún el éxito nos empequeñece.
Lo eterno y no común
no quiere ser doblado por nosotros.
Es el ángel que apareció luchando
en el Antiguo Testamento
cuando a sus adversarios les resuenan

en la lucha los tendones, metálicos,
bajo sus dedos los percibe
como cuerdas en una melodía.

Quien a tal ángel ha vencido,
que tantas veces a luchar renuncia.
ese sale derecho y bien erguido
y grande de esta mano,
que se plegaba a él, como formando.
El vencer no le invita.
Su crecimiento es: ser mayor
que el vencido, hondamente desde siempre.

DE UNA NOCHE DE TORMENTA

OCHO HOJAS CON UNA PORTADILLA

Portadilla

La noche sacudida por tormentas crecientes,
¡cómo se ensancha de repente!
como si antes hubiera estado acurrucada
en los pliegues diminutos del tiempo.
En donde la defienden las estrellas, no acaba;
no empieza en pleno bosque,
y no empieza en mi casa,
ni empieza en mi figura.
Las lámparas tartamudean, sin
saber: ¿Mentimos luz?'
¿No es la noche la sola realidad
desde hace miles de años..,?

1

En tales noches por las calles puedes
encontrar hombres del futuro, pálidos
rostros breves, que no te reconocen
y que pasan de largo silenciosos,
Pero si se pusieran a hablar, tú
serías de un pasado ya remoto,
tal coma estas ahí,
corrompida hace mucho.
Pero en silencio quedan como muertos,
aunque son los que un día han de venir.
El porvenir no empieza todavía.
Sólo conservan su rostro en el tiempo
sin poder mirar, como bajo el agua;
pero lo aguantan por un poco miran
como bajo las alas: la premura
de peces y el hundirse de los cables.

2

En tales noches se abren las prisiones,
y a través de los malos sueños de los guardianes
van con risa callada
despreciando su fuerza.
¡Bosque! Llegan a ti, para dormir en ti,
cargados con sus largas penas.
¡Bosque!

3

En tales noches, hay de pronto incendio
en una ópera. Tal como un monstruo
empieza el gigantesco sueño con sus quijadas
a masticar a miles
que se aprietan en él.

Los hombres, las mujeres
por los pasillos quedan asombrados,
y mientras. que se aprietan entre sí
se desploman los muros, llevándolos consigo.
Y nadie sabe ya quién padeció debajo.
Alguno que ya tiene el corazón partido.
sus oídos están llenos de melodías
que entran aún en ellos...

4

En tales noches, como en pretéritos días,
empiezan a marchar los corazones
otra vez en las tumbas de príncipes antiguos;
y tan fuertes resuenan sus latidos
contra las cajas, que se les resisten,
que se llevan las cáscaras doradas
por tiniebla y damascos. y las rompen.
Negra, la catedral oscila con sus claustros.
Las campanas, que en la torre se agitan,
como pájaros cuelgan; temblando están las puertas,
y los que llevan andas tiemblan con todo el cuerpo:
igual que sí llevaran el granito
de sus cimientos, ciegas tortugas, que se tocan_

5

En tales noches saben
los incurables: Fuimos...
y continúan, entre los enfermos.
pensando un pensamiento simple y bueno,
donde había quedado.
Pero quizá el pequeño de los hijos
que dejan, va a las más, solitarias callejas;
porque justo esas noches son para él
como si por primera vez pensara:
mucho tiempo, sobre él,
todo estuvo plomizo
pero ahora todo habrá de desvelarse,
y siente que él habrá de celebrar...

6

En tales noches son las ciudades iguales
todas, embanderadas:
cargadas de tormenta en las banderas.
y como en cabelleras, desgarradas
en una tierra cierta, de contornos
y de ríos inciertos.
En todos los jardines hay un estanque entonces,
en cada estanque está la misma casa,
y en cada casa hay una misma luz;
y todas las personas son iguales,
con las manos delante de la cara.

7

En tales noches los que agonizan se aclaran.
se agarran, suavemente. el pelo que aún les crece,
cuyos tallos, en esos largos días,
de la debilidad de sus cráneos pelechan,
como para flotar
sobre la superficie de su muerte.
Su ademán va, cruzando por la casa,
como si hubiera espejos puestos en todas partes
y con ese excavar
en su pelo
gastan fuerzas reunidas en los años

que han transcurrido ya...

8

En tales noches crece mi hermanita,
que estuvo antes de mí, y se murió pequeña
Muchas de tales noches ha habido desde entonces;
ya ha de ser bella.
pronto alguien la librará.

LA CIEGA

EL EXTRANJERO
¿No tienes miedo de hablar de esto?

LA CIEGA
No.
¡Está tan lejos! Fue distinta. aquella
que un tiempo vio, y vivió clara y mirando,
y murió luego.

EL EXTRANJERO
¿Y tuvo muerte dura?

LA CIEGA
Morir es cruel para los sorprendidos.
Se ha de ser fuerte, aunque se muera ajeno_

EL EXTRANJERO
¿Y te era ajena?

LA CIEGA
O se me ha vuelto ajena.
La muerte extraña al niño de su madre.
Pero fue horrible en los primeros días.
Estaba herida en todo el cuerpo, El mundo.
que florece y madura en cosas, me era
arrancado de cuajo con raíces,
con mi pecho (creía yo); y estaba
igual que tierra removida, abierta;
bebiendo el frío orvallo de mi llanto,
que, sin cesar, callado, de mis ojos
muertos caía: así en vacíos cíelos
caen las nubes cuando ha muerto Dios.
Mi odio se agrandaba, abierto a todo.
Oía cocas que no son audibles:
el tiempo, que fluía por mi pelo;
la quietud,. que en sutil cristal sonaba,
y sentía pasar junto a mis manos
el aliento de una gran rosa blanca.
y pensaba, insistente, «noche», y «noche»,
creyendo ver una rendija clara
que luego crecería como un día;
y creía meterme en la mañana
que estaba, hacia mucho, entre mis manos.
Despertaba a mi madre, al desprenderse,
pesado, el sueño de mí rostro oscuro;
la llamaba: ¡Ven, madre, ven aquí!
¡Enciende luz!
Y escuché. largo, largo era el silencio,
se iban petrificando mis almohadas:
luego, era como ver algo brillante:
era el amargo llanto de mi madre,
que no quiero volver a pensar más.
¡Enciende luz! gritaba mucho en sueños:
el espacio se ha desplomado: quítame
el espacio del pecho y de la cara.
Debes alzarlo, debes levantarlo:

voy a morir, con todo el cielo encima.
Pero ¿te hablo a ti, madre?
,¿O a quién, entonces? ¿Quién está detrás?
¿Quién hay tras el telón? ¿Quizá hay invierno,
madre, o tormenta, madre, o noche? ¡Dime!
¿O día? ¡Día!
Sin mi: ¿Cómo podrá sin mí haber día?
¿;No siento entonces nada?
¿Nadie por mí pregunta?
¿Estamos olvidados?
¿Estamos...? Pero tú sí estás ahí:
tú aún lo times todo, ¿no es verdad?
En torno de tu rostro están las cosas
afanadas en serle bienhechoras. ,
Si tus ojos descansan,
aun con fatiga,
pueden de nuevo alzarse .
...los míos se han callado.
Mis flores perderán todo color.
Quedarán congelados mis espejos.
Se cerrarán las líneas en mis libros.
Mis pájaros revolotearán
por callejas, hiriéndose
en ventanas extrañas.
No hay nada que no esté ligado a mí.
De todo estoy abandonada: soy
una isla.

EL EXTRANJERO
Y yo vine por el mar.

LA CIEGA
¿Cómo? ¿A la isla? ¿Vienes desde lejos?

EL EXTRANJERO
Así estoy en la barca.
Sin ruido, la he orientado
a ti. Se está moviendo:
mis banderas ondean hacia tierra.

LA CIEGA
Soy una isla: estoy sola.
Soy rica.
Al principio, cuando las viejas sendas
en mis nervios estaban aún trazadas
de tanto andarlas, me dolía mucho.
Todo mi corazón se me escapaba,
no sabía hacia dónde,
pero luego las encontré allí todas.
mis sensaciones, eso que yo soy;,
estaban juntas. y empujando, a gritos,
a los ojos tapiados, sin tocarlos.
Todas mis seducidas sensaciones...
No sé si así podrían estar años,
pero sé las semanas
en que volvían rotas
sin conocer a nadie.

Entonces se cicatrizó el camino
a los ojos: no lo conozco ya.
Alrededor de mí va todo ahora
seguro, en paz como convaleciente,
mis sensaciones van curando el ir,
por la casa en tinieblas .de mi cuerpo.
Algunas son lectoras de recuerdos
pero las más recientes
ven a través de todo.

Porque cuando se asoman a mi borde
mi ropa es de cristal:
mi frente ve, mis manos han leído
versos en otras manos.
Mi pie habla con las piedras, al hollarlas;
mi voz lleva consigo todo pájaro
de los muros diarios.
Ya no tengo que prescindir de nada:
los colores se han traducido enteros
en ruido y en olor,
y suenan, infinitamente bellos,
como sonidos.
¿De qué me sirve un libro?
Por los árboles, va hojeando el viento,
y ya sé qué palabras hay allí,
y a veces, en voz baja, las repito.
y la muerte, que arranca, como flores,
ojos no halla ya los míos...

EL EXTRANJERO. (En voz baja)
Ya lo sé.

REQUIEM

Dedicado a Clara Westhoff

(Puesto en boca de Clara Wesfhoff como dirigiéndose a su amiga Gsetel Kottmeyer)

Hace una hora hay una cosa más
en tierra: una corona más.
Hace un poco esto era follaje leve... Yo
lo cambié, y esta yedra ahora pesa extraña-
mente, llena de sombra como sí de mis cosas
bebiera noches del porvenir.
Ahora casi me da horror la noche próxima,
sólo con la corona que yo he hecho;
sin presentir que hay algo que se realiza cuando
los pámpanos envuelven el madurar redondo:
sólo necesitados de entender:
que algo puede. no ser más. Qué enredado en nunca
exploradas .ideas, con cosas milagrosas,
que ya debo haber visto alguna vez .

...Río abajo derivan las flores que los niños han arrancado jugando; de los dedos abiertos cayó una y otra, hasta que ya no se pudo reconocer el ramillete. Hasta que el resto, llevado a casa, fue bueno precisamente pare quemar. Entonces, toda la noche, mientras todos piensan que uno duerme, poder llorar por las flores rotas...

Gretel, desde el principio
te estaba reservado morir tempranamente,
morir rubia.
Mucho antes que estuvieras destinada a vivir.
Así el Señor tu puso una hermana delante
y un hermano después,
para que ante ti hubiera dos cercanías puras,
que te mostraran el morir;
el tuyo,
tu muerte.
Esos hermanos fueron inventados
sólo para habituarse a tu morir,
para reconciliarte con sus dos agonías,
con la tercera, que
de siglos te acechaba.
Para tu muerte
fueron hechas sus vidas:
manos que ataron flores,

ojos que vieron rojas a las rosas
y a los hombres potentes,
se formaron y luego aniquilaron,
y se ha creado dos veces la muerte.
antes que, contra ti misma aplicada,
se fuera de la escena ya en tinieblas .

...¿Se te acercó terriblemente, mi compañera
de juego, amada? '¿Fue enemiga .tuya?
¿Has llorado de corazón ante ella?
¿Te ha arrancado de las tibias almohadas
en la noche llameante
en que nadie durmió en toda la casa?
¿Cómo era?
Debes saberlo...
Para eso has viajado hasta la patria.

Sabes
cómo florecen los almendros
y que los mares son azules.
Muchas cosas que están sólo en el sentimiento
de la mujer que pasa por su primer amor...
las sabes. La Naturaleza te susurró
en los días del Sur, de tardío crepúsculo,
belleza tan sin fin en tu interior
como tan sólo labios que con beatitud dicen
a personas felices que tienen para dos
un solo mundo y una sola voz.
-Más quedo lo entreviste todo tú-
(¡cómo ha tocado la infinita rabia
tu infinita humildad!).
De los Sures llegaban tus cartas, todavía
tibias de sol. mas huérfanas:
tú misma, al fin, viajaste en seguimiento
de tus cansadas cartas suplicantes;
porque no te gustaba quedarte en el fulgor,
todo color pesaba en ti como una culpa,
y tú vivías impaciente
porque sabías: esto no es el Todo.
Vivir en una parte solamente... ¿De qué?
Vivir en un sonido tan sólo... ¿Dónde suena?
Vivir tiene sentido sólo unido con muchos
círculos del espacio que crece hacia lo lejos;
vivir es sólo el sueño de otro sueño,
pero el estar en vela es otro sitio.
Por eso lo soltaste.
Enorme lo soltaste.
Y a ti te conocíamos pequeña.
Lo tuyo era muy poco: una sonrisa,
un diminuto pelo, un poco melancólico
ya de siempre, muy suave, y un cuartito.
remoto para ti cuando murió tu hermana.
Como si todo lo otro sólo fuera tu traje
me lo parece ahora, tú. muda compañera
de juegos. Pero mucho has sido tú.
Y supimos a veces,
cuando a la tarde entrabas en la sala;
sabíamos a veces: se debería ahora
rezar; ha entrado mucha gente.
gente que va siguiéndoté
porque el camino sabes.
Y has debido saberlo
y lo has sabido
ayer...
tú,

la. menor de las hermanas.

Mira aquí,
esta corona es tan pesada.
Y la pondrán en ti,
esta recia corona.
¿Puede aguantarla tu ataúd?
Si se rompe
bajo este negro peso,
se arrastra por los pliegues
de tu traje
yedra.
Hacia arriba, con sus zarcillos, trepa,
con ellos te circunda,
y. la savia que fluye en sus zarcillos,
te eleva con su ruido,
así eres tú de casta.
Más ya no estás cerrada.
Extendida estás y entregada.
Entreabres las puertas de tu cuerpo,
y húmeda
entre la yedra...

como filas
de monjas
que se guían
en la cuerda negra
porque está oscuro en ti.
Por las vacías galerías
de tu sangre se empujan hacia tu corazón;
dónde, si no, tus suaves penas
se encontraron con pálidos
gozos y con recuerdos...
se transforman, igual que en oración.
En el corazón que, todo extinguido.
está abierto del. todo, oscuro.

Pero es pesada la corona
sólo en la luz,
entre los vivos sólo. junto a mí;
y su peso
ya no existe cuando lo pongo en ti.
la tierra está colmada de equilibrio.
Tu tierra.
Tiene el peso de mis ojos, que de ella penden.
el peso de las sendas,
que yo hice en torno de ella;
todos los miedos que la vieron,
se han adherido a ella.
Tómala para ti, porque ella es tuya
desde que fue acabada.
Tómatela de mí.
¡Dejadme solo! Es como un invitado...
Casi me da vergüenza de él.
¿También tú tienes miedo, Gretel?

¿No puedes ya marchar?
¿No puedes más estar a mi lado, en el cuarto?
¿O te duelen los pies?
Quédate así donde están todos juntos.
te la traerán mañana. niña mía.
por la alameda sin follaje:
te la traerán, espera confiada,
te traerán más mañana.
Aunque mañana se embravezca y ruja.
eso no hace a las flores mucho daño.

Te las traerán. Tú tienes el derecho
de tenerlas seguras. niña mía,
aunque mañana, negras, malas
y desde mucho tiempo hayan pasado.
Por eso tú no tengas miedo. No
distinguirás ya qué sube y qué se hunde;
los colores están cerrados, los sonidos
vacíos, y tampoco
sabrás ya .quien tu trae todas las flores.

Ahora conoces tu Otro, eso que nos rechaza,
siempre que nos agarra en la tiniebla;
de tu que ansiabas estás redimido
en algo que tú tienes.
Entre nosotros no tenías forma,
ahora eres quizá un bosque crecido
con vientos y con voces por las hojas.
Créeme, compañera, no has sufrido violencia;
tu muerte ya era vieja
cuando empezó tu vida;
a ella se agarró
por no sobrevivirla.

¡Algo ha oscilado por mi alrededor?
¿Entró viento nocturno?
No me he movido. Estoy
fuerte y solo.
¿Qué he creado hoy? Follaje
de yedra traje por la tarde.
y lo incliné y torcí, hasta que atendí todo.
Brilla con fulgor negro. Todavía.
y mi fuerza
gira en esta corona.

CODA

La muerte es grande.
Somos los seres
de boca reidora.
Cuando en medio de la vida pensamos.
ella a llorar se atreve
en medio de nosotros.

***

DE LAS NUEVAS POESÍAS

(1903-1907)

APOLO ARCAICO

Como a veces por ramas aún sin hojas
ya se vislumbra una mañana, toda
de primavera; en su cabeza
no hay nada así que impida que el fulgor

de toda creación casi nos mate;
porque no hay sombra aún en su mirar,
y sus sienes están para el laurel
aún frescas; sólo luego de sus cejas

se alzarán los rosales de alto tronco,
de que han de desprenderse, sueltas, hojas,
al temblor de la boca que ahora está

callada aún, no usada, reluciente:
sólo con su sonrisa algo bebiendo
como si su cantar fluyendo entrara.

LAMENTO DE MUCHACHA

Esa inclinación, en los años
en que todas éramos niñas,
a estar muy solas, era grave;
a otros el tiempo se les iba en lucha
y se tenía un lado propio,
su propia cercanía y lejanía,
un animal, una senda, una imagen.

Y yo pensaba aún que la Vida
nunca cesaría de dar,
que si nosotros nos daríamos cuenta.
¿No estoy en mi con lo más grande?
¿Ya no he de consolarme con lo mío
y comprenderlo corno un niño?

De pronto estoy como golpeada,
y en un exceso de grandeza
se convierte mi soledad,
cuando, en los cerros de mis Pechos,
erguido, mi sentir reclama
tener alas o tener fin.

CANCIÓN DE AMOR

¿Cómo he de sujetar mi alma, que no
toque la tuya? ¿Cómo dirigirla
por encima de ti, a las otras cosas?
Ay, bien preferiría, a algo lejano,
perdido en la tiniebla, someterla,
en un extraño sitio en paz, que no
temblase cuando. tiemblan tus entrañas.
Pero cuanto nos toca a ti y a mí,
nos une, como un arco de violín
que de dos cuerdas saca una voz sola.
¿En qué instrumento estamos los dos tensos?
¿Qué músico nos tiene entre sus manos?
¡Oh, qué dulce canción!

SACRIFICIO

¡Oh, cómo ha florecido mi cuerpo en cada vena
con más aroma, desde que te he reconocido!
Mira, voy más esbelto y más derecho, y tú
esperas solamente: entonces, ¿tú quién eres?

Mira: yo noto cómo me distancio,
cómo pierdo lo antiguo, hoja por hoja. Sólo
tu sonrisa se cierne como una estrella pura
sobre ti, y también pronto sobre mí. A todo aquello

que a través de los años de mi niñez, sin nombre
refulge todavía como el agua,
le voy a dar tu nombre en el altar
que está encendido de tu pelo
y enguirnaldado, leve, con tus pechos.

CANCIÓN ORIENTAL DE AMANECER

¿No es igual esta cama que una costa,
una franja de costa, en que yacemos?
Nada es cierto sino tus altos pechos
que a mi sentir en vértigo superan.

Pues esta noche en que hubo tanto grito,

llamadas de animales desgarrándose,
¿no nos fue rara horriblemente? ¿Y cómo
lo que, llamado día, se alza fuera,
nos es más comprensible que ella, entonces?

Se tendría que estar uno en el otro
como en torno al estambre los pistilos:
así lo disconforme en todas partes
se amontona y contra nosotros se echa.

Pero mientras nos apretamos juntos
por no ver cómo en torno ya se cose,
puede de ti o de mí desenvainarse,
pues nuestras almas viven de traición.

CÁNTICO DE LAS MUJERES AL POETA

Míralo, todo se abre:. igual nosotras,
porque no somos más que esa ventura.
Lo que en un animal fue sangre y sombra
hasta el alma nos ha crecido, y grita

más como alma. Y en busca tuya grita.
Libre, sólo lo tomas tú en tu cara,
lo mismo que el paisaje: suave, en calma.
Y por eso pensamos que tú no eres

por lo que grita. Y sin embargo ¿no eres
en quien nos perderíamos sin tregua?
¿Y llegamos a ser más en alguno?

Con nosotras transcurre lo infinito.
Pero tú, boca, sé tú, que lo oigamos,
tú, tú que dices lo que somos: sé.

LA MUERTE DEL POETA

Cayó. Su rostro, erguido, estaba pálido,
como rehusándose en la abrupta almohada,
desde que el mundo y este conocerlo,
arrancados de sus sentidos, otra
vez cayeron al año incompasivo.

Los que vieron su vida no sabían
qué unido estaba a todas estas cosas,
porque de los barrancos y los prados
y las aguas estaba hecha su cara.

Su cara era la entera lejanía
que aún quiere entrar en él y que le ronda:
y su máscara, ahora deshaciéndose,
suave, se abre lo mismo que la pulpa
de una fruta, que al aire se corrompe.

LA CATEDRAL

En esa diminutas ciudades, donde en corro
Se encuclillan las viejas casas como una feria,
de pronto la nota a ella, y, asustada,
cierra los puestos y, toda hermética y muda,
callados que gritan, parados los tambores,
vuelve con atención el oído excitado,
a la que en tanto en calma siempre, envuelta en su viejo
arrugado gabán de contrafuertes
está, sin saber nada de las cosas:

en esas diminutas ciudades puedes ver
cómo habían crecido más, allá de su entorno
las catedrales. Iba su brotar por encima

de todo, igual que para la mirada
de nuestra propia vida, la mucha cercanía
supera sin cesar como si no ocurriera
otra cosa: lo mismo que si fuera el Destino
eso que sin medida en ellas se amontona,
petrificado, a durar destinado,
no lo que abajo en las oscuras calles
ha tomado algún nombre del azar
y anda con él, como llevan los niños
como mandil el verde, el rojo y lo que tenga
el tendero. Y en esta base hubo nacimiento,
y hubo fuerza y empuje en este descollar,
y amor por todas partes como el vino y el pan,
y los portales llenos de lamentos de amor.
La vida vacilaba al toque de las horas,
y en las torres, que llenas de renuncia, de pronto
dejaron ya de alzarse, se elevaba la muerte.

EL PÓRTICO

Allí quedaron como si hubiera refluido
aquella pleamar, cuyas grandes rompientes
golpearon las piedras, hasta que ellos brotaron;
al bajar se llevo algunos atributos

de sus manos, que son demasiado benévolas
y dadivosas para que sujetaran nada.
Se quedaron allí, distinguiéndose sólo
de las formas basálticas, por tener quizá un nimbo

o una mitra de obispo, o una sonrisa, a veces,
para la cual un rostro conserva de sus horas
paz, igual que una esfera inmóvil de reloj;

retirados ahora al vano de su pórtico,
fueron en otro tiempo pabellón de una oreja,
oyendo toda queja que hubiera en su ciudad.

II

Una gran lejanía se representa en ellos,
igual que en un teatro se representa el mundo
mediante bastidores; y corno por entre ellos
sale el héroe, con manto, entrando hacia su acción,

así lo oscuro sale de esta puerta y actúa
desde el telón de fondo trágico de su hondura,
ilimitado muro, lo mismo que Dios Padre,
y como Él, transformándose de modo milagroso

en un Hijo, que aquí debe representar
numerosos papeles, pequeños, casi mudos,
que de su repertorio le encomienda el dolor.

Pues solamente así brota (bien lo sabemos)
de los ciegos, los locos, y de los desterrados,
el Salvador como un primer y único actor.

III

Así. los corazones detenidos, descuellan
(están sobre lo eterno y no se mueven nunca);
sólo, de la cascada de los pliegues, acaso
un gesto erguido y. como ellos, abrupto,

para quedarse quieto después de medio paso,
donde los siglos siguen pasándoles de largo.
Están en equilibrio sobre los pedestales ,
en que todo ¿.se mundo que ellos no ven siquiera,

el mundo del enredo por donde no cruzaron,
figura y animal, igual que amenazándoles,
se encorva y se sacude, pero no los derriba;

porque allí las figuras, como malabaristas,
se contorsionan todas y convulsivas sólo
para que no se caiga el palo de su frente.

EL ROSETÓN

Dentro: el paso indolente de sus zarpas
pone una paz, que casi te confunde;
y como luego un gato, repentino,
lo que mira vagar acá y allá,

violentamente toma en su gran ojo,
la mirada, que corno en un remolino
aprisionada, nada un breve rato
y luego se hunde y no se la ve más,

cuando el ojo, que finge descansar
se abre, y con un bramido salta encima
y lo desgarra, hasta la roja sangre:

así antaño agarraban en lo oscuro
los rosetones de las catedrales
un. corazón, Dios adentro, rompiéndolo.

EL CAPITEL

Como de los engendros de un sueño se levanta,
desprendido de tantos enredados tormentos,
el nuevo día, así salen los ceñidores
de las bóvedas desde el capitel confuso

y dejan dentro prietas, enigmáticamente
enredadas, criaturas de alas estremecidas
con su vacilación, con su cabeza brusca,
y estas hojas tan recias cuya savia se eleva

con cólera súbita, volcándose al final
en rápido gesto, que se ha apelotonado
y sostiene afuera: echado todo arriba,

todo lo que de nuevo frío con la tiniebla
volverá a caer, como lluvia que trae cuidados
para mantener esta vieja vegetación.

DIOS EN LA EDAD MEDIA

Le habían ahorrado, dentro de ellos,
y querían tenerle dirigiendo,
y por fin le colgaron como plomos
(para lastrar su vuelo hacia los cielos)

el peso y la medida de sus grandes
catedrales. Y El sólo debería,
en su esfera de cifras infinitas,
señalando girar, como un reloj,

dando regla a su hacer y su jornada.
Y de pronto se puso en marcha entero
y las gentes de aldeas aterradas

le dejaron, por miedo de su voz,
escapar, con el carillón a rastras;
volarse de la esfera de sus horas.

MORGUE

Yacen, dispuestos, como si cupiera
inventar una acción póstumamente
que a unos con otros Y con este frío
sepa reconciliarlos y enlazarlos:

porque todo está aún como sin cierre.
¿Para qué tiene un nombre en los bolsillos
que hallarse? Ya les han lavado en torno
de la boca el rebose de su hartura:
no se fue, solamente se hizo puro.
Las barbas, algo más duras, están
más en orden, a gusto de los guardas,

sólo por no chocar a los curiosos.
Los ojos, tras sus párpados, se han vuelto
para allá y ahora miran hacia dentro.

EL PRISIONERO

Mi mano sólo tiene
un gesto con que ahuyenta;
cae de las rocas, húmeda,
hasta las viejas piedras.

Oigo este latir sólo.
mi corazón va al paso
del marchar de las gotas
y se pierde con ellas.

Si gotearan más rápidas
vendría un animal...
Fue más claro algún sitio...
Pero eso lo sabemos.

II

Supón que lo que ahora es cielo y viento,
aire en tu boca y luz para tus ojos
se hiciera piedra hasta el pequeño sitio
donde tienes tus manos y tu pecho.

Y lo que llamas tú «mañana», «luego»,
«después», «año que viene» y «porvenir»,
se hiciera herida en ti, llena de pus,
y supurara sin romperse nunca.

Que lo que fue, fuera locura y rabia
en ti. Y la boca amada que jamás
reía, espumease en carcajadas.

Y lo que era Dios, fuera el vigilante
que, maligno, en el último agujero
metiera un ojo sucio. Y aún vivieras.

LA PANTERA

París, Jardin des Plantes

Cansada del pasar de los barrotes,
su mirada ya no retiene nada.
Es igual que si hubiera mil barrotes,
y detrás de ellos no quedara mundo.

Su blando andar de fuertes pasos ágiles,
en círculos más cortos cada vez,
es danza de una fuerza en torno a un centro
donde, aturdido, se alza un gran deseo.

Sólo, a veces, se apartan las cortinas

de la pupila, sin ruido: una imagen
cruza la tensa calma de sus miembros,
y allá en su corazón deja de ser.

LA GACELA

Gazella Dorcas

Hechizada: la unión de dos palabras
electas no es jamás como esta rima
en ti viene y se va, como en un signo
De tu frente se elevan lira y hojas;

todo lo tuyo ya va en semejanzas
por canciones de amor, cuyas palabras
dan su blandor de pétalo a los ojos
que dejan de leerlas, y se cierran,

para verte: arrastrada hacia delante,
tu carrera cargada de resortes
que no han de dispararse mientras yergues

el cuello, oyendo, igual que al ir al bañó
en el bosque, se para la bañista
con el lago en los ojos Ya, al volverlos.

EL UNICORNIO

El santo alzó la vista, y la oración
cayó, cabeza atrás, igual que un casco:
pues sin ruido llegaba el increíble
blanco animal, que como una robada
cierva inerme suplica con los ojos.

Las patas, marfileño pedestal,
en equilibrio leve, se movían;
blanco fulgor feliz su piel cruzaba
hasta la frente pura y clara donde,
como torre a la luna, estaba el cuerno.
Y cada paso hacía que se irguiera.

La boca, con su bozo gris y rosa,
se plegaba, y un poco de blancura
de los dientes brillaba, más que blanca;
los bellos palpitaban, entreabiertos.
Mas sus ojos, que nada limitaba,
iban poniendo en el espacio estampas
y cerraban una leyenda azul.

EL ÁNGEL

Con sólo un gesto de su frente aleja
de si lo que limita y lo que obliga,
pues por su corazón pasa, gigante,
girando, lo que viene eternamente.

El cielo está para él lleno de formas
que le pueden llamar: Ven, reconóceme.
Nada des de tus cargas a aliviar
en sus manos ligeras. Pues vendrían

de noche a ti, a probarte en el combate,
e irían por la casa como furias,
tomándote como si te crearan,
arrancándote fuera de tu forma.

SARCÓFAGO ROMANO

Pero, ¿qué nos impide creer (según

estamos puestos y distribuidos)
que sólo un breve tiempo esté en nosotros
el acoso, la confusión y el odio,

como antaño,, en sarcófago adornado,
entre ídolos, anillos, vendas, vidrios,
en ropajes podridos lentamente
hubo un cadáver, disuelto despacio...

hasta taparle las bocas incógnitas
que no hablan nunca? (¿Dónde existe y piensa
para servirse de ellas un cerebro?)

Entonces, de los viejos acueductos
Hasta él se condujo el agua eterna:
y ahora refleja y marcha y fulge allí.

EL CISNE

Nuestro trabajo de avanzar, difíciles,
a través de lo informe, como atados,
asemeja al bogar vago del cisne.

Y el morir, ese ya no más tocar
el suelo que pisamos diariamente,
es parecido a su angustiosa entrega,

en las aguas que, suaves, le reciben
y que, corno felices y pretéritas,
debajo se rezagan, onda a onda,
mientras, sin fin tranquilo Y confiado,
cada vez más inmaduro y soberano
y sosegado, se digna pasar.

INFANCIA

Querría rumiar mucho y expresar
algo de tanto como se perdió
de aquellas largas tardes de la infancia
que nunca regresaron; ¿y por qué?

Aún nos amonesta tal vez en una lluvia.
pero ya no sabemos a qué va;
nunca volvió a llenarse la vida de tal modo
de encuentro y nuevo hallazgo y seguir adelante

como entonces, que sólo nos pasaba
lo que pasa a una cosa, a un animal:
vivíamos lo de ellos como humano,
repletos de figuras hasta el borde.

Y quedábamos solos lo mismo que un pastor
y cargados de enormes lejanías,
como llamados, como tocados desde lejos,
y lentamente, como un hilo nuevo y largo,
insertados en esas imágenes en fila
en que ahora nos confunde el persistir.

EL POETA

Hora, te alejas ya de mi.
Me hiere el golpe de tus alas.
Solo, ¿qué haré yo con mi boca?
¿Y con mi noche? ¿Y con mí día?

No tengo ni amada, ni casa;
no tengo sitio donde habite.
Las cosas, a las que me entrego,
se enriquecen y me disipan.

LA CONVALECIENTE

Viene y va por las calles como un canto,
se acerca y otra vez se esquiva. tímida,
aleteando, casi a veces para
agarrarla, y de nuevo retirándose:

la vida, que con la convaleciente
juega; y ella, tranquila y consumida,
para rendírsele hace, desmañada,
un gesto desacostumbrado. Y ella

siente casi como una seducción,
cuando su mano endurecida, donde
las fiebres fueron un contrasentido,
lejana, como en tacto floreciente,
a su dura barbilla va a mimar.

YA NO NIÑA

Todo eso estaba en ella y era el mundo,
con todo en ella, miedo y gracia; como
los árboles, creciendo y recto, todo
rostro y sin rostro, un Arca de la Alianza,
solemne, como puesta sobre un pueblo.

Y ella lo llevó encima; a la ligera,
lo volador y huyente, lo alejado,
lo inaudito, lo no aprendido aún,
corno la mujer que lleva
lleno el cántaro. Hasta que en pleno juego.
transmutados, preparando otra cosa,
el primer velo blanco cayó, suave,
resbalando sobre el abierto rostro

casi opaco, para jamás alzarse;
sin saber cómo, a todas sus preguntas
una vaga respuesta sólo dándole:
En ti, que fuiste niña, en ti.

TANAGRA

Un poco de tierra quemada,
como tostada del gran sol,
Como si fuera el ademán
de alguna mano de muchacha
que, de pronto, ya no ha pasado;
sin tender hacia nada, .
hacia ninguna cosa,
guiando desde su sentir,
sólo tocándose a sí misma,
como una mano en la barbilla.

Levantamos y damos vueltas
a una y otra figura;
podemos casi comprender
por qué no pasan..., pero
solamente debemos
con más hondura y maravilla
pender de aquello que era
y sonreír: un poco
más claro tal vez que hace un año.

QUEDÁNDOSE CIEGA

Tomaba el té, sentada igual que todos.

Me pareció al principio que tenla
su taza de otro modo. Sonrió
una vez. Casi hacía daño. Y cuando

por fin se levantó y empezó a hablar,
despacio, y como por casualidad
yendo por muchos cuartos (entre risas
y charlas), la vi. tras los otros iba,

reservada, corno una que quizá
tendrá que cantar ante mucha gente:
en sus ojos, de claro gozo, había
luz de allá fuera, como en un estanque.

Lenta, seguía a todos con tardanza.
como si aún algo hubiera, insuperado;
pero también. como si, tras de un tránsito,
ya no fuera a andar más, sino a volar.

DESPEDIDA

¡Cómo he sentido qué es la despedida!
Y cómo lo sé aún. un algo oscuro,
cruel, no herido, que lo bien ligado
muestra otra vez, lo ofrece y lo desgarra.

Qué sin defensa estuve al verlo, cuando
me llamó, y me dejó marchar, quedándose
como si fuera todas las mujeres,
pero pequeño, blanco, y nada, sino
un guiño, ya no dirigido a mí,
un leve proseguir guiñando: apenas
explicable ya: tal vez un ciruelo
del que un cuco se va volando, raudo.

EXPERIENCIA DE LA MUERTE

Nada sabemos de ese entrar allá, que nada
comparte con nosotros. No tenemos razón
para mostrar asombro, amor u odio a la muerte,
a la cual una máscara de trágico lamento

tan prodigiosamente deforma. Aún está lleno
el mundo de papeles que en escena ponemos.
mientras que nos preocupa gustarnos a nosotros
al mismo tiempo actúa la muerte, aunque no guste.

Pero cuando marchaste irrumpió en esta escena
un jirón de verdad a través de la grieta
por donde entraste: verde de un verde de verdad,
luz del sol, de verdad, y bosque de verdad

Seguimos la función: lo aprendido con pena
y miedo, declamando y a veces elevando
gestos; pero nos puede a veces dominar
tu existencia alejada de nosotros, ajena

a esta comedia nuestra, lo mismo que un saber
que se va sumergiendo en esa realidad,
de tal modo que un rato, arrastrados, ponemos
en escena la vida, sin pensar en aplausos.

HORTENSIAS AZULES

Como el último verde de un crisol de colores
son estas hojas, ásperas, resecas y sin punta,
detrás de los corimbos, que no llevan siquiera
su azul, sino que lo reflejan desde lejos.

Lo reflejan lloroso e inexacto, tal como
si quisieran perderlo Otra vez: de igual modo
que, en antiguos papeles de cartas hay en ellos
amarillo, violeta y gris; todo borroso

y aguanoso, lo mismo que un mandil de niño,
que no se pone más y al que ya nada ocurre:
se ve la brevedad de una pequeña vida.

De repente, no obstante, parece renovarse
el azul de un corimbo, y se ve que un azul
alegra, conmoviéndose, delante de lo verde.

ANTES DE LA LLUVIA DE VERANO

De pronto, en todo el verde del jardín
se, ha retirado no se sabe qué;
se le siente más cerca en la ventana
callando. Sólo, urgente y recio, suena

la canción de la lluvia en el ramaje.
como en un San Jerónimo se piensa:
tanto se eleva soledad y afán
de esta voz solitaria que los chorros

atenderán. Los muros de la sala
se nos han alejado con sus cuadros,
como para no oír lo que decimos.

Su empapelado pálido refleja
la incierta luz de las primeras tardes
en que se tuvo miedo, cuando niños.

EN EL SALÓN

Estos señores, cómo nos rodean,
en solemne uniforme y charreteras;
cómo una noche en torno a sus estrellas
sin piedad se oscurece, más y más,,
y estas damas, tan frágiles y suaves,
pero grandes de traje, mano al pecho,
leve como un collar del Boloñés:
cómo a todos rodean: al lector,
al que los bibelots observa -algunos
de los. cuales son suyos todavía-.

Llenos de tacto nos dejan en paz
vivir la vida como la entendemos,
no corno ellos. Quisieron florecer,
que es ser bellos; nosotros, madurar,
o sea, ser oscuros y afanarnos.

AUTORRETRATO DEL AÑO 1906

De la larga y antigua estirpe de águilas
perdura en la arquería de las cejas.
En la mirada, aún miedo. azul, de niño,
y aquí y allá, humildad, no de un esclavo,
sino de uno que sirve, y de mujer.
La boca, muy de boca, grande, exacta,
no persuasiva, sino de algo justo
expresiva. La frente sin mal, grata
a la sombra de un quieto contemplar.

En conjunto, esto sólo se presiente.
ni en el dolor ni el éxito, ¡amas
unido a perdurable persuasión,
sino como con cosas esparcidas,

sigue un plan desde lejos. serio y real.

RESURRECCIÓN

El conde ha sentido el ruido,
ve una rendija de luz,
a sus trece hijos despierta
en el panteón familiar.

Saluda a sus dos mujeres
respetuoso desde lejos;
todos, llenos de confianza,
salen a la eternidad

aguardando aún sólo a Erich
y Ulrike y Dorothee, que
a sus trece y diecisiete
aflos (1610),
quedaron muertos en Plandes,
para ir a buscar ahora,
sin dudar, a los demás.

LA ESCALINATA DE LA ORANGERIE

Como reyes que al fin sólo caminan
casi sin rumbo, para alguna vez
a los que reverencian a ambos lados
mostrarse, entre la soledad del manto;

asciende sola, así entre balaustradas
que ya se inclinan desde su comienzo,
la escalinata: lenta, de la gracia
de Dios subiendo al cielo, sin pasar;

como si les mandara rezagarse
a los que le siguieran; que no osaran
ni seguirle de lejos; ni siquiera
llevarle alguno la pesada cola.

FUENTE ROMANA

Villa Borghese

Dos pilones, el uno sobre el otro,
desde un cerco de antiguo mármol se alzan,
y el agua que está arriba, baja, queda,
al agua que la espera con silencio

en respuesta callada y misteriosa,
mostrándole, en su hueca mano, a un tiempo
el cielo tras el verde y el oscuro,
como un objeto nunca conocido;

Para extenderse en calma en el hermoso
cuenco, y, onda tras onda, sin nostalgia,
sólo a veces en sueños, gota a gota,

fluir, por los adornos de los musgos
hasta el último espejo, que en silencio
hace sonreír su pila con el tránsito.

BAILARINA ESPAÑOLA

Como en la mano, blanca, una cerilla,
antes de dar la llama, a todas partes
extiende lenguas bruscas; así empieza
en el corro cercano, clara, cálida y rápida,
a abrirse, convulsiva, en redondo su danza.

Y de repente es llama, enteramente.

Ella inflama su pelo a una mirada,
y pronto, con arte osado, gira
todo su traje en ese celo ardiente
del que, como serpientes que dan terror, los brazos
desnudos se levantan, en vela y chasqueantes.

Luego, corno si el fuego se le volviera escaso.
lo reúne y lo arroja todo entero
espléndida, con un gesto orgulloso,
y lo mira: rabioso yace en tierra,
y aún sigue llameando y no se entrega.
Pero triunfal, segura y con sonrisa
suave de saludo, alza la cara,
y lo apaga, pisándolo con pequeños pies firmes.

TUMBAS DE HETAIRAS

Con sus largos cabellos aquí yacen, con rostros
oscuros, hondamente entrados en sí mismos.
Ojos cerrados, como ante mucha distancia.
Esqueletos y bocas, y flores. En las bocas
dientes fúlgidos como un ajedrez de viaje
de marfil, ordenado en filas. Y las flores,
y perlas amarillas, y los huesos esbeltos,
las manos, las camisas, tejidos marchitados
sobre el desmoronado corazón. Pero allí
entre aquellos anillos, talismanes y piedras
calor de ojos azules (recuerdos favoritos),
se encuentra aún la muda cripta del sexo, llena,
hasta la misma bóveda, de pétalos de flores.
y otra vez, amarillas perlas, desengarzadas,
búcaros de quemado matiz en cuyo vientre
ha lucido su propia imagen, trozos verdes
de vasijas de ungüentos, que huelen como flores,
y formas de pequeños dioses: lares caseros
en un cielo de hetairas con dioses extasiados.
Ceñidores deshechos, planos escarabajos,
diminutas figuras de sexo gigantesco,
una boca que ríe, atletas, bailarines,
hebillas de oro, corno ballestas diminutas
de cazar amuletos de animales y pájaros,
largas agujas, lindos ajuares hogareños,
y en un redondo cántaro de fondo rojo, puestas
como el rótulo negro encima de una entrada,
las patas en tensión de una cuadriga. 'Y luego
otra vez flores, perlas. que se han desengarzado,
las caderas lucientes de una pequeña lira,
y entre velos, que caen semejantes a nieblas,
como nacida del capullo del zapato,
la leve mariposa del empeine del pie.

Así yacen, colmadas de cosas. de preciosas
cosas, y de juguetes, de piedras y de adornos,
destrozada quincalla (todo lo que ha caído
en ellas) y en tiniebla, como el fondo de un río.
Cauces de río fueron
por donde en ondas rápidas y cortas (que querían
proseguir más allá a la próxima vida)
se lanzaron los cuerpos de tanto adolescente
y resonó el rumor torrencial de los hombres.
Y a veces irrumpían muchachos de los montes
de la niñez, venían en caída medrosa
jugar en el suelo con estas cosas, hasta
que les. aprisionaba su sentir la caída.

entonces con somera agua clara llenaban
toda la anchura de este camino tan abierto,
haciendo remolinos en los sitios profundos,
y reflejaban por primera vez la orilla
y lejanas llamadas de pájaros en tanto
las noches estrelladas de una dulce región
crecían el cielo, sin cerrarse jamás.

ORFEO. EURÍDICE. HERMES

Fue la mágica mina de las almas.
Tal filones de plata, silenciosos,
iban igual que venas por su sombra. Brotaba
la sangre entre raíces, la que llega a los hombres,
y en la sombra pesada parecía de pórfido.
Nada había más rojo.

Había allí peñascos
y bosques sin sustancia. Puentes sobre el vacío,
y ese gris, ciego y gran estanque, que
pendía sobre el remoto fondo
como cielo lluvioso en un paisaje.
Y entre prados, suaves e indulgentes,
se vio la vaga franja del único camino,
como larga palidez añadida.

Marcharon por ese único camino.

Primero el hombre esbelto en manto azul,
que, mudo e impaciente, miraba hacia delante.
Devoraba el camino su paso, sin mascarlo,
En enormes bocados, Y sus manos colgaban,
pesadas y cerradas, del caer de los pliegues,
sin saber nada ya de la ligera lira
que en la izquierda le había ido creciendo
como el rosal que trepa por la rama de olivo.
y estaban sus sentidos igual que desdoblados:
su mirada marchaba delante, como un perro,
rodeándole, yendo y viniendo otra vez,
y esperándole, quieta, en el recodo próximo;
pero oído y olfato se le iban rezagando.
Le parecía a veces que alcanzaba
la marcha de los otros dos, que habían
de seguir la subida entera. Luego
era sólo otra vez el eco de su paso
y el aire de su manto lo que estaba tras de él.
Pero él se dijo que vendrían, sin embargo;
lo pronunció en voz alta y oyó sonar el eco.
Vendrían sin embargo; solamente, eran dos
que iban terriblemente callados. Si pudiera
volverse alguna vez (si el mirar hacia atrás
no fuera la ruina de todo este trabajo
que al fin se iba a cumplir), los tendría que ver,
ambos silenciosos, ambos siguiéndole callados:

el dios del caminar y del lejano mensaje,
sobre los claros ojos el gorro de viaje,
el delgado bastón avanzando ante el cuerpo,
golpeando en aletazos los tobillos;
y entregada, a su mano izquierda: ella.

Ella, la tan amada, pues brotó de una lira
más queja que jamás de toda plañidera.
y surgió un mundo entero de la queja, en que todo
volvía a estar de nuevo: los bosques y los valles,
el lugar y el camino, campo, río, animal,

y en torno de ese mundo de queja, como en torno
igual de la otra tierra, daban vueltas un sol
y un cielo en calma lleno de estrellas, otro cielo
de queja con estrellas desplazadas: la amada.

Pero ella anduvo hacia esa mano de Dios, el paso
Limitado por largas ligaduras de muerta,
vacilante, sin impaciencia, suave.
Estaba en sí como una de más alta esperanza,
sin pensar en el hombre, que marchaba delante,
ni en el camino, que iba subiendo hacia la vida.
Estaba en Sí. Y su modo de estar muerta,
la llenaba como una madurez.
Corno un fruto de dulzura y tiniebla,
estaba llena de su muerte grande,
tan nueva, que ella no la comprendía.

Estaba en una nueva doncellez,
intocable; con su sexo cerrado,
como una joven flor contra la tarde,
y sus manos habían perdido la costumbre
de la boda, ya hacía tanto, que hasta el contacto
del leve dios, sin fin mudo, como orientándola,
la enfermaba, corno una excesiva confianza.

Ya no era más aquella mujer rubia
que en cantos del poeta a veces se quejaba;
no más en la ancha cama la isla del aroma,
no más pertenencia de aquel hombre.

Ya estaba suelta igual que pelo largo,
entregada, corno lluvia caída,
repartida como un acopio céntuple.

Era ya una raíz.

Y cuando de repente
la hizo pararse el dios y dijo estas palabras,
con dolor en el grito: -!Ha vuelto atrás la vista!-
ella no entendió nada y dijo, queda: -¿Quién?

Pero lejos, oscuro en la clara salida,
había alguien, uno cuyo rostro
no podía reconocerse. Estaba
viendo cómo en la franja de un sendero en el prado
con ojos melancólicos el dios de aquel mensaje
se volvía en silencio a seguir la figura
que retrocedía por el mismo camino,
el paso limitado por largas ligaduras
de muerta, vacilante, sin impaciencia, suave.

EL BÚCARO DE ROSAS

Coléricos has visto llamear dos muchachos
al apelotonarse en una sola cosa,
que era odio y estaba rodando por el suelo
igual que un animal acosado de abejas;
actores, elevándose en exageración,
caballos entrechocados, juntos,

preliminares y definitivos

te el bocado,
como si les saliera el cráneo por la boca.

Pero ahora ya sabes cómo se olvida todo:
porque aquí tienes, lleno, el búcaro de rosas,
que será inolvidable y está colmado de eso
que es lo más extremado del ser Y el inclinarse,
ofrecer, no poder dar nunca, estar ahí,
que podrían ser nuestros: extremos, en nosotros.

Vida sin un sonido, abrirse inacabable,
usar espacio, sin tomar espacio de ese
espacio que las cosas achican rodeándolo,
casi no ser contorno sino un escatimado
v puro interior, muy extrañamente suave
y que se manifiesta hasta los bordes: ¿hay
algo para nosotros tan sabido como esto?

Y como esto, además: que brota un sentimiento
porque tocan los pétalos a los pétalos. Y esto:
que hay una sola cosa que se abre como un párpado,
y más abajo quedan otros párpados puros,
muy bien cerrados, como si, diez veces dormidos,
tuvieran que ahogar la potencia de ver
de mí interior. Y sobre todo: que por los pétalos
debe pasar la luz. De los mil cielos, filtran
lentamente una gota de oscuridad, en cuyo
brillo como de fuego el enredado ovillo
de estigmas con el polen se excita y encabrita.

Y mira el movimiento de las rosas: son gestos
de giro tan pequeño en su ángulo cambiante
que nadie los vería si no hicieran brotar
su fulgor de uno en otro saliendo al Universo.

Mira esa rosa' blanca, que se ha abierto feliz
y se yergue en los grandes pétalos extendidos
lo mismo que una Venus de pie sobre su concha;
y aquella que enrojece, y que, como confusa,
se vuelve hacia la otra rosa, toda frescor,
y cómo ésta, la fresca, se echa atrás insensible,
Y. cómo aquélla fría se viste de sí misma
entre tantas abiertas, que se lo quitan todo.
Y eso que se han quitado, qué leve y qué pesado,
como podría ser un manto o una carga,
un ala o un disfraz, según cuál es la rosa
que se lo quita, y cómo: igual que ante el amado.

¿Qué no podrían ser: la amarilla, que está
toda hueca y abierta, no sería la cáscara
de una fruta, en la cual ese mismo amarillo,
reunido, fuera savia de rojo anaranjado?
¿y no, fue demasiado para aquella al abrirse,
porque su color rosa, innombrable en el aire,
ha tomado el amargo regusto del violeta?
¿Y aquélla de batista, no es acaso un vestido
en el que aún está, suave y tibia de aliento,
la camisa, quitada con él, bajo las sombras
mañaneras del viejo bañadero del bosque?
Y esta rosa de aquí, porcelana opalina,
quebradiza, ¿no es una taza de china, abierta,
y no está toda llena de claros plieguecillos?
Y esa de allí que sólo se contiene a sí misma...

¿Y no son así todas, conteniendo a sí mismas,
,cuando es el contenerse: el mundo de allá fuera,
lluvia, viento, paciencia de toda primavera,

culpa y agitación, y destino embozado,
y oscuridad de la tierra crepuscular,
el cambio, la huida y el vuelo de las nubes,
bota el influjo vago de remotas estrellas,
en una mano llena de interior transformarlo?

Ahora sin inquietud está en la rosa abierta.

LA SEGUNDA PARTE DE LAS NUEVAS POESÍAS

(1907-1908)

TORSO ARCAICO DE APOLO

Su inaudita cabeza no hemos visto,
donde los ojos maduraban. Pero
su torso aún fulge como un candelabro,
con su mirar, tan sólo atornillado

Más atrás. Si no, no te cegarla
el álabe del pecho, y en el giro
silencioso del muslo, una sonrisa
no iría al centro donde estuvo el sexo;

la piedra fuera corta y deformada
bajo los hombros de caer translúcido;
no brillaría como piel de fiera,

ni irrumpiría por todo contorno
como una estrella: porque no hay un sitio
que no te mire: Has de cambiar tu vida.

LA MUERTE DE LA AMADA

De la muerte, él sabía lo que todos:
que nos toma y nos lanza a lo callado.
Pero cuando ella, no arrancada de él,
sino evadida, queda, de sus ojos,

resbaló a la. desconocida sombra,
y él sintió que tenían allá arriba
su juvenil sonrisa como luna
y su manera de traer el bien,

los muertos Se le hicieron conocidos
igual que si por ella les tuviera
parentesco: dejó hablar a los otros,

y no creyó, y llamó ya a aquella tierra,
la siempre dulce, la bien asentada,
palpándola a través de los pies de ella.

UN PROFETA

Agrandados por visiones gigantes,
más claros por el fuego del transcurso
de castigos que no le aniquilaron,
son los ojos, que miran bajo espesas
cejas. Y en .su interior vuelven a alzarse
palabras y palabras,

no las suyas (pues suyas, nada fueran,
y se malograrían ablandándose);
otras duras: trozos de hierro, piedras
que él, igual que un volcán, debe fundir

y lanzar por el cráter de su boca
que maldice y maldice:
mientras su frente, como la del perro,
trata de buscar eso:

lo que el Señor arroja de su frente.
El Señor, a quien todos hallarían,
si siguieran los grandes dedos índices
que le muestran, como es: Señor. de cólera

UNA SIBILA

En tiempos, la solían llamar vieja
Pero ella siguió andando igual camino
a diario. Y se cambiaron las medidas:
y, lo mismo que un bosque, la contaron
por siglos. Pero siempre siguió estando
todas las tardes en el mismo sitio,
negra como una vieja ciudadela,
alta y hueca y quemada;

por las palabras, que, sin darse cuenta
y sin querer, en ella iban creciendo,
rodeada siempre, en gritos y aleteos,
mientras las que ya habían vuelto a casa,
iban, oscuras, a posarse bajo
sus cejas, preparadas a la noche.

ESTER

Las doncellas peinaron siete días
de su pelo ceniza del dolor,
y poso y sedimento de sus plagas;
lo llevaron al sol, al aire libre,
comiéndolo con puros condimentos
ese día y el otro: pero entonces

llegó el momento en que, sin ser llamada,
sin un plazo, como una entre los muertos,
entró al palacio abierto amenazante,
y en seguida, apoyada en sus criadas,
al fin de su camino miró a Aquel
con quien se muere todo el que se acerca.

Tanto brillaba. que ella sintió arder
en su propia corona los rubíes;
pronto quedó ella llena de su gesto
como un cacharro, y ya se desbordaba

y rebosó de la fuerza del rey,
antes de cruzar la tercera sala,
que con la malaquita de sus muros
de verde desbordó. No había pensado
tanto camino hacer con tantas piedras,
más pesadas con el fulgor del rey
y con su miedo más frías. Marchaba...

Y cuando al fin, de cerca casi, vio
que en su trono de turmalina estaba
en lo alto, tan real como una cosa.,

la tomó la doncella a la derecha,
desmayada, llevándola al asiento.
Con la punta del cetro, él la tocó
... y ella lo notó dentro, sin sentido.

EL REY LEPROSO

Apareció el, su frente entonces lepra
y de pronto quedó con su corona
como si fuera rey sobre todo el espanto
que daba a los demás, sin comprender

pasmados, esperando la ejecución terrible,
a la que, diminuto, como atado,
aguardaba a que alguno le golpeara;
pero aún no podía ningún hombre;
como si solamente le hiciera más intacto
la nueva dignidad, que se confiaba.

LEYENDA DE LOS TRES VIVOS Y LOS TRES MUERTOS

Tres señores habían cazado con halcones
y disfrutaban del festín.
Entonces el anciano les tomó y les guió.
Los caballeros quedaron pasmados
ante el triple sarcófago
que triplemente les daba su hedor:
la nariz, a la boca, a la vista;
y en seguida supieron: allí estaban
hace tiempo tres muertos en plena corrupción
dejándose pudrir horriblemente.

y todavía estaba limpiamente su oído
de cazadores vuelto al ruido de la caza;
pero el anciano dijo en cuchicheo:
-No entraron por el ojo de la aguja
y no pasan jamás-.

Aún les quedaba claro el tacto, fuerte
de la caza, y caliente: pero entonces
por detrás una escarcha lo invadió
con hielo en el sudor.

DANZA DE MUERTOS

No necesitan orquesta de baile
oyen dentro un aullar como si fueran
nidos de aves nocturnas.
Su terror humedece como peste,
y la hediondez de su putrefacción
es su mejor aroma todavía.

Agarran aún más fuerte al bailarín,
al bailarín descarnado en costillas,
el galán, el completador auténtico
en pareja completa.
Y él afloja a la monja
el velo sobre el pelo
porque bailan entre sus semejantes.
y él saca a la de cérea palidez
sin ruido las señales de lectura
de su libro de Horas.

Pronto hará para todos demasiado calor,
están vestidos con mucha. riqueza;
mordiente sudor daña
su frente y rabadilla,
las cofias y las piedras;
y querrían estar desnudos, como
un niño, un loco, y uno solamente:
mientras siguen bailando a compás siempre.

EL ALQUIMISTA

Con extraña sonrisa, el del laboratorio
apartó el carbón, medio calmado echando humo.
Sabía ahora aún qué le faltaba
para que apareciera allí el objeto

esclarecido: Tiempo requería,
milenios para si y esas redomas
en, que burbujeaba: astros en el cerebro
y lo menos, el mar en la conciencia.

Lo inaudito, que había él deseado,
lo soltaba a esta noche. Y se volvía
eso hacia Dios y su medida antigua;

peto él, como un borracho balbuciendo, se echaba
sobre el cofre secreto y deseaba
el trozo de oro que ya poseía.

EL ORO

Piensa que no existiera: al fin tendría
que haberse dado a luz en las montañas,
y arrojarse a los ríos
por el deseo, por el fermentar

de su querer: por la idea coactiva
de un metal sobre todos los metales,
Le arrojaron desde sus corazones
de nuevo a Meroé

al borde la tierra, al éter; más
allá de lo notado;
y los hijos traían muchas veces
después, lo prometido de los padres,
a casa, endurecido y sublimado;

donde aumentaba un tiempo, para luego
marcharse de los que él había vuelto débiles,
sin cariño jamás.
Sólo se dice que en las noches últimas
Se yergue a contemplarlos.

EL ESTILITA

Se agolpaban en torno de él los pueblos
que había él de elegir y maldecir;
pero teniendo su condenación
dejó el olor de pueblos, y trepó
con frías manos, a una columnata

que, sin sostener nada, aún se alzaba,
y empezó, solitario en su llanura,
desde entonces, a comparar su nada
propia con la alabanza del Señor;

y nunca se acababa: comparaba,
y el otro a cada vez se engrandecía.
Los pastores, barqueros, campesinos,
fuera de si y pequeño, le veían

dialogar siempre con el cielo entero,
unas veces lluvioso y otras claro;
y su aullido caía sobre todos
igual que si en la cara les aullara.
Pero él, desde hace años, no veía

que el apremio y la prisa de la gente
se completaba sin cesar abajo,
y que, ya hacía tiempo, no subían
fulgores de coronas de los príncipes.

Y cuando arriba, casi condenado
y destrozado por su resistencia,
sólo, con un clamor desesperado,

los demonios diarios sacudía,
caían, sobre la primera fila,
de sus heridas, lentos, torpes, grandes
gusano a las abiertas coronas
para multiplicarse en terciopelo.

LOCOS EN EL JARDÍN
Dijon

Se cierra la cartuja abandonada aún
en torno al patio, como si algo se hiciera santo.
También los que la habitan ahora tienen calma
y no toman ya parte en la vida de fuera.

Cuanto pudo venir, ha transcurrido. Ahora
les gusta recorrer caminos conocidos,
se separan y van unos hacia los otros,
igual que si giraran, dóciles, primitivos.

Ciertamente, allí algunos cultivan los macizos
de primavera, humildes, pobres, arrodillados;
pero cuando no mira nadie, tienen un gesto
oculto, enajenado

para la tierra hierba tempranera,
un acariciamiento tímido y en examen:
pues eso es amigable y el rojo de las rosas
quizá se volverá amenaza y exceso

y quizá volverá a sobrepujar eso
que su alma sabe bien y otra vez reconoce,
Pero esto aún se puede silenciar todavía:
qué silenciosa, qué buena es la hierba.

LOS LOCOS

Y callan, pues los muros divisorios
retirados están de sus sentidos,
y las horas que se les entendiera
empiezan y se marchan.

A menudo de noche, a la ventana
de pronto todo es bueno.
Sus manos se han posado en lo concreto,
y el corazón se eleva y podría rezar,
y los ojos contemplan reposados

el jardín imprevisto, desplazado
a menudo, en el plácido elevarse al cuadrado
que en el reflejo de mundos extraños
sigue creciendo, sin perderse nunca.

DE LA VIDA DE UN SANTO

Supo de angustias, cuya entrada ya
era como morir, insuperables.
Su corazón, aprendiendo a pasarlas,
lento, se le hizo grande como un hijo.

Y miserias sin nombre conoció,
oscuras, sin aurora, como sótanos;
y concedió a su alma, dócilmente,
cuando estuvo crecida, que yaciera

con su esposo y señor; y se quedó
solo y atrás, en tal lugar, que allí
todo lo exageraba al estar solo,
y habitó lejos, sin querer palabras.

Pero para eso, con el tiempo, supo.
para tener algo de suavidad,
de la ventura de, en sus propias manos,
yacer como la entera Creación.

LOS MENDIGOS

No sabían de qué están hechos esos
montones, Encontró un desconocido
mendigos dentro. Venden
el hueco de su mano.

Señalan al que pasa de viaje
su boca, cargada de estiércol,
y él -se lo puede permitir- observa
cómo come su lepra.

Se disipa en sus ojos
maltratados su extraño rostro,
y disfrutan con el que han seducido
y escupen cuando él habla.

FAMILIA EXTRAÑA

Como el polvo, que empieza no sé cómo
y nunca está, para un fin no explicado
una vana mañana, en el rincón
que se mira, de pronto en gris confluye,

así se hicieron, quién sabe de qué,
en el último instante ante tus pasos
y fueron algo incierto puesto en medio
de la húmeda bajada de la calle

que iba en tu busca. 0 no en tu busca, pues
una voz, como del año pasado,
cantaba para ti, pero era un llanto;
y una mano, tal como de prestado,
salía, pero no a tomar la tuya.
Pues, ¿quien vive? ¿Qué quieren esos cuatro?

LAVADO DE CADÁVER

Se habían habituado a él. Pero cuando vino
la lámpara de la cocina, ardiendo inquieta
en la oscura corriente de aire, el desconocido
se hizo desconocido del todo. Le lavaron

el cuello, y como nada sabían de su suerte,
entre sí, se mintieron, una a otra.
lavando sin cesar. Tuvo que toser una
y puso mientras tanto la esponja del vinagre

en su rostro pesado. E hizo una pausa, entonces
también la otra, De los duros cepillos
chasqueaba las gotas: mientras su horrible mano
en espasmo quería demostrar a la casa
entera, que ya no tenía sed.

Y lo mostraba. Como perplejas, reanudaban
el trabajo con más prisa, con una breve
tos, de tal modo que en el papel de pared
sus encorvadas sombras en los adornos mudos

giraban y bailaban igual que en una red,
hasta que terminaron de lavar las mujeres.
La noche en las ventanas sin cortinas
era implacable. Y uno, innominado,

yacía puramente, desnudo, y daba leyes.

UNA DE LAS VIEJAS

Paris

A veces, al ocaso (¿sabes, cómo?),
cuando se alzan, de pronto, con un gesto hacia atrás
y enseñan, bajo su medio sombrero
una sonrisa de remiendo puro.

Al lado de ellas hay un edificio entonces. .
y te atraen al pasar,
con el enigma de sus roñas,
el sombrero, el abrigo y los andares

con la mano, que bajo el cuello, atrás,
secreta aguarda y te requiere;
como para envolver tu mano
en un abolido papel.

UNA, MARCHITADA

Ligera, como después de su muerte,
lleva el guante, el pañuelo.
Un olor de su cómoda
desplazó el olor tan amado

en que ella se reconocía un tiempo.
Hace ya mucho no preguntó quién
era (una pariente lejana),
y da vueltas con pensamientos

y cuida un cuarto temeroso,
que ella ordena y conserva,
porque quizá otra vez
lo habita la misma muchacha.

LOS GRUPOS

París

Como si alguien, de prisa, juntara un ramillete,
así ordena el azar presuroso los rostros,
los afloja y los vuelve a tener apretados,
agarra dos lejanos, suelta alguno cercano

canjea éste por ése, sopla a alguno frescor,
igual que verde: quita un perro de la mezcla,
y saca lo que está bajo, como a través
de tallos y hojas, hacia la cabeza, adelante

.y lo ata muy pequeño, por el borde;
y se vuelve a estirar, se cambia y se desplaza
y sólo tiene tiempo de volver a saltar

para ser observado en medio de la estera.
en la cual un momento después, el reluciente
levantador de pesos elevará sus pesas.

ENCANTAMIENTO DE SERPIENTES

Cuando el encantador en el zoco, meciéndose,
Toca su flauta de calabaza, que agita
y arrulla, puede ser que excite a algún creyente,
que llegando de fuera del tumulto de puestos,

entra en medio del círculo de la flauta, que quiere
y quiere y quiere y logra

que en su cesto el reptil se ponga rígido,
y que al rígido ablanda con su halago,

a cada vez cambiándose más ciego Y con más vértigo
con el que asusta y tensa, y con lo que le suelta:
y juego una mirada basta: el indio
te ha logrado inyectar una extrañeza

en que mueres. Es como si un ardiente
cielo cayera en ti. Se cruza un salto
por tu cara. Hay especias que sazonan
tu nórdica memoria

que no te sirve. No te quedan fuerzas,
el sol fermenta, cae la fiebre y sube;
con un gozo perverso las cañas se levantan
y fulgura el veneno en las serpientes.

GATO NEGRO

Un fantasma es aún como un lugar
en que, con ruido, choca tu mirada,
pero ahí, en esa piel negra,
tu más fuerte mirar queda disuelto;

como un loco furioso, cuando en pleno
ataque de ira en lo negro patea,
de pronto en el suave almohadillado
de una celda termina y se enmudece.

Todo mirar que un día le ha tocado
parece así. disimularlo en sí,
para allí, en amenaza y desganado,
observar, y para dormir con él
De pronto gira, como dcspertado,
Su rostro, y en mitad del tuyo: allí
ves preso tu mirar en el claro ámbar
de las redondas piedras de sus ojos.
de nuevo, inesperado prisionero
como un insecto muerto.

VÍSPERA DE PASCUA

Nápoles

En las profundas muescas de estas calles,
que a través de un vivir en torres, marchan
al puerto, abajo lóbregas, mañana
rodará el oro de las procesiones;
en vez de andrajos colgarán las colchas,
que querrían volarse, con el viento
de los balcones cada vez más altos
(igual que reflejadas en lo fluido).

Pero hoy a cada instante martillea
en las aldabas alguien con paquetes,
y a cada vez remolcan nuevas compras;
mientras los puestos se alzan aún repletos.

En la esquina. en canal, enseña un buey
el frescor de sus íntimas paredes;
toda carrera acaba en banderines.
y una reserva, como de mil víctimas

se agolpa en bancos. cuelga en torno a estacas,
se ahueca, aprieta, sale en la penumbra
de toda puerta, y ante los bostezos
de los melones se extienden los panes.
Lleno de afán y acción está lo muerto

pero mucho más quietos los gallitos
y los machos cabríos suspendidos
y aún más silenciosos los corderos

que traen los muchachos por los hombros,
dóciles, asintiendo a cada paso,
mientras en la pared a la Madonna
tras el cristal, le brillan
los broches, y la plata en las diademas
refulge más con el presentimiento
de los faroles. Pero en la ventana
se muestra, disipando la mirada,
un nono, y hace, rápido, en postura
a propósito, gestos indecentes.

EL BALCÓN

Nápoles

Desde lo estrecho, arriba, del balcón,
como por un pintor bien ordenadas
y ligadas como en un ramillete
de rostros que envejecen ovalados,
claras de tarde, surgen, ideales,
conmovedoras, como para siempre.

Estas hermanas, unas contra otras
inclinadas, igual que si de lejos
se añorasen sin saber para qué,
se apoyan, soledad en soledad,

y el hermano, solemne de silencio
cerrado, rebosante de destino.
pero un suave golpe de mirada
semejante a la madre, sin notarlo,

y por en medio, desvivida. oblonga,
desde hace mucho a nadie emparentada,
una máscara anciana, inaccesible,
que parece al caer por una mano

sujeta, mientras la otra mano, más
marchita, como en su continuación,
abajo, ante el vestido, pende a un lado,

por el rostro infantil
que es lo último, intentada, desvaída,
y por las rejas otra vez tachada
como aún indeterminable, aún no.

BARCO DE EMIGRANTES

Nápoles

Piensa: que alguien huyera, ardiente y cálido,
y quedarán detrás los vencedores,
y de repente diera el fugitivo,
imprevisto. la vuelta
contra muchos. así lo abrasador
se volvía a arrojar,
de la fruta otra vez al mar azul,

cuando la barca naranjera. lenta,
lo transportaba al barco grande y gris,
hasta el cual otras barcas, golpe a golpe,
elevaban pescado, pan, en tanto
él, altivo, en su seno recibía
carbón, de par en par como la muerte.

PAISAJE

Cómo, por fin, cargada en un momento
de laderas, de casas y de trozos
de cielo antiguo y puentes destrozados,
y desde arriba, como por regalo,
tocada del crepúsculo, acusada.
dibujada y abierta,
sale la aldea, trágica:

y caen luego en la herida
fluyendo desde la hora que se acerca
esas gotas de azul frío, que ya
la noche mezcla en medio de la tarde,
y hace que lo de lejos, atizado,
se apague quedo, como rescatado.

En paz están las puertas y los arcos,
mientras nubes translúcidas se ciernen
sobre pálidas filas de casitas
que ya están empapadas de la noche;
pero de pronto un rayo de la luna
cruza, fúlgido, igual que si un arcángel
esgrimiera su espada no sé dónde.

CAMPIÑA ROMANA

De la ciudad conclusa, que mejor
dormiría, soñando en altas termas,
va a la fiebre el camino de sepulcros,
y las ventanas de las granjas últimas

le siguen con mirada mala. Y él
la conserva en la nuca siempre, mientras
marcha, a izquierda y derecha, destruyendo,
hasta que fuera, sin aliento, eleva

conjurando a los cielos su vacío,
mirando raudo en torno si le hiere
una ventana. En tanto a los remotos
acueductos les incita a seguir,
a él los cielos le dan, por su vacío,
el de ellos, que le sobrevive a él.

CANCIÓN DEL MAR

Capri, Piccola Marina

Aliento prístino del mar,
viento marino de la noche:
tú no vienes a nadie;
Si alguno está velando
debe ver así cómo
te sobrepujará;
aliento prístino del mar,
que sopla solamente
como para la roca prístina.
puro espacio
desprendido desde allá dentro...

Oh cómo te percibo
higuera que se eleva
arriba al claro de la luna...

PARQUE DE LOS PAPAGAYOS

Jardín des Plantes, París

Bajo los tilos turcos que bordean el césped, .
en tripodes mecidos, suaves, por su nostalgia,
huelen remotas flores, pensando en sus países
que no se cambian, aunque ellos no están mirándoles.

Raros en ocupados verdes, corno un desfile,
se adornan y se dan lástima de sí mismos
y con picos preciosos de jaspes y de jades
mascan el gris, lo dejan y lo encuentran Insípido.

Abajo las palomas se pican: ellos no;
mientras en burla, arriba, los pájaros se inclinan
entre los comederos casi desperdiciados.

Pero otra vez se mecen y dormitan y ojean,
Juegan con negras lenguas, que querrían mentir,
rotas en sus anillas. Esperan a testigos.

LOS PARQUES

I

Incontenibles los parques se elevan
del decaer que se hunde gravemente;
recargados de cielos, transmitidos
por fuerte tradición, que prevalecen,

para, en el claro césped extendido,
extenderse y adentro recogerse,
siempre con ese mismo soberano
lujo, como mediante él protegidos,

y acrecentando aún la inagotable
producción de grandeza de monarca,
saliendo en sí, volviendo a entrar en sí:
graciosos, presumidos, purpúreos y pomposos.

II
Quedamente agarrados, a derecha
e izquierda, por las alamedas,
siguiendo el continuar
de no sé qué señal.

penetras de una vez
en la congregación
de una sombría lámina de agua
con cuatro bancos pétreos;

a un tiempo separado
que muere en soledad.
En pedestales húmedos
en donde ya no hay nada

elevas un profundo
alentar expectante;
mientras que la legaña
plateada de la oscura

juntura ya te cuenta
en los suyos, y sigue
y entre piedras te notas
que oyen, y no te mueves.

III

A los estanques y los viveros enmarcados
los hace aún más secretos el interrogatorio
de los reyes. Aguardan bajo velos
y cada instante puede Monseigneur

sobrevenir. y entonces quieren ellos
suavizar el humor o la pena del rey,
y de lindes marmóreas otra vez los tapices,
con antiguas imágenes de espejo,

cuelgan, igual que en torno de una plaza:
en fondo verde, con gris, rosa, plata, .
un blanco conservado y azul algo movido,
y un rey y una mujer
y flores en la ondeante guarnición.

IV

Y la Naturaleza, ilustre y conio si
tan sólo interesara la indecisa
imprecisión, tomó las leyes de estos reyes,
ella misma dichosa de edificar en torno

de sus árboles y su verde alfombra
exageración; y pintar los ocasos
según la descripción
de enamorados por las avenidas,

en el blando pincel que parecía
contener, refulgente, una sonrisa
disuelta en claridades de barniz;

de la Naturaleza un amor, no lo máximo,
pero algo que ella misma ha concedido
para en una amorosa isla, toda de rosa,
desarrollarlo haciéndolo mayor.

V

Dioses de las terrazas y alamedas,
dioses jamás creídos por completo,
que envejecen en sendas a cordel;
Dianas, en todo caso sonreidas,
cuando el fulgor real ornamentado

irrumpió, como un viento que divide
la alta mañana, aprisa y dando prisa;
sonreídos en todo caso, pero

nunca dioses rogados. Elegantes
seudónimos, en que uno se escondia
o ardía o florecía,
levemente Inclinados, dioses sonrientemente
vueltos, que todavía algunas veces

guardan, lo que guardaron otros tiempos
cuando les quita su fria actitud
el florecer de jardines en júbilo;
cuando tiemblan del todo con las primeras sombras
y dan promesas tras promesas, todas
ilimitadas, indeterminadas.

VI

Sientes cómo ninguno
De todos los caminos me detiene;
caen desde escaleras sosegadas,
a seguir animados
por una nadería de pendiente,
sobre toda terraza
los caminos por entre los macizos
frenados y doblados,
hasta las anchas aguas
donde el camino (como a un semejante)

regala el rico parque

el rico espacio: el único,
que con brillo y reflejo
penetra su riqueza,
de que por todos lados
trae anchuras consigo,
cuando desde viveros que se cierran
a nebulosas fiestas de crepúsculo
se alza de un salto al cielo.

VII

Pero hay estanques donde los reflejos
de las náyades que ya no se bañan,
yacen como embriagados, muy cambiados:
como atadas están a lo lejano
las alamedas, por las balaustradas.

Siempre uno cruza un caer mojado de hojas
como por escalones, aire abajo;
cada canto de pájaro está como podrido:
cada ruiseñor, como envenenado.

Hasta la primavera ya no está dando más
estos arbustos no creen en ella:
de mala gana huele el jazmín turbio,
superviviente y echado a perder.

viejo y mezclado con lo corrompido
Contigo va delante todo un haz de mosquitos,
igual que si a tu espalda todo fuera
en seguida borrado, aniquilado.

FIN DE OTOÑO EN VENECIA

Ya la ciudad no excita como un cebo
para pescar a todos los días que se asoman.
A más frágiles suenan los palacios
de cristal en tu vista. Y el verano

Cuelga de los jardines, como unas marionetas
volcadas, fatigadas, trastornadas.
Pero al fondo, de viejos esqueletos de bosques
se alza un querer, igual que si en sólo una noche

el general del mar hubiera de doblar
las galeras del arsenal en vela,
para embrear el próximo aire de la mañana

con una flota que surge a golpe de remo,
de pronto amaneciendo con todas sus banderas,
y hallara el viento grande, refulgiendo, fatídico.

SAN MARCOS

Venecia

En este interior que, como ahuecado,
se aboveda y se vuelve en esmaltes dorados,
como de aristas, liso, aceitado de lujo,
se conservó la sombra de este Estado,

se amontonó secretamente, como equilibrio
de la luz, que de tal modo aumentaba
en sus cosas, que casi se fundían:
Y de repente dudas: ¿no se funden?

retrocedes la dura galería,
como en una mina, cerca del resplandor

de la bóveda cuelga; y notas la sagrada

claridad de la vista: pero sin saber cómo
dolorido, midiendo su duración cansada
en el cercano sobresalir de la cuadriga.

CORRIDA

In, rnemoriam Montes, 1830

Después que del toril, casi pequeño
salió, ahuyentado en vista y en oído,
y la terquedad de los picadores,
y los banderilleros, como en luego

aceptó, la figura tormentosa
ha ido creciendo: mira hasta qué masa,
amontonado de odio antiguo y negro,
en un puño apretada la cabeza,

ya no jugando contra nadie más,
no izando las sangrientas banderillas
tras los cuernos caídos, conociendo,
desde la eternidad contra aquel hombre,

que en oro y seda rosa malva, gira
de repente, y lo mismo que un enjambre
de abejas, e igual que si lo sufríera,
deja pasar al que se precipita

bajo el barro: mientras que sus miradas
se alzan otra vez cálidas, al sesgo,
como si afuera se precipitara
ese círculo de su brillo y sombra,
y de cada cerrarse de sus párpados,

antes que él sin odiar, indiferente,
en sí mismo doblado, abandonado,
en la gran ola de nuevo lanzada
por encima de la ráfaga perdida,
hunda su estoque casi suavemente.

ENCUENTRO EN LA AVENIDA DE LOS CASTAÑOS

Fresca, la verde sombra de la entrada
le rodeó como un manto de seda
que aún recibía y ordenaba, cuando,
ya al otro extremo transparente, lejos,

como de verdes vidrios, de sol verde,
blanca se iluminó una solitaria
figura, para allá lejos quedarse,
y luego al fin, cercada a cada paso
por el descenso de las claridades,

atraer hacia sí un claro alternar,
que, espantadizo, atrás corría en rubio,
Pero se ahondó la sombra de repente,
y, cercanos, se abrieron unos ojos

en una nueva cara muy precisa
que, como en un retrato. se quedaba
en el instante que volvía a dársela:
era primero siempre. y luego no era.

LAS HERMANAS

Mira, las mismas posibilidades
de otra manera llevan y comprende,
como si viéramos tiempos diversos

atravesar por dos cuartos iguales.

Cada cual a la otra apoyar cree,
cuando descansa en ella, fatigada;
y no pueden servirse una a la otra
porque colocan sangre sobre sangre

cuando se tocan, suaves, como antes
y a lo largo de la alameda, prueban
a sentirse llevadas y a llevarse:
ay, no tienen idéntico camino.

LA AMOROSA

Mi ventana esta es. Tan suavemente
estoy recién despertada.
pensaba que me elevaría.
¿Hasta dónde alcanza mi vida
y dónde comienza la noche?

Podría pensar que en torno
de todo yo estuviera aún;
transparente como la hondura
de un cristal, mudo, ensombrecido.

Aún podría también en mí
las estrellas tomar. tan grande
me parece mi corazón;
así otra vez me gustaría

soltar al que quizá empecé
a querer o quizá a retener.
Extraño, como nunca escrito
se me aparece mi destino.

Qué soy yo, colocada así
debajo de estos infinitos,
oliente corno una pradera,
movida de acá para allá,

llamando a un tiempo y temerosa
de que alguien oiga la llamada,
y luego, para decadencia,
determinada en algún otro.

EL INTERIOR DE LA ROSA

Para este adentro, ¿dónde
hay un fuera? ¿En qué llaga
se posan tales lienzos?
¿Qué cielos se espejean
en el mar interior
de estas rosas abiertas
sin inquietudes? Mira:
Sueltas entre lo suelto
yacen, como si nunca
las vertiera una mano temblorosa,
Apenas ya se pueden
contener: muchas quieren
derramarse y verterse
desde su espacio interno
a los días, que cada
vez más llenos, se cierran en su torno
hasta hacer del verano entero un cuarto.
una estancia en un sueño.

DAMA ANTE EL ESPEJO

Corno especias en vino, antes del sueño,
disuelve quedamente en el fluyente
espejo su presencia fatigada,
y recoge del todo su sonrisa.

Y aguarda a que las aguas fugitivas
suban con eso: vierte su cabello
en el espejo luego, y los hermosos
hombros sacando del traje de noche,

bebe en silencio de su imagen. Bebe
lo que un amante bebería en éxtasis,
desconfiada, en prueba, y sólo asiente

a la doncella, cuando en. lo profundo
del espejo halla lámparas, armarios
y lo turbio de una hora tardía.

LA ANCIANA

En medio de hoy amigas blancas ríen,
escuchan y hacen plan para mañana*
gente tranquila, aparte, considera
despacio sus cuidados especiales,

el porqué, el cuándo, el cómo,
y se les oye que dicen: Yo creo...
pero ella, en los encales de su cofia,
está segura como si supiera

que se equivocan, éstos como todos
Y el mentón al caer,'
se apoya sobre los corales
que el chal ponen a tono con su frente

Pero una vez, entre unas risas, saca
de párpados que saltan, sus miradas
en vela y muestra aquellas cosas duras,
como se sacan de un secreto estuche
unas piedras preciosas heredadas.

LA CAMA

Déjales creer que se resuelve en pena
personal lo que allí disputa uno;
nunca mejor que allí existe un teatro;
aparta el telón alto; apareció

ante el coro de noches, qué empezaron
una canción de una anchura sin fin,
esa hora en la cual ellas yacían,
y desgarra su ropa y se lamenta

en torno de las otras, por la hora
que se resiste y da vueltas al fondo;
porque con ellas no pudo calmarse.
Pero cuando ella, hacia la hora extraña

se hubo inclinado, estuvo en ella entonces
lo que antaño en su amado había hallado,
sólo que amenazante, atado, grande,
como en un animal.

EL EXTRAÑO

Sin cuidar qué dirían los demás,
ni querer preguntarles más, cansado,
volvió a marchar: perdió y abandonó...
pues para el tales noches de viaje

no eran lo que cualquier noche de amor.
Extrañamente había estado en vela,
mientras de estrellas fuertes revestidas,
divergían estrechas lejanías
y como una batalla se cambiaban;

y otras, que con aldeas a la luna,
dispersas, como presas ofrecidas,
se entregaban, o por cuidados parques
grises casonas nobles enseñaban,
que, un instante, él gustaba de habitar
en la cabeza inclinada, sabiendo
mejor que no se dura en ningún sitio;
y ya veía en el recodo próximo
caminos otra vez, puentes y tierras,
hasta ciudades, tan exageradas.

Y dejar siempre todo sin deseo
le parecía más que la alegría,
la propiedad, la gloria de su vida.
Pero en sitios extraños, muchas veces,
el brocal desgastado día a día
de un pozo, para él era propiedad.

EL RELOJ DEL SOL

Rara vez llega un vaho de húmeda podredumbre
desde el jardín en sombra, en que las gotas
unas a otras se oyen como caen
y donde canta un ave de paso, en la columna
se alza en el coriandro y mejorana
señalando las horas vera niegas;

sólo en cuanto la dama (a la que sigue
un criado) en la clara «florentina»
se inclina hacia su borde,
se hace sombría y como silenciosa.

0 bien cuando una lluvia de verano
sube desde el ondeante movimiento
de altas coronas, tiene algún reposo;
pues no sabe expresar ese tiempo que entonces
en los trozos de frutas y de flores,
en el invernadero blanco, arde de repente.

LOS FLAMENCOS

París, Jardin des Plantes

En reflejos como de Fragonard
no queda de su blanco y de su rosa
más que si alguno te contara, hablando
de su amiga. «Venía todavía

suave de sueño.» Pues sobre lo verde
se alzan en tallos rosa, algo girados,
floreciendo a la vez, corno en bancales,
más seductores que Friné. Después

su pálida mirada, retorciendo
el cuello, esconden entre la blancura,
donde hay negro junto a un rojo frutal

De pronto por la pajarera, chilla
una envidia, y, atónitos, se estiran,
y por lo imaginario marchan, solos.

CANCIÓN PARA DORMIR

Si alguna vez te pierdo
¿podrás dormir, sin que,
como copa de un tilo,
sobre ti yo susurre?

¿Sin que vele yo aquí
y ponga, como párpados,
palabras en tus pechos,
en tu boca, en tus miembros?

¿Sin que te cierre y deje
tan sola con lo tuyo,
como un jardín con matas
de melisa y de anís?

HORTENSIA ROSADA

¿Quién tomó el rosa? ¿Quién supo también
que se iba a reunir en estas flores?
Como cosas doradas desdorándose
se deshojan suaves, como en uso.

Que no pedían semejante rosa...
¿Queda para ellas, sonriendo en el aire?
¿Hay ángeles para cogerlo, suaves,
al marchar, generoso como aroma?

¿0 renuncian también quizás a él
para que nunca vea el marchitarse?
Pero bajo este rosa, oía un verde
que hoy se rnarchita, y ya lo sabe todo.

EL SOLTERO

Láinpara en los papeles olvidados.
y noche en torno, hasta en la madera
de los armarios, Y él pudo perderse
en su estirpe, que con él se fundía;
le parecía cuanto más leía,
que él los tendría, pero todos tenían su orgullo.

Altivas se envaraban las butacas vacías
en la pared, Y claros sentires de sí mismos.
en los muebles con sueño se ensanchaban;
de arriba se vertía en los relojes noche
y temblando fluía de su áureo molino,
S, tiempo, bien molido.

No lo tomó para, febril, entre esos
como si de sus cuerpos les quitara las sábanas
apartar destrozados otros tiempos
Hasta que entró en susurro (¿qué le estaba lejano?)
Al autor de una de esas cartas le alabó, como
si fuera para él: Cuánto tú me conoces;
y alegre golpeó los brazos del sillón.
Pero el espejo, dentro sin límites, dejaba
salir, callado, una cortina, una ventana;
pues alli dentro estaba, casi listo, el fantasma.

EL SOLITARIO

No. de mi corazón debe brotar
una torre y yo debo estar al borde
donde no hay nada ya, ni aun hay dolores.
ni indecibilidad, ni menos mundo.

Ni una cosa, en su gran tamaño aislada,
que se ensombrezca y otra vez se aclare,
ni una última cara llena de ansia
arrojada a lo que jamás se calma,

ni una suprema cara puesta en piedra,
dócil hacia sus pesos interiores
que lo lejano, quedo, aniquilándola,
cada vez más feliz la obliga a ser.

EL LECTOR

¿Quién le conoce a éste, el que su rostro
hundió, huyendo del ser, en otro ser,
que sólo el raudo paso de las páginas
interrunpe violentamente a veces?

Ni su madre estaría muy segura
si es él el que allí lee, con su sombra
de borracho. Y nosotros, que tenemos
las horas, no sabemos cuánto huyó

de él, hasta que, esforzado, alzó la vista,
llevando encima todo lo que estaba
en el libro, con ojos que en vez de
tomar, daban, topando ya hecho el mundo;
niños tranquilos que, jugando solos,
de repente perciben lo existente;
pero sus rasgos, que estaban en orden,
se quedan para siempre desplazados.

EL MANZANAR

Borgeby-Gárd

Ven después que se ponga el sol, y mira
el verde vespertino de los céspedes:
es como si lo hubiéramos juntado
y ahorrado en nosotros largamente,

para hoy, desde el recuerdo y sentimiento,
verter ante nosotros en ideas
nueva ilusión, medio olvidado gozo,
aún mezclados con sombra del adentro,
bajo árboles, iguales que en Durero,
que el peso de cien días de trabajo
asumen en los frutos rebosantes,
sirviendo con paciente intento: igual

lo que supera todas las medidas
aún está por alzar y por ceder
sí a través, dócil, de una larga vida,
sólo se quiere lo Uno, y crece y calla.

LA PELOTA

Redonda, que lo tibio de unas manos
en el vuelo, allá arriba, sueltas, libre
de penas, como propio: lo que en cosas
no puede quedar, por su escaso lastre.

poca cosa y aun bastante cosa.
para en nosotros no entrar. invisible,
desde todo lo puesto afuera en fila.
esto en ti brilla, tú, entre vuelo y peso

aún indecisa: tú, que cuando sube
el impulso, como sí lo elevaras

contigo, seducido y liberado,
te inclinas, y allá abajo, a los que juegan
desde lo alto señalas otro sitio
ordenándolos como para un baile.

para luego, esperada y deseada,
rauda, sencilla, ingenua, natural,
caer en un pilón de. manos altas.

EL NIÑO

Sin querer le contemplan en su juego
despacio: mientras el redondo rostro
verdadero se sale del perfil
claro y entero igual que una hora entera
que ha comenzado y toca ya a su fin.
Pero los otros no cuentan los golpes,
turbios de pena, de vida indolentes,
y no observan cómo él lo lleva todo

cómo sigue llevándolo también
cuando cansado, con su trajecito,
en el cuarto de espera, junto a ellos
se sienta y quiere ya aguardar su tiempo.

EL PERRO

Arriba, siempre, la imagen de un mundo
renovándose en la mirada, vale.
Una rosa, tal vez, viene a ponerse
a su lado cuando él cruza esa imagen

empujando: allá abajo, tan distinto,
no expulsado y tampoco incorporado
- y como en duda de su realidad
dando paso a esa imagen que ya olvida-,

para otra vez su rostro, sin embargo,
adelantar casi con una súplica,
cerca ya de entender, compenetrándose
pero en renuncia. pues ya no sería.

RÉQUIEM PARA UNA AMIGA

(Para la pintora Paola Modersohn - Bécker, muerta de parto.)

Tengo muertos. y allá les dejé entrar,
y me asombré de verles tan sentados,
tan en su casa allá, en la muerte, a gusto,
tan distintos de su destino. Sólo
tú regresas, me rozas, me rodeas,
quieres chocar en algo que resuene
de ti, y que te revele. No me quites
lo que ya iba sabiendo. Yo sí tengo
razón, no tú, si sientes añoranza
de una cosa: una cosa, que se altera
y ya no está, espejada hacia el allende
en nuestro ser, apenas la miramos.
Más lejos te creí. Y me desconcierta
que seas tú quien yerra. y viene. tú
que maduraste más que otras mujeres.
Que tu morir nos asustara, o más:
que tu fuerte morir nos destrozara,
desgarrando el después del hasta entonces,
eso es asunto nuestro, y ordenarlo
será nuestra labor a hacer en todo.
Pero que te asustaras tú, y que ahora

temas, donde el temor no vale nada;
que de tu eternidad pierdas un trozo
y que vuelvas, amiga, a estar aquí.
donde nada es aún; y que rompiéndote,
por vez primera rata en lo total.
no recibas, igual que aquí las cosas,
al empezar de un nuevo ser sin fin;
y que desde la órbita en que entrabas,
la sorda pesantez de una inquietud
tire otra vez de ti al tiempo contado;
esto, como un ladrón, me sobresalta
a menudo en la noche. Y bien querría
decir que estás en paz, y por rebose
de alma vienes, segura y en ti misma;
que rondas como un niño que no teme
los sitios donde se hace darlo a alguno: .
pero no; tú suplicas. Y esto me entra
hasta el hueso, cruel, como una sierra.
Si un reproche trajeras, como espectro
contra mi, cuando voy a retirarme
de noche a mis entrañas, mis pulmones,
mi corazón en su última guarida.
no sería el reproche tan terrible
como este ruego. Tú, ¿qué me suplicas?
Di, ¿tengo que viajar quizá? ¿Has dejado
en un sitio una cosa que ahora sufre
y lo reclama? ¿Debo ir a una tierra
que no viste, aunque te era tan afín
como la otra mitad de lo sentido?
pues iré por sus ríos a esa tierra,
a preguntar costumbres anticuadas,
hablaré con las madres en las puertas
y veré cómo llaman a sus niños.
Miraré cómo sienten el paisaje
en torno de su antiguo laboreo
de praderas y campos; rogaré
que me guíen delante de su rey,
y haré a sus sacerdotes, sobornándoles,
llevarme ante su imagen más potente
y cerrarme las puertas, retirándose.'
Y cuando sepa mucho, iré a mirar
los animales, simplemente, para
que un poco de la gracia de su marcha
entre en mis coyunturas; y tendré
breve vida en sus ojos, al tomarme
y soltarme despacio, sin juzgarme.
Diré a los jardineros que me expliquen
muchas flores, trayéndote en los trozos
de los hermosos nombres propios algo
de sus aromas varios. Luego, frutas
compraré, frutas; donde esté metida
la tierra nuevamente, hasta los cíelos.

Porque eso lo entendías: frutas plenas.
Les ponías en fuentes ante ti
y medías su peso con colores.
Y como frutas viste a las mujeres,
y a los niños lo mismo: desde dentro
movidos a su forma de existir.
Y al fin también te viste como fruta,
te mondaste de tus vestidos, puesta
ante el espejo en que te hundías hasta
la mirada, dejada enfrente, enorme,
y sin decir “soy yo”, sino “esto es”.
Tan sin deseo fue al fin tuo mirada,

y tan sin nada, tan de veras pobre,
que no te deseó ni a ti: era santa.
Así quiero guardarte. como tú.,
te pusiste en tu espejo, sumergida,
más allá. ¿Cómo vienes hoy distinta
a desmentirte? ¿Quieres insinuarme
que en tu collar de grandes cuentas de ámbar
había todavía algo de peso,
del peso que en el más allá jamás
se vuelve imagen quieta? ¿Por qué vienes
a darme en tu actitud un mal presagio?
¿Por qué haces los contornos de tu cuerpo
iguales a las rayas de una mano,
que no los puedo ver sin ver destino?
Ven a la luz de la vela. No temo
ver a los muertos. Porque cuando vienen
tienen derecho a estar, igual que todas
las cosas, descansando en la mirada.
Ven conmigo, a callar los dos un rato.
Mira esta rosa en mi escritorio: en torno
de ella ¿no anda tan tímida la luz
como en ti? ¡Y pudo bien no estar aquí!
En el jardín, sin mezclarse conmigo
pudo quedarse o irse lejos: pero
si está, ¿qué es mi conciencia para ella?

No te asustes si ahora lo comprendo:
está subiendo en mi: no hay más remedio.
Tengo que comprender, aunque me muera.
comprender, que tú estás aquí. Comprendo.
Igual que un ciego palpa alguna cosa,
así siento tu muerte, sin nombrarla.
Deja que lamentemos juntos que uno
te haya arrancado de tu espejo. ¿Puedes
llorar aún? **N**o. El peso de tus lágrimas
lo transformaste en tu mirar maduro.
En ello estabas ocupada: haciendo
de esa savia otra vida más robusta,
que sube y gira, en equilibrio a ciegas,
cuando un azar, el último, tiró
de ti, desde tu más profundo avance
atrás, al mundo a que esa savia tiende.
No toda .te arrancó: sólo, al principio,
un trozo. Pero día a día, en torno,
creció la realidad, y fue pesando
hasta que al fin te requeriste entera:
fuiste a romperte en trozos, por la ley,
difícil, reclamándote. Y entonces
te gastaste, y sacaste de la tierra
tibia, en noche, de tu alma, las semillas
aún verdes que debían dar tu muerte:
la muerte propia de tu propia vida.
Y comiste los granos de tu muerte,
igual que todo el mundo, sus. semillas,
y tuviste un regusto de dulzura
que no creíste: dulce por los labios,
tú que eras dulce, dentro, en tus sentidos.
¿Cómo no llorar? ¿Sabes que tu sangre
de una órbita impar volvió, indecisa,
sin querer, cuando tú la convocaste? .
Y entró, confusa, en la órbita satélite
del cuerpo, y con recelo y con asombro
se asentó en tu matriz, cansada allí,
de pronto, de tan largo retroceso.
La empujaste, la echaste hacia delante,

la arrastraste a la hoguera de la ofrenda,
como un rebaño para el sacrificio;
queriendo que estuviera alegre, encima.
Y por fin la forzaste, y se alegraba,
y corría a entregarse. Tú creías,
acostumbrada a escalas diferentes,
que era para un momento, sólo; pero
una vez en el tiempo, el tiempo es largo.
y el tiempo pasa, y crece, y es corno una
recaída de una dolencia larga.
Qué corta fue tu vida, comparándola
con esas horas cuando te sentabas
a juntar en silencio las innúmeras
fuerzas de tu futuro, sobre el germen
del niño, que de nuevo era un destino.
puro trabajo sobre toda fuerza.
A diario lo hacías, arrastrándote:
quitabas del telar la rica trama
para emplear los hilos de otro modo.
Y aún tenias, al fin, humor de fiesta.
Al acabar, pediste recompensa:
igual que el niño que ha tomado un té
amargo y dulce que tal vez le cure.
Y te premiaste así. Pues de las cosas
seguías alejada: nadie hubiera
comprendido qué premio te alegrara.
Tú, sí. Frente a tu cama de parida,
un espejo te devolvía todo.
Todo era tú, y todo estaba enfrente,
y dentro solamente había engaño,
el engaño de las mujeres cuando
se pintan y se enjoyan y se peinan.
Moriste, corno antaño las mujeres,
en la casa caliente, con la antigua
muerte de las paridas, cuando quieren
cerrarse, y ya no pueden, porque aquella
tiniebla echada afuera con el parto
quiere volver y empuja para entrar.

¿Y por qué no trajimos plañideras?
Mujeres, si, que lloran por dinero,
a las que hay que pagar para que ululen
a través de la noche, en el silencio.
¡Costumbres! No tenernos suficientes
costumbres. Todo pasa, y muere hablándose.
Así, has de volver muerta, a recobrar
en mi lamentos. ¿Oyes cómo lloro?
Querría echar mi voz como un pañuelo
sobre las trozos rotos de tu muerte,
tirar de ella hasta hacerla harapos: todo
lo que digo yo, debe ir harapiento
en mi voz, tiritando. ¡Quedar sólo
en queja! Pero ahora me querello.
no a aquél que te arrancó de ti, hacia atrás,
(no puede distinguirle: es como todos),
sino que en él acuso a todo: al hombre.
Si de lo hondo, en mí aflora un resto oscuro
y extraño de haber sido niño (acaso
el más puro ser - niño de mi infancia) ,
no lo quiero saber: quiero formar
con eso un ángel, sin mirar lanzándolo
a la primera fila de los ángeles
que hacen a Dios. con gritos. recordar.
pues esta pena dura demasiado,
y nadie puede más: nos pesa mucho

el confuso dolor del falso amor,
fundado en prescripción como costumbre,
llamándose derecho y siendo absurdo.
¿Qué hombre tiene derecho a poseer?
¿Quién poseerá lo que no se sostiene.
y de vez en vez, sólo, vuelve a unirse
y a echarse, como el niño su pelota?
Como el jefe no puede retener
una Victoria alada en su bauprés
cuando la luz extraña de su numen
lanza el barco en la brisa fresca: así
ninguno ha de llamar a la mujer
que no nos ve ya, y como por milagro,
camina por un istmo de su vida
sin caída: hace falta al que la llame
vocación y placer para la culpa.
Pues eso es culpa, si algo puede serlo:
no dar más libertad a algún amor
con esa libertad que va en nosotros.
Esto solo nos queda cuando amamos:
dejarnos uno a otro, pues no es fácil
retenernos, y no hemos de aprenderlo.
¿Sigue estando ahí? ¿y en qué rincón?
Tú que supiste tanto de esto. todo,
tú que has podido tanto, cuando andabas
abierto a todo, igual que un día nuevo.
La mujer sufre: amar es estar solo;
los artistas presienten, trabajando.
que deben transformar siempre que aman.
Empezaste ambas cosas: en aquello
que hoy deforma una fama, arrebatándolo.
lejos de toda fama estabas. Eras
invisible. En silencio, tu belleza
en ti guardaste, igual que una bandera
en la mañana gris tras de la fiesta.
y no quisiste más que una tares
larga que aún no está hecha, sin embargo.
Si estás aquí, si en esta oscuridad
hay un lugar donde tu alma sensible
tiemble en las planas ondas del sonido
que una voz, solitaria en plena noche,
mueve en la atmósfera de la alta estancia:
entonces, oye: ayúdame. Nosotros
sin saber, resbalamos hacía atrás,
a algo que no pensábamos: en ello
nos vamos a enredar como en un sueño
en que sin despertar nos moriremos.
Nadie fue más allá. Y el que su sangre
alzó para un trabajo que se alarga,
tal vez un día no puede con ella
y sin valor, se cae por su peso.
Debe haber una vieja enemistad
de la vida y el más grande trabajo.
Pues lo veo, que dice: ayúdame.
No vuelvas. Si lo aguantas, sigue muerta
con los muertos: están bien ocupados.
Pero ayúdame así, sin dispersarte,
como me ayuda lo remoto: en mí.

Escrito el 31 de octubre y el 1 y 2 de noviembre de 1908, en París.

RÉQUIEM PARA UN POETA

(Para el poeta Wolf Graf von Kalckreuth; suicida)

¿Nunca te vi, de veras? En mi pecho

todo tu peso esta, como un arranque
difícil que se aplaza, ¡Si pudiera
empezar a decirte, muerto que eres,
muerto de buena gana, apasionado!
¿Fue tan aliviador como creías,
o el no vivir distaba de estar muerto
Pensabas poseer mejor allí.
donde el tener no vale. Suponías
que allí estarías dentro del paisaje,
que aquí, como una imagen, te escapaba,
y por dentro entrarías en la amada,
recio y vibrante, en la entraña de todo.
¡Ojalá que no arrastres mucho tiempo
tu engaño tras tu error pueril ¡y allá,
disuelto en una ola de nostalgia
y arrastrado, consciente sólo a medias,
en marcha en torno a estrellas remotísimas,
encuentres la alegría que pensabas
aquí, en el estar muerto de tus sueños!
¡Cómo, aquí, te acercabas con tu amor!
¡Qué en su casa aquí estaba, tu soñada,
la alegría de tu dura nostalgia¡
Sí, dejando atrás dichas y desdichas,
en ti te remejías, y ascendías
con tu meditación, casi rompiéndote
al peso de tu oscuro hallazgo: entonces
llevabas la alegría encima. el peso
de tu pequeño salvador, sin ver
quién era, al vadear con él tu sangre.
¿Y por qué no esperaste a que su peso
se hiciese insoportable? Entonces cambia,
y si pesa es porque es de veras. Mira
tal vez iba a ser dentro de un momento,
tal vez se enguirnaldaba ante tu umbral
el pelo, cuando tú diste el portazo.
¡Cómo cruza ese golpe por el mundo
cuando el viento cruel de la impaciencia
en algún sitio cierra una apertura,
¿Quién jurará que entonces una grieta
rompe en tierra las semillas sanas,
y que en los animales de la casa
no brota un ansia de matar, lasciva,
cuando ese choque estalla en sus cerebros?
¿Quién sabe cuánto influjo salta desde
nuestro obrar basta alguna punta próxima,
y quién lo seguirá a donde va todo?
¡Qué se diga de ti que has destruido!
¡Que tenga que decirse por los siglos!
y aunque aparezca un héroe, que el sentido
que tomamos por rostro de las cosas,
quite, como una máscara, y, terrible,
descubra rostros. de ojos que nos miran
por rotos de sus velos, desde siempre:
esto es rostro y no puede ya cambiar:
que has destruido. Ya había sillares,
y en torno, por el aire, había el ritmo
de un edificio, apenas reprimible;
cruzaste en medio, y no viste aquel orden.
Cada uno ocultaba al otro: todos
estaban enraizados, cuando, al paso,
probabas a moverlos, desconfiando
de alzarlos. Y de desesperación
los levantaste, pero sólo para
devolverlos a su áspera cantera,
donde; ensanchados por tu corazón,

ya no cabían. Tal vez si se hubiera
puesto una mano suave de mujer
en la naciente cólera: o si alguno
ocupado en lo más hondo, se hubiera
encontrado contigo, mudo, cuando
ibas a hacer tu crimen, o si hubieses
pasado, al menos, ante algún taller
con hombres martillando, donde el día
se cumple en paz: si en tu mirada llena
hubiese hallado sitio aún la imagen
de las fatigas de un escarabajo:
con un rayo de comprensión, habrías
leído la escritura cuyos signos
desde tu infancia en ti grabaste, a fuerza
de querer formar frases, una vez
y otra; y te parecía sin sentido.
Te tendías delante, lo sé. a tientas
por sus grietas, igual que si palparas
las letras de una losa. Y si una llama .
parecía brillar, la aproximabas
a ver la línea, pero se apagaba
antes de que leyeras, por tu aliento,
quizá, o por tu temblor, o quizás sola,
como mueren las llamas cuando quieren.
No la leíste nunca. Y no la osamos
leer por el dolor, tras la distancia.

Sólo vemos tus versos, que, venciendo
la inclinación de tu sentir, aún clavan
las palabras que tú elegiste. A veces
no pudiste elegirlas: un arranque
se impuso como un todo, y lo decías
como un encargo: triste para ti.
jamás de ti lo hubieras escuchado.
Tu ángel resuena aún hoy, pero acentúa
de otro modo aquel texto; y me rebosa
el gozo por su modo de decir,
por ti, porque esto sí que ha sido tuyo:
que se desprenda todo amor de ti
y que hayas aceptado la renuncia
por saber ver, tu avance en el morir.
Eso fue tuyo, artista: tres abiertas
formas. En la primera se vacía
espacio alrededor de tu sentir.
De la segunda esculpo la mirada
sin deseos del gran artista: en la otra
(que has roto antes de tiempo, cuando entraba
el chorro de metal trémulo desde
el alma al rojo) anida, honda, una muerte
de buen trabajo, nuestra muerte propia,
tan necesaria porque la vivimos,
cerca aquí que nunca de nosotros.
todo eso fue tu bien y tu amistad:
lo entreviste a menudo: pero al fin
te dio miedo el vacío de esas formas
al sondar con la mano, y te quejaste.
jOh vieja maldición de los poetas,
que se quejan cuando deben decir,
que siempre opinan sobre sus sentires
en lugar de formarlos, y suponen
que lo que en ellos es triste o gozoso
sabrían y podrían en poemas
llorarlo o festejarlo! Como enfermos,
convierten en lamento su lenguaje,
para decir dónde les duele, en vez

de transformarse, duros, en palabras,
como el cantero de una catedral
se transforma en la calma de la piedra.
Tu salvación hubiera sido ver
cómo entra por los versos el destino
y no vuelve a salir, y se hace imagen
y sólo imagen: un antepasado
que, cuando tú le miras, en su marco,
parece y no parece asemejarte.
Así hubieras perseverado.

Pero
vano es pensar lo que no fue. El reproche
de mi comparación no va contigo.
Lleva tal delantera lo que ocurre
a nuestro pensamiento, que jamás
sabremos cómo pudo ser de veras.
No te avergüence estar entre los muertos
que siguieron constantes hasta el fin.
(¿Qué es ese fin?). Tú cruza las miradas
con ellos, como tengan por costumbre:
nuestro duelo por ti no ha de cargarte
de modo que les seas raro. Aquellas
grandes palabras de otros tiempos, cuando
se veía su acontecer, nos faltan.
;Quién había de vencer? Quedar es todo.

(Escrito el 4 y el 5 de noviembre, en París)

LA VIDA DE MARÍA

Teniendo una tempestad desde dentro..
Duino, Enero 1912

NACIMIENTO DE MARIA

Cuánto debió costarles a los ángeles
no echar a cantar, como el que se echa a llorar,
puesto que lo sabían: en esta noche nace
la Madre para el Niño, el que pronto aparece.

Se callaron vibrando, señalando hacia
[donde,
sola. estaba la granja de Joaquín;
ay, sintieron en si y en el espacio el
[puro
concretarse, y ninguno pudo bajar a él.

Pues los dos, de aspavientos fuera de sí ya estaban.
Una vecina vino, lloró y no supo cómo,
y el viejo, cauto, fue y acercó los mugidos
de una sombría vaca. Porque jamás fue así...

LA PRESENTACIÓN DE MARÍA EN EL TEMPLO

Para comprender cómo antaño fue.
has de empezar evocando un lugar
con columnas que actúen en ti; y puedas
tocar gradas; donde arcos arriesgados
salten sobre el abismo de un espacio,
que en ti quedó, porque de tales trozos
estaba torreado, que ya nunca
pudiste de ti alzarlo: y te rasgaste.
Si hasta ahí llegas, todo es piedra en ti,
muro, entrada, visión, bóveda: prueba
a apartar con las dos manos la gran
cortina que hay delante de ti: entonces

refulge con objetos elevados
y tu tacto y tu aliento aplasta. Arriba,
abajo, hay más palacio y más palacio,
rellanos desembocan en rellanos,
hasta emerger a tales balaustradas
que al verlas te entra vértigo. Y en medio
se enturbia de un nublado de incensarios
la cercanía, pero lo de lejos
te apunta a ti, derecho, con sus rayos;
y si el fulgor de los claros braseros
juega ahora en ropajes que se acercan
despacio ¿cómo vas a resistirlo?

Y ella llegó y alzó
los ojos para verlo todo eso.
(Una niña, una niña entre mujeres.)
Y luego subió en calma, confiada,
al lujo, que, mimado, se echó a un lado:
cuanto labran los hombres, así estaba
sobrecargado ya de la alabanza

en su entraña: del gozo de entregarse
a los signos internos: se crecían
sus padres que la daban hacia arriba:
el Tremendo con el pecho enjoyado
parecía acogerla: Y ella todo
lo cruzaba, pequeña, a toda mano
huyendo, y el destino en ella estaba
maduro, más pesado que la casa.

ANUNCIACIÓN A LOS PASTORES

Alzad los ojos, hombres. Hombres que estáis al fuego,
a quien conoce el cielo ilimitado, intérpretes
de estrellas, ¡ved aqui! Mirad; soy una nueva
estrella que se eleva. Todo mi ser se inflama
y con tal fuerza irradia, y tan enormemente
lleno de luz, que el hondo firmamento ya no
me basta. Dejad que entre dentro de vuestro ser
todo mi resplandor: Oh, miradas oscuras,
corazones oscuros, y destinos nocturnos
de que estáis llenos. ¡Qué solo estoy en vosotros,
pastores! De repente para mi se abre espacio.
No os asombréis: el gran árbol frutal del pan
ha arrojado una sombra. Esto vino para mí.
Vosotros, los sin miedo, sabed vosotros cómo
reluce el porvenir en vuestros expectantes
rostros. En esta fuerte luz ocurrirán muchas
cosas. Os lo confío, porque sois silenciosos:
a vosotros, los dóciles a la fe, habla todo
lo de aquí. Os hablan lluvia y calor, el camino
del pájaro, y el viento; y todo cuanto sois,
y nada prevalece y crece a vanidad,
cebándose. Vosotros no sujetáis las cosas
dentro del pecho, en ese espacio de intervalo,
para hacerlas sufrir. Tal como una alegría
cruza a través de un ángel, así va por vosotros
lo terrenal. Y cuando una mata de zarza
llameó de repente, bien pudo desde allí
llamaros el Eterno: y si los querubines
descansaron al lado de los rebaños vuestros
para andar par allá, no os causaron asombro:
sólo os precipitabais sobre el rostro y rezabais,
y llamábais a eso la tierra. Pero todo

eso ha pasado. Ahora debe haber Uno nuevo,

del que el orbe se ensancha, más sonoro. ¿Qué es para
nosotros un zarzal? Dios ha entrado y se encuentra
en un vientre de virgen. Yo soy el resplandor
de su interioridad, el que os va acompañando.

NACIMIENTO DE, CRISTO

Si no tuvieras tal sencillez, no te hubiera
pasado lo que ahora ilumina la noche.
Mira: el Dios que par sobre los pueblos retumbaba,
se hace suave y viene al mundo en ti.

¿Más grande te le habías figurado?

íQué es grandeza? A través de todas las medidas,
cruza. tachándolas, su hado derecho.
Ni una estrella ha tenido tal camino.
Ves cómo son de grandes estos reyes,

y te traen, delante de tu seno

tesoros que ellos creen los más grandes,
y quizá tú te asombras del regalo:
Pero mira en los pliegues de tu velo
cómo ya sobrepuja a todo él.

Todo ámbar que de lejos vino en naves,

toda áurea joya y la especia del aire,
que turbia se dispersa en los sentidos:
todo eso fue de breve duración
y al final se han arrepentido de ello.

Pero (tú lo verás): Él se ha alegrado.

DESCANSO EN LA HUIDA A EGIPTO

Los apenas huidos, sin aliento.
de en medio de la muerte de los niños:
que imperceptiblemente se habían hecho
con su peregrinar grandes. Apenas

se hubo deshecho su ansia de terror
en tímidas miradas hacia atrás,
ponían ya en peligro enteros pueblos
al llegar en su mula parda: porque

cuando, casi una nada en la gran tierra,
se acercaban a los enormes templos,
estallaban los ídolos, tal como
traicionados, perdiendo la razón.

¿Es concebible que por su pasar
todo, desesperado, se irritara?
Y ellos tuvieron miedo de sí mismos:
sólo el Niño tenia paz sin nombre.

En buen hora tuvieron que sentarse
un rato. Pero entonces vino: mima
el árbol que sobre ellos se cernía,
igual que un servidor se inclinó. Y era

el árbol mismo que con sus coronas
revestía a los faraones muertos
la frente ante lo eterno. Se inclinó:
sintiendo florecer nuevas coronas.
y, como en sueños, ellos descansaban.

DE LA MUERTE DE MARÍA

(Tres partes)

I

Aquel mismo gran ángel, que le trajo
la anunciación, antaño, de su. parto,
estaba allí, aguardando a que le viera,
y dijo: Es tiempo ya de que aparezcas.
Se asustó, como antaño, ella, de nuevo
hecha sierva, asintiéndole en la hondo.
Pero él resplandeció. y, sin fin cercano,
como en su rostro se borró, y llamó
a los tan alejados misioneros
a volver a la casa en la ladera.
la casa de la Cena. Ellos vinieron,
pesados, con temor a entrar. Estaba
en su yacija, la que en hundimiento
y elección, se había hundido con misterio,
toda ilesa, como una nunca usada,
atendiendo a los cantos de los ángeles.

Y al ver a todos tras de las candelas
aguardando, la arrebató el exceso
de las voces, y aún, de corazón
regaló los dos mantos que tenía
y alzó su rostro a ver a ese o a aquél...
(fuente de ríos sin nombre de llanto).

Pero se tendió en su debilidad
y acercó el cielo hasta Jerusalén
tanto que al irse su alma solamente
debió extenderse un poco: ya la alzaba,
la asumía Él que lo sabía todo
de ella, en su celestial naturaleza.

II

¿Quién ha pensado que hasta su llegada
el gran cielo estaría inacabado?
Tenía sitio ya el Resucitado,
pero a su lado, veinticuatro silos,
hubo un puesto vacío. Y ya empezaban
a acostumbrarse a aquel puro vacío,
como cicatrizado, pues el Hijo
con su exceso de brillo lo llenaba.

Y al entrar en el cielo, ella tampoco
fue a él, por más que le correspondiera;
no había un sitio, sólo refulgía
con tanto resplandor Él, que la hería.
Pero cuándo, conmovedora forma'
se unió a los nuevos bienaventurados,
en nada extraña, clara entre lo claro,
irrumpió de su ser una emboscada
de tal fulgor, que el ángel, alumbrado
por ella, gritó, ciego: ¿Quién es ésta?
Hubo. un pasmo. Y miraron todos cómo
Dios Padre arriba al Hijo sostenía,
de modo que rodeado de penumbra
leve, el sitio vacío como un poco
de dolor se mostraba, como rostro
de soledad, que aún soportaba, un resto
de tiempo terrenal, cicatriz seca.
La miraron: miraba con temor
inclinada. como sintiendo: soy
su más largo dolor: y de repente
se derrumbó. Los ángeles la hicieron

alzarse, la apoyaron y cantaron,
dichosos, hasta el último fragmento.

III

Al Apóstol Tomás, cuando llegó
muy tarde, apareció el ángel veloz
ya desde hacía tanto preparado,
y le ordenó en el sitio del sepulcro:

Echa la piedra a un lado. Saber quiero
quién es la que te mueve el corazón:
mira: fue un manojito de alhucema
dejado ahí por un poco de tiempo,

para que a ella la tierra oliera luego
en los pliegues como un pañuelo fino.
Sientes: todo lo muerto, lo doliente,
queda tapado por su buen aroma.

Mira el sudario: ¿dónde el secadero
está en que se hace deslumbrante, intacto?
La luz que le dio aquel cadáver puro
más que el fulgor del sol le ha blanqueado.

¿No te asombra qué suave le escapó?
Como si ella siguiera, toda dura.
Pero arriba se ha estremecido el cielo.
Hombre, arrodíllate, mírame y canta.

ELEGÍAS DE DUINO

(1912 - 1922)

PRIMERA ELEGIA

¿Quién, si yo gritase. me oiría desde los coros
de los ángeles? Y si uno de repente me tomara
sobre su corazón: me fundiría ante su más potente
existir. Pues lo bello no es más que el comienzo
de lo terrible, que todavía soportamos
y admiramos tanto, porque, sereno, desdeña
destrozarnos, Todo ángel es terrible.
por eso me contengo, sofocando el reclamo
de un llanto oscuro. ¡Ay! Y ¿a quién podríamos
recurrir, entonces? No al ángel, ni a los hombres:
y los sagaces animales ya notan
que no estamos muy confiadamente en casa
en el mundo interpretado. Tal vez nos queda
algún árbol en la ladera, que a diario viéramos
de nuevo: nos queda la calle de ayer
y la arrastrada fidelidad de una costumbre
que se encontró a gusto en nosotros, y se quedó, sin
[(irse.
¡Ah, y la noche! La noche, cuando el viento lleno de
[espacio de universo
nos consume el rostro, ¿para quién no se quedaría, la
[deseada,
suavemente desilusionadora, que al corazón solitario
se presenta trabajosamente? ¿Es más leve a los
[enamorados?
Ay, ellos sólo se ocultan mutuamente su hado.
¿Aún no lo sabes? Echa desde tus brazos el vacío
hacia los espacios que respiramos, quizá para que los
[pájaros
sientan el aire ensanchado con vuelo más intimo.
Sí, las primaveras lo necesitan. Exigían

alguna estrellas, que las presintieras.. Se alzaba
una ola desde el pasado, o cuando
pasabas ante la ventana abierta,
se te entregaba un violín. Todo esto era misión.
Pero, ¿la superaste? ¿No estabas siempre
distraído ¿ todavía de expectación, como si todo
te anunciara una amada? (¿Dónde vas a
[esconderla,
Si ahora los grandes pensamientos extraños en ti
entran y salen, y a menudo se quedan por la noche?)
Pero si añoras, canta a los que amaron; lejos
aún de ser bastante inmortal está su famoso sentir.
A esos abandonados -¡casi les envidias! -
mucho más amorosos que los satisfechos. Empieza
siempre de nuevo la alabanza inalcanzable.
piensa: el Héroe perdura: hasta su misma caída fue
para él solo pretexto de ser: su nacimiento último.
Pero a los amantes la naturaleza agotada
los recoge a en si, como si no hubiera fuerzas
para cumnplir dos veces esto. ¿Has pensado bastante
en Gaspara Stampa, para que alguna muchacha
de quién huyó el amado, ante el ejemplo ensalzado
de esta amadora, sienta: "Si fuera yo como ella"?
¿No debían al fin estos remotos dolores
hacérsenos más fecundos? ¿No es tiempo de
[librarnos,
amando, del amado. y resistirlo, estremecidos,
corno la flecha a la cuerda, para, reunida en el
[disparo,
ser más que sí misma? Pues nunca hay quedar.

Voces, voces. Oye, corazón, como sólo antaño
oían los santos: qué la gigantesca llamada
les alzaba del suelo, pero ellos seguían de rodillas.
imposibles, y sin preocuparse de nada.
Así estaban oyendo. No es que tú aguantaras
la voz de Dios, ni de lejos. Pero escucha el soplo,
la noticia ininterrumpida que se forma de silencio.
Ahora murmura desde esos jóvenes muertos hasta ti.
Siempre, donde entraste, ¿no te habló, en las iglesias
de Roma Y Nápoles, tranquilo, su destino?
O se te presentaba, sublime, una inscripción,
como hace poco la lápida en Santa Maria Formosa.
:Qué me quieren? En silencio debo
separar el aspecto de injusticia que a veces oculta
un poco el puro movimiento de sus espíritus.

Verdad que es raro, no habitar ya la tierra
no usar ya las costumbres apenas aprendidas,
y a las rosas, y a otras cosas a su manera prometedoras.
no dar el significado del porvenir humano:
no ser ya lo que se fue en manos de la infinita angustia
y abandonar hasta el propio nombre
como un juguete destrozado.
Raro, no seguir deseando los deseos. Raro,
ver qué todo lo que se ligaba aletea tan suelto
por el espacio. Y el estar muerto es trabajoso
y lleno de querencia, hasta que poco a poco
se rastrea algo de eternidad. Todos los vivos cometen
el error de distinguir demasiado fuerte.
Los ángeles (se dice) no sabrían a veces si andan
entre vivos o muertos. El eterno fluir
lleva siempre todas las épocas consigo
a través de ambos reinos, y suena más fuerte que ellas
[en ambos.

Al fin los muertos prematuros ya no nos necesitan.
Se desacostumbra uno a lo terrestre, suavemente,
como de los dulces pechos de la madre. Pero nosotros,
que tan grandes misterios necesitamos; y para
[quienes
tantas veces surge del dolor tan feliz avance, ¿podríamos
[ser sin ellos?
¿Es vana la leyenda de que una vez, por llorar a
[Linos,
la primera música, torpe, penetró la rígida dureza.
y por vez primera, en el espacio asustado, del que
[escapó
de pronto para siempre un joven semidivino,
el vacío se encendió en esa vibración que ahora nos inflama,
[consuela y ayuda?

SEGUNDA ELEGIA

Todo ángel es terrible. Y, no obstante; ¡ay de mí!,
os canto, pájaros casi mortales del alma,
sabiendo lo que sois_ ¿Dónde están los tiempos de
[Tobías,
cuando uno de los más deslumbrantes se irguió ante el
[sencillo umbral
un poco disfrazado para el viaje, y ya no terrible
[joven, a los ojos del joven, que, curioso, la miraba)?
Si ahora el peligroso arcángel bajase detrás
de las estrellas, sólo un paso, acá: hacia arriba
saltando. nuestro propio corazón. nos mataría. ¿Quién
[sois?
saltando, nuestro propio corazón nos mataría. ¿Quién sois?

Prístinos afortunados, mimados de la creación,
cumbres y riscos aurorales de todo
lo creado. Polen de la divinidad en flor,
coyunturas de la luz, corredores, escaleras, tronos,
espacios de esencia, escudos de delicia, tumultos
de sentimiento tormentosamente alzado, y de repente,
solitarios espejos: que su belleza desbordada
recogen de nuevo en su propio rostro.

Pues nosotros, al sentir, nos volatilizarnos, ay,
nos disipamos en aliento, afuera; de ascua en ascua
damos más débil olor. Entonces, bien nos dice alguien:
"Sí, entras en mi sangre; este cuarto, la primavera
se llenan de ti.." ¿De qué sirve? No puede retenernos,
desaparecemos en el efluvio, y en torno de él. Y los que son
[bellos,
oh, ¿quién los sujeta? Incesantemente hay esplendor
en su rostro, y se escapa. Como rocío en hierba mañanera,
se alza lo nuestro de nosotros: como el calor
de un alimento caliente. Oh sonrisa, ¿dónde vas? Oh mirar
[alzado:
nueva, tibia ola que se escapa del corazón...,
ay de mi, eso somos. ¿Sabe a nosotros el espacio del
[mundo
en que nos perdemos? ¿Toman los ángeles
de veras sólo lo suyo, lo que de ellos desborda,
o alguna vez hay en ellos, como por distracción, un
[poco
de nuestro ser? ¿Estamos en sus rasgos
solamente mezclados, como el paño en los rostros
de las encintas? Ellos no lo notan en el remolino
del retorno hacia ellos. (¿Cómo habían de notarlo?)

Los amantes, si te comprendiesen, podrían, en el aire noc-

[turno.
hablar maravillosamente. Porque parece que todo
nos oculta. Mira, los árboles están: las casas
en que vivimos aún siguen. Sólo nosotros
corremos delante de todo, como una bocanada de aire.
y todo está unánime en silenciarnos, en parte
como vergüenza, en parte como indecible esperanza.

A vosotros, amantes, mutuamente suficientes,
pregunto por nosotros. Os tocáis. .¿Tenéis las pruebas?
Ved, ocurre que mis manos se compenetren
una de otra, o que mí consumida
cara se albergue en ellas. Esto me da un poco
de sensación. Pero, ¿quién se atrevería a ser sólo por esto?
Pero a vosotros, que os crecéis en el entusiasmo
del otro, hasta que, abrumado, ruega
"¡Basta ya!"; a vosotros, que entre las manos
os hacéis más abundantes, como años de vendimia;
que a veces dejáis de ser, sólo porque el otro
os prevalece totalmente, os pregunto por nosotros. Ya sé
que os tocáis tan dichosos porque la caricia os retiene,
porque no desaparece el lugar que tiernos,
os ocultáis: porque debajo presentís la pura
duración. Así, casi eternidad os prometéis
del abrazo. Y, sin embargo, cuando sobrepasáis los primeros
[sustos
de la mirada, y la añoranza en la ventana,
y el primer paseo juntos, por el jardín, una vez:
entonces amantes, ¿seguís siéndolo aún? Cuando uno al
[otro
alza a la boca Y -sorbo a sorbo- toma,
¡oh qué extrañamente el bebedor se evade de su acto!

¿No os asombró en las estelas áticas la mesura
de los gestos humanos? ¿No estaban amor y ausencia
tan leves en sus hombros, como si estuvieran hechos
de otra materia que nosotros? Pensad aquellas manos,
cómo descansan sin apretar, aunque en los torsos haya
[fuerza.
Esos señores de si mismos sabían con eso: hasta aquí
[llegamos,
esto es lo nuestro, tocarnos así: más reciamente
nos aprietan los dioses. Pero eso es cosa de ellos.

Si también encontrásemos algo humano, contenido, puro,
pequeño: una banda de tierra fértil
entre el torrente y el pedregal! Porque el corazón
nos domina todavía, como a aquellos. Y ya no lo
[podemos
seguir con los ojos en imágenes que lo calman,
ni en cuerpos divinos, en los que se mesura más aún.

TERCERA ELEGÍA

Una cosa es cantar a la amada, y otra, ¡ay! cantar
al escondido y culpable dios -río de la sangre.
Aquel que ella reconoce de lejos, su muchacho, ¡qué sabe él
[mismo
del señor del placer, que desde lo solitario, a menudo,
antes de qué la muchacha le alivie, o a veces como si no
[existiera,
ay de qué misterio chorreando, levanta la divina
[cabeza,
convocando la noche a un tumulto sin fin?
lOh Neptuno de la sangre, y su temible

[tridente!

¡Oh, el viento oscuro de su pecho por la caracola

(retorcida!

oye cómo la noche se ahueca y se abre en valles. ¡Oh

[estrellas,

¡No brota de vosotras el gozo del amante hacia el

[rostro

de la amada? ¿No ha tomado del puro firmamento la íntima

[visión de su rostro puro?

¡Ay! ¡No has tendido tú, ni su madre siquiera,
el arco de sus cejas hacia la expectación!
No por ti, muchacha que le sentías, no hacia ti
se curvó su labio, para un ademán fecundo.
¿Piensas de veras que tanto le habría estremecido
tu leve paso, que huye como brisa de primavera?
Sí, asustasteis su corazón: pero más viejos terrores
se desencadenaron en él, al choque de to contacto.
Llámale... No le separas del todo de un oscuro

[trato.

Es verdad que él quiere, y se evade afuera: aliviado, se

[hace a vivir

en tu íntimo corazón, y toma, y se empieza.
Pero, ¿es que alguna vez se había empezado?
Madre, tú le hiciste, pequeño, tú fuiste quien le

[empezó:

para ti era nuevo: inclinaste sobre los ojos nuevos
el mundo amigo, apartando el extraño.
¿Dónde, ay, quedaron los años cuando tú, sencilla,
con tu figura esbelta atajabas el caos bullente?
Mucho, así, le escondías; el cuarto, sospechoso de noche,
lo hiciste inofensivo: de tu corazón lleno de

[amparo

sacaste espacio más humano para mezclar a su espacio

[nocturno.

No en la tiniebla, no, sino en tu existir más

[próximo

has puesto la candela, que lucía como por amistad.
Nunca un crujido que no explicases sonriendo,
como si hace mucho supieras cuándo el entarimado se porta

[así

Y escuchaba y se calmaba. Tanto lograba,
suavemente tu presencia; tras el armario, asomaba
su destino, alto. en el gabán: y en los pliegues de la cor-

[tina.

levemente movida, se acomodaba su intranquilo porvenir.

Y él mismo, mientras yacía, aliviado, bajo párpados
soñolientos disolviendo la dulzura de tu leve modo
de dar forma a todo, en el paladeado adormecerse:
parecía refugiado... Pero, adentro. ¿quién rechazaba.
quién frenaba la oleada del origen?
Ay, en el dormido no había defensa: durmiendo.
pero soñando y con fiebre: ¡cómo se enmarañaba!
El, el nuevo, el huraño, ¡qué entretejido estaba
los pámpanos multiplicados de su acontecer interno,
ya enlazados a diseños, a crecimiento ahogador.
a formas animalmente acosadoras. ¡Cómo se entregaba.

[Amaba.

Amaba su interior, su íntima selva,
el bosque inmemorial en él, sobre cuyo mudo derribo
su corazón. en verde luz, se alzaba, Amaba. Y lo dejó, y

[anduvo

por sus propias raíces hasta un potentísimo origen,
donde su pequeño nacimiento ya estabas obrevivido.

[Amando

bajó hacia la más vieja sangre, a los abismos.
donde estaba lo terrible, todavía saciado de los padres. Y
[todo
lo espantoso le conocía, le hacía guiños, parecía de acuerdo.
Si, lo horrible sonreía... Raramente
le has sonreído tú tan suavemente, madre. ¿Cómo no iba
a amarlo, si le sonreía? Antes que a tí
lo ha amado, pues cuando en ti le llevabas
estaba disuelto en el agua que hace leve el germen.

Mira, nos amamos, como las flores, desde un solo año;
en nosotros, cuando amamos, sube
imprevisible savia por los brazos. ¡Oh muchacha!
Esto: el que en nosotros no amemos una sola cosa,
algo venidero, sino lo incontable que fermenta: no un niño
[sólo,
sino los padres, que como ruinas de montañas
descansan en nuestro fondo; sino el cauce seco
de antiguas madres; sino el entero
paisaje silencioso bajo el Destino nebuloso
o claro: esto, muchacha, se te anticipó.

Y tú misma, ¿qué sabes tú? Tú atraías
el pasado a que subiera en el amante. ¿Qué
[sentimientos
se revolvían excavando, desde seres huidos? ¿Qué
[mujeres
te odiaban en lo antiguo? ¿Qué hombres oscuros
excitabas en las venas del joven? Niños
muertos querían venir a ti... Oh suave, sin ruido,
haz algo amoroso ante él, una tarea confiada... Llévale
a los jardines, dale el predominio de las noches...
Sujétale...

CUARTA ELEGIA

¡Oh, árboles de la vida! Oh, ¿cuándo de invierno?
No estamos unidos. No nos entendemos
como las aves emigrantes. Adelantados y tardíos,
nos imponemos de repente a vientos
y caemos en estanques inalterables.
Florecer y agostarse nos es igualmente consciente
y por algún lugar van leones todavía y no saben
mientras son soberanos, de ninguna impotencia.

Pero a nosotros, cuando queremos decir una sola cosa, del
[todo,
ya nos es perceptible el lujo de lo otro. Enemistad
nos es lo más próximo. ¿No pisan amantes
siempre en los bordes, uno del otro;
los que se prometían anchuras, galope y patria?
Allí para dibujo de un momento
se prepara un fondo de contrariedad, penoso,
para que nosotros los viéramos; porque se es muy claro
con nosotros, No conocemos el contorno
del sentir. sólo lo que le forma desde fuera.
¿Quién no se sentó temeroso ante el telón de su corazón?
Que se levantó: el decorado era despedida.
Fácil de entender, El conocido jardín,
y oscilaba leve: entonces vino primero el bailarín.
No ése. Basta. Y aunque él también actúa tan ligero,
está disfrazado y se convierte en un burgués
y entra por la cocina a su casa
No quiero estas máscaras a medio llenar,
prefiero la muñeca. Esta llena. Quiero .
sujetar a la marioneta y el hílo y su cara

de apariencia. Aquí. Estoy delante.
Aunque las lámparas se apaguen, aunque me digan:
Nada más, aunque ante la escena
venga el vacío con la corriente gris de aire,
aunque de mis callados antepasados ninguno
ya se siente conmigo, ninguna mujer, ni
siquiera el muchacho del bizco ojo pardo:
Me quedo sin embargo. Hay siempre contemplación.

¿No tengo razón? Tú, que por mí tan amargo
gustaste la vida, probando la mía, tú, padre,
primera turbia infusión de mi deber,
cuando iba creciendo, siempre volviendo a probar,
y con el regusto de tan extraño futuro
ocupado, escudriñabas mi vista empañada,
padre mío, tú que desde que estás muerto, a menudo
en mi esperanza dentro de mi tienes miedo,
y renuncias por mí a la indiferencia, como la tienen los
[muertos,

a imperios de indiferencia, por mi poco de destino,
¿no tengo razón? Y vosotros ¿no tengo razón?
Vosotros, que me quisisteis por el pequeño comienzo
de amor a vosotros, del que me apartaba siempre,
porque el espacio en vuestro rostro,
cuando lo quería, se me pasaba al espacio del mundo,
en el que yo no estaba... Cuando tengo ánimo
de esperar ante el escenario de marionetas, no,
tan plenamente contemplar que para equilibrar
al fin mi mirada. debe entrar como actor
un ángel que agite las marionetas.
Ángel y Muñeca: esta es por fin una función.
Entonces coincide lo que nosotros constantemente
dividimos, en cuanto existimos. Sólo entonces brota
de nuestras estaciones el cielo
de la completa transformación. Pasando sobre nosotros
actúa entonces el ángel. Mira, los que mueren
no debían sospechar qué lleno de pretexto
está todo lo que hacemos aquí. Todo
no es ello mismo. Oh, horas de la infancia
cuando tras las figuras algo más que solamente
pasado había, y ante nosotros no estaba el futuro.
Crecíamos libremente y empujábamos a veces
para hacernos mayores pronto, mitad por causa de ellos
que no tenían otra cosa sino el ser mayores.
y estábamos sin embargo en nuestro ir solos
divertidos con lo duradero y allí quedábamos
en el intervalo entre espacio y juguete,
en un lugar que desde el principio
estaba fundado para un puro tránsito.

¿Quién muestra a un niño, tal como está? ¿Quién le pone
en las constelaciones y le da la medida de la distancia
en la mano? ¿Quién hace la muerte infantil
de pan gris, que se endurece, o la deja
entrar en la boca redonda como el troncho
de una hermosa manzana...? Los asesinos
son fáciles de notar. Pero esto: la muerte,
la muerte entera. aun antes de la vida
tan suavemente contener y sin tomarlo a mal,
es indescriptible.

QUINTA ELEGÍA

Dedicada a la Sra. Hertha Koenig

Pero ¡quiénes son esos, dime, los que vagan, esos un poco

más vagabundos aún que nosotros mismos, a quienes, impul-
[sándoles desde muy pronto,
retuerce una voluntad
jamás contenta de amar ¿a quién, a quién? Sino que los
[retuerce,
los dobla, los entrelaza y empuja,
los arroja y vuelve a tornar: como de un aire más aceitado,
más liso, descienden ellos
a la estera desgarrada,
adelgazada por su eterno brincar, a esa perdida
estera en medio del universo,
colocada como un esparadrapo, como si. el cielo - arrabal
de la tierra allí le hubiera hecho daño.
Y apenas allí
de pie, allí y señalada: del erguirse
la gran inicial... ya también, los más fuertes
hombres, los vuelva a plegar, por broma, el agarrón
que llega siempre: como Augusto el Fuerte en la mesa
doblaba un plato de estaño..

Ay, y en torno a ese
centro, la rosa de la contemplación:
florece y se deshoja. En torno a ese
mazo, al pistilo, al que tocado del propio
polen floreciente, fructificado en falso
fruto otra vez de la desgana: de la suya
nunca dándose cuenta -desgana brillante
con la más tenue superficie que parece sonreír levemente.

Allí el marchito, arrugado gimnasta,
el más viejo, el que sólo toca el tambor,
metido en su, enorme piel, como si ésta hubiera antes
contenido a dos hombres, y uno
yaciera ya en el cementerio, y él sobreviviera al otro,
sordo y a veces un poco
perdido en la piel enviudada.

Pero el joven, el hombre, como si fuera hijo de una
[cerviz
y una monja; tirante y tensamente relleno .
con músculos y simpleza.

Oh vosotros,
a los que un dolor que todavía era pequeño
una vez recibió como juguete, en una de sus
largas convalecencias...

Tú que con el abrirse floral,
con sólo los frutos lo conocen, inmaduro,
cien veces al día te desprendes del árbol del movimiento
edificado en común (que, más raudo que agua, en pocos
minutos tiene primavera, verano y otoño),
caes y chocas en la tumba:
a veces, en mitad de la pausa, quiere una amorosa
fisonomía brotarte más allá hacia tu raramente
suave madre; pero se pierde en tu cuerpo,
que lo gasta superficialmente, el rostro
tímidamente apenas intentado... Y de nuevo
chasca el hombre en la mano para saltar. y antes
de que a ti alguna vez se te haga más claro un dolor en la
[cercanía del corazón
siempre trotando, le viene el ardor de la planta del pie,
a su origen, anticipándose con un par de lágrimas
[corporales,
que rápidamente se te han agolpado a los ojos.
y sin embargo, a ciegas,
la sonrisa...

Ángel, oh, tómala, arráncala, la yerba curativa de diminuta
[flor.
Haz un búcaro, guárdala. Ponla bajo esos gozos, que aún
no se nos han abierto; en urna gentil
celébrala con impetuosa inscripción floral: “subrisio
[saltat”,

Tú entonces, amable,
tú muda, desbordada por los gozos
excitantes. Quizá son
tus flecos de buena suerte para ti
o sobre los jóvenes
pechos turgentes la verde seda metálica
se siente mimada sin fin y de nada prescinde.
Tú, siempre de otro modo puesta sobre todas las balanzas
[oscilantes del equilibrio,
fruta de mercado en la indiferencia
públicamente bajo los hombros.

Dónde, oh dónde está el lugar -lo llevo en el
[corazón-
donde ellos ya largamente no podían ir, aún entre sí
se desgajaban, como animales cubriéndose
no bien emparejados,
donde los pesos son todavía pesados,
donde todavía caen los platos
de sus varillas que en vano remolinean...

Y de repente, en este penoso vacío, de repente
el jugar indecible, donde la pura escasez
incomprensiblemente se transforma, salta
a ese vacío exceso.
Desde el cálculo de muchas cifras
transcurre sin número.

Plazas, oh plaza en Paris, infinito escenario
donde la modista, Madame Lamort,
anuda y tuerce los intranquilos caminos de la tierra,
ligaduras interminables, e inventa
con ellos nuevos lazos, encañonados, flores escarapelas,
[frutas postizas,
todo mentirosamente teñido, - para los baratos
sombreros invernales del destino.

Ángel, si hubiera un sitio que no sabemos, y allí
en estera inefable mostraran los amantes que aquí
no llegaron a poderlo hacer, sus atrevidas
figuras altas del ímpetu del corazón,
sus torres de alegría, sus escalas
mucho, tiempo, donde nunca hubo suelo, sólo entre si
apoyadas -y lo pudieran hacer
ante los espectadores en torno, incontables muertos
[callados:
¿Echarían éstos entonces sus últimas monedas, siempre
ahorradas, siempre ocultas, que no conocemos, las
[eternamente
valiosas monedas de la felicidad, ante la pareja
al fin de veras sonriente en la aquietada
estera?

SEXTA ELEGIA

Higuera, desde hace cuanto tiempo ya me es significativo
cómo saltas casi por completo la floración,
y allá dentro del decidido fruto maduro
sin celebrar, metes tu puro misterio.

Como el ceño de la frente, empuja tu doblado
[ramaje
hacia abajo y adelante: y él brota del sueño,
casi sin despertar, a la dicha de su más dulce logro.
Mira: como el dios del cisne...
Pero nosotros nos demoramos,
ay, nos da gloria florecer, y en el interior retardado
de nuestro fruto final entramos traicionados.
A pocos sube tan fuerte el empuje del actuar
que ya se ajustan y se inflaman en la plenitud del
[corazón,
si la seducción para florecer como brisa nocturna
[aliviada,
les toca la juventud de la boca, les toca los párpados:
a los héroes quizá y a los prontos destinados al más allá,
a los que lá muerte jardinera les pliega de. otro modo las
[venas.
Esos se precipitan allí: se adelantan a su propia
sonrisa, como el tiro de caballos al rey victorioso
en las suaves imágenes ahondadas ante Karnak.

Pero milagrosamente cercano está el héroe a, los muertos
[juveniles. Durar
no va con él. Su aurora es existir: constantemente
se vuelve a concentrar y entra en la cambiada
[constelación
de su constante peligro. Pocos le hallaran allí. Pero
el destino, que nos calla oscuro, súbitamente
[entusiasmado
le lleva cantando a la tempestad de su mundo
[estruendoso.
Pero a nadie oigo como a él. De repente me traspasa
con el aire agolpado de su melodía oscurecida.

Entonces, cómo me gustaría esconderme de la nostalgia. Oh,
[si fuera,
si fuera yo un niño y pudiera aún llegar a serlo y me
sentara apoyado en los brazos futuros, y leyera sobre
[Sansón,
cómo su madre primero nada paría y después o parió todo.

¿No era héroe ya en ti; ¡oh madre!, no empezó
ya allí, en ti, su soberana elección?
Millares fermentaban en el vientre y querían serlo,
pero mira: él tomó, dejó, eligió y pudo.
Y si derribó columnas, fue cuando irrumpió
del mundo de tu cuerpo al mundo más estrecho, donde
[siguió
eligiendo y pudiendo. ¡Oh madres de los héroes,
oh origen de torrentes rompedores! Vosotras, simas, en que
desde to alto del borde del corazón, quejándose,
ya las muchachas se precipitaron, las futuras víctimas para
[el hijo.
Invadía el héroe las estancias del
amor, cada una le elevaba, cada corazón por él latía,
y vuelto de espaldas ya, al final de la sonrisa,
distinto estaba.

SÉPTIMA ELEGÍA

No más solicitación, no solicitación, voz emancipada
sea la naturaleza de tu grito; en verdad gritaste puro como
[el pájaro
cuando la estación le eleva, al crecer, casi
[olvidando

que es un animal acongojado y no sólo un corazón
[aislado
que ella arroja a lo sereno, al cielo interior. Como él, así
solicitarías también, no menos, para que, aún
[invisible.
te notase la amiga, la callada, en quien una respuesta
se despierta despacio y al escuchar se calienta,
sensitiva encendida para tu atrevido sentimiento.

Oh y la primavera comprendería; no hay lugar allí
que no llevara el sonido de la Anunciación. Primero ese
[pequeño
rumor interrogante, que con inquietud creciente
hasta la anchura rodeada de silencio de un puro día afir-
[mador.
Luego las escalas arriba, escalas de llamadas arriba hasta el
[soñado
templo del futuro: luego el trino, fuente,
que al chorro impetuoso ya anticipa la caída
en juego prometedor... Y ante sí, el verano.

No sólo las mañanas todas del verano: no sólo
cómo se transforman en día y destellan antes de empezar.
No sólo los días que son tiernos en torno a las flores, y
[arriba,
fuertes y poderosos en torno a los árboles ya formados.
No sólo la devoción de estas fuerzas desplegadas,
no sólo los caminos, no sólo los prados por la tarde,
no sólo, tras la tormenta tardía, el aclararse en respiro,
no sólo el sueño acercándose y un presentimiento por la
[tarde...
¡sino las noches! Sino las altas noches del ver ano,
sino las estrellas, las estrellas de la tierra.
Oh, estar muerto una vez y saberlas sin fin,
todas las estrellas: porque, ¿cómo, cómo, cómo olvidarlas?

Mira. allí llamaba yo a la amante. Pero no sólo ella
Vendría... Vendrían de quebradizas tumbas
muchachas, y se quedarían quietas... Porque, ¿cómo limitaría
[yo,
cómo mi llamada voceada? Los hundidos siguen
siempre buscando tierra. Para vosotros, niños, una cosa
del aquende, una vez agarrada, valdría por muchas.
No creáis que el destino es más que el espesor de la infan-
[cia,
¡cómo sobrepasabais a menudo a las amadas, jadeando,
respirando tras la carrera feliz a la nada, en lo libre!

Estar aquí es soberbio. Lo sabíais, muchachas, también
[vosotras,
que privadas aparentemente de vosotras os hundisteis voso-
[tras en las más horribles
callejas de la ciudad, supurantes o abiertas
al desperdicio. Pues una hora, cada cual fue, quizá ni una
hora entera, algo apenas medible con las medidas del tiempo
entre dos ratos, cuando ella tuvo una existencia.
Todo. Las venas llenas de existencia.
Solo, olvidamos muy fácilmente lo que el risueño vecino
no nos confirma o envidia. Visiblemente
queremos elevarlo, a donde sin embargo la más visible suerte
sólo se nos. da a reconocer, si nosotros lo transformamos
[dentro.

En ningún lugar, amada, se hará mundo, sino dentro. Nuestra
vida pasa allá con transmutación. Y cada vez más pequeño
se disipa lo externo. Donde una vez hubo una casa duradera,
aparece una figura meditada, al sesgo, perteneciente

por completo a lo meditable, como si aún estuviera entera
[en el cerebro.
El espíritu del tiempo se crea amplios desvanes de la fuerza,
[informes
como el tenso empuje que él obtiene de todo.

Ya no conoce templo. Esta disipación del corazón
la ahorramos con más secreto. Sí, donde aún una cosa
[perdura,
una cosa antaño rogada, servida, reverenciada...
se sostiene, como es, ya hacia lo invisible.
Muchos ya no lo echan de ver, sin la ventaja
de que ahora lo construyen inferiormente, con pilastras y
[estatuas, mayor!

Cada sordo giro del mundo tiene tales desheredados,
a quienes ni lo anterior ni tampoco lo inmediato pertenece.
pues también lo inmediato está distante para los hombres.
[No nos debe
confundir esto: que fortalezca en nosotros la conservación
de la forma ya reconocida. Esta estuvo una vez entre
[hombres.
se alzó en medio del destino, en medio de lo aniquilador.
[en medio
del no saber adónde ir, como siendo, a inclinó
hacia si estrellas de los cielos asegurados. Ángel,
a ti todavía te lo muestro, ahora al fin erguido.
Columnas, pórticos, la esfinge, el brotar esforzado,
gris, desde la ciudad, decadente o extraña. de la catedral.

¿No fue milagro? Oh, ángel, asómbrate, porque nosotros
[lo somos,
nosotros: oh, tú, el mayor, cuéntalo, que hemos logrado tal
[cosa:
mi aliento no alcanza para la alabanza. Así, sin embargo,
[no hemos
desperdiciado los espacios, estos otorgadores
espacios nuestros. (¡Qué terriblemente grandes deben ser
si no pueden desbordarlos milenios de nuestro sentir!)
Pero una torre era grande ¿no es verdad? Oh, Angel, lo
[era...
grande ¿también a tu lado? Chartres era grande... y la
[música
aún alcanzaba más allá y nos sobrepasaba. Pero sólo aun
una amante, oh, sola en la ventana nocturna.._
¿no to alcanzaba a la rodilla?
No creas que ruego
Ángel, y aunque te rogase, tú no vendrías. Pues mi
llamada siempre está llena de marcha: contra tan fuerte
corriente no puedes caminar. Como un brazo
extendido es mi llamada. Y su mano abierta
hacia arriba para agarrar, queda ante ti
abierta, como defensa y aviso,
abierta arriba ioh inasible!

OCTAVA ELEGÍA

Dedicada a Rudolg Kassner

Con plenos ojos ve la criatura
lo abierto. Nuestros ojos están vueltos
adentro, alrededor de .la salida
abierta, colocados como trampas.
Sabemos lo de fuera solamente
por el rostro del animal. Ya al niño
le torcemos, obligando a que vea

hacia atrás lo formado, no lo abierto,
tan profundo en el animal. Sin muerte.
Sólo nosotros vemos muerte: el libre
animal tiene tras de sí su muerte
y ante sí a Dios, y cuando va, camina
por lo eterno, lo mismo que las fuentes.
Nunca tenemos, ni un momento, el puro
espacio por delante, en que las flores
se abren interminables. Siempre hay mundo
y nunca el puro no lugar sin nada:
lo puro, incustodiado, que aspiramos
y sin fin sabe, y nada quiere. El niño
se pierde en eso a ocultas, y le tienen
que sacudir. O alguno muere, y lo es.
Junto a la muerte, no se ve la muerte:
se mira afuera, fijo, con mirada
animal. Los amantes, sin el otro
que tapa la mirada, ya se acercan,
pasmados... Por descuido, se les abre
tras el otro. Pero ninguno pasa
tras el otro: otra vez se le hace mundo.
Siempre enfrente de lo creado, vemos
sólo en ello el reflejo de lo libre,
con nuestra sombra. Acaso un animal
mudo alza la mirada y nos traspasa.
Esto es destino: estar plantado enfrente,
y nada más, y siempre puesto enfrente.

Si hubiera un ver al modo nuestro en ese
animal que se cruza a nuestro paso,
él se nos llevaría. a rastras, rotos,
en su marcha. Pero su ser, para él
es infinito. libre y sin mirada
para su estado, puro: así sus ojos.
Y donde vemos porvenir, ve todo
y se ve en todo, a salvo para siempre.

Sin embargo; atento animal cálido
tiene el peso de alguna gran congoja.
pues él lleva también lo que a menudo
nos abruma: el recuerdo, como si eso
a que tendremos, otra vez hubiera
estado cerca, fiel, con un contacto
de suavidad sin fin. Aquí es distancia
todo, y allí fue aliento. Tras el prístino
hogar, éste es ambiguo y le entra el viento.
¡Dicha de la criatura diminuta,
que siempre sigue en el seno que la hizo!
¡Ventura del mosquito, que por dentro
aún salta, hasta en su boda: todo es seno!
Y mira el pájaro, y su calma a medias:
al nacer, casi sabe los dos mundos,
como si fuera el alma de un etrusco,
un muerto que ya ha entrado en un espacio,
pero echada en la tapa su figura.
Y qué duro, si un ser debe volar
y procede de un seno. Va asustado
de él mismo, por el aire, en zigzag, como
la grieta por la taza: así el murciélago
rasga la porcelana de la tarde.

Y nosotros, mirones, siempre, en todo,
frente a todo, sin mirar hacia fuera!
Nos desborda. Lo ordenamos. Y cae.
otra vez lo, ordenamos: y caemos.

¿Quién nos volvió al revés, para que siempre
por más que hagamos, tengamos el gesto
del que se marcha? Igual que éste, en el cerro
Ultimo que le muestra el valle entero
otra vez, se detiene, y se demora,
así vivimos, siempre en despedida.

NOVENA ELEGÍA

¿Por qué si cabe pasar así el término de la vida
como el laurel. un poco más sombrío que todo
otro verde, con pequeñas ondas en el filo
de cada bola (corno sonrisa de un viento) : por qué, pues,
violentar to humano, y, esquivando el destino,
anhelar destino?

Oh, no porque sea felicidad
ese precipitado provecho de una pérdida cercana.
No por curiosidad, o por ejercitar el corazón.
que también estaría en el laurel ....

sino porque estar aquí es mucho, y aparentemente
todo lo de acá nos necesita, lo que se desvanece,
lo que raramente nos toca. A nosotros, los que más nos
[desvanecemos.
Una vez sola, cada cosa, una vez. Una vez y no más. Y
[nosotros
también una vez. Y sin volver. Pero ese
haber sido una vez, aunque una vez sola:
haber sido terrestre, no parece revocable.

Y así nos apresuramos y queremos cumplirlo.
queremos contenerlo en nuestras simples manos.
en el mirar más henchido y en el corazón sin habla.

Queremos llegar a serlo. ¿Darlo a quién? Preferiríamos
guardarlo pare siempre... Ay, en la otra condición,
ay, ¿qué se lleva uno allí? No el mirar, ni lo aquí
lentamente aprendido: nada ocurrido aquí. Nada.
pero sí los dolores. Y también, sobre todo, la gravedad,
la larga experiencia del amor: sí
lo puramente indecible. Pero más adelante
bajo las estrellas, ¿qué puede hacer esto? Ellas saben mejor
[ser indecibles
Porque el caminante tampoco trae, de la ladera de la
[sierra
al valle, un puñado de tierra, indecible para todos, sino
una palabra ganada, pura: la genciana amarilla
y azul. Quizá estamos aquí para decir: casa,
puente, manantial, puerta, cántaro, árbol frutal, ventana,
y todo lo más: columna, torre...; pero decir.
[compréndelo,
decir así, como las mismas cosas nunca creyeron
ser tan dentro_ ¿No es una secreta astucia
de esta tierra callada, cuando empuja a los amantes,
para encantar en su sentimiento todas las cosas?
Umbral: ¿qué es para dos
amantes, que usen un poco el propio umbral más
[antiguo
de la puerta, ellos mismos después de tantos
y antes de tantos que vendrán... suavemente?

Aquí es el tiempo de lo decible, ésta es su casa.
Habla y declara. Más que nunca
caen las cosas, pasan: las visibles, pues
lo que las desplaza sustituyéndolas es un hacer sin
[forma.

Hacer bajo costras que saltan de buen grado, tan
[pronto
como la manufactura las rebosa y se conforman de otra
[manera.

Entre los martillos aguanta
nuestro corazón, como la lengua
entre los dientes, que, no obstante,
pese a ellos, sigue siendo la que alaba.

Alaba el ángel el mundo, no el indecible: ante él
no puedes presumir con lo soberanamente percibido: en
[el todo del mundo
donde él siente más hondo, tú eres un recién llegado.
Por eso
Enséñale lo sencillo, que, formado a través de las gene-
(raciones,
como cosa nuestra, vive junto a la mano y la mirada.
Dile las cosas. Quieto estará, con estupor, como tú estabas
viendo. al cordelero en Roma, o al alfarero en el Nilo.
Ensénale qué feliz puede ser una cosa, qué inocente y qué
[nuestra:
cómo hasta la pena quejosa se decide, pura, a la forma,
sirve de cosa, o muere en una cosa: y hacia allá,
dichosa escapa del violín. Y esas cosas
que viven de evasión. comprenden que las alabes, fugaces,
confían en alguna salvación en nosotros, Los más fugaces
[de todo.
Quieren, y debemos transmutarlas enteras en nuestros co-
[razones
en nosotros, infinitamente: en nosotros seamos lo que seamos
[al fin.

Tierra, ¿no es eso lo que quieres: invisible
resurgir en nosotros? ¿No es tu sueño
hacerte un día invisible? ¡invisible, tierra!
¿Qué es tu orden apremiante, sino
[transmutación?
Tierra, amada, yo quiero. Créeme, ya no hacían
[falta
tus primaveras para ganarme: una,
una sola ya es demasiado para la sangre.
Desde lejos estoy inefablemente decidido hacia ti
Siempre tuviste razón, y tu sagrada irrupción
es la muerte amistosa.

Mira, yo vivo. ¿De qué? Ni la niñez, ni el futuro
menguan... Existir innumerable
me brota en el corazón.

DÉCIMA ELEGÍA

Que alguna vez yo, a la salida de la enconada inteligencia
cante júbilo y alabanza a los ángeles concordes.
Que de los martillos claramente pulsados del corazón
ninguno falle, tocando en cuerdas blandas, dudosas o
rotas. Que mi rostro fluyente
me haga más brillante; que el llorar inaparente .
florezca. Oh qué queridas me seréis entonces, noches,
doloridas. ¡Por qué no os recibiría yo, inconsolables her-
[manas,
arrodillándome, y no me entregaría
disuelto a vuestra suelta cabellera! Nosotros, estropeadores
[de los dolores,
cómo los prevemos, en la triste duración,
a ver si acaso no terminan. Pero ellos son, sí

nuestro follaje perenne, nuestra oscura pervinca,
una de las estaciones del año secreta, - no sólo
tiempo -, son lugar, establecimiento, campamento, suelo, re-
[sidencia.

Ciertamente, ay. qué extrañas son las callejas de la ciudad del
[dolor,

donde en el falso silencio, hecho de exceso de ruido,
fuerte, de las rebabas del molde del vacío,
se pavonea el ruido sobredorado, el monumento estallante
¡Oh, cómo les pisotearía sin dejar rastro un ángel su mercado
[de consuelos,

que limita la iglesia, su iglesia que compraron hecha:
limpia y cerrada y desengañada, como una estafeta en
[domingo!

Pero fuera se escarolan siempre los bordes de la feria.
¡Columpios de la libertad! ¡Buzos e ilusionistas del afán!
¡Y tiro al blanco, con figuritas, de la suerte engalanada
donde hay pataleos desde el blanco y arrebatos de hojalata
si uno más hábil acierta! De aplauso a casualidad
sigue, vacilando: pues barracas de toda curiosidad
solicitan, tamborilean y lloran, Pero para los mayores
todavía hay que ver, en especial, cómo se aumenta el dinero
[anatómicamente,
no sólo por el placer: el órgano sexual del
[dinero,
todo el conjunto, el proceso... esto instruye y
[hace
fértil.
Oh, pero en seguida, más allá.
tras la. última tabla, pegada de carteles de “Sin
[Muerte»,
esa cerveza amarga, que a los bebedores parece dulce,
si mascan con ella siempre diversiones frescas...
a espaldas mismo de la tabla, atrás mismo, es de
[verdad.
Juegan niños y se abrasan amantes, aparte,
serios, en la mísera hierba, y los perros siguen su
[naturaleza.

Más allá aún tira esto del muchacho; quizá, que él ama
a una joven Queja... Tras ella viene a los prados.
Ella dice:
Lejos. Vivimos allá fuera...
¿Dónde? Y el muchacho
sigue. Le impresiona su actitud. El hombro, el cuello,
[- quizá
ella es de estirpe soberana. Pero él la deja, da la
[vuelta,
se ladea, hace un gesto... ¿Para qué? Ella es una queja.

Sólo los muertos jóvenes, en el primer estadio
de indiferencia sin tiempo, en el desacostumbrarse,
la siguen con amor. A las muchachas
espera y saluda con amistad. Les muestra sin ruido
lo que tiene encima. Perlas del dolor y los finos
velos de la paciencia. Con los muchachos, marcha ella
[callada.

Pero allá donde viven, en el valle, una Queja de las más
[viejas
se ocupa del muchacho, cuando él pregunta. -Éramos,
dice, una gran raza, en tiempos, nosotras las Quejas. Los
[padres
ahondaban la mina allá en la gran cordillera; entre los
[hombres
encuentras a veces un trozo tallado de dolor prístino,

o. de un antiguo volcán, cólera petrificada en escoria.
Si, esto procede de allá. En tiempos fuimos ricas...

Y le guía, ligera. por el ancho paisaje de las Quejas,
le enseña las columnas de los templos o los escombros
de esos castillos, desde donde príncipes de Quejas
[dominaron
el país, antaño, sabiamente. Le muestra los altos
árboles de lágrimas y campos de melancolía en flor
los vivos los conocen sólo como suave follaje);
le enseña los animales de la tristeza, paciendo; y a
[veces
se asusta un pájaro, y tira, volando al nivel de la
[mirada.
Hacia allá, de la imagen de escritura de su grito solitario.
Al atardecer, le lleva a las tumbas de los antiguos
de la raza de las quejas; sibilas y augures.
Pero al aproximarse la noche, marchan más quedamente, y
[pronto
hay fulgor lunar arriba, el sepulcro
que vigila sobre todo. Fraternalmente con la del Nilo,
la sublime esfinge, rostro
de la cámara en silencio.
Y admiran la cabeza de la corona, que para siempre,
callando, ha puesto el rostro de los hombres
en la balanza de las estrellas.

No lo entiende su mirada, con vértigo
en la muerte temprana. Pero la mirada de ella,
brotando tras el borde del pschent, ahuyenta al búho. Y
[éste,
deslizándose; en lento roce, a lo largo de la mejilla,
la del más maduro redondeo,
señala suave en el nuevo
oído del muerto, sobre una hoja
doble abierta, la silueta indescriptible.

Y más arriba, las estrellas. Nuevas. Las estrellas del país del
[dolor.
Despacio las nombra la Queja: "Aquí,
mira: el Jinete, la Vara, y a la constelación más llena
le llaman Guirnalda de Frutas. Luego, más allá, hacia el
[Polo:
Cuna, Camino. el Libro Ardiente, Muñeca, Ventana.
pero en el cielo del Sur, pura, como en la palma
una mano bendita, la M, clara, resplandeciente,
que quiere decir las Madres..."

Pero el muerto debe seguir, y callada, la Queja más vieja
le lleva a la garganta del valle,
donde centellea a la luz de la luna:
la Fuente del gozo. Con veneración,
la nombra ella y dice: "Entre los hombres
es un torrente arrastrador."

Están al pie de la sierra.
y allí ella le abraza, llorando.

Solo, sigue subiendo, por la montaña del dolor prístino.
Y ni una vez resuena su paso desde el Hado
[enmudecido.
Pero si evocaran los muertos infinitos en nosotros un
[símbolo,
mira, señalarían quizá las colgantes candelillas
de la avellana vacía, o
aludirían a la lluvia, que cae al empezar el año sobre el
[oscuro imperio terrestre.

Y' nosotros, que pensamos en dicha
ascendente, sentiríamos el choque
que casi nos sobresalta
si cae algo feliz.

LOS SONETOS A ORFEO

Escritos como epitafio para Wera Ouckama Knoop)

Chateau de Muzot, febrero de 1922.

PRIMERA PARTE

I

Allí se elevó un árbol. ¡Oh, puro superar!
¡Oh, canta Orfeo! !Oh, alto árbol en el oído!
Y todo calló. Pero incluso en el silencio
hubo un nuevo empezar, seña y transformación.

Brotaron animales del silencio del claro
bosque suelto y exento de guaridas y nidos;
y se vio que no estaban tan callados en sí
por astucia ni miedo, sino porque escuchaban.

Rugidos y clamores, bramidos, parecían
poco en sus corazones. Y donde había apenas
una cabaña para percibirlo, un refugio

hecho del más oscuro deseo, con las jambas
de la puerta temblando; allí les erigiste
un templo en el oído.

II

Fue casi una muchacha, que surgió
de esa dicha unitaria del cántico y la lira,
y refulgiendo clara, a través de sus velos
primaverales, se hizo un tálamo en mi oido.

Y en mí durmióse. Y todo fue su sueño.
Los árboles que siempre la admiraron, aquellas
lejanas letanías, las sentidas lontananzas
y todo pasmo que le sorprendía.

Dormía al mundo. ¡Oh, dios cantor! ¿De qué manera
las has hecho que no exigió
despertar. Amaneció y durmióse.

¿Dónde su muerte está?' ¿Inventarás aún
este tema, antes que se consuma tu canto?
Desde mi, ¿dónde se hunde...? Era una muchacha casi...

III

Un dios lo pudo. Pero, dime, ¿cómo podrá,
a través de la estrecha lira, seguirle un hombre?
Su sentido es discordia. En un cruce de sendas
del corazón,. no se alza un templo para Apolo:

El cántico, tal como lo enseñas, no es deseo,
no es solicitud de algo finito y alcanzable;
cántico es existencia. Para el dios algo, algo fácil.
Pero nosotros, ¿cuándo somos? ¿Y él, cuándo vuelve

hacia nuestro existir la tierra y las estrellas?
No se trata de que ames, muchacho, aunque la voz
irrumpa por la boca a golpes -aprende

a olvidar que cantabas. Esto era transitorio.
Cantar de veras es otro aliento. Un aliento
por nada. Es un respiro en el dios. Es un viento.

IV

¡Oh suaves! Entrad de vez en cuando
en el aliento que no os significa;
que se divida por vuestras mejillas
tras de vosotros, otra vez reunido.

¡Oh bienaventurados, oh sagrados,
como el principio de los corazones!
Arco de flechas y blanco de flechas,
vuestra sonrisa fulge más eterna entre lágrimas.

No os asustéis de padecer: los pesos
devolvedlos al peso de la tierra:
pesados son los montes y los mares.

Aun los árboles que plantasteis, niños,
se hicieron muy pesados: no los soportaríais.
pero los vientos... pero los espacios...

V

No erijáis una estela. Dejad sólo a las rosas
florecer en su honor todos los años.
Pues es Orfeo: son sus metamorfosis
en esto y en aquello. No hemos de preocuparnos

por buscar otros nombres. De una vez para siempre
es Orfeo, si canta. Viene y va.
¿No es ya mucho que a veces sobreviva
a la piel de las rosas unos días?

!Cómo ha de disiparse para que lo captéis!
Aunque también a él mismo le aterre disiparse.
Su palabra trasciende el estar aquí, y ya

está allí, donde nada le acompaña.
La verja de la lira no violenta sus manos.
Y él obedece. yendo más allá.

VI

¿Es un ser de este mundo? No: su naturaleza
procede de los dos imperios, en su anchura.
Más sabio doblaría a los sauces sus ramas
aquél que conociera las raíces de los sauces.

Al iros a la cama nos dejéis en la mesa
ni pan ni leche: atraen a los muertos.
Pero él, conjurador, está mezclando,
bajo las suavidades de los párpados,

su aparición en todo lo visto, y el hechizo
del vaho de la tierra y la ruda, es para él
tan verdadero como la percepción más clara.

Nada puede estropearle la imagen valedera:
de las tumbas a las habitaciones,
alaba anillo. prendedor y cántaro.

VIII

¡Alabar, esto es! Puesto para alabar
surgió como el metal del callar de la piedra.
Su corazón, ioh lagar transitorio

de un vino interminable para el hombre!

La voz nunca en el polvo le desmaya
cuando el divino ejemplo le ha invadido.
Todo se hace racimo, se hace viña,
madura en su sensible mediodía.

Nunca la podredumbre de las tumbas
de los reyes desmiente su alabanza,
ni el que caiga una sombra de los dioses.

El es de los perennes mensajeros,
que, más allá, en las puertas de los muertos,
alzan fuertes con frutos de alabanza.

VIII

Solamente en el ámbito de la alabanza puede
la queja entrar, la ninfa de la fuente del llanto,
volando sobre nuestro sedimento
para que quede claro en esa misma roca,

que tiene los altares y los pórticos.
Mira apuntar en torno de sus hombros callados
la sensación de que fuera la más
joven de las hermanas en el ánimo.

El júbilo lo sabe, y la nostalgia
confiesa: solamente la queja aprende aún:
con manos de doncella cuenta toda la noche

el mal antiguo. Pero de repente, inexperta
y oblicua, eleva al cielo una constelación
de nuestra voz, que no turba su aliento.

IX

Sólo quien ya elevó la lira
también entre las sombras,
puede intuir y revelar
la alabanza infinita.

Sólo quien comió con los muertos
su propia adormidera
no volverá a perder jamás
el más leve sonido.

Aunque a menudo en el estanque
se nos hunde el reflejo:
conoce tú la imagen.

Sólo en el doble reino
se volverán las voces
eternas y suaves.

X

A vosotros que nunca abandonáis mi tacto,
os saludo, sarcófagos antiguos.
que atraviesa la alegre agua de aquellos días
romanos, igual que una canción que se transforma.

O a aquellos tan abiertos, como
los ojos de un pastor que se despierta alegre,
- dentro, lleno de calma y de libar de abejas -
y fuera, el aleteo de alegres mariposas:

a todas esas bolas abiertas otra vez,
saludo, a todas cuantas se arrancan a la duda;
que sabían qué es eso de callar.

¿Lo sabemos, amigos, lo ignoramos?
La hora vacilante configura
ambas cosas en el humano rostro.

XI

Mira al cielo. ¿No hay una constelación «Jinete»?
porque está extrañamente acuñado en nosotros
este orgullo de tierra. Y aquél otro
que lo empuja y mantiene y al que él lleva.

¿No está acosada así y luego. domada
esta naturaleza nostálgica del Ser?
Senda y recodo. Pero una presión concilia.
Nuevas anchuras. Y esos dos son uno.

¿Pero .lo son? ¿0 no piensan los dos
el camino que van haciendo juntos?
Sin nombre, los separan ya el sauce y la mesa.

También la ligazón estelar miente.
Pero ahora, por un rato, alegrémonos
de creer la figura. Ya es bastante.

XII

¡Gloria al espíritu que logra unirnos,
pues en verdad vivimos en figuras!
Y con pasos pequeños, los relojes
van junto a nuestro día verdadero.

Sin conocer nuestro lugar auténtico,
actuamos por percepción real.
Sienten a las antenas las antenas
y la vacía lejanía ha dado...

¡Música de las fuerzas. tensión pura!
¿No se te aparta toda turbación
de ti por las tareas llevaderas?

Aun cuando el labrador cuida y trabaja
donde en verano crece la semilla,
nunca lo alcanza. La tierra regala.

XIII

Manzanas llenas, plátanos y peras,
grosellas... Esto todo dice vida
y muerte a nuestra boca.._ Me doy cuenta...
a una niña se le lee en la cara,

cuando los come. Viene de muy lejos.
¿pierde despacio el nombre en vuestra boca?
Donde había palabras, fluyen bienes,
liberados con pasmo de la pulpa.

¿Osáis decir lo que llamáis manzana?
Ese dulzor, que al. principio se espesa.
suave, para, erigiéndose en el gusto,

quedar despierto, claro y transparente,
simbólico, solar, terrestre y nuestro:
¡Oh, instante, tacto, gozo! ¡Oh ser inmenso!

XIV

Vamos con fruta y flor y hoja de viña.
No sólo es el del año su lenguaje.
De la sombra se eleva una potencia

de color, y quizá trae luz de celos

de los muertos que dan fuerza a la tierra.
¿Sabemos de su parte en estas cosas?
Desde hace mucho, suelen horadar
así la arcilla con su libre tuétano.

Pero he de preguntar: , ¿Lo hacen queriendo?
¿Brota el fruto, labor de duros siervos,
redondo, hacia nosotros, sus señores?

¿O son ellos, durmiendo entre raíces,
los reyes, y nos mandan de sus sobras
esta mezcla de fuerza muda y beso?

XV

Esperad... esto sabe... ya se escapa.
...Sólo un poco de música, un piafar, un zumbido:
muchachas, mudas, cálidas muchachas,
¡bailad este sabor del fruto percibido!

Bailad esta naranja. ¿Quién podría olvidarla,
cómo, ahogada en sí misma, se resiste
contra su dulzor? La habéis poseído.
La habéis vuelto, preciosa, hacia vosotras.

Bailad esta naranja. Arrojad de vosotras
el paisaje más tibio; que irradie la madura
en vientos de la patria. Revelad, inflamadas,

aromas en aromas. ¡Cread el parentesco,
con la cáscara pura y rehusada,
con la savia que lleva a la dichosa!

XVI

Amigo mío, tú estás solo porque...
Nos apropiamos poco a poco el mundo
con palabras y signos de los dedos;
quizá su parte más floja y en riesgo.

¿Quién con el dedo indicará un olor?
Pero de fuerzas que nos amenazan
sientes muchas... Conoces a los muertos,
y ante el conjuro te estremeces. Mira,

ahora se trata de soportar juntos
parte y trozo como si fuera el todo.
Ayudarte será difícil. Sobre todo

no me plantes en tu corazón. Crecería
muy veloz. Pero quiero guiar a mi Señor
la mano, y decir: Este es Esaú, en su piel.

XVII

En lo más hondo, el Viejo,
enredada raíz de todos los construidos,
oculto manantial
que ellos no vieron nunca.

Casco de guerra, cuerno
de montero, proverbio de los encanecidos,
hombres puestos en cólera
fraternal, y mujeres lo mismo que laúdes...

Rama que empuja a rama,
ni una libre jamás...
¡Una, si! Sube... oh, sube…

Pero aún se quiebran. Esa
que por fin llega arriba
se curva como lira.

XVIII

Señor, ¿oyes lo nuevo
retumbar y temblar?
Vienen anunciadores
a sublimarlo.

Ningún oído escapa
a estar lleno de estrépito,
mas la parte mecánica
quiere ser alabada.

Mira, la máquina:
cómo rueda y se irrita,
nos desplaza y afloja.

Aunque tiene su fuerza
de nosotros, empuja
y sirve sin pasión.

XIX

El mundo cambia rápido
como formas de nubes;
lo cumplido regresa
al hogar, a lo prístino.

Sobre el cambio y la marcha,
más libre y amplio, dura
aún lo originario
canto, dios de la lira.

No se entiende el sufrir.
No se aprendió el amor,
ni se desveló qué

nos separa en la muerte.
Sólo el canto en la tierra
consagra y solemniza.

XX

Pero a ti, di, Señor, ¿qué dedicarte,
si enseñas el oír a lo creado?
Mi recuerdo de un día en primavera,
de su poniente, en Rusia: de un caballo...

De la aldea bajaba el rocín solo,
atadas las pezuñas delanteras,
al prado, a pasar solo aquella noche:
¡cómo golpeaba la onda de sus crines

en el cuello, al compás de la insolencia
de su torpe galope encadenado!
¡Cómo alzaba las fuentes de su sangre!

Presintió lo lejano y ¡arre allá!,
cantó y oyó: tu ciclo de leyendas
se cerró en él. Su imagen te dedico.

XXI

La primavera ha vuelto ya. La tierra
es una niña que ha aprendido versos;
¡cuántos, oh, cuántos son...! Por la paciencia

de tan largo deber recibe un premio.

Duro fue su maestro. La blancura
nos gustaba en la barba de aquel viejo.
preguntad a la niña ahora cómo
se dice “azul” y “verde”: ¡ya lo sabe!

Tierra en recreo, tú, dichosa, juega
con los niños. Jugamos a cogerte,
tierra alegre: lo logra el más alegre.

Sí, lo que el viejo le enseñó, lo mucho,
lo impreso en las raíces y en los largos
pesados troncos: ella está cantándolo.

XXII

Somos los apremiantes.
Pero el paso del tiempo,
tomadlo como poca
cosa en lo que perdura.

Todo lo presuroso
pronto estará pasado;
pues sólo nos consagra
aquello que se queda.

No arrojéis el valor
en la velocidad,
mozos, ni por volar.

Todo está sosegado:
tiniebla y claridad,
flor y libro.

XXIII

Oh, sólo cuando el vuelo
ascienda a la quietud
del cielo, no por si,,
para sí suficiente

para, en leves perfiles,
como artefacto que
logró ser favorito
del viento, columpiándose;

cuando un puro destino
venza al pueril orgullo
de aparatos que crecen,

ganancioso, será,
cercano a lo remoto,
lo que hace volar, solo.

XXIV

¿Hemos de rechazar nuestra antigua amistad,
aquellos grandes dioses que nunca nos pedían,
porque no conocieron el acero que, recio,
creamos; o de pronto, buscarles en un mapa?

Esos fuertes amigos que nos quitan los muertos
no tocan nunca nuestras ruedas. Les hemos hecho
alejarse de nuestros festines, y de nuestros
baños; a sus enviados hacia nosotros, lentos,

les derrotamos siempre. Más solitarios hoy
entre nosotros, presos, y sin reconocernos,
no sentimos las sendas como hermosos meandros,

sino como peralte. Ya sólo en las calderas
arde el fuego de antaño, y se alzan más martillos.
pero perdemos fuerza como los nadadores.

XXV

Pero a ti quiero ahora, a ti, a quien conocí
lo mismo que una flor cuyo nombre no sé,
recordarte otra vez, y señalarte, huida,
bella amiga de juegos del grito insuperable.

Primero bailarina, que de repente el cuerpo
vacilante detuvo. como vaciada en bronces
su juventud: atento y oyendo. De las altas
potencias cayó música al corazón cambiado.

La enfermedad estaba cerca. Ya

[ensombrecida

iba, oscura, la sangre, pero sólo en

[sospecha

leve brotaba a su natural primavera.

Una vez y otra, rota, por tiniebla y caída.
terrenal relucía. Hasta que tras terrible
golpe, entró por la puerta sin esperanza, abierta.

XXVI

Tú, divino, hasta el fin sonoro, cuando viste
que le atacó el enjambre de Furias desdeñadas,
acallaste sus gritos con tu orden, tú, más bello:
sobre las destructoras se edificó tu juego.

Ninguna destrozó tu corazón o lira.
Por mucho que luchaban y rabiaban, las piedras
agudas que arrojaban hacia tu corazón
se hacían en ti suaves y dotadas de oído.

Por fin te destrozaron, calientes de la

[cólera,

mientras tu son duraba en leones y

[peñas,

en árboles y pájaros. Allí cantas aún.

¡Oh tú, perdido dios! ¡Huella infinita! Sólo
porque al fin desgarrándote el odio te partió,
hoy oímos y somos boca del Universo.

SEGUNDA PARTE

I

¡Aliento, tú, invisible verso! A cambio
de nuestro propio ser,
puro espacio de mundo. Contrapeso
en que transcurro yo rítmicamente.

Ola única, cuyo
mar paulatino soy
el más avaro, tú, de todo mar;
usura del espacio.

¡Cuántos de estos lugares del espacio
dentro de mi han estado! Hay algún viento
que es como un hijo mío. Aire, ¿me reconoces,

lleno aún de lugares que antaño fueron

[míos?

Tú, que fuiste la fúlgida corteza,

la hoja y la redondez de mi palabra.

II

Como el papel acercado con prisa
al maestro recoge de él el trazo
más auténtico, así obtiene el espejo
la sonrisa sagrada y solitaria

de las muchachas, cuando prueban solas
la mañana, o con luces serviciales.
Y en el aliento de los verdaderos
rostros. sólo, un reflejo cae luego.

¿Qué vieron ojos en la enhollinada
chimenea apagándose despacio?
Miradas de la vida, para siempre

perdidas. Tierra, ¿quién sabe las pérdidas?
Sólo el que cante y, pese a todo, alabe
el corazón, nacido para el Todo.

III

Espejos: nunca se ha descrito aún
a sabiendas qué sois en vuestra esencia.
Intervalos del tiempo que se colman
con claros agujeros de tamices.

Disipando el vacío de la sala,
cuando atardece, vastos como bosques...
Y la araña, que, con sus mil candelas,
va por vuestra intransitabilidad.

A veces estáis llenos de pinturas.
Unas parecen dentro de vosotros,
a otras las esquiváis tímidamente.

Pero la más hermosa ha de quedarse
- hasta que en sus mejillas contenidas
entre disuelto el fúlgido narciso-.

IV

Este es el animal que no ha existido.
No lo sabían, pero lo han amado
siempre -su paso, su gesto, su cuello,
y hasta la luz de su mirada en calma-

No existió, ciertamente. Pero porque
lo amaban, puro, se hizo, este animal:
le dejaron espacio claro, ahorrado,
en que alzó su cabeza, sin hacerle

falta existir, sin nutrirle de grano
sino de ser posible que existiera.
Y esto dio tanta fuerza al animal

que le brotó, en la frente un cuerno, solo.
Blanco, fue a una doncella, y existió
en su espejo de plata como en ella.

V

Músculo de la flor, el que a la anémona,
de mañana en el prado, abre despacio
hasta que en su regazo se derrama
la polífona luz del puro cielo;

en la callada estrella - flor tan tenso,
músculo de la concepción sin fin,
a veces tan cubierto de abundancia
que ni el ocaso, llamando al reposo

puede volverte a veces a cerrar
los labios demasiado distendidos:
¡tú, fuerza y decisión de cuántos mundos!

Nosotros, los violentos, perduramos.
Pero ¿cuándo, en cuál vida, de entre todas,
al fin nos abriremos, concibiendo?

VI

Rosa, la entronizada, que para los antiguos
fuiste tan sólo un cáliz con un borde sencillo,
pero para nosotros eres la innumerable
flor plena, inagotable objeto: en tu riqueza

un ropaje sobre ropaje, encima
de un cuerpo hecho de nada sino de resplandor:
pero a la vez cada uno de sus pétalos es
negación Y esquivez a toda vestidura.

Hace ya muchos siglos que nos llama tu aroma
llegando por encima de sus más dulces nombres:
de pronto, está cerniéndose como gloria en el aire.

Pero no lo sabemos nombrar: lo adivinamos...
A él marchan los recuerdos que estábamos brindando,
desde horas que podían escuchar la llamada.

VII

Flores, en fin parientes de las manos. que os juntan.
[manos de las muchachas de antaño y de este tiempo)
que a menudo en la mesa del .jardín reposábais
de lado a lado, mustias, suavemente dañadas,

en espera del agua, que otra vez os anime
a la muerte empezada... y ahora, nuevamente
elevadas en medio de los polos cargadas
de sensitivos dedos, que aliviaros supieron,

cuando otra vez estábais en el búcaro juntas,
más de cuanto pensábais: ligeras, refrescadas
lentamente exhalando tibieza de muchacha

como al confesar turbios pecados fatigosos,
que cometió el cortarlas, como lazo, de nuevo
con los que se ligaron, floreciendo, a vosotras.

VIII

Vosotros pocos, viejos compañeros de juegos
de la infancia en dispersos parques de la ciudad;
cómo nos encontrábamos y en duda nos queríamos
e igual que el Agnus Dei con su palabra escrita

como en silencio hablábamos. Si teníamos gozo
no le pertenecía a nadie. ¿De quién era?
y cómo se rompía entre toda la gente
que pasaba, y el miedo al año inacabable.

Alrededor pasaban de largo extraños coches,
casas nos circundaban, fuertes, pero no ciertas,
sin conocernos nunca. ¿Qué era auténtico en todo?

Tan sólo la pelota y su arco soberano...

Ni siquiera los niños... Pero uno entraba a veces,
ay, perdiéndose, bajo la pelota al caer.

In memoriam Egon von Rilke

IX

No os gloriéis, al juzgar, de que ya no hay tortura
y de que el hierro ya no estrangula los cuellos.
Ni un corazón, ni nada sube porque un espasmo
de suavidad, buscado, os desgarre más suave.

Lo que pasaba en tiempos, vuelve a sacar de nuevo
el cadalso, así el niño el juguete del viejo
cumpleaños pasado. De otro modo entraría
en lo puro, en lo alto, en corazón abierto

de par en par el dios de suavidad auténtica.
Vendría poderoso, dominando radiante,
cómo dios, más que un viento para naves seguras.

No menos que la queda revelación secreta
que nos gana por dentro callada, como un niño
que juega en paz, nacido de infinito aparearse.

X

A iodo lo logrado amenaza la máquina,
osando en el espíritu estar, no en la obediencia.

Para que ya no luzca el hermoso
[temblor
de la mano, ella pule la piedra más resuelta.

Nunca se queda atrás para que le
[escapemos
y en la fábrica quieta aceitosa, es su dueña
Es la vida – la cree dominar como nadie -
con igual decisión ordena. crea y rompe.

Pero la vida aún tiene hechizo: en cien lugares
hay todavía origen. Hay un juego de fuerzas
puras que nadie toca si no se admira y
[postra.

Aún las palabras brotan, suaves, de lo indecible...
siempre nueva, la música, con las piedras más trémulas,
alza en espacio inútil su divina mansión.

XI

Hay reglas de la muerte ordenadas en paz
desde que en el acoso te obstinas, dominante
hombre: más que una red o trampa, eres el
[trapo
que se cuelga delante de las cuevas del Karst.

Te hacen entrar en calma como un signo de paz:
pero el ojeador te sacude, y la
[noche
arroja hacia la luz un puñado de
[pálidas
palomas vacilantes... Pero esto es también justo.

Lejos del que contempla todo aliento de
[pena,
no ya del cazador que, lo que se aparece
a su tiempo, realiza, activo y vigilante.

Matar es una forma de nuestro duelo errante.

pero está en el espíritu sereno
lo que ocurre en nosotros.

XII

Desea el cambio; exáltate para la llama en que algo
se te escapa, que luce en
[transustanciaciones;
ese ánimo que esboza, dueño de lo terrestre,
prefiere la inflexión en la figura en
[vuelo.

Lo que en quedar se encierra es ya lo vuelto rígido;
¿se siente bien seguro bajo el gris
[invisible?

Espera, algo muy duro anuncia desde lejos
lo duro: Ay. se suspende el ausente martillo.

Quien mana como fuente; el reconocimiento
le conoce y le guía por la creación serena,
que tanto se termina con principio, y comienza

con fin. Feliz espacio viene de la ruptura
que cruza con asombro. Y la Dafne
[cambiada,
quiere, laurel sensible, que te cambies en
[viento.

XIII

A toda despedida anticípate, como
dejándole atrás, tal el invierno que parte.
Pues entre los inviernos hay uno tan sin fin
que si tu corazón lo pasa, vence en todo.

Quédate siempre muerto en Eurídice, vuelve
cantando y alabando a la percepción pura.

Aquí entre los borrachos, en el reino en pendiente,
sé un vidrio resonante, roto ya en el sonido.

Se - y a la vez conoce la condición de no
Ser - la base infinita de este oscilar interno,
para que la realices por esta única vez.

A la reserva usada, como a la sorda y
[muda,
de la Naturaleza, a la suma indecible
súmate jubiloso y aniquila la cifra.

XIV

Mira las flores, que son siempre fieles a lo terrestre:
a las que prestamos un destino al margen del destino.
mas ¡quién sabe! si de marchitarse se arrepienten,
¿no nos toca a nosotros ser su remordimiento.

Todo quiere flotar. Vamos como gravosos,
nos ponemos en todo, encantados del peso;
oh qué insaciables maestros somos para las cosas,
porque a ellas les da dicha una infancia perenne.

Quien las tomara dentro de su sueño interior,
durmiendo con las cosas, qué ligero saldría,
distinto, al otro día, de la hondura común.

o tal vez se quedara; y en flor le alabarían
a ese converso, ahora semejante a las suyas.
a las mudas hermanas en los prados con viento.

XV

Boca de fuente, tú, dadora, boca
que habla lo inagotable, puro y uno:
tú, sobre el rostro efímero del agua
marmóreo antifaz. Y en lo profundo

la llegada del acueducto. En medio
de tumbas, desde el pie del Apenino
te trae tu leyenda que, por fin,
de la oscura vejez de tu mentón

a la pila se precipita. Y ésa
es la oreja tendida mientras duerme,
el oído de mármol donde tú hablas.

La oreja de la tierra, que consigo
habla, sólo. Y si un cántaro entra en medio,
le parece que la han interrumpido.

XVI

Siempre vuelto a arrancarse de nosotros,
Dios es el sitio que da la salud.
Somos duros porque saber queremos:
pero él es sereno y repartido.

Hasta la pura ofrenda consagrada
en su mundo, la acepta solamente
en cuanto que se opone sin moverse
al fin libre.

Tan sólo el muerto bebe
de la fuente que aquí oímos nosotros,
si Dios, callado, al muerto hace una seña.

Aquí se nos ofrece sólo estrépito.
Y el cordero reclama ya su esquila
por el más mudo instinto.

XVII

¿En qué huertos regados siempre

[dichosamente,

en qué árboles, en qué cálices

[deshojados

con suavidad maduran los frutos del

[consuelo.

extraños y preciosos? Hallaste uno quizá

en los hollados prados de tu pobreza. A veces
te asombras del tamaño de la fruta, de su
sazón, la suavidad de la piel; que está a salvo
de los pájaros frívolos, y, abajo; del

[gusano

ávido. Pues ¿hay árboles, sobrevolados de

[ángeles

y que cultivan lentos hortelanos secretos
de modo que nos den su fruto sin ser nuestros?

Nosotros ¿no pudimos jamás, sombras y

[esquemas

madurados con prisa y de nuevo

[marchitos,

estropear la calma de ese verano plácido?

XVIII

Bailarina: oh tú. transposición de todo
transcurrir en impulso: cómo lo ofreces tú.
Y el remolino, al fin, árbol de movimiento
¿no tomó posesión de todo el año ahorrado?

¿No floreció su cima para que le rodeara
de paz, como un enjambre, tu impulso? Y por
[encima

del árbol ¿no fue sol, no fue estío, calor,
el calor incontable que surge de ti? Pero

dio también fruto, dio fruto tu árbol del éxtasis.
¿No son sus sosegados frutos, acaso, el cántaro
madurando en sus franjas, y el vaso más maduro?
Y en las figuras: ¿no ha quedado ese
[dibujo

que ha escrito el trazo oscuro de tus cejas
veloz, sobre la cerca de tu propio girar?

XIX

Vive el oro no sé dónde, en el grato banco,
y actúa con millares con confianza. Pero ese
ciego, el mendigo es para el céntimo de
[cobre,

rincón perdido bajo el armario, con polvo.

El dinero en negocios está como en su casa
y disfraza su aspecto de seda, piel claveles.
El que calla se queda en pausas del respiro
del dinero que alienta despierto, o bien dormido.

Por la noche se cierra la mano siempre
[abierta:

el destino, mañana, lo tomará otra vez,
y así a diario, claro, doliente, sin fin frágil.

Pero es para que al fin un vidente
[comprenda

su larga duración y la alabe: decible
sólo para el cantor: y audible al ser divino.

XX

Qué lejos entre estrellas, pero cuanto más lejos
lo que puede aprenderse de lo de nuestro mundo.
Un niño, por ejemplo..., y un prójimo, otro más,
oh qué indeciblemente separados.

El destino quizá nos lo mide con palmos
de ser para que nos parezca extraño; piensa
cuántos palmos hay sólo de la muchacha al hombre,
cuando la esquiva y cuando piensa en él. Todo está

lejos - y no se cierra el círculo jamás -.
Mira en la fuente en mesa preparada con gozo.
el rostro de los peces, tan extraño. Los peces

son. mudos... se pensaba en un tiempo. ¿Quién sabe?
Pues ¿no hay un sitio al fin, donde lo que sería
el lenguaje de peces, se hablarla sin ellos?

XXI

Canta tú los jardines, corazón, que no has visto:
como en cristal vertidos, claros, inalcanzables.
Canta el agua y las rosas de Ispahán o de Chíraz,
alábalas, dichosas, a nada comparables.

Muestra que nunca de ellas, corazón, prescindiste:
que ellas piensan en ti, sus dedos madurando:
que tú, con ellas, ante las ramas florecidas,
te intercambias, como aires elevados al rostro.

Evita tú el error de creer que se pueda
prescindir de algo para la decisión tornada
de ser: Hilo de seda, entraste en el tejido.

Sin que importe la imagen a que te atienes dentro
[aunque sea un momento de la vida de pena)
siente: todo el tapiz glorioso está pensado.

XXII

A pesar del destino, los soberbios reboses
de nuestro ser se vierten en espuma en los parques;
o como hombres de piedra al lado de las claves
de altos pórticos, bajo balcones empinados.

¡Oh campana de bronce, que eleva su badajo
todos los días contra lo torpe cotidiano!
O en Karnak, la columna única, la columna,
que sobrevive a templos casi eternos. Ahora

que los mismos reboses se precipitan sólo
como prisa, del día amarillo y tendido,
a la noche cargada de cegadora luz.

Pero el vértigo pasa sin dejar rastro. Curvas
del vuelo, por el aire, y los que las trazaron
quizá no son en vano. Pero en cuanto pensados.

XXIII

Llámame para aquella de tus horas
que sin cesar se te resiste: cerca
y quejosa, como el rostro del perro,
pero siempre otra vez echada a un lado,

cuando crees por fin que ya la coges.
Lo escapado es así más tuyo. Somos
libres. Nos han abandonado allí
donde creímos ser bien recibidos.

Con temor, un apoyo requeríamos,
jóvenes en exceso, algunas veces,
para lo antiguo, y demasiado viejos

para lo que jamás fue, Sólo justos
donde alabamos,, pues somos la rama
y el hierro y el dulzor del peligro maduro.

XXIV

¡Oh el gozo renovado del esponjado limo!
Casi nadie ha ayudado a los osados prístinos.
Pero se levantaron ciudades en felices
golfos; agua y aceite llenaron las tinajas.

Los dioses, los planeamos en proyectos osados,
que el destino gruñón vuelve a destrozar siempre.
Pero son inmortales. Mirad, hemos de oír
al que al fin nos atiende a nosotros. Nosotros,

una raza, cruzando milenios: padres, padres.
llenos siempre del hijo venidero, que luego
algún día, elevándose, nos ha de sacudir.

¡Cuánto tiempo tenemos, sin fin aventurados!

y sólo la callada muerte sabe lo qué somos
y cuánto gana cada vez que nos presta.

XXV

Ya escuchas la labor de los primeros
rastrillos: otra vez el ritmo humano
en la paz contenida de la fuerte
tierra de la incipiente primavera.

Sin probar te parece lo futuro
lo que ya vino mucho. te parece
volver igual que nuevo; lo aguardado
siempre, que no obtuviste, te ha tomado.

Las hojas de la encina, que pasaron
el invierno, son en la tarde un ocre
venidero, y los vientos se hacen señas.

Negras las matas son: más denso el negro
de los estercoleros en el prado.
Cada hora al pasar se hace más joven.

XXVI

¡Cómo nos estremecen los clamores
del pájaro: cualquier grito creado!
Pero los niños ya, jugando a campo abierto
pasan de largo con sus gritos junto

a los clamores reales. Clamores del azar.
En el espacio entre éstos, del espacio del mundo
[en que entra el clamor sacro del pájaro, como hombres
en sueños) meten sus cuñas de griterío.

Ay. dolor ¿dónde estamos? Más libres cada vez
como cometas sueltas, a media altura vamos,
con flecos de sonrisa,
desgarrados del viento-. Ordena a los que gritan,
oh dios cantor, que despierten con ruidos
llevando en su corriente la cabeza y la lira.

XXVII

¿Existe de verdad el tiempo, el destructor?
¿Cuándo, en el monte en Paz, se ha de hundir el castillo?
¿y cuándo el Demiurgo domina al corazón
que sin fin pertenece a los dioses? ¿De veras

somos tan temerosamente frágiles como
el destinó nos quiere hacer verificar?
La niñez, tan profunda y tan prometedora
¿después, en las raíces, se quedará callada?

Ay, el fantasma de lo transitorio
atraviesa como si fuera un humo
por lo que lo recibe ingenuamente.

Como quien somos, como los que pasan,
valemos sin embargo entre las fuerzas
duraderas como un uso divino.

XXVIII

Oh ven y vuelve tú, casi niña, completa
este paso de danza, en un instante, haciéndolo
para constelación de una danza en la cual
a la Naturaleza ordenadora, oscura,

superamos. Pues sólo se movía del todo
al oír que cantaba Orfeo. Todavía
tú fuiste la movida, levemente extrañada
cuando un árbol pensó largamente seguir

detrás de ti al oído. Todavía sabías
el sitio en que la lira se eleva resonando;
ese centro inaudito.

Para él ensayaste tus pasos más hermosos
y esperaste, algún día, en la fiesta sagrada
orientar el camino y el rostro del amigo.

XXIX

Siente, amigo callado de lejanías múltiples,
cómo tu aliento aún multiplica el espacio.
En la armazón del campanario oscuro
déjate resonar. Lo que en ti roe

se hará fuerte con esos alimentos.
Sal y entra en la transustanciación.
¿Qué fue lo más doliente de tu vida?
¿Te es amargo el beber? Vuélvete vino.

En tal noche de exceso sé conjuro
en el cruce de todos tus sentidos,
la razón de su extraña convergencia.

Y si tal vez te olvida lo terrestre
dile a la tierra silenciosa: fluyo;
y dile al agua rápida: Yo soy.

DE LAS POESÍAS DISPERSAS O INÉDITAS

DE 1906 A 1926

PRIMERA PARTE

De las Poesías Concluidas

IMPROVISACIONES DEL INVIERNO EN CAPRI

I

Diariamente te yergues ante el corazón, pina,
cordillera, pedrera,
desierto, sin camino: Dios, en el que yo solo
trepo y me caigo y yerro... a diario en lo que ayer
recorrí, nuevamente
hacia dentro girando.
A veces, sabedor, el viento me sorprende
en el cruce, me arroja donde empieza un sendero,
o me bebe un camino en el silencio.
Pero tu voluntad indominada
reúne los senderos como alumbre,
hasta que como viejas rendijas deshiladas,
se pierden en lo oscuro del abismo...

Déjame, déjame, con los ojos cerrados,
como tragados, déjame,
de espalda a los colosos
aguardar en tu borde a que este vértigo
con que yo me disuelvo
devuelva a su lugar
mis sentidos raptados.
¿Se mueve, entonces, todo en mi? ¿No hay nada firme,
que radicara sobre los derechos

de su peso? Lo más terrible y mejor mío ...
y el torbellino lo lleva consigo
como nada, a la hondura...

Rostro mío, mi rostro:
de quién eres tú. ¿Para
qué cosas eres rostro?
¿Cómo puedes ser rostro para un interior tal,
en que constantemente
con el fundirse se hace algo, apelotonado?
¿Tiene la selva un rostro?
¿No está ahí sin un rostro
el basalto del monte?
¿No se levanta el mar
sin rostro
desde el fondo?
¿No se refleja el cielo en él sin frente,
sin boca, sin barbilla?

Los animales ¿no vienen a veces
a uno como a pedir: Toma mi rostro?
Para. ellos su rostro les pesa demasiado,
y con él llevan demasiado dentro
de la vida su escasa
alma. Pero ¿nosotros?
Animales del alma, descompuestos
de cuanto hay en nosotros, todavía
no prestos para nada, nosotros, a las almas
que pacen ¿no imploramos
al que sabe informar,
de noche le pedimos el no rostro,
que corresponde a nuestra oscuridad?

Mi sombra, sombra mía, aquí estoy yo contigo,
y allá fuera, de largo para todo;
quise que me creciera, igual que a un animal,
una voz, un clamor
único para todo. Pues qué me quiere el número
de palabras que vienen y se escapan,
cuando un canto de pájaro mil veces
gritado y repetido,
abre tanto un mezquino corazón;
unido al corazón del aire, y al del bosque
y tan claro y audible para Él...
el que siempre de nuevo, en cuanto que amanece
se eleva: la pedrera más abrupta.
Y alza mi corazón en torre en mi cerebro
y mi anhelo por ello y mi estar solitario:
qué pequeño se queda siendo eso,
porque Él lo sobrepuja.

II

Como si recobrara otra vez entre ciento
mi corazón cargado, hallándolo viviente,
y otra vez lo tomara entre mis manos,
mi corazón, entre ciento encontrado:
y lo elevara fuera de mí, en eso
qué está fuera en la gris lluvia de la mañana,
hacia el día, que por largos caminos
vuelve en sí y se transforma sin cesar,
o en las tardes, enfrente de la noche
que se acerca, la clara caridad...

Y lo alzaría, como puedo, dentro
del viento y de la calma: si yo no puedo ya
¿lo recibes entonces?

¡Oh recíbelo, plántalo!
No, arrójalo en las peñas, en granito,
donde caiga; tan pronto se te escape,
ya brotará. echará raíces como garras
en la sierra más dura
de todas, que se está escapando al año.
Y si no echa raíces, si no es bastante joven,
poco a poco de lo alto aprenderá
el modo y el color de la pedrera,
y allá, entre sus esquirlas extendida,
con ella crecerá, curtida a la intemperie,
con ella se erguirá dentro de la tormenta.

Y si quieres dejarlo
en el fondo del sordo mar, entre caracolas,
quién sabe que si de su boca de tubo
se extiende un animal, que con sus radios
quiere agarrarte, haciéndote
entrar dentro para dormir contigo.

...déjale solamente
en algún sitio hallar un lugar y no estar
en el espacio así, al que pueden apenas
tus estrellas bastar. Mira, cae en el espacio.

Pues, como el corazón del animal, no debes
conservarlo en tu mano, noche y día;
¡si se quedara sólo un rato dentro!
En el más indigente cobertizo pudiste
perder los corazones de tus santos;
florecieron allí y te dieron cosecha.

Tú, más incomprensible, libre disipador,
pasas de largo como al galope, a mi lado.
¡Ciervo claro! ¡Tú, antigua araña de cien brazos!
y vuelves a arrojar siempre una cornamenta
de tu cabeza y huyes más ligero
entre tus cazadores (¡cómo te lleva todo!)
pero ellos solamente ven, oh tú inalcanzado,
[que se cierra detrás de ti, en pliegues, el mundo).

III

Tantas cosas yacían abiertas, desgarradas,
por manos raudas, que detrás de ti, en la busca
se retardaron: quería saber.

Y a veces hay en un antiguo libro
marcada alguna sombra incomprensible.
Allí estuviste un día. ¿A dónde has escapado?

Si alguien te sujetó, le has destrozado;
su corazón estaba abierto; y tú no estabas
dentro: si alguna vez te ha hablado alguien con voz
fue sin aliento: ¿dónde te vas tú?

También me ocurrió a mí. Pero no te pregunto.
Yo sólo sirvo y nada te pongo alrededor.
Aguardando, mantengo, de mi rostro
la mirada obediente en el viento del día
sin quejarme a las noches...
(cuando saber las veo)

UN VIENTO DE PRIMAVERA

Con este viento viene destino, oh, déjale
venir, todo lo ciego y apremiante
de que hemos de inflamarnos: todo eso.

[No te muevas, estate quieto, que nos encuentre.)
Oh, que nuestro destino viene con este viento.

Trae este nuevo viento, de algún sitio,
vacilante del peso de innominadas cosas,
por sobre el mar, lo que somos nosotros .

Ah, Pero si lo fuéramos. Cuán en casa estaríamos.
[Los cielos en nosotros se levantan y bajan.)
Pero con este viento siempre vuelve a subir
gigantesco, el destino, encima de nosotros,

IMPROVISACIONES DEL. INVIERNO EN CAPRI

IV
(Para la condesita M. de S.)

Ahora, cierra tus ojos: porque todo
esto lo deberíamos guardar
en nuestra oscuridad, en nuestra gloria,
[como alguien a quien le es debido). En los deseos,
en los proyectos, en lo no cumplido,

que alguna vez hacemos,
allí en nosotros, no sé dónde, en lo profundo
hay también esto ahora:
es igual que una carta que cerramos.

Los ojos, déjalos cerrados. Allí no hay
nada, no hay nada ahora, sino noche;
la noche de la alcoba en torno a una pequeña
luz (la conoces bien).
pero en ti todo está, y en vela,
y tu suave y cerrado rostro arrastra
como una inundación...

y te arrastra. Y en ti lo arrastra todo,
y estás igual que un pétalo de rosa
puesta en tu alma, que crece.
¿por qué es tanto para nosotros: ver?
¿Erguirnos en el borde de una peña?
¿En quién pensamos, cuando
[saludábamos
a lo que está delante de nosotros? Sí ¿qué era?

Cierra los ojos más dentro: y de nuevo,
reconócelo, lento: mar y mar.
pesado de sí mismo. azul de si
y vacío en el borde, con un fondo de verde.
[¿De qué verde? Jamás se encuentra en otro sitio...)
De pronto, sin aliento, acosando en lo alto
las peñas, de tan hondo, que en abrupto
trepar no saben ya cómo termina
su ascenso. De repente se abre y rompe
a los cielos, allí donde está espeso
de demasiado cielo. Y mira, encima
vuelve a haber cielo, entrando hasta muy lejos
en ese exagerar: ¿dónde no está?
¿No le irradian los dos acantilados?
Su luz ¿no pinta el blanco más remoto, la nieve,
que parece moverse y se lleva consigo
la mirada a lo lejos? Y no cesa
de ser cielo antes que lo respiremos.

Cierra, cierra muy fuerte
los ojos. ¿Era ésto?
Tú lo sabes apenas. No puedes separarlo
de tu interior jamás.

Difícilmente deja reconocerse el cielo
en el interior. Marcha
el corazón y marcha sin mirar.

y, sin embargo, sabes que podemos así
cerrarnos al ocaso como anémonas,
encerrando el acontecer de un día.
y abrirnos otra vez mañana, algo mayores.
Y no nos está sólo consentido el hacerlo:
eso es lo que debemos: aprender a cerrarnos
sobre lo inacabable.

[¿Has visto hoy al pastor? El no se cierra,
¿Cómo habría de hacerlo? A él le penetra
fluyendo el día, y vuelve a salir de él fluyendo
como desde una máscara tras de la cual hay negro...)

Pero nos deberíamos cerrar, sólidamente
encerrarnos, y en las oscuras cosas
que en nosotros están hace mucho, poner
un resto todavía de lo otro inaferrable,
como uno a quien le toca.

SANTA MARIA A CETRELLA

l.a iglesia está cerrada, y para mi es igual
que si nada ocurriera ya para ti. ¿Estás dentro?
El que te amaba, tu ermitaño,
el tiempo se marchó con él,
querida María a Cetrella.

El ya no estaba ahí, y te encerraron dentro
de tu casa, con el negror sin luz;
y así estoy como tú tan solo, solo,
y te llamo a que salgas, quedamente,
querida María a Cetrella.

¿Sabes aún entonces, del árbol del laurel
que te cuidó en el huerto?
Supe ahí, ondeando cada borde
de hoja como movido por el viento,
querida María a Cetrella.

mira: como movido del primaveral viento
que lo lleva consigo (tú lo recuerdas cómo...)
y presientes qué cálidas son las plantas del huerto:
dan su aroma como si te ayudaran,
querida María a Cetrella.

SEXTA Y BENDICIÓN

¿Es sólo que de pronto más sonora, ha cruzado
la sangre la atención de los oídos?
¿O es que entraron las monjas
tras la reja del coro?

Aún no han empezado.
Quizá no están aún:
las que nadie vio nunca
igual que las Madonnas sobre los tres altares.

Entonces huye, lejos.
a lo impreciso. un son:
como si fuera el último.

Y de nuevo otra vez, como si se engañaran,
y no lo oyera nadie
viene el silencio y vienen los rumores
de entrar y arrodillarse;

suena la puerta luego en el umbral
detrás de una que ha entrado o que ha salido,
y tiembla algo de luz
de las lámparas, corno una señal...

Pero cantan, están cantando ya:
cantan como desde hace muchas horas,
ligadas con las pobres
bocas cansadas al cántico largo
y aguzándose de una nota en otra;

cantan como desde hace muchos años,
años que no tenían conclusión;
están cantando como con el pelo,
cantan como con todo lo escondido.
Sus voces tienen leves
rostros medio borrados
que se alzarán al Juicio
Final, féretro a féretro.

De pronto, se levanta
una entre todas hacia lo alto, sola:
leve, pequeña, pálida,
hacia el milagro, el bien...
y sostiene, , coma una caracola
a Dios en el oído.

EQUINOCCIO DE PRIMAVERA
[Capri 1907)

Pasa una red de punto rápido, hecho de sombras,
sobre sendas de parque hechas de luna,
como si se moviera dentro algo capturado,
que alguien más lejos reuniera en grande.

Aroma prisionero, que queda resistiéndose.
pero de pronto es como si una onda rompiera
en dos la red en un claro lugar,
y todo fluye allí, y pugna y se escapa...

Aún se mueve en las hojas el viejo conocido,
el viento ancho, nocturno, en los árboles duros;
pero allá arriba están, fuertes y diamantinas.
en hondos y solemnes intervalos, las grandes
estrellas de una noche en primavera.

EL ORFEBRE

¡Despacio! ¡Aguarda! Aviso a cada anillo,
a cada eslabón le doy esperanzas:
más tarde, fuera, viene de lo que ocurre.
¡Cosas. digo Yo, cosas, cosas, cosas!
cuando forjo: delante del que forja
nada tiene que ser aún cosa alguna
ni cargar sobre si ningún destino.
Aquí todo es igual, de la gracia de Dios:
yo, el oro, fuego y piedra.

¡Calma, calma, rubí, no llames de ese modo!
Esta perla padece, y se desbordan
profundidades en la aguamarina.
El trato con vosotros, reposados,
es un espanto: ¡todos despertáis!
¿Quieren vuestros azules lanzar rayos? ¿Queréis
sangrar? Este montón centellea inaudito.

y el oro, ya parece entenderse conmigo;
en la llama la he atado,

pero debo excitarlo en torno de la piedra.
Y de pronto, para agarrar la piedra,
la cosa de rapiña, con odio de metal,
me clava en mi las garras.

PUESTA DE SOL

[Capri)

Como unas deslumbrantes miradas, como un cálido
ruedo, lleno del día, la tierra te ceñía
hasta que al fin radiante, como la áurea Atenea
en las estribaciones del crepúsculo estuvo,
dispersa por el gran mar dilapidador.
Allí hubo espacio en los espacios que despacio
se vaciaban: encima de ti, y sobre las casas,
los árboles, los montes, un vacío se abría.

Y tu vida, de que se quitaron los pesos
leves. se elevó en tanto había espacio, sobre
todo eso hacia arriba, llenando los vacíos
del mundo, que se enfriaban. Hasta que en su subida
en lejanía casi impalpable chocó
suave, en la noche. Y tuvo unas estrellas,
realidad inmediata, enfrente, defendiéndose.

EL AROMA

Tú, incomprensible ¿quién eres? Espíritu,
¡cómo sabes dónde encontrarme y cuándo,
como un cegar, haciendo el interior
tan íntimo, que se cierra y da vuelta!
El amante, que arrastra a una consigo
no la tiene cercana: tú si eres cercanía.
A quién no has empapado, como si de repente
fueras el color de sus ojos.

Ay, el que en un espejo viera música
te vería y sabría cómo te llamas tú.

Una muchacha: igual es que una estrella:
la tierra entera se hace oscura enfrente
y le está abierta como hacia una lluvia .
y nunca bebió alguna más dichosa.

Una muchacha: igual es que un tesoro,
enterrado junto a un anciano tilo:
habrá anillos en él y joyas de oro,
mas para hallarlo nadie está elegido:
sólo hay una leyenda, y dice el sitio.

Una muchacha: nunca somos eso.
Tan escasa confianza tiene el Ser con nosotros.
Parecemos lo mismo casi, al principio, niños,

y luego, algunas veces, somos casi mujeres
por un instante, pero cómo huye y va lejos
de nosotros lo que son y ven las muchachas.

Haber sido muchachas: ¡que esto exista!
Como si una dijera: yo fui esto una vez,
y un collar de turquesas te mostrara,
en terciopelo ajado; y aún se ve
cómo se llevó, y se perdió y se amó.

CAMINAR NOCTURNO

A nada es comparable. Pues ¿qué no está consigo

completamente solo, y qué expresar jamás?;
no lo nombramos: sólo podemos percibirlo
y entendemos, de modo que allí un brillo
y una mirada aquí quizá nos roza
como sí en eso se viviera aquello
que es nuestra vida. Aquél que se resiste
no obtiene mundo. Y al que demasiado
capta, lo eterno le pasa de largo.
Tal vez estamos en las grandes noches
como ya sin peligro, repartidos en leves
partes iguales a las estrellas. Cómo empujan.

LOS AMANTES

Mira cómo han crecido el uno para el otro:
en sus venas se vuelve todo espíritu.
Como ejes se estremecen sus figuras,
con giro en torno, cálido y que arrastra.
Sedientos, y reciben de beber,
en vela, y mira: reciben de ver.
Déjales sumergirse el uno en otro,
para sobrepujarse mutuamente.

ORACIÓN POR LOS LOCOS Y LOS PRESOS

Por vosotros, de quienes
el Ser ha retirado
sin ruido su gran rostro,
uno que Es Quizá dice

afuera, en libertad,
de noche un lento rezo:
Que os pase el tiempo, porque
vosotros tenéis tiempo.

Cuando ahora os recuerda.
por el pelo Os agarra .
suave: se ha dispersado
todo, todo lo que era.

Oh, que quedéis tranquilos,
si el corazón se os seca:
que no sepan las madres
jamás que hay estas cosas.

Allá sube la luna,
donde se abren las ramas:
coma si la habitarais
vosotros. queda sola.

NOCHE DE VERANO EN CIUDAD

Abajo se hace más gris todo ocaso
y es noche ya lo que allí, como trapo
más tibio, pende en torno a los faroles.
Pero más alta, de pronto imprecisa,

la vacía pared en fuego, leve,
de una espalda de casa es adentrada
bajo un techo de noche
que tiene luna llena y sólo noche.

y luego arriba una amplitud resbala
más lejos, que está a salvo y preservada,
y en aquel lado entero, las ventanas
se vuelven blancas y deshabitadas.

NOCHE DE LUNA

Allá en los jardines, hondo, como un largo sorbo,
quedo, en blando ramaje, un ímpetu que se escapa.
Oh, y la luna, la lunar casi florecen los bancales
de su aproximación temblorosa.

En silencio, cómo empuja. ¿Estás. ahora arriba en vela?
Estrellada y sensible tienes la ventana enfrente.
Manos del viento trasladan
a tu rostro cercano la noche más apartada.

Se desengarzan perlas. ¡Ay! ¿Alguien rompió el hilo?
pero de qué sirve que las vuelva a engarzar: me faltas,
broche fuerte que las sujetaba, amada.

¿No hubo tiempo? Como la mañana antes del amanecer,
te aguardé, pálido de la noche atravesada;
como un teatro lleno, formo un gran rostro,
para que de tu alta entrada central
no se me escape nada. Oh cómo espera un golfo en lo abierto
y desde el faro tenso
lanza espacios brillantes; como un cauce de río del desierto,
para que desde la pura montaña to inunde, aún celeste, la
[lluvia,
como el prisionero, erguido, anhela la respuesta
de la única estrella entrando en su ventana inocente:
como uno deja las tibias
muletas, para que las cuelguen el altar,
y se tiende, y sin milagro no puede alzarse:
mira, así me vuelvo yo, si no vienes, hacia el fin.

Solo a ti te anhelo. ¿No debe la grieta salir en el
[empedrado
cuando, mísera, presiente el ímpetu de la hierba: no debe
querer la primavera entera? Mira, la primavera de la tierra.
¿No necesita la luna, para hallar su imagen en el estanque de
[la granja
la gran aparición de extrañas constelaciones? ¿Cómo puede
ocurrir lo más pequeño, si la plenitud del futuro
no se mueve a nuestro encuentro, como tiempo completo?

¿No estás por fin en él, indecible? Un poco más
Y ya no te sostengo. Yo envejezco o hacia allá
voy, empujado por niños...

LA TRILOGÍA ESPAÑOLA

De esta nube. Señor - la nube que a la estrella
de hace un momento fieramente ocultó -, y de mí;
de este serrijón alto que la noche posee,
el viento de la noche, por un tiempo (y de mí);
de río en el abismo del tajo, reflejando
las desgarradas luces de la altura (y de mí);
de mí, Y de todo esto, para hacer una cosa
solamente, Señor; de mí y del sentimiento
con que el rebaño, vuelto a la majada, absorbe,
con el último aliento, la desaparición
grande, oscura, del mundo; de mí y de cada luz
que brilla en la negrura de las casas, Señor.
para hacer una cosa; de los extraños - pues
yo no conozco a nadie - y, una vez más, de mí,
para hacer una cosa; de todos los que duermen,
de los desconocidos ancianos del asilo
que tosen, importantes, en sus camas; de tantos
niños ebrios de sueño en un extraño pecho,
de tanta vaguedad y, otra vez más, de mí,

de nada más que yo, y lo que yo no sé,
para hacer una coca, Señor, Señor, la cosa
que cósmica y terrestre, igual que un meteoro,
en suspenso contiene la suma de su vuelo,
sin tener otro peso, sólo, que la llegada.

II

¿Por qué se tiene que ir a recibir en sí
cosas extrañas, como, tal vez, algún esclavo
lleva de puesto en puesto la cesta, ajenamente,
hasta que la ha llenado y, cargado, se marcha,
y no puede decir: Señor. ¿por qué el banquete?

¡Por qué es preciso erguirse lo mismo que un pastor,
cara a la demasía de influjo, de tal modo
entrando en el espacio henchido de proceso
que, apoyado en un árbol del paisaje, podría
tener todo su sino sin obrar nada más?
y sin embargo, no hay en mirar tan abierto
la sedación tranquila de su rebaño. Nada
sino mundo posee, mundo en cada mirada,
mundo en cada inclinarse. Le oprime lo que a otros
pertenece por si, como música, inhóspito
y ciego hasta la sangre, y al pasar se transforma.

Allí está él, de noche, y tiene la llamada
del pájaro remoto dentro de su existencia,
y se siente audaz, porque toma su faz, pesado,
el estrellar del cielo... Oh, no lo mismo que uno
que fuera preparando a la amada esta noche
con malacostumbrarla a los cielos sentidos.

III

Pero que si, de nuevo, el ruido de las calles,
el enredo sonoro, la maraña del tráfico,
tengo que padecer, solitario, en mi torno,
entonces, por encima del movimiento espeso,
recuerde el cielo, el térreo borde de las montañas
que, de vuelta a dormir, recorría el rebaño.
Tenga en mi alma la fuerza de las piedras, y vea
posible la jornada del pastor, de regreso,
curtido de piel, cuando con exactos hondazos
ribetea el rebaño por donde se desfleca,
de paso lento, grave, pensativo de cuerpo;
pero en su erguirse es rey. Aún podría un dios
volver a esta figura sin hacerse pequeño.
Cambiando se demora y avanza, como el día,
y las sombras de nubes
le atraviesan igual que si el espacio
para él pensara lentos pensamientos.

Sea para vosotros el que es siempre. Lo mismo
que, de noche, la luz doliente en la pantalla,
así estoy en su adentro. Un fulgor se hace
más tranquilo. La muerte se hallaría
más pura y en su sitio.

(Ronda, 1912)

ASUNCIÓN DE MARÍA

I

Preciosa, aceite que quieres subir,
cerco del humo azul del incensario,
tiorba que alza sus sones verticales,

leche de lo terrestre, desbordando

en paz los cielos, aún pequeños, nutre
lo que te toca, este reino lloroso:
igual que la alta espiga, vuelta de oro,
pura como la imagen del estanque.

Como de noche oímos que las fuentes
corren, con nuestro oído solitario,
así estás sola tú, ascendida, en nuestra
vista. Como en el ojo de una aguja

se prende en ti mi más larga mirada,
antes de que huyas de esto, lo visible,
para que te lo lleves, aunque blanco
por los cielos de auténtico color.

II

No sólo te retiras de la vista
de los discípulos, a quienes queda
leve tristeza de tu manto, sino
de las flores, del pájaro que traza

el vuelo: de lo abierto de los niños.
del rumiar y la ubre de la vaca;
todo se hace menor por suavidad,
sólo los cielos aumentan por dentro.

Fruto que se ha arrancado a nuestro suelo,
baya, tú, que estás llena de dulzura,
haz que sintamos cómo te derrites
en la boca de la encendida dicha.

Pues seguimos donde te fuiste. Todo
lugar de abajo ha de ser consolado.
Danos gracia, haznos fuertes corno el vino.
Porque de comprender no se ha de hablar.

AL ÁNGEL

Fuerte, callado candelabro puesto
en el borde: la noche, arriba, se hace
exacta. Nos perdemos vacilando
sin claridad, por tu estructura básica.

Es nuestro no acertar con la salida
del círculo interior de los errores;
tú apareces en nuestro impedimento
y te enciendes como una cordillera.

Tu alegría está sobre nuestro imperio,
su sedimento casi no captamos,
como la noche pura de equinoccio
de primavera estás entre el día y el día.

Quien lograra afluir jamás a ti
de la mezcla que nos turba en secreto:
tú tienes señorío de todos los tamaños
y estamos habituados a lo insignificante.

Si lloramos no hacemos sino tocar; adonde
observamos, estamos altamente despiertos,
nuestra sonrisa no es más seductora,
se seduce a sí misma ¿quién la sigue?

Alguien. ángel, ¿me quejo yo, me quejo?
Pero, ¿cómo habría de ser mi queja?
Ay, grito, golpeando con dos tablas,

y no pienso que nadie me esté oyendo.

Que yo haga ruido no te lo hará más en ti,
si tú no me sintieras porque soy.
¡Alumbra, alumbra! Haz que me miren más
las estrellas: porque desaparezco.

Puestos tan en tensión contra la fuerte
noche arrojan sus voces a la risa
que arde, mala. Oh mundo sublevado,
lleno de negativa. Pero alienta
el espacio en que van estrellas. Mira,
no debiera ni podría entregarse
extraño a la distancia; en el exceso
de lejanías irse de nosotros.
Y ahora reposa y nos llega a la cara
como el mirar de nuestra amada: se abre
frente a nosotros v quizá dispersa
su existencia en nosotros. Y no lo merecemos.
Quizá escapa a los ángeles algo de fuerza, para
que ceda hacia nosotros el cielo constelado
y nos meta a colgar en destino enturbiado.
En vano. Porque ¿quién lo nota? Y donde
se hace presente a alguno, ¿quién puede aún en el
[ámbito
de la noche apoyar la frente como
en la propia. ventana? ¿Quién no lo ha renegado?
¿Quién en este elemento innato no ha arrastrado
noches malas, falseadas y fingidas, satisfecho
con ellas? A los dioses les dejamos estar
junto al caer hirviente, pues los dioses no atraen.
Tienen sólo existencia, rebose de existencia,
pero no olfato, no guiño. Nada hay tan mudo
como boca de un dios. Hermoso como un cisne
sobre su eternidad de planicies sin fondo:
así tiende el dios, sale y reserva su blanco.

Todo seduce. El mismo pajarillo nos fuerza
a salir de su pura construcción de follaje,
la flor no tiene espacio, empuja afuera;
¿no quiere el viento todo? Sólo el dios
igual que una columna, pasa hacia allá, partiéndose
en lo alto, donde aguanta, a un lado y a otro
el leve abovedado de su ecuanimidad.

Sin saber, ante el cielo de mi vida,
estoy pasmado. Oh, las grandes estrellas.
Lo que sube, el descenso. Qué tranquilo.
Como si no estuviera: ¿como parte?
¿Me paso sin el puro influjo? ¿Cambia
la marea en mi sangre según su orden?
Quitaré los deseos, todo apego,
mi corazón habituaré a lo más
remoto. Mejor vive temiendo a sus estrellas
que, a cubierto del brillo, calmado de algo próximo.
¿Qué podría tu sonrisa instarme a aceptar
que no me dé la noche?

Cielo que se derrama, de estrellas derrochadas
luce sobre la pena. En vez de en el cojín,
]lora sobre él. Aquí, en el que llora ya,
en el rostro que acaba, alrededor
agarrando, comienza el arrastrante
espacio universal. ¿Quién interrumpe,
cuando tú te apresuras hacia allá,
la corriente? Ninguno. Sea entonces

que luchas de repente con la fuerte tendencia
de esas estrellas hacia ti. Respira.
[Lo oscuro de la tierra respira y otra vez
levanta la mirada. De nuevo leve y sin
rostro se inclina desde lo alto hacia ti. El disuelto
rostro guardado por la noche de tu espacio.

DE UNA PRIMAVERA
(París)

Oh todos estos muertos del abril,
negro de las carrozas, que los llevan
por la luz excitada, exagerada:
como si el peso de nuevo se alzara
más gruñón, contra el demasiado hacerse
leves las cosas... Pero allá van ya,
los que ayer aún tenían delantales de niño,
a la Confirmación, crecidos con asombro:
su blancura es solicita, como ante el Rey divino,
y se ablanda en las sombras primeras de los olmos.

SAN CRISTÓBAL

La gran fuerza será el más grande.
Ahora esperaba al fin en este vado
servirle: él procedía de dos célebres
señores, hoy pequeños para él,
y entró con el tercer señor, que aún

no conocía; pues con oración
y ayuno no le había recibido,
pero que siempre sigue quien lo deja
todo para seguirle.

Así pasaba a diario el río henchido:
precursor de los puentes, que atraviesan
en piedra, visto por las dos orillas,
buscando quién tenía que pasar.

Y dormía de noche en su casucha,
dispuesto a actuar, dentro de toda voz.
exhalando el cansancio poderoso,
gustando lo espacioso en su sentido.

De pronto, alto y sutil, le llamó un niño.
Grande, se levantó para pasarle;
pero sabiendo qué miedosos son
los niños, salió justo por la puerta
agachado: ante el viento de la noche.

Murmuró: ¿Qué querría ahora un niño?
Volvió atrás con un gran paso, y se echó
en paz, y se durmió rápido. Pero
allí estaba otra vez. lleno de ruego.
De nuevo acechó: el viento de la noche.

Estaba fuera. ¿Hay alguien o estoy ciego?
Se reprochó y volvió a dormir de nuevo,
hasta que el mismo ruido imperativo
y suave dio en su entraña defendida:
salió violento:
fuera había un niño.

LAS PALOMAS

Oh qué penumbra gris en la pechuga,
lo mismo que sentidos, que al brillo de un velón
se pierden. y estos rojos vistos por entre el humo,

que lanza el sofocado sacrificio de amor.

Forma tranquilizada de la dádiva plena,
ajustada a unas manos abiertas plenamente:
cacharro lleno hasta el giro de los hombros,
y desde allí mirada y flexión y contraste.

En el cuello marcadas con la huella del dedo
del agarre habituado, con que toma el augur,
pero al lado, en seguida, en la nuca indefensa,
como por la divina Naturaleza, en calma.

¡Asáltame, música, con cóleras rítmicas!
Alto reproche alzado delante mismo del corazón,
que no sintió tan fluctuante lo que se reservaba.
Mi corazón: ahí:
mira tu soberanía. ¿Tienes casi siempre bastante
con vibrar menos? Pero aguardan las bóvedas,
las de rnás arriba, para que tú las llenes con impulso de
[órgano.
¿por qué anhelas el rostro reservado de las amadas desco-
[nocidas?

Si no tiene aliento tu ansia, para sacar de la trompeta
del ángel que proclama el Juicio final, tempestades tonantes:
oh, así no es tampoco, no nacerá jamás,
aquella de que tú, secándote, prescindes.

ESTROFAS INVERNALES

Ahora hemos de llevar los días rehusados
en la corteza de la resistencia:
defendiéndonos siempre, jamás en las mejillas
percibiendo la hondura de los vientos abiertos.

La noche es fuerte, pero desde tan gran distancia
la débil lámpara persuade suave.
déjate consolar. Hielo y rigor preparan
la tensión de futuras receptibilidades.

¿Dejaste de sentir del todo, pues, las rosas
del pasado verano? Considéralo, nótalo:
lo calmado de puras horas de la mañana,
la leve marcha por sendas entretejidas.
Precipítate en ti, sacude, excita
el amable deseo: se ha disipado en ti.
Y si algo has conservado que se te ha disipado,
alégrate: del todo hay que empezar de nuevo.

Tal vez un resplandor de palomas girando,
un canto de ave, casi igual que una sospecha,
una ojeada de flores (sin ver la mayor parte),
un suponer oliente, antes de que anochezca.
Naturaleza está divinamente llena,
quién puede realizarla, si un dios no le hace tan
natural. Pues quien tan dentro la recibiera
como empuja, estaría en sus manos, calmado.

Se encontraría como exceso y multitud
y nada esperaría ya de recibir nuevo;
se encontraría como exceso y multitud
sin pensar que algo le hubiera escapado,
se encontraría como exceso y multitud
con exigencia sin medida, con exceso,
asombrándole sólo el soportar tal cosa:
la saciedad mecida, poderosa.

VERSIÓN ORIGINAL DE LA DÉCIMA ELEGÍA DE DUINO

[Fragmentario)

Ojalá una vez, a la salida de la visión rabiosa,
me eche a cantar júbilo y gloria a los ángeles. que unan su
[voz a la mía.

Que de los martillos del corazón claramente pulsados
ninguna falle tocando en cuerdas blandas, dudosas o
súbitamente coléricas. Que mi rostro fluyente
se haga más fulgurante: que el llanto invisible
florezca. Oh noches, cómo entonces haréis queridas para
(mí

afligidas. Que yo no os recibí más arrodillado, hermanas
[inconsolables,

ni en vuestro pelo suelto me entregué más suelto. Nosotros,
[disipadores del dolor.

Cómo las medimos con la vista en la triste
[duración.

a ver si no terminan quizá. Pero ya son
tiempos nuestros, nuestro emparrado
durante el invierno, praderas, estanques, paisaje
[innato,

habitado de criaturas en la caña y de pájaros.

Arriba, en lo alto ¿no está la mitad del cielo
sobre la tristeza en nosotros, la naturaleza fatigada?
Piensa ¿no hallarías más tu sufrimiento
[cimarrón,

no verías más las estrellas a través de las hojas más
[ásperas,

del ramaje negruzco del dolor, y no te presentaría ya
los escombros de destino más alto el claro de luna agran-
[dador,

de modo que te sintieras en ellos como un pueblo de antaño?
Sonreír ya no sería más lo consumidor de esos
que perdiste pasando; tan poco violentamente,
justo pasando a tu lado, entraron puros en tu dolor.
[Casi como la muchacha que precisamente se adjudica al más
[libre,

el que la acosa hace semanas, y la lleva
[asustado

a la verja del jardín; al hombre que exulta y de mala
[gana

se va: entonces un paso la estorba en la nueva despedida,
y ella aguarda y se queda y coincide su múltiple
[mirar

con el alzar la mirada del desconocido, el alzar la mirada la
[doncella.

que le capta sin fin al de afuera, que le estaba destinado,
fuera, al otro, el caminante, que eternamente le estaba desti-
[nado.

Resonando pasa de largo.) Así siempre le perdiste;
no como quien posee: como quien agoniza,
inclinada hacia la noche marcera de aliento
[húmedo,

ay, pierde la primavera en las gargantas de los pájaros.

Hasta muy lejos te toca estar en el dolor. Si olvidaras
la más pequeña de las figuras desmesuradamente doloridas,
si llamaras, gritaras, esperando sobre curiosidad anterior,
uno de los ángeles, de la expresión penosamente oscure-
[cida

importante de dolor, siempre volviendo a intentar,
a ti tu sollozo antaño, en torno de eso, te describiría.
Ángel, ¿cómo fue eso? Y él te imitaría y no entendería
que hay dolor, como se remeda al pájaro clamante

la voz inocente que le llena...

¿No es el dolor, tan pronto la reja del arado
alcanza un nuevo estrato, asentado a seguro,
no es bueno el dolor? ¿Y cuál es el último,
el que nos interrumpe en todos los dolores?

Cuánto hay que padecer. ¿Cuándo es el tiempo
de ejecutar el otro sentimiento más leve?
Pero yo reconozco, más que la mayor parte
de los resucitados antaño, la ventura.

[De las «Poesías a la noche»)

Si fui antaño o soy: tú has caminado
sobre mí, tu infinita sombra hecha de luz.
Y lo sublime, que has preparado en espacio,
lo tomo, oh tú la incógnita, de mi rostro despierto.

oh si notaras, noche, cómo te miro yo,
cómo cede mi ser atrás en la embestida,
para atrever a echarse hasta muy junto a ti:
¿lo capto entonces porque las cejas, con dos saltos,
alcanzan sobre tal torrente de mirada?

(De las «Poesías a la noche»)

Ideas de la noche, alzadas de experiencia presentida,
que ya el niño interrogador traspasó con silencio,
lentamente os pienso y arriba, arriba,
os toma la fuerte prueba suavemente en acogimiento.

Que seáis, está confirmado; que aquí, en el receptor acosado,
noche, hacia las noches, secretamente se procrea.
pronto, con qué sentimiento, está la infinita, más anti-
[gua,
inclinada sobre las hermanas que cobijo en mi.

(De las «Poesías a la noche»)

Que con éstas tú me sobrepasaras:
noches, ¿no es como si tú me ofrecieras
más sentimiento, tú, la ilimitada,
que el que capto sintiendo? Ay, desde aquí

el cielo es fuerte, lleno de leones,
que incomprensiblemente dominamos.
No, tú no los conoces: porque temen
y salen a tu encuentro con más miedo.

(De las «Poesías a la noche»)

LOS HERMANOS

I

¡Como hemos apretado al corazón,
con qué gemido, el párpado y el hombro!
y se escondió la noche en las alcobas como
un animal herido, que en dolor traspasamos.

Tú fuiste para mí de todas elegida,
¿para la hermana no fue suficiente?
Tu ser me ha sido amable como un valle,
y ahora también se inclina de la proa del cielo

en una aparición inagotable
y toma poder. ¿Dónde debo ir?

Ay, con los ademanes del llorar
te inclinas hacia mí, tú, desconsoladora.

II

No nos dejes en la dulzura oscura
distinguir hacia dónde van las lágrimas.
¿Estás seguro de que sufrimos delicias
o refulgimos de ebrio sufrimiento?

¿Quieres decir llorando que el prescindir es más
doloroso que un arbitrario dar?
Si algún día el gentío de resucitadores
nos deshermana. y de algún modo dos,
entre la repentina música que des- muere
salimos vacilando de la piedra elevada;
oh, cómo será entonces inocente a los ángeles
este especial deseo para ti.

Pues también está en lo hondo del espíritu, mira:
en el fúlgido, que se quema y ruge.
Y me ayudas entonces a alzarme, arrodillada,
y luego junto a mí te arrodillas y miras.

Mira, a tientas los ángeles sienten por el espacio
sus incesantes sentimientos. Nuestro
rojo blanco sería su frescor.
Mira, por el espacio fulgen ángeles.

Mientras que hacia nosotros, que no sabemos más,
lo uno se reserva y lo otro ocurre en vano,
ellos van. arrastrados por las metas,
por su delimitado territorio.

[(De las «Poesías a la noche»)

¿No respiraba yo, de medias noches,
para que tú vinieras, por tu causa,
semejante desborde?
Porque esperaba yo tranquilizar tu rostro
con señoríos casi sin desmayo.
cuando, en suposición interminable
una vez contra mí, por encima, reposa.
Sin rumor en mis rasgos se hizo espacio:
para satisfacer tu gran mirada,
mi sangre se ahondaba y reflejaba.

Cuando a mí por la pálida división del olivo
la noche con estrellas más fuertes me venció.
hacia arriba me erguí, me erguí y eché hacia atrás
y aprendí ese reconocimiento
que nunca luego he referido a ti.

Oh qué me fue sembrado de expresión,
para que al encontrar tu sonrisa jamás,
contemplara en ti, espacio de universo.
Pero no vienes tú, o vienes muy tarde.
Precipitaos, ángeles, sobre este campo azul
de lino. Angeles, ángeles, segad.

(De las «Poesías a la noche»)

,Así pues, pese a todo, ahora habrá un ángel
que de mis rasgos beba lentamente
el vino iluminado de mi rostro.
Sediento, ¿quién te hizo señal de que vinieras?

Porqué tenías sed. Al que la catarata

de Dios le irrumpe por todas las venas; porque
tenías sed aún.
Entrégate a la sed. (Cómo me has agarrado.)

Fluyendo noto, cómo tu mirada
estaba seca: y estoy a tu sangre
tan inclinado que ya te desbordo
por completo tus puras cejas.

(De las «Poesías a la noche»)

Tomé una vez tu rostro entre mis manos.
La luna en él caía.
La más incomprensible de las cosas
bajo la inundación del llanto.

Como una cosa dócil, que aún dura,
casi como una cosa, se tenia. .
Y no obstante no había ningún ser
que más sin fin me huyera entre la fría noche.

Oh, entonces a esos sitios irrumpimos;
entran en las pequeñas superficies las olas
todas de nuestro corazón,
gozo y debilidad
¿y hacia quién las tenemos ofrecidas al fin?

Ay. al extraño que nos ha malentendido,
ay, al otro, al que nunca encontramos jamás,
a los esclavos qué nos han ligado,
vientos de primavera disipados en eso,
y el silencio, el que pierde.

(De las «Poesías a la noche»)

LA GRAN NOCHE

Mucho te he contemplado, y me he parado a la ventana
[ayer estrenada,
quieto y mirándote. Aún me estaba la nueva ciudad
como prohibida y el paisaje no persuadido
se iba oscureciendo como si yo no estuviera. No se preocu-
[paban
las cosas más próximas de serme inteligibles. En el farol
se agolpaba la calleja: yo veía que era extraña.
Arriba, un cuarto, participable, iluminado en la lámpara...
pronto tomé parte; lo notaron, cerraron los postigos.
Allí estaba yo. Y entonces lloraba un niño. Sabía las madres
en torno en las casas, de lo que eran capaces. Y sabia
igualmente las raíces inconsolables de todo llorar.
O cantaba una voz, y saltaba un trozo más allá
de la expectación, o tosía allá abajo,
lleno de reproche, un viejo, como sí su cuerpo tuviera razón
frente al mundo, más suave. Y entonces daba una hora...,
pero la conté demasiado tarde, y se me escapó.
Como un niño forastero, cuando al fin le dejan,
no atrapa la pelota y no conoce ninguno
de los juegos, que los demás manejan tan fácilmente,
queda absorto y mira desviado - ¿adónde? -, yo quedaba,
[y de pronto
comprendí que tú dabas vueltas conmigo, jugabas; tú noche,
hecha mayor, y te contemplé. Donde las torres
se airaron, donde una ciudad me rodeó
de destino evitado, y montañas no adivinables
contra mí quedaron, y en contorno acercado
hambrienta libertad cercó el casual llamear
de mis sentimientos: allí no era, oh altura,

una vergüenza para ti, que me conocieras. Tu aliento
pasaba sobre mi. ¡Tu sonrisa distribuida en amplia solemnidad
[entraba en mí!

AL DIBUJO QUE REPRESENTA A JOHN KEAT5 EN SU MUERTE

Ahora le llega al rostro al gloriador callado
lo lejano de abiertos horizontes:
así vuelve a caer el dolor que nosotros
no pudimos tornar, hacia su oscuro dueño.

Y esto perdura, tal como, viendo el dolor,
se convirtió en la forma más abierta,
todavía un instante; en nueva suavidad
despreciando la misma ruina y el devenir.

Rostro: oh ¿de quién? Ya no más esa apenas
recién establecida conexión.
Ojo, que ya no más a salir lo más bello
de las cosas obliga, de la vida rehusada.
Oh umbral de las canciones,
oh boca juvenil, para siempre entregada.

Solamente la frente construye algo perenne
por sobre rasgos volatilizados,
como si castigara los rizos fatigados
mintiendo al darse en ella, tiernamente dolientes.

Desde los milagrosos días de la Creación
el dios duerme: nosotros somos el sueño suyo,
asumidos, llevados aturdidos por él
bajo estrellas, que él ha sobrepujado.

Nuestro actuar le atasca en mano más dormida,
más apelotonada, y del puño no puede
salir; por eso desde la época de los héroes
le atraviesa el rugir de nuestros corazones

oscuros. Él a veces se conmueve de nuestro
sufrir, que le atraviesa como un dolor los miembros,
pero siempre de nuevo prepondera sobre él
el exceso sagrado de sus mundos.

Levantando la vista del libro, de las cercanas líneas innumerables
Afuera, hacia la noche completa:
oh, qué adecuados a las estrellas se distribuyen los senti-
[mientos agolpados,
igual que si se atara
un ramillete campesino;

juventud de los leves y oscilar inclinado de los pesados
y de la tierna proa y vacilante:
por todas partes gozo y relación, y nuca exigencia
mundo en exceso y tierra suficiente

(De las «Poesías a la noche»)

Tú, por adelantado
perdida amada, que nunca has llegado,
yo no sé cuáles tonos amas tú.
ya no intento, al mecerse lo futuro,
reconocerte. Todas las imágenes
grandes, en mí, el paisaje sentido en lo remoto,
ciudades, torres, puentes,
recodo inesperado del camino
y lo violento de esas tierras que antaño fueron
atravesadas por los dioses, al crecer:
todo sube a alcanzar significado

en mí de ti, escapada.

¡Ay!, eres los jardines,
¡ay!, yo los vi con tal
esperanza. En la casa campesina
una ventana abierta -, y casi te asomaste
hacia mí, pensativa. Callejas encontré
por donde tú acababas de pasar,
y a veces los espejos de las tiendas tenían
vértigo todavía de ti, y me devolvían
asustados mi imagen tan repentina. ¿Quién
sabe si el mismo pájaro
no clamó por nosotros ayer tarde?

Blando estanque del bosque, vuelto a sí;
afuera lucha el mar entero y ruge:
y lejanías excitadas ponen
una espada en el puño a cada golpe
de tempestad, en tanto desde oscuras honduras
ilesas ves los juegos de libélulas_

Lo que allí, al otro lado de los doblados árboles
es precipitación, ímpetu y furia,
se refleja en tus íntimos espacios
como ensombrecimiento reservado:
en torno de ti está el bosque, sin plegarse,
lleno de reticencias en aumento.
Sólo arriba, en la vista entre las copas, muestran
las nubes una forma guerrera de leyenda.

Y luego: estar en un cuarto incomunicado,
ser uno que conoce ambas cosas. Oh el círculo
pequeño de las velas,
y la noche del hombre irrumpe en él
y un dolor, tal vez, dentro de los cuerpos.
¿Debo ahora acordarme del tormentoso mar
o guardar en mí imagen del estanque,
o puesto que ambas cosas a la vez se me escurren,
pensar las sangres - las sangres de ese jardín -?
Ay quién sabe lo que domina en él.
¿Espanto? ¿Suavidad? ¿Miradas, voces, libros?
Todo eso sólo como silencioso pañuelo
se estrecha por los hombros de una infancia,
que duerme en el enredo de esta vida.

Imágenes, señales, tomadas con apremio
¿de estar en mí os habéis arrepentido?

Oh, para el mundo yo no tengo esencia,
si la aparición fuera, como en una
creencia recibida más fácil de antemano,
alegre goza en mí, desde muy lejos.

CINCO CÁNTICOS

Agosto de 1914

I

Por vez primera tê veo levantarte,
dios de la guerra. conocido de oídas, remotísimo, increíble.
Cómo tan espeso entre el fruto pacífico
de la acción fecunda se habría sembrado, crecido de repente.
Ayer estaba aún pequeño, necesitaba alimento; con altura de
[hombre

ya está ahí: mañana
sobrepuja al hombre. Pues el dios ardiente

arranca de un golpe lo crecido
del pueblo arraigado y empieza la cosecha.
Humanamente se eleva el campo en la tempestad del hombre.
[El verano
queda atrás superado entre los juegos del llano.
Quedan niños que juegan, viejos que piensan
y las mujeres que confían. De tilos en flor
el olor conmovedor empapa la común despedida
y para años conserva significado
olerlo, este aroma pleno.
Van las novias, más elegidas: como si uno solo
no se hubiera decidido a ellas, sino el entero
pueblo se hubiera determinado a sentirlas. Con mirada que
[mide despacio
los niños abrazan al adolescente, que ya alcanza
al futuro más osado: a él, que acababa
de percibir cien voces, sin saber cuál tenia
[razón,
cómo le alivia la llamada única: pues ¿qué
no sería arbitrio al lado de la alegre, al lado de la segura
[necesidad?
Al fin, un dios. Cuando ya a menudo no captábamos
al de la paz, de pronto nos apresa el dios de la
[batalla,
arroja el fuego; y sobre el corazón lleno de patria
carnina, habitándolo con truenos, por su cielo
[rojizo.

II

Sálvame, que veo emocionados sin palabras. Ya
hace mucho la comedia no nos era verdadera
y la imagen inventada no nos hablaba decisivamente.
Amado, ahora habla como un vidente el tiempo
ciego, desde el espíritu más antiguo.
Oid. No te oísteis jamás. Ahora sois como los árboles
que el viento poderoso atraviesa con su rumor más y más
[sonoro;
sobre los años llanos se precipita tormentoso
desde el sentir del Padre, desde hechos más altos, desde alta
cordillera de héroes, que en breve en la nieve reciente
de vuestra gloria amistosa refulge más pura y próxima.
Cómo se transforma ahora el paisaje vivo: atraviesa
por la selva juvenil, arraigada, y troncos más antiguos,
y el breve brote se dobla hacia los que tiran.
Ya una vez cuando paristeis, sentisteis su separación, ma-
[dres.
volvisteis a sentir también la dicha de ser las
[dadoras.
Dad como infinitas, dad. Sed para estos días en brote
una rica Naturaleza. Bendecid a los hijos que salen.
y vosotras, muchachas, acordaos de que os aman: en
[tales
corazones estad sentidas; tan temible embate
como dio vueltas, transformado en suavidad, con vosotras,
[floridas.
La precaución os retuvo atrás, ahora podéis amar sin fin,
ser amantes legendarias como las muchachas de la Antigüe-
[dad:
que la que espera esté como en jardín de esperanza;
que la que llora esté como la constelación, que arriba
lleva el nombre de una mujer llorando.

III

Desde hace tres días, ¿qué es? ¿Canto realmente el

[espanto,
realmente al dios, al que había creído como uno de los an-
[tiguos
dioses aún sólo remembrantes, desde lejos, con asombro?
Como un monte volcánico reposaba en lo remoto. A veces
llameante. A veces con humo. Melancólico y divino.
Sólo un lugar cercano quizá, junto a él
temblaba. Pero nosotros elevábamos las sagradas
liras a otros: ¿qué dioses venideros?
Y ahora se levantó: se yergue: más alto
que torres erguidas, más alto
que el aire respirado de nuestro día de antaño.
Se yergue. Prevalece. ¿Y nosotros? Nos inflamamos juntos
[en una sola cosa,
en una sola criatura, que él vivifica mortalmente,

Así tampoco yo soy ya; desde el corazón
[común
da el mío su latido, y la boca común
rompe la mía.

No obstante, aúlla de noche como las sirenas de los barcos
en mí lo que interroga, aúlla buscando el camino, el camino.
¿Le ve allá arriba el díos, alto desde el hombro? ¿Llamea
como faro hacia allá a un futuro en aspiración,
que hace mucho nos busca? ¿Es sabedor? ¿Puede
ser sabedor, ese dios desgarrador?
Cuando él sin embargo destroza todo lo sabido. Lo
[sabido
desde hace mucho, lo amoroso, lo sabido nuestro, de confian-
[za. Ahora las casas
yacen como escombros sólo en torno de su templo. Al alzarse
se arroja de sí mismo, escarnecedor, y se yergue en el cielo.

Todavía cielo del verano. Cielo estival.
Del verano .
cielo intimo sobre los árboles y nosotros.

Ahora; ¿quién siente, quién reconoce su infinito resguardo
sobre los prados? ¿Quién
no miró fijamente adentro, extraño.

Otros somos nosotros, alterados en lo análogo: a cada cual
le soltó en el pecho, de repente
ya no suyo, corazón meteórico.
Cálido un corazón férreo de férreo universo.

IV

Nuestro corazón más antiguo, amigos, ¿quién lo prevé,
ese familiar, que aún ayer nos mueve,
irrecuperable? Nadie
vuelve a sentirlo nadie aunque sea
tras la alta transformación.

Pues un corazón del tiempo, un corazón más antiguo
de prehistoria aún siempre sin vivir,
ha desplazado al próximo, al lentamente otro,
nuestro conquistado. ¡y ahora
acabad, amigos, el corazón
de pronto exigido, consumid el poderoso!
Glorioso, porque siempre fue glorioso
no estar en la precaución de cuidados solitarios, sino en
[un solo
espíritu atrevido, sino en riesgo
sentido espléndidamente, sagradamente común. Igualmente alta
está la vida en el campo, en los hombres incontables y en
(medio de cada uno

entra una muerte principesca en el lugar más osado.
Pero en la gloria, oh amigos, gloriad también el
[dolor,
gloriad sin queja el dolor de que no fuimos los futuros
sino más emparentados
aún a todo lo pasado: alabadlo y quejaos.
No os sea vergonzosa la queja. Verdadero en primer lugar
se hace lo inconocible, el
destino para nadie comprensible,
cuando lo deploráis sin medida, y sin embargo lo inconmen-
[surable,
eso más deplorado, ved: como ansiado va.

V

¡Arriba, y espantad al espantoso dios! Precipitadle.
El afán de lucha le ha malacostumbrado antes de los tiempos.
[Ahora os empuja el dolor,
empuja un nuevo dolor de lucha más asombrado
a su cólera.
Si ya os obliga una sangre, una alta sangre que viene de los
[padres:

sea así sin embargo, el .ánimo
vuestro siempre. No imitéis
a lo anterior, lo de antes. Examinad
si no sois dolor. Dolor activo. El dolor tiene
también su júbilo. Oh, y entonces se arroja sobre
[vosotros

la bandera, en el viento que viene del enemigo.
¿Cuál? La del dolor. La bandera del dolor. El
[pesado

pendón batiente del dolor. Cada uno de vosotros ha
[secado

con ella su rostro caliente, sudoroso, menesteroso. Todo
vuestro rostro allí tiende a juntarse en rasgos.
Rasgos quizá del futuro. tiara que el odio no se conserve
perenne en ellos. Sino un asombro, sino dolor más
[decidido,

sino la cólera soberana, para que a vosotros los pueblos,
esos ciegos en torno, de pronto os estorba en el daros cuenta;
ellos, de los cuales ganasteis gravemente, como de aire y
[mina,

aliento y tierra. Pues comprender,
pues aprender y guardar dentro mucho
con honor, aun extraño, os fue vocación sentida.
Ahora volvéis a estar limitados a lo vuestro. Pero
[mayor

se ha vuelto. Si tampoco hay mundo, (desde lejos
tomadlo como mundo! Y usadlo como el espejo,
que abarca el sol y vuelve a girar en sí el sol
a los que yerran. (Vuestro propio errar
arde en el corazón doloroso, en el terrible corazón.

Hay guiños de contacto brotando en toda cosa.
De cada giro llega un hálito: ¡Recuerda!
Un día por el que hemos atravesado ajenos
se revela en futuros días como un regalo.

¿Quién calculará nuestra renta? ¿Quién nos separa
de los años antiguos, pasados? ¿Qué notamos
desde el mismo principio, como que en los demás
también se reconoce siendo lo mismo? ¿Como

calentando en nosotros lo que era indiferente?
Oh casa, oh prado en suave declive, oh luz de tarde,

de repente lo pones ante la vista casi
y estás ante nosotros abrazando, abrazado?

Entra el único espacio por todo ser: espacio
interior de Universo. Quietas, las aves vuelan
a través de nosotros. Oh, que quiero crecer,
miro afuera, y está en mí creciendo el árbol.

Me preocupo, y la casa está dentro de mí.
Me cubro, y el sombrero está también en mi.
Amado, el que yo me hago, reposa en mi la imagen
de la Creación hermosa y se deshace en llanto.

A HÖLDERLIN

No nos es concedido quedarnos, ni siquiera
en lo más familiar: de las imágenes
rebosantes irrumpe de repente el espíritu .
a las que están llenándose: son mares en lo eterno.
Lo más útil aquí es caer. Del sentir
logrado caer sobre el presentido, abajo.

Para ti, soberano, conjurador, tu vida
entera fue apremiante imagen; al decirla
la línea se cerraba como destino, incluso
en la más suave había una muerte, y la hollaste;
pero el dios, precediéndote, te sacaba hacia
[fuera.

¡Oh espíritu cambiante, el más cambiante! Mientras
todos están en casa en el poema tibio
demorándose en chicas comparaciones, parte
tomando, sales solo como luna. Y se aclara
abajo tu paisaje, y se oscurece, sacro
asustado, y lo sientes en despedida.. Nadie
te volvía más sublime, devolviéndolo al mundo
más sagrado y sin ansia. Así también jugaste
sagrado, por entre años ya no más calculados,
con la dicha infinita, como si no estuviera
dentro, sin ser de nadie, en torno, por las suaves
praderas de la tierra, dejado por divinos
niños. Ay lo que ansían los supremos, sin ansia.
lo pusiste, sillar sobre sillar:
y se sostuvo. Pero ni aun un derrumbamiento
te pudo equivocar.

Cuando un eterno así hubo, ¿qué reclamamos
a lo terrestre aún? En lugar de en lo previo
aprender sentimientos para ¿qué inclinación
futura en el espacio?

COMIENZO DEL AMOR

Oh sonrisa, primera sonrisa, nuestra. Cómo
fue esto único: aroma de tilos respirar,
escuchar los silencios de parques, de repente
uno en otro mirar, con pasmo hasta sonreír.

Había en esta sonrisa recuerdo
de una liebre, que allá arriba
en el césped jugaba: esta fue la niñez
de la sonrisa. Ya más grave le fue dado
el avanzar del cisne, que más tarde el vivero
vimos cómo partía en dos mitades
de tarde silenciosa. Y el árbol en sus bordes
contra el puro y abierto y ya futuramente
nocturno cielo, había a esta sonrisa

dibujado los bordes frente al entusiasmado
porvenir en el rostro.

RÉQUIEM EN LA MUERTE DE UN NIÑO

Lo que tengo acuñado como nombres
y perro y vaca y elefante
desde tan largo y lejos conocido,
y la cebra también, ay: ¿para qué?
El que ahora me lleva
sube corno una capa de agua, sobre
el todo. ¿Es la paz esto,
saber que se era, cuando no se entraba
por objetos suavísimos o duros
hasta el rostro final, comprendedor?

Mis manos empezadas...

Decíais a menudo: ya promete...
prometí, pero lo que os prometía
ahora no me da miedo.
p ratos, junto a casa, me sentaba
a perseguir con los ojos un pájaro.
¡Oh, haberme convertido en mi mirada!
Esto me alzaba y me arrastraba; en alto
las cejas. A ninguno quise nunca.
Tener cariño era una angustia,
[¿entiendes?

y entonces yo era yo, no era nosotros,
y era mucho más grande que un mayor,
y era
como si fuera yo mismo el peligro
y dentro de éste yo fuera su almendra.

Una almendrita: yo le doy las calles
y le regalo el viento.
Pues que todos estuviéramos juntos
nunca me lo he creído yo: palabra.
Hablábais, os reíais, pero uno
no estaba en el hablar ni en el reír.
Tanto como vosotros no temblaba
el vino en vuestro vaso ni el azúcar.
La manzana, allí estaba. A veces era
tan bueno sopesarla, llena, dura:
la fuerte mesa, las tranquilas tazas,
buenas, ¡qué bien calmaban todo el año!
Y también el juguete a veces era
bueno, casi capaz como otras cosas
de confianza, aunque no tan descansado.
Así estaba, en perpetuo despertarse,
como en medio de mí y de mi sombrero.
Y hubo un caballo de madera, un gallo,
y un muñeco con una sola pierna:
hice mucho por ellos:
el cielo, pequeñín, porque lo vieran...
Pues esto lo entendí pronto: qué solo
está un caballo de madera. Y lo hacen
de un tamaño cualquiera, y de madera,
lo pintan, se le arrastra, y él recibe
los golpes del camino de verdad.
¿por qué no era mentira cuando a ésto
le llamaban «caballo»? ¿Es que uno mismo
se sentía caballo, un poco: arisco,
melenudo y cuadrúpedo (esperando
llegar a ser un hombre)? ¿Y uno no era
un poco de madera, por su culpa,

y no se endurecía en lo escondido,
poniéndose una cara degradada?

Ahora casi pienso que alternábamos:
cuando veía el río, yo era ruido;
si el río murmuraba, yo saltaba;
si veía un sonido, yo sonaba,
y si sonaba él, yo era su fondo.

Así me he ido imponiendo a toda cosa.
Pero todo sin mi estaba contento,
y al colgarme yo encima, era más triste.

Ahora, de repente, me he apartado.
¿Empieza otro aprender, otras
[preguntas?

¿O he de decir ahora cómo es todo
con vosotros? Entonces, tengo miedo.
¿La casa? Tan bien, nunca la he
[entendido.

¿Los cuartos? Ay, había tantas cosas ...
...Tú. madre, ¿quién, de veras, era el perro?
Y hasta el que hubiera fresas en el bosque
me parece un hallazgo milagroso.

Debe de haber niños muertos aquí
para jugar conmigo: siempre había
quienes morían. Al principio estaban
como yo, en cama, sin ponerse buenos.
Buenos... ¡Qué raro suena y sin sentido!
Aquí, donde estoy yo,
nadie está enfermo, creo.
Mi dolor de garganta, ya qué lejos.

Aquí cada uno es como un fresco sorbo.

Pero no he visto aún quiénes nos beben.

DEL LEGADO DEL CONDE C. W.

[Primera serie)

I.

¿Caballo blanco? ¿cómo? ¿o cascada de arroyo?
¿cuál fue la imagen que me quedó sobre el sueño?
Espejismo en el resto de inclinación del cáliz
y el día, que me estaba empujando hacia fuera.

Regreso ¿qué me encuentro en el interior yo,
al caer por la tarde pesadamente en mi?
Sueño, aplícalo ahora: ¿se hará de estaño el plato,
se abrirá el fruto extraño?

¿Sabré yo lo que bebo, o es la pasión
de los cerros hundidos?
¿Y a quién me quejo yo si al terminar el moho
a través de la savia gastada brota en hilos?

¿Me basta mirar fuera aún? ¿O necesita
una hierba de sopa el que guisa los sueños?
¿O echa ya, en inexactos
manjares, condimentos de los que no se fía?

III

Muchacha, ¿te madura el día de verano?
Por la tarde, en el cálido golpe de codorniz
de la mano, ahí tienes al amante.

Mira cómo te adorna tu pequeña ventana;
que te inflama la sonrisa y el gesto,
lo presiente él de cerca.

Ya está fresca la puerta: hasta la madrugada
se enfría totalmente.
Pero tu amigo está caliente. ¡Enciéndete,
enciéndete y arrástrale a la casa!

IV

Este golpe de viento, que ahora mismo
me llevó a la ventana, vagamente,
¿era tan sólo un ciego levantarse
y tenderse de la Naturaleza?

¿O acaso utilizaba los secretos
ademanes de alguno ya podrido?
¿Quería salir de la tierra muda
hacia la casa sensitiva?

Suele ser sólo como el dar la vuelta
de un dormido, de noche;
de repente se llena de misión
y me deja aplastado de sospecha.

Ay, lo que estoy apenas habituado
a comprender qué significa; ¿acaso
me ha llorado en la muerte algún turbado
niño desde muy cerca?

¿Me quiere (¡y yo renuncio!)
señalar lo que aquí dejó? ¡La queja
tropezó con el viento
pero él quizá se alzó y está gritándola!

VII

Primer clamor entrando vertical en el año,
las voces de los pájaros se yerguen.
pero tú metes ya en el tiempo tu grito,
oh cuco, en el pasar...

Ahí: llamas y llamas, llamas y llamas, llamas
como quien entra en juego,
sin construir, ml amigo, sin elevar las gradas
a la canción que amáramos.

Al principió aguardamos con esperanza... Extraña-
mente nos atraviesa este clamor;
como si en este Ya hubiera un Nunca más,
un pasar prematuro...

BIOGRAFÍA IMAGINARIA

Una niñez, primero, ilimitada y sin
renuncia y meta. Oh goce inconsciente. De pronto
temor, barrera, escuela, retozar
y hundimiento en la tentación y pérdida.

Pese a todo, el doblado se vuelve doblador
y en los demás se venga de que debió pagar.
Temido, amado, salvador, luchando,
vencedor, dominante; golpe a golpe.

Y luego solo lejos, leve, frío.
Pero en lo hondo de la forma ganada
un suspiro por el primero, antiguo...

Entonces irrumpió Dios desde su reserva.

DOS POESÍAS

[**Para E. S.)**

I
Ex voto

Bajo tu imagen, ¿cuál cuelgo de mis miembros enfermos,
tú, silenciosa, que mucho tiempo despacio conjuré?
¿Te colgaré las manos que se me cayeron del corazón,
o el mismo corazón que perdió esas manos?

¿Has curado mi pie, que a la pobre capilla
hizo el camino dolorosamente? ¿Quieres mi rodilla
[genuflexa?

¿Sé, entonces, qué me ocurrió? Me devoró la
[ola

o hubo un fuego y era mayor que ella.

¿O fue el rayo? ¿O me caí del carro?
¿Entró en mi un veneno, o me embistió un animal?
¿la tierra me ha... o yo he golpeado la tierra?
Tómame entero en mi imagen: quizá lo verás en mi.

II

LACRIMATORIO

Otros han tornado el vino, otros tienen el aceite
en la bóveda ahuecada que ha circunscrito su muro.
Yo, en medida más pequeña y más delgada, me ahueco
para otro menester: me abro a las lágrimas que caen.

El vino se hará más rico, y el aceite en su
[tinaja

se hará más claro. ¿Y las lágrimas? Me han hecho ser más
[pesado,

me han hecho más ciego, más tornasolado en mi curva,
me han hecho por fin más frágil, y me han dejado
[vacío.

Como Jacob con el ángel luchó.
con el gigante sol lucha la viña:
con el gran día de verano, y éste
de otoño, hasta el ocaso.

Excitada. la hermosa viña lucha.
pero al soltar despacio, por la tarde,
siente cómo, agarrándola de arriba,
ese brazo le mete la energía

contra la cual luchaba como un niño;
toda mezclada con su resistencia
se convierte en lo ilimitado en ella...
Y la victoria queda pura y desconocida.

EI. FRUTO

De la tierra subió a ella, subió y subió,
y se quedó callado en el tronco tranquilo
y se convirtió en llama en la floración clara,
hasta que se volvió a quedar callado.

Fructificó á través del tiempo de un verano
en el árbol, de día y de noche atareado.
y se reconoció como ímpetu futuro
contra el espacio lleno de participación.

Y cuando ahora en óvalo redondeado, luce

con su tranquilidad llegada a plenitud,
se derrumba en renuncia, adentro de la cáscara,
volviendo hacia su centro.

EL MAGO

Él lo llama: apretándose, ello se asusta. quieto.
¿Qué es ello? Lo otro, todo, todo lo que no es él,
se hace ser. Y el entero ser le vuelve una cara
hecha a prisa, que es más.

!Oh. sujétalo, mago sujétalo, sujétalo!
Haz equilibrio. Quédate en la balanza quieto,
para que te sostenga con la casa en un lado
y en el otro soporte lo que tanto ha crecido.

Cae la decisión. Se sitúa el enlace.
El sabe; la llamada superó la repulsa.
Pero su rostro como con agujas tapadas
marca la medianoche. También él está atado.

En la calle habitada por el sol, en que el medio
tronco hueco de un árbol, que desde hace ya mucho
se ha convertido en pila, renovando en silencio
una delgada capa de agua, calmo mi sed:
el origen del agua y su serenidad
entran en mi interior a través de mi mano.
Beber, resultaría para mí demasiado,
demasiado concreto, pero el gesto de espera
sostiene el agua clara dentro de mi conciencia.

Así. si tú vinieras, para calmarme sólo
necesito un ligero contacto con mi mano,
tanto si es en la joven redondez de tus hombros
o si es en el empuje de tus pechos.

OTOÑO

Alto árbol del mirar, que se deshoja:
ésto ahora es haber crecido hasta el exceso
de cielo que penetra por sus ramas.
Repleto de verano, pareció hondo y espeso,
como casi pensándonos, cabeza confiada.
Ahora se convierte su entraña en el camino
del cielo. Y no nos conoce el cielo.
Algo extremo: que como el vuelo de los pájaros
por lo recién abierto nos lancemos,
que nos niega con el derecho del espacio,
que solamente gira con mundos. Oleadas
de sentir desde nuestra orilla andan buscando
relación, consolándose, banderas en lo abierto.

Mas piensa una nostalgia la cabeza del árbol.

TRES POESÍAS DEL CICLO: REFLEJOS

¡Oh fulgor más hermoso del tímido reflejo!
Cómo puede brillar porque jamás perdura.
La sed de las mujeres por sí mismas, la calma.
Cómo el mundo para ellas cercado está de muros

de espejos. En el fulgor del espejo caemos
como en el misterioso fluir de nuestro ser:
pero ellas allí encuentran lo suyo: allí lo leen.
Deben ser dobles, y así están enteras.

Ante el claro cristal, amada. ponte.

para ser en él. Para que se renueve
la tensión entre ti y ti, y la medida
para lo que es en él inexpresable.

Elevada a tu imagen, eres rica.
Tu "sí" a ti te confirma la mejilla y el pelo:
y rebosante de ese recibirte a ti misma,
vacila tu mirada oscura al compararse.

II

Desde el cristal del espejo, de nuevo
hasta ti te levantas;
en ti ordenas, lo mismo que en un vaso,
tus imágenes. Y lo nombras tú.

a ésto, el florecer de tus reflejos,
que meditas un rato levemente,
antes de qué, obligada por su dicha,
a regalar los vuelvas a tu cuerpo.

III

Ay, en ella y en su reflejo, que
como joya en estuche que la ampara,
dura en ella, guardado entre lo suave:
el amante reposa; en alternancia

sintiendo a ella o su joya interior...
É: sin guardar en sí una imagen propia;
del interior profundo rebosando
de mundo conocido y soledad.

Rosa, oh contradicción pura, alegría
de ser sueño de nadie bajo tantos
párpados.
(Elegido como epitafio para la tumba de R. M. R.)

SEGUNDA PARTE

PARA LEONIE ZACHARIAS

Oh di, poeta, ¿qué haces tú? -Yo alabo.
pero tu mortal,. lo monstruoso ¿cómo
lo asumes en ti, cómo lo asimilas?- Yo alabo

Pero lo que no tiene ningún nombre
¿cómo puedes llamarlo tú, poeta? - Yo alabo.

¿Por qué tienes derecho en toda máscara,
en todos los disfraces a ser verdad? - Yo alabo.

¿Por qué lo silencioso y lo fogoso
como estrella y tormenta te ven? - Porque yo alabo.

TERCERA PARTE

DE LOS ESBOZOS

Oh vida, vida, tiempo milagroso, que va
de contradicción en contradicción,
a veces en tu marcha, tan mala, tan difícil,
tan arrastrada, y luego, de repente, tendiendo
las alas, de indecible anchura, como un ángel:
oh, inexplicable, oh tiempo de la vida.

Entre toda existencia que se osó con grandeza
¿puede haber otra más ardiente y atrevida?
Estamos apoyándonos en nuestros propios limites,
arrancando algo nunca conocible.

Paris invierno 1918 - 1914

DE LAS POESÍAS EN FRANCÉS

De VERGELES (VERGERS)
(1924 - 1925)

VERGELES

Esta tarde mi corazón hace cantar
ángeles que se acuerdan...
Una voz, casi mía,
tentada por demasiado silencio,

sube y se decide
a no volver ya;
tierna a intrépida,
¿a qué va a unirse?

Lámpara del ocaso, mi tranquila confidente,
mi corazón no está desvelado por ti;
[quizá en él uno se perdería), pero su pendiente
del lado sur está dulcemente alumbrada.

Sigues siendo tú, oh lámpara de estudiante,
que quieres que el lector de vez en cuando
se detenga, extrañado, y se moleste
sobre su libraco, mirándote.

[Y tu simplicidad suprime un ángel.)

Quédate tranquilo, por repentino
que el ángel se decida a venir a tu mesa:
borra dulcemente las pocas arrugas
que hace el mantel bajo tu pan.

Ofrecerás tu rudo alimento
para que él pruebe a su vez,
y que eleve al labio puro
un simple vaso de todos los días.

PALMA

A Madame et Monsieur. Albert Vulliez

Palma, dulce lecho arrugado
donde estrellas durmientes
habían dejado pliegues
al elevarse hacia el cielo.

¿Es que esa cama era tal
que se encuentran reposadas,
claras a incandescentes.
entre los astros amigos
en su impulso eterno?

¡Oh las dos camas de mis manos,
abandonadas y frías,
ligeras de un peso ausente
de esos astros de bronce!

Que el dios se contente con nosotros,
con nuestro instante insigne,
antes que una ola maligna"
nos vuelque y lleve al fin.

un momento estábamos de acuerdo:
él, que sobrevive y persiste,

y nosotros cuyo corazón triste
se asombra de su esfuerzo.

En el encuentro múltiple
hagamos a todo su parte,
a fin de que el orden se muestre
entre los propósitos del azar.

Todo alrededor quiere que se le escuche;
escuchemos hasta el final:
¡pues el vergel y el camino
siempre somos nosotros!

LA FUENTE

Yo no quiero más que una lección; es la tuya,
fuente, que vuelves a caer en ti misma,
la de las aguas arriscadas a las que incumbe
este retorno celeste hacia la vida terrenal.

Tanto como tu múltiple murmullo
nada me podría servir de ejemplo:
tú, oh columna ligera del templo
que se destruye por su propia naturaleza.

En tu caída, cuánto se modula
cada chorro de agua que termina su danza.
¡Que yo me sienta el alumno, el émulo .
de tu matiz innumerable!

Pero lo que más que tu canto me decide hacia ti,
es ese instante de un silencio en delirio
cuando por la noche, a través de tu impulso líquido
pasa tu propio regreso que recoge un soplo.

Jamás la tierra es más real
que en tus ramas, oh vergel rubio,
ni más flotante que en el encaje
que hacen tus sombras en el césped.

Allí se encuentra lo que nos queda.
lo que pesa y lo que alimenta
con el paso manifiesto
de la ternura infinita.

Pero en tu centro, la tranquila fuente,
casi durmiendo en su pilón antiguo,
habla apenas de ese contraste;
tanto se confunde en ella.

Todos los goces de los antepasados
han pasado a nosotros y se reúnen;
su corazón, ebrio de caza,
su reposo silencioso

ante un fuego casi extinguido...
si en los instantes áridos
nuestra vida se vacía de nosotros,
de ellos seguimos completamente llenos.

Y cuántas mujeres han tenido
que salvarse en nosotros, intactas,
como en el entreacto
de una obra que no ha gustado;

adornadas de una desgracia que hoy
nadie quiere ni lleva, .
parecen fuertes
apoyadas en la sangre ajena.

¡Y niños, niños!
Todos los que la suerte rehúsa,
y en la astucia nos ejercitan
de existir, sin embargo.

RETRATO INTERIOR

No son recuerdos
los que en mi te entretienen;
no eres mía tampoco
por la fuerza de un bello deseo.

Lo que te hacen presente,
es el rodeo ardiente
que una ternura lenta
describe en mi propia sangre.

Estoy sin necesidad
de verte aparecer:
me ha bastado nacer
para perderte un poco menos.

Oh nostalgia de los lugares que no fueron
bastante amados en la hora pasajera,
¡cómo querría darles desde lejos
el gesto olvidado, la acción suplementaria!

Volver sobre mis pasos, rehacer dulcemente
- y esta vez, solo - tal viaje,
quedarme más en la frente,
tocar este árbol, acariciar este banco...

Subir a la capilla solitaria
que todo el mundo dice sin interés:
empujar la verja de ese cementerio,
callarse con el que tanto se calla.

Pues, ¿no es el tiempo en que importa
tomar un contacto sutil y piadoso?
Tan fuerte como era, es que la tierra es fuerte;
y tanta se queja; es que se la conoce poco.

LA VENTANA

I

¿No eres tú nuestra geometría,
ventana, forma sencillísima,
que sin esfuerzo circunscribes
nuestra vida enorme?

La que se ama no es nunca más bella
que cuando se la ve aparecer
enmarcada por ti; es, oh ventana,
que la haces casi eterna.

Todos los azares están abolidos El ser
se yergue en medio del amor,
con ese poco de espacio alrededor
de que es dueño.

II

Ventana, tú, oh medida .de espera,
tantas veces llena,
cuando la vida se vierte y se impacienta
hacia otra vida.

Tú que separas y atraes,
cambiante como el mar;
cristal, súbito, donde nuestro rostro se refleja
mezclado con lo que se ve a través;

muestra de una libertad comprometida
por la presencia de la suerte;
tomada por la cual, entre nosotros se iguala
el gran exceso de fuera.

III

Plato vertical que nos sirve
el alimento que nos persigue,
y la noche demasiado dulce
y el día, a menudo demasiado amargo.

La interminable comida
sazonada de azul -
no hay que estar fatigado
y alimentarse por los ojos.

Cuántos platos se nos proponen
mientras maduran las ciruelas;
¡oh mis ojos, comedores de rosas,
vais a beber luna!

Se arreglan y componen
las palabras de tantos modos,
pero, ¿cómo se llegaría
a igualar una rosa?

Si se soporta la extraña
pretensión de ese juego,
es que, a veces, un ángel
lo desarregla un poco.

De las CUARTETAS VALAISANA
(1924)
A Madame Jeanne de Sépibus - de Preux

PEQUEÑA CASCADA

Ninfa, revistiéndose siempre
de lo que la desnuda.
que tu cuerpo se exalte para
la onda redonda y ruda.

Sin reposo cambias de traje
y hasta de cabellera:
tras de tanta huida, tu vida
queda como presencia pura.

País, detenido a medio camino
entre la tierra y los cielos,
a las voces de agua y bronce,
dulce y duro, joven y viejo.

como una ofrenda elevada
hacia manos acogedoras:
bello país acabado.
cálido como el pan.

Todo aquí canta la vida de antaño,
no en un sentido que destruya el mañana:
se adivina, valientes, en su fuerza primera.
el cielo y el viento, y la mano y el pan.

No es un ayer que se propague por todas partes

defendiendo para siempre estos contornos antiguos:
es la tierra contenta de su imagen
y que consiente en su primer día.

Viento que toma este país como el artesano
que conoce su materia desde siempre:
al encontrarla, caliente, sabe cómo hacer
y se exalta trabajando.

Nadie detendría su impulso magnífico; nadie
sabría oponerse a esta fogosa audacia:
y es también él quien, dando un enorme paso atrás,
tiende a su obra el claro espejo del espacio.

De LAS ROSAS
(1924)

Si tu frescura a veces tanto nos asombra,
rosa feliz,
es que en ti mismo, dentro,
pétalo contra pétalo, descansas.

Conjunto todo despierto, cuyo centro
duerme, mientras que innumerables, se tocan
las ternuras de ese corazón silencioso
que rematan en la boca extrema.

Te veo, rosa, libro entreabierto,
que contiene tantas páginas
de dicha detallada
que no se leerán jamás. Libro - mago,

que se abre al viento y puede ser leído
con los ojos cerrados...
de donde salen las mariposas, confusas
de haber tenido las mismas ideas.